



**EL TIEMPO ES
EL QUE ES**



DADOS DE COPYRIGHT

Sobre a obra:

A presente obra é disponibilizada pela equipe [Le Livros](#) e seus diversos parceiros, com o objetivo de oferecer conteúdo para uso parcial em pesquisas e estudos acadêmicos, bem como o simples teste da qualidade da obra, com o fim exclusivo de compra futura.

É expressamente proibida e totalmente repudiável a venda, aluguel, ou quaisquer uso comercial do presente conteúdo

Sobre nós:

O [Le Livros](#) e seus parceiros disponibilizam conteúdo de domínio público e propriedade intelectual de forma totalmente gratuita, por acreditar que o conhecimento e a educação devem ser acessíveis e livres a toda e qualquer pessoa. Você pode encontrar mais obras em nosso site: [LeLivros.site](#) ou em qualquer um dos sites parceiros apresentados [neste link](#)

"Quando o mundo estiver unido na busca do conhecimento, e não mais lutando por dinheiro e poder, então nossa sociedade poderá enfim evoluir a um novo nível."



La primera novela basada en la serie El Ministerio del tiempo, gran éxito de TVE.

En la biblioteca de un convento, alguien fotografía un códice del siglo VIII. Pasando páginas, llega a una en la que con caligrafía moderna se lee: «Me llamo Elías Sotoca y estoy atrapado en el año 780». Cuando la noticia llega al Ministerio del Tiempo, la sorpresa es total. Sotoca es un agente de alto nivel al que se dio por desaparecido hace años. Amelia, Alonso y Julián parten de inmediato hacia 780 para rescatar al compañero perdido.

Tras la misión en el medioevo, la patrulla acaba por error en Cartagena de Indias, uno de los puertos más importantes de la época colonial, en el año 1603. Allí deben convencer al capitán de uno de los galeones de que les permita embarcar, como paso previo para regresar a 2016. Pero entonces conocerán a un personaje histórico que sobrevive en el anonimato y que deberán salvar para que la historia no cambie.

Cuando parece que todo ha terminado, se produce una emergencia que requiere la inmediata participación de los agentes; con apenas 20 años, Lola Mendieta que aún no ha ingresado en el Ministerio es detenida por los nazis en Canfranc. ¿El motivo? Ser espía de las fuerzas aliadas en la Segunda Guerra Mundial. Lo que en principio parece una sencilla misión de rescate se complicará hasta el punto de que la victoria final de los aliados sobre los nazis se ponga en peligro.

Tres misiones. Tres épocas. Y un sinfín de aventuras con el personaje de Lola Mendieta como leitmotiv entre ellas. Bienvenidos a la primera novela de El Ministerio del Tiempo titulada, como no podía ser de otra manera, El tiempo es el que es.

Javier Pascual & Anaïs Schaaff

El tiempo es el que es

Dedicado a Pablo Olivares y a su hija Paula

Prólogo

I

Cuando mi hermano Pablo y yo empezamos a desarrollar *El Ministerio del Tiempo*, jamás pensamos que se acabaría convirtiendo en algo que moviera una legión de (maravillosos) fans. Que se convirtiera en un fenómeno *transmedia*. Que acabara transformándose, más allá de lo que es la propia serie, en realidad virtual y protagonista de las redes sociales.

Solo queríamos hacer una serie que nos gustara ver. Aunque no la vendiéramos. Deseábamos contar nuestros sentimientos. Pasear por la Historia viviendo momentos que habíamos leído y estudiado. Disfrutar de aventuras como aquellas que tanto nos gustaban leer o ver en películas y series.

Solo queríamos recordarnos a nosotros mismos algo tan sencillo como que éramos guionistas. Ese oficio tan ninguneado en este país. Ese oficio que te permite vivir otras vidas porque con la nuestra no nos basta.

—Tenemos que hacer algo diferente —dije yo.

Silencio.

—Y ¿por qué no una serie de viajes por el tiempo? —respondió él.

Sonrisa (mía). Nuevo silencio (de los dos). Unos ojos, los de Pablo, que pese a que me miraban, estaban buscando en no sé qué lugar una idea. Y la encontró. Como siempre. Convirtiendo lo complejo en sencillo sin que dejara de ser complejo. Brillante. Como nunca.

—Un ministerio. Un ministerio del tiempo... Con funcionarios. Algo de género fantástico por el tema, pero que sea cotidiano. Como el cine de Berlanga.

Recuerdo aquel momento, y hace catorce años, como si fuera ayer mismo. Últimamente más, porque la serie vive conmigo cada día. Y porque Pablo no vive con nosotros desde hace un tiempo. Pero, sobre todo, porque la serie me hace recordarle cada día como si ya no lo hiciera por el hecho de ser mi hermano, mi compañero y mi amigo.

Hubo que esperar. Había que seguir peleando el día a día. Hasta que llegó el momento en que crear la serie fue urgente, porque mi hermano no quería irse sin hacer una serie diferente. Como las que nos gustaba ver. Aunque no la vendiéramos.

Los conceptos estaban claros: aventura, género fantástico e Historia. Referencias pop. Y mucho sentimiento. Porque si en la serie se viaja por el tiempo a través de puertas, en la vida real se hace a través de los recuerdos. Una trama (la de la aventura) llevaría a una época en cada capítulo. Como rezaba el eslogan que creó Pablo: «¿Por qué hacer una serie de época, pudiendo hacer una serie con TODAS las épocas?».

Pero, en paralelo, siempre otra gran trama: la de las emociones de nuestros

protagonistas. El choque cultural de tres personajes de distintas épocas. Y, sobre todo, la posibilidad de viajar por el tiempo no ya para salvar la Historia, sino para revivir sus historias. Las personales e intransferibles.

Durante el tiempo que creamos la serie hasta que nos dijimos adiós, yo estructuraba y ordenaba el aluvión de ideas (con Anaïs Schaaff). Pablo iba más lejos. Como los personajes de la serie, revisaba su vida. Lograba que su propia vida se encarnara en Julián, en Alonso, en Amelia. Porque, en realidad, estaba viajando por el tiempo. Apasionadamente. Sin tapujos ni barreras. Porque era precisamente poco el tiempo que le quedaba.

Cuando se fue, el que empezó a viajar por el tiempo fui yo. Recordándole. Aún sigo haciéndolo.

II

Esta novela se titula *El tiempo es el que es*, santo y seña del *Ministerio* y de la serie. Es también una frase de Pablo. No puede haber mejor título.

Esta novela es hija de la serie. Por lo tanto, asume sus conceptos básicos: aventura, fantasía e Historia. Y sentimientos.

Esta novela la escriben Anaïs Schaaff y Javier Pascual. Os los presento.

Anaïs Schaaff es compañera de viaje desde hace muchos años que han pasado tan rápidamente que parecen semanas. Solamente la cantidad de capítulos que hemos hecho juntos certifican que aunque el tiempo pase veloz, es el que es. Nos conocimos en *Ventdelplà*, serie puntera de la ficción catalana. Allí, en Barcelona, creamos juntos *Kubala*, *Moreno i Manchón*. No era una serie de futbolistas, sino de detectives privados. De los de verdad. Sin pistolas. Aburridos de perseguir maridos infieles, espías industriales, morosos y fraudes laborales. Luego, cuando creé *Isabel*, ambos estuvimos junto con Pablo escribiendo la primera temporada. Después, lo mismo con *Victor Ros*. Más tarde llegó *El Ministerio del Tiempo*.

Javier Pascual tiene dos cosas en común con Pablo y conmigo: el Atlético de Madrid y que es guionista. Incorporado a la serie en su segunda temporada, Javier conocía bien el *Ministerio*: nos había ayudado a pulirlo desde su función de subdirector de Ficción de TVE. Aparte del trabajo en común, la cafetería del hotel Emperador llevaba siendo, desde hacía años, el escenario donde hablábamos de lo que más nos gusta: de fútbol, de series y de guiones. Su nivel de conocimiento de la ficción actual y no tan actual, su cultura audiovisual, su concepto del oficio y la capacidad de mezclar géneros y la ironía en todo lo que leía en sus guiones (que se puede comprobar en *Viral*, guión suyo) hicieron que tuviéramos una afinidad inmediata. Cuando decidió arriesgarse en las procelosas aguas del *freelance*, procuré darme prisa para que no se fuera a torear a otros

ruedos.

Anaïs y Javier son piezas clave de *El Ministerio del Tiempo*. Nadie mejor que ellos para escribir esta novela. Porque reúnen tres factores que la serie (y el oficio de escribir) exige: ganas de aventuras, emoción y ética.

III

Son tres las historias que componen *El tiempo es el que es*. En la primera, viajamos (espero que vosotros a nuestro lado) hasta el año 780 (« El conde del Tiempo»). Luego, yendo y viniendo del tiempo actual, hacemos transbordo hasta 1603 (« Después del buen tiempo, la tempestad»). El final de este viaje se data en 1943 (« Tiempo de espías»).

Temporalmente, las tres historias transcurren entre los capítulos 19 y 20 de la segunda temporada de *El Ministerio del Tiempo*. Es decir, entre « Tiempo de lo oculto» (guión escrito por Borja Cobeaga y Diego San José, dirigido por Javier Ruiz Caldera) y « Hasta que el tiempo nos separe» (escrito por Carlos de Pando, Javier Pascual y Anaïs Schaauff, dirigido por Jorge Dorado).

Son misiones «ocultas» en el desarrollo de la serie para convertirse en novela. Y cada una tiene sus razones para serlo con una cuarta historia que subyace a lo largo de toda la narración: el personaje de Lola Mendieta.

« El conde del Tiempo» es un homenaje a Pablo y a la historia de la propia serie. Es un capítulo que fue desechado por TVE (por razones evidentes, que Pablo y yo compartimos inmediatamente) porque su protagonista no era un personaje conocido de la Historia. « Aunque nos gusta la trama, eso es algo que podemos permitirnos en una segunda temporada, no en una primera», dijeron atinadamente. No tardamos ni una hora en darles la razón. Así trabajamos con el Departamento de Ficción de TVE: en positivo y sumando.

Como la historia funcionaba, elementos de esta historia pasaron a otros capítulos. Esencialmente, al dedicado al Lazarillo de Tormes y al personaje de Leiva. Pese a que todo seguidor de la serie lo va a captar de inmediato, me parecía que, como curiosidad, tenía perfecta cabida en esta novela.

El concepto de esta historia es uno muy habitual en nuestra serie: la tenue barrera que separa la Historia de la leyenda, basándonos en la figura de Bernardo del Carpio. Para unos, existió; para otros, no. Para los primeros fue el héroe que acabó con Roldán en Roncesvalles. Para Elías Sotoca, insigne agente del Ministerio del Tiempo (antecedente, insisto, de Leiva) es la excusa perfecta para convertirse en aquello que, por obligación de su trabajo, debe proteger: un héroe de nuestra Historia. Y ha decidido dos cosas: ser Historia en vez de protegerla y mandar un mensaje al Ministerio al respecto.

« Después del buen tiempo, la tempestad» y « Tiempo de espías» son exactamente lo contrario: nuevas historias susceptibles de ser algún día capítulos

de la serie. No nos importará descontextualizar estas tramas de la línea temporal de esta novela. Porque la novela bebe de la serie, pero son cosas distintas. Y estas dos historias merecen ser convertidas en imágenes, como otras que guardamos en el ordenador y que no han sido capítulos de la serie por la sencilla razón de que no son asumibles económicamente con nuestros actuales presupuestos. Mar, barcos, playas, viajar a la Huelva de 1943 para resolver una trama de espías durante la Segunda Guerra Mundial o viajar en un barco de la Flota de Indias cargado de plata... Algo prohibitivo a día de hoy para la producción de la serie. Lástima.

Como apunté antes, entre estas tres historias hay un hilo conductor: Lola Mendieta; un personaje que sin duda, si los medios de producción hubieran sido otros, habría merecido un mejor desarrollo. Esta novela es un homenaje a ella. Quién sabe si, a través de las puertas del tiempo, nos volvamos a encontrar con Lola y tenga el trato que se merece, como trasunto de un personaje tan real como excepcional: Marina Vega, espía y *cazanazis*. La única mujer española en la red de espionaje del momento.

Siempre intentamos hacerlo lo mejor posible. Pero a veces no lo conseguimos. Mil perdones.

Si habéis llegado hasta aquí, es porque tenéis en vuestras manos la primera novela de *El Ministerio del Tiempo*. Gracias. A vosotros. A Javier Pascual y Anaïs Schaaff por su esfuerzo y su talento. Y a Emilia Lope por su fe y por su paciencia.

A disfrutar, *ministéricos*.

JAVIER OLIVARES

PRIMERA PARTE
EL CONDE DEL TIEMPO

Deudas pendientes

I

Enrique Asenjo hacía fotos, pero no era el fotógrafo que había soñado ser. De joven, allá por los años ochenta, Robert Capa era su ídolo. El héroe romántico que murió por estar demasiado cerca de la noticia.

Cuando empezó a detener la vida en imágenes, Enrique no tenía otra obsesión que viajar a lugares de conflicto. Demostrar que podía ser digno de pertenecer a la agencia Magnum.

Pero los sueños raras veces se cumplen.

A sus cincuenta y ocho años, se ganaba la vida como fotógrafo. Pero nunca había ido a una guerra. Ni siquiera había conseguido entrar en nómina en ningún periódico como reportero gráfico. Sin duda, su aspecto escuchimizado, sus dioptrías y sus pies planos no le facilitaron el camino.

Ahora fotografiaba obras de arte y, sobre todo, códices. Libros antiguos que no le interesaban un pimiento. Estáticos, presos de una época que ya pasó, tal vez como él mismo. Tal vez como el concepto romántico del reportero fotográfico.

Quien siempre había soñado con captar el momento decisivo se tenía que conformar con captar una imagen inmóvil. La vida de los peces de colores que tenía en su casa (su única compañía) le parecía mucho más apasionante que su propia existencia.

Aquel día, Enrique había viajado a Burgos, al monasterio de Santo Domingo de Silos, a fotografiar los beatos que allí guardaban. Todos valoraban su cuidado con materiales tan frágiles. Pero él se aburría. Eso sí, profesional como nadie, Enrique hacía una foto y luego otra, mientras al fondo se oían cantos gregorianos. Llevaba horas oyéndolos, y deseando que variaran de tema y cantaran *a capella* el *Boys Don't Cry* de The Cure. Por ejemplo.

Necesitaba cambiar de música de fondo tanto como de vida. Anhelaba más que nunca ser Robert Capa. O que le ocurriera algo que le devolviera la pasión por lo desconocido. Y siguió haciendo fotos del Apocalipsis convertido en grafitis arcaicos.

De repente, a través del visor de la cámara, vio una anotación al margen, escrita con caligrafía moderna pero con tinta antigua. Él sabía de esas cosas.

La anotación decía:

Me llamo Elias Sotoca y estoy atrapado en el año 808 en el castillo de Saldaña.

Llamen al 702 400 400. Es urgente.

PS: este beato no es una copia; es el original, imbéciles.

Enrique se desmayó.

¿Para qué vamos a engañarnos? Madera de aventurero no tenía.

II

Amelia Folch salió de su casa con paso firme para viajar hasta el siglo XXI como quien coge en su época el tranvía.

Desde luego, pocas personas podían decir que para llegar a su puesto de trabajo debían viajar de finales del siglo XIX a principios del siglo XXI. Pero ya estaba acostumbrada.

Antes, cada vez que pasaba por la puerta temporal de la botica situada en el carrer de la Princesa hasta llegar a la puerta del Último y Principal Ministerio, sentía una profunda sensación de vértigo. Ahora, lo que le producía esa sensación era otro asunto. Todo había cambiado para ella desde que descubrió que su tumba había desaparecido. ¿Tendría algo que ver con ello haber hecho el amor con Pacino? ¿Habría cambiado su futuro solo con ese acto? No atinaba a encontrar respuesta.

Antes tenía una certeza: su tumba, la fecha de su muerte. Desaparecida esta, ni siquiera eso le quedaba. Lejos de alegrarse, de sentirse liberada por un *fatum* tan evidente, se sentía incómoda. Aturdida.

Pacino se fue. Julián volvió. Y ella quedó entre medias. Reaccionando como podía a todo un torrente de emociones y de sorpresas. Cada vez tenía algo más claro: una cosa era estudiar y otra, la vida. Y esta le había proporcionado tantas lecciones en tan poco tiempo, que no lograba salir del aturdimiento más que cuando se centraba en una misión. Se sentía confusa, porque nunca había vivido ese tipo de experiencias.

Pero había algo que tenía claro: nada podía rebajar su eficacia. Nada podría atentar contra su independencia.

Sumida en estos pensamientos, traspasó la puerta 395 y subió dos pisos hasta llegar a la plataforma donde, puntual, siempre la esperaba el bedel para darle los buenos días.

Era un ritual que se repetía cada día.

—Buenos días, señorita Folch.

Pese a que el bedel nunca pronunciaba bien su apellido (lo castellanizaba remarcando la «ch», en vez de pronunciar «folk»), ella siempre sonreía y le devolvía el saludo, dándolo por imposible.

—Merece madrugar solo por llegar a tiempo para ver su sonrisa.

—Gracias.

Tras las cortesías de rigor, llegó a la galería subterránea. Desde allí atisbó a Julián tomando un café. Entró y se sonrieron dándose los buenos días. Después hablaron de cualquier cosa menos de lo que más les preocupaba.

A los dos.

Profundamente.

A Amelia le atormentaba cómo contarle a Julián que ya no existía su tumba. Ni el niño de la foto en la que ellos posaban como padres felices. Aunque difícilmente le podría contar lo del niño, cuando no le había hablado siquiera de la foto. Aquella que rompió cuando Julián aún estaba en *shock* tras viajar en balde al pasado para salvar a Maite.

Amelia podía creer (y solo hasta cierto punto) que la foto de boda era la continuación del engaño a sus padres. El efecto de la triquiñuela que urdió con Julián, haciéndose pasar este por su pretendiente. Pero la otra, la del niño... Era ir demasiado lejos en el engaño.

¿Cómo contarle eso a Julián?

Él le había dicho que la quería. Pero como amiga. Que la única mujer de su vida era Maite. Recordar aquel momento aún le dolía a Amelia. Tal obviedad (la obsesión de Julián por su fallecida esposa) supuso un desprecio que avivó en el alma de Amelia una pregunta que jamás se habría planteado: « ¿Acaso no podría ser yo la mujer de tu vida? » .

Así son las cosas del afecto: el más leve rechazo es gasolina que aviva un incendio. Hasta el que no ha empezado a mostrar sus primeras llamas.

—¿Todo bien? —le preguntó Julián.

—Sí, claro.

Amelia mentía, evidentemente.

Y Julián lo sabía, por supuesto.

III

Julián tampoco podía decir que anduviera muy fino, como decía su padre cuando le molestaba su maldita úlcera. « Hoy, muy fino no estoy », decía su padre cuando notaba el arrechucho. « Tienes que ir al médico », le respondía siempre su madre, cuando no el propio Julián. « Deja, deja... Que los médicos son como los talleres mecánicos. Llevas el coche porque tiene una avería y te descubren otra media docena », concluía el hombre.

Media docena de averías eran las que tenía Julián en su alma. O más. Y todas le llevaban a la más profunda de las contradicciones.

Por un lado, se sentía fracasado por no haber podido salvar a Maite.

¿Por qué otros habían podido cambiar el pasado y él no?

Él mismo había ayudado a que el hijo de Alonso no partiera en la Armada Invencible hacia una muerte segura. Y el propio Alonso había evitado que Blanca, su esposa, fuera maltratada por su nuevo marido. Pensándolo bien, cada una de sus misiones había tenido éxito cambiando algo en la Historia para que esta siguiera como está.

La de vueltas que su cabeza le había dado a los mecanismos del tiempo y del propio Ministerio.

Era como si no hubiera una matemática, sino una narrativa, una novela. Y quien la había escrito era un *hideputa*, que diría Alonso.

Era como si el azar y el destino fueran tan retroactivos como lo son cotidianos. El puto aleteo de la mariposa de los cojones.

¿Y si para salvar a Maite no tenía que haber ido al momento del accidente? Tal vez podía haber cambiado las cosas yendo a la noche anterior, a ver al tipo que conducía borracho y que provocó el accidente. Por lo menos, así no sería él quien lo provocara. Porque la primera vez no estuvo allí. Él llegaba con la ambulancia... Pensaba en todo esto y le dolía la cabeza. Pero al momento volvía al mismo tema.

Sí. La clave estaba en ese tipo. Había investigado y sabía cómo se llamaba: Antonio Ortiz Recuenco. Casado, con dos hijos. Comercial de una empresa de seguros. Nunca se emborrachaba. ¿Por qué esa noche sí lo hizo? ¿Por qué esa noche no fue a su casa y en cambio estuvo de turgurio en turgurio hasta la hora en que Maite salió a correr como cada mañana? ¿Qué le había pasado para romper con sus hábitos de buen esposo y buen padre? Tal vez su mujer le engañaba con otro. O tal vez le habían despedido la tarde anterior y no se atrevió a decírselo a ella.

Entonces, a lo mejor podía viajar a esa misma tarde y evitar que le despidieran. Pero acaso le despidieron porque su jefe estaba en la ruina...

Pensaba y pensaba y acababa viajando mentalmente hasta el nacimiento del pobre hombre. Porque eso es lo que era el tal Ortiz Recuenco: un pobre hombre que le había arruinado la vida a Julián. Y se la había arruinado a sí mismo. Nunca pudo superar el haber atropellado a aquella joven menuda que corría en chándal. Entró en depresión; luego, en tratamiento psicológico. Y descubrió que beber le hacía olvidar la tragedia que había generado. Ahora, apenas hacía un par de semanas, Julián sabía que estaba internado en un hospital con un cáncer de riñón. Terminal.

Lo increíble fue que no se alegró por ello.

Todo este tiempo deseándole una muerte lenta y dolorosa y ahora le daba pena.

Porque le daba la sensación de que, como él, era víctima del azar y del destino.

Ese *hideputa*, que diría Alonso.

IV

Alonso prefería no pensar.

Adaptarse a 2016 estaba siendo duro. La aparición de Elena había dado un

giro a su vida. Y la adoraba. Pero no era la misma mujer que Blanca, aunque físicamente fuera idéntica a ella. Elena decidía, discutía, plantaba cara cuando algo no le gustaba. A Alonso le parecía algo tan apasionante como agotador. Eran tan diferentes que en ocasiones sentía que estaba engañando a su mujer con otra que era igual que ella pero no lo era.

Sin embargo, él era un hombre de acción y pensar demasiado no es bueno para alguien que debe jugarse la vida para salvar la de los demás. Por eso hacía gimnasia. O entrenaba en la lucha cuerpo a cuerpo. El judo y el kárate le parecían una majadería para cursis. ¿Por qué hacer tanto paripé pudiendo dar un cabezazo al enemigo? La única técnica de lucha moderna que le parecía apasionante era el *krav magá*, el método oficial de lucha personal de las fuerzas israelíes (o eso le habían dicho). En él todo valía: golpes, patadas, estrangulamientos... Esa sí era una manera digna de luchar.

Cuando no entrenaba *krav magá*, hacía prácticas en la sala subterránea de tiro.

Como ahora.

Tras vaciar el cargador de su Glock-17, se quitó los cascos que protegían sus oídos y pulsó el botón para ver el resultado en las dianas. Como era de esperar, todos sus disparos se agrupaban en un pequeño espectro del corazón de la figura dibujada en la diana. Todos... excepto dos que atravesaban su frente.

Entonces oyó la voz de Ernesto a sus espaldas.

—Siempre me ha maravillado su buena puntería con armas modernas. Desde el día que llegó usted aquí.

Alonso se quitó méritos:

—Un arma es un arma. Y yo soy un soldado.

—Sí, pero del siglo XVI.

Alonso levantó la vista y miró con amargura a Ernesto.

—Yo soy el soldado español de todos los siglos. Es mi maldición. Y mi fortuna. —Luego observó su arma—. Ojalá hubiera tenido una así en mi época. Es increíble la distancia de alcance de las armas de fuego de este siglo. Sobre todo con los rifles. A eso no me he acostumbrado todavía.

—¿Por qué?

—Cuando aprieto un gatillo aquí, y a media legua muere un hombre, me cuesta creer que soy yo quien le ha quitado la vida.

—Y ¿quién iba a ser, entonces?

—No sé. Quizá Dios.

Los buscas de ambos empezaron a sonar. Salvador los llamaba.

La patrulla y Ernesto se cruzaron antes de subir por el pozo. No se dijeron nada. En sus ojos se podía ver la concentración. Cada misión les hacía olvidar sus problemas. Antes les temían; ahora deseaban que cuando acabara una empezara otro viaje al pasado para preservar la Historia de España, ya que la suya parecía

no tener arreglo.

Desde su vuelta del asedio de Baler, Julián ya había conocido a Felipe V, sabido de la crueldad de la Vampira del Raval y topado con un obsesionado por los misterios y la teoría de la conspiración (con razón) llamado Lombardi, a través del cual pudo estar frente a frente con el mismísimo Cristóbal Colón antes de que vendiera su proyecto a los Reyes Católicos.

En todas las misiones siempre recordaba lo que en su día le había dicho Salvador: no podía fallar a sus compañeros.

No se le olvidaba tampoco cuando le había acusado de egoísta, de «campeón del sufrimiento», antes de partir para Cuba. Cuando le dijo que si hubiera salvado a Maite, él jamás habría entrado en el Ministerio y, probablemente, el Empecinado o Lope de Vega habrían muerto antes de tiempo. Como Ernesto o Alonso...

¿Sería verdad todo eso, o solo una artimaña del viejo subsecretario?

Ahora no tenía más tiempo para pensar en ello.

Angustias les sonreía.

—El jefe os espera.

V

En la pantalla del ordenador, una foto de Enrique Asenjo. El fotógrafo, fotografiado.

Salvador inició su discurso:

—Enrique Asenjo Martínez, cincuenta y ocho años. Fotógrafo especializado en temas de arte. Especialmente, códices medievales.

—¿Trabaja para el Ministerio? —preguntó Amelia.

—No —respondió Irene Larra.

—¿Ha infringido alguna ley?

—Tampoco.

Salvador redujo el campo de posibilidades.

—No es a él a quien tienen que buscar —les anunció—. Sabemos perfectamente dónde está: internado por el *shock* que le produjo leer esto.

La imagen del fotógrafo desapareció de la pantalla y su lugar lo ocupó una página del códice que había provocado su desmayo.

Alonso se acercó a la pantalla y leyó en voz alta la nota de Sotoca:

—«Me llamo Elías Sotoca y estoy atrapado en el año 808 en el castillo de Saldaña. Llamen al 702 400 400. Es urgente. Posdata: este beato no es una copia; es el original, imbéciles.»

—Elías Sotoca... —musitó Ernesto.

Como si le hubiera invocado, en la pantalla del ordenador apareció la cara de Elías Sotoca. Un hombre de unos cuarenta años, moreno, de facciones marcadas

y unos ojos que parecían tener vida. Que parecían estar viendo a quienes contemplaban su foto.

—¿De quién se trata?—indagó Julián.

Irene le respondió:

—Fue uno de nuestros mejores agentes. Apoyó a Leiva cuando se rebeló contra el Ministerio. Pero nunca pudimos atraparle.

—Así es —subrayó Salvador.

La patrulla se miró preocupada.

—Entonces ¿no colaboró con Leiva cuando casi asesina a Isabel II? —preguntó Amelia.

—No. Desapareció tras la primera revuelta. Al parecer, tuvo sus discrepancias con Leiva. Era... Digamos... Más radical.

Julián no daba crédito a lo que estaba escuchando.

—¿Más radical que Leiva?—exclamó—. ¿Es eso posible?

Su comentario hizo que Irene bajara la mirada. Hablar de Leiva todavía le dolía.

—No anticipemos acontecimientos... Parece un mensaje de socorro —aventuró Irene.

—O una trampa —puntualizó Ernesto.

—¿Por qué habría de serlo?

Fue Salvador quien contestó a la pregunta de Amelia:

—Sotoca era nuestro experto en los siglos VIII y IX. Nadie en este Ministerio conoce esa época mejor que él. Ni siquiera ahora. Y es un hombre de acción; dudo que nada le pille desprevenido.

Luego miró a Irene, dándole la palabra. De inmediato, la funcionaria completó la información tan detalladamente como siempre. Sotoca estaba especializado en situaciones bélicas y de inteligencia.

—Una de sus misiones más importantes fue en el año 778, en el sitio de Zaragoza por parte de Carlomagno que culminó en la batalla de Roncevalles.

—¿La primera o la segunda?—interrumpió Amelia.

Salvador la miró admirado.

—Pocos saben que hubo dos.

Alonso buscó en su memoria, repleta de ecos caballerescos.

—¿No fue en Roncevalles donde murió Roldán?

—Eso dice la Historia y los cantares de gesta —respondió Amelia.

—¿Quién es ese Roldán?—quiso saber Julián.

Irene no podía creérselo.

—¿No conoces la canción de Roldán?

—No, pero si me la tarareas, la toco al piano...

Ernesto explicó quién era. Un caballero. Un mito. Un comandante de los francos al servicio de Carlomagno y conde de la marca de Bretaña...

—... aunque la leyenda acabó emparentándole con el mismo Carlomagno. Sobrino suyo, cuenta la leyenda. Ya saben que los cantares explican un hecho histórico o una leyenda, como es el caso del Cid, que existió, pero...

Alonso le cortó:

—No sigáis, porque si es como el Cid, no creeré ni en la Historia, ni en los cantares ni en las gestas.

Amelia tomó la palabra:

—En el caso de Roncesvalles, se han documentado dos batallas. La primera fue en el año 778 y se dice que fue la primera derrota de Carlomagno. En ella no pudo participar Roldán o Roland, como es llamado en Francia, porque apenas era un niño.

—Entonces murió en la segunda —creyó entender Alonso.

—Así es. En el año 809.

—Un año después de donde van a ir exactamente —añadió Salvador.

—Pobre Roldán —interrumpió Alonso—. Morir a manos de sarracenos cuando luchaba por expulsarlos de la península.

Amelia sonrió.

—Y de paso saqueaba Navarra o sitiaba Zaragoza, que, por cierto, tenía un rey moro... Hay muchas teorías sobre eso. Incluso leyendas, como que quien lo mató fue un caballero llamado Bernardo del Carpio, el Grande.

—No he oído su nombre nunca... Y os juro que hay pocos caballeros anteriores a mi época que no conozca —aseguró Alonso.

—Yo conozco a otro gran Bernardo, pero ese cantaba, así que no debe de ser el mismo —ironizó Julián.

Salvador obsequió al agente con una mirada taladrante. No era momento para bromas.

Amelia salió en su ayuda:

—El Bernardo que conoces probablemente sea más real que el otro. Gran parte de los historiadores dicen que existió, pero que nunca llegó a ser un gran caballero. Por lo menos, eso estudié en mi época.

—A día de hoy también se opina eso —subrayó Irene.

—Fue en el romanticismo cuando se ensalzó su figura... Bueno, antes Cervantes le nombró en *El Quijote* junto al Cid: « En lo de que hubo Cid no hay duda, ni menos Bernardo del Carpio; pero de que hicieron las hazañas que dicen, creo que la hay muy grande» ... Incluso Lope de Vega escribió una obra sobre él.

Irene sonrió.

—Obra que tú conoces perfectamente, supongo...

Salvador intentó poner orden:

—Por favor, olvidemos a Bernardo del Carpio y centrémonos en Elías Sotoca. Esa es la misión que deben atacar ahora mismo.

—Tal vez ambas cosas tengan que ver —discrepó Amelia.

Todos la miraron extrañados.

—En la nota de Sotoca dice que está apresado en el castillo de Saldaña, ¿no es así? —prosiguió la joven.

—Sí... Donde murió doña Urraca... ¿Por qué? —preguntó Salvador.

—En ese castillo no solo murió doña Urraca. Bernardo del Carpio nació allí. Y luego fue el señor de dicha plaza.

Esta vez la mirada de los presentes hacia Amelia fue una mezcla de admiración y de preocupación convertida en silencio. Salvador lo rompió:

—Prepárense para salir. Ernesto les dará las últimas instrucciones.

La patrulla se puso en pie y se dirigió hacia la puerta. Cuando sus compañeros habían salido, Amelia se detuvo y se dio la vuelta hacia Salvador.

—¿Pasa algo, Amelia?

—Creo que se nos ha olvidado un pequeño detalle.

—¿Cuál?

—Si Sotoca tiene razón y dice que ese beato no es una copia...

Salvador no la dejó continuar, él había deducido lo mismo.

—... tenemos el original del propio Beato de Liébana.

Amelia asintió y abandonó el despacho para reunirse con sus compañeros.

Salvador suspiró y miró a Ernesto e Irene.

—Cuando me jubile, quiero que me sustituya la señorita Folch.

VI

Al salir de la reunión, Julián no pudo evitar una sonrisa. Doña Urraca. Su padre tenía ejemplares de *Pulgarcito*, una revista de cómics, donde había un personaje que se llamaba igual. Era una vieja bruja trasladada a la tristeza de la posguerra española.

No tuvo tiempo de darle muchas vueltas al asunto. Había que vestirse del siglo IX y preparar su botiquín.

En el vestuario volvió a asombrarse de la profesionalidad de los que allí trabajaban.

—Qué barbaridad, Bubi... ¿Hay alguna época de la que no tengáis vestuario?

Bubi, una mujer agradable y sonriente, le respondió:

—Pocas. Y cuando no tenemos, llamamos a Cornejo.

Empezaron a vestirse. Cada una de las vestimentas que tuvieron que ponerse parecían viejas e incluso mugrientas. Sin embargo estaban limpias. Aun así, no pudo evitar un gesto de descontento cuando se enfundó una especie de mallas por debajo del jubón.

Alonso estaba más contrariado todavía.

—Parezco un bufón —se quejó.

Amelia suavizó la definición:

—Más bien dirás que parece un juglar.

Tras acabar de acicalarse, Julián miró a Amelia para constatar algo que ya sabía: estaba siempre guapa, se vistiera del siglo que fuera.

Ernesto entró en la sala. Traía un zurrón para Alonso.

—Por si necesita ayuda de Dios.

Alonso solo asintió.

Ni Julián ni Amelia preguntaron nada, pues sabían que dentro de ese zurrón había armas. Era un hábito del jefe de Operaciones: ofrecer a Alonso el armamento que pudiera necesitar para cada misión. Aparte del mismo, para Alonso había dos compañeras innegociables que siempre llevaba consigo: su daga y su pistola Glock

Julián ya se había acostumbrado. Como Amelia. En las primeras misiones de la patrulla, a ambos les desagradaba saber que Alonso iba armado hasta las cejas. Pero no tardaron mucho en apreciar que esa circunstancia les daba un margen de seguridad impagable. La misma que tenían con la habilidad de Julián para cuidar de su salud.

Amelia pensaba. Y acudía a su impresionante memoria para documentar cada caso, para desgranar la verdad del engaño. Si su misión era que la Historia no cambiara, primero había que saber de ella. Y la joven dominaba este arte como nadie.

Julián velaba por la salud de sus compañeros en caso de ser heridos o caer enfermos. Sus servicios se convertían muy a menudo en moneda de cambio en épocas donde una aspirina era magia. Pero también era un hombre con mucha calle encima. Y tanto la calle como la gente normal existen en cualquier siglo.

Alonso, por su parte, era el soldado español de todos los siglos. Era su guardaespaldas y la fuerza. Pero no la fuerza bruta. En lo suyo se desenvolvía con una inteligencia descomunal. Por eso había sobrevivido a tantas batallas. Sabía cuál no debía pelear, porque solo merece la pena hacerlo en aquellas que se pueden ganar. Y se entendía con la naturaleza. Su olfato no estaba contaminado por polución alguna (aunque ahora ya comenzaba a estarlo). Sabía escuchar los silencios de los pájaros, que avisaban de que alguien había entrado en su espacio. Y si era necesario, mataba. Una asignatura que jamás aprobarían con nota ni Amelia ni Julián. Ni siquiera aunque sus vidas corrieran peligro.

Aparte del zurrón de Alonso, Ernesto traía más cosas: monedas de la época, dos retratos de Elías Sotoca (uno era una fotografía, que jamás podrían enseñar, evidentemente, y el otro, un dibujo de Velázquez) y lo más importante, un mapa de la zona. Lo extendió sobre una mesa y empezó a indicarles los puntos claves para no extraviarse, como si fuera el recepcionista de un hotel atendiendo a unos turistas recién llegados.

—La puerta más cercana en el momento al condado de Saldaña está situada

en un descampado cerca del río Duero. Justo aquí.

—¿No hay otra más cercana? Eso son muchos kilómetros —se quejó Julián.

—No solo es la más cercana. Es la única puerta existente.

—Entonces creo que nos vale con esa —zanjó Julián.

Ernesto continuó con su explicación:

—Dentro del condado, el pueblo más cercano al castillo es este. Ahora ni existe. Se llama Remedal de la Hoya. —Miró de reojo a Julián y añadió—: No quiero rimas.

El enfermero respondió poniendo cara de «Yo no iba a decir nada».

Alonso, tan afín siempre a los grandes hombres, preguntó quién era el rey de Castilla en esos momentos.

—Castilla no existía.

La respuesta de Amelia dejó a Alonso completamente estupefacto.

—¿Acaso Castilla no ha existido siempre?

—No como la entendemos ahora, Alonso. Ni León. El reino de León surge del reino de Asturias, de hecho. Y Castilla fue en su principio un condado del reino de León.

—No me lo puedo creer. ¿Y no había reyes tampoco por entonces?

Julián intentó hacerse el listo sin éxito:

—Los reyes godos, ¿no?

Ernesto cabeceó. Menos mal que no iban allí a dar una conferencia de Historia. Menos mal que iba Amelia con ellos.

—No —respondió la joven—. Esos son de antes... Que yo recuerde... Alfonso reinaba en Asturias... Abd Allá era emir de Córdoba... Íñigo Arista era el rey de Pamplona...

Amelia iba recitando reyes mirando al techo, como si leyera de un libro invisible la página adecuada para dar respuesta a la ignorancia de sus compañeros. En realidad estaba volviendo a visualizar el libro donde algún día había estudiado este tema. Tenía el don de poseer memoria eidética o fotográfica. Era el complemento perfecto a su privilegiada memoria.

Si Amelia tenía ese don, el de Alonso era víctima de otra circunstancia: su tendencia a la incredulidad. Sobre todo cuando la realidad se desvelaba bien distinta a la que creía él que tenía que ser.

—¿Tantos reyes había en la península?

—Eran momentos convulsos. Los previos a la creación de nuevos reinos que luego serían los que conformarían España.

España. Curioso concepto que todos creen uno e indivisible y sin embargo fue creado de fragmentos y guerras.

Ernesto los apremió, debían partir de inmediato. Camino de la puerta, bajando por la escalera helicoidal, siguió dándoles consejos:

—Deben estar atentos y en alerta continua. Van ustedes a una época

especialmente árida y ruda.

«Como los ropajes que llevamos», pensó Amelia mientras seguía escuchando a Ernesto, que pasó a hablarles de Elías Sotoca:

—No solo estuvo en el sitio de Zaragoza y en Roncesvalles. También fue testigo del triste final de Pedro el Cruel.

—Buen mote. A un colega de mi barrio le llamaban así de lo chungo que era —comentó Julián.

Amelia sonrió.

—Al rey Pedro le llamaban el Cruel sus enemigos —dijo—. Sus partidarios, en cambio, le apodaban Pedro el Justo. —Luego miró a Ernesto—. ¿Alguna hazaña más del tal Sotoca?

—Sí... Son muchas... Luchó junto a Fruela I de Asturias contra Abderramán, el emir de Córdoba... Todas sus misiones se contaron por éxitos. Su nivel de conocimiento y adaptación a siglos tan lejanos son dignos de admirar. Sobre todo si pensamos que Elías nació en Mataró en el siglo XVII, en el seno de una familia de pescadores.

—¿Es catalán como yo?

—Así es.

—¿Habéis participado en alguna misión con él? —preguntó Alonso a Ernesto.

—Sí. Y sin ninguna queja hasta que Leiva se rebeló y Sotoca tomó partido con él. Luego todo cambió... —Se quedó pensativo unos segundos, recordando sin duda un momento del pasado común. Luego añadió—: Probablemente, él sí tenga queja de mí.

Julián quiso que Ernesto fuera más explícito, pero no logró que soltara prenda. Solo consiguió que expresara un deseo, justo cuando los despidió en la puerta de salida:

—Ojalá sea una llamada de auxilio. Sotoca se merece un final mejor que el que tuvo el pobre Leiva.

Sin duda, los sentimientos de Ernesto para con Elías Sotoca nadaban en el mar de las contradicciones.

—¿Contaremos con algún apoyo cuando lleguemos allí? —quiso saber Amelia.

—No. En esa época el Ministerio apenas tiene efectivos. Es algo parecido a lo que le ocurre ahora a la CIA en Oriente Próximo.

—¿Cuántos agentes hay sobre el terreno? —preguntó curioso Julián.

Ernesto le miró con seriedad.

—Ninguno.

La trampa

I

En medio de ninguna parte.

Allí fue a parar la patrulla cuando salió del cobertizo perdido en el campo, junto al río Carrión, donde se encontraba la puerta de salida.

Amelia sacó el mapa para buscar Remedal de la Hoya, ese pueblo que ya no existía en el siglo XXI. Una vez orientados, caminaron en silencio hacia el pueblo. Callaban por la tensión del momento, pero también porque si tuvieran que hacerlo, saldrían temas a colación que no eran del agrado de ninguno de ellos.

Los tres prefirieron, cada uno a su manera, centrarse en la tarea que les esperaba. Al fin y al cabo, las misiones eran escapatorias para sus problemas cotidianos. Quién se lo hubiera dicho a Amelia o a Julián hacía poco tiempo. Quién le hubiera dicho a Alonso que iba a tener una vida cotidiana en el año 2016, de la que tampoco prefería contar nada a nadie.

Cuando cuatro horas después llegaron al pueblo, Julián pensó que sus habitantes del año 808 jamás podrían pensar que iban a tener tan anónimo destino. Lejos de ser un villorrio, tenían su propio mercado y estaban cerca del castillo de Saldaña, que los protegía.

Después de echar un vistazo por el pueblo, decidieron dividir las tareas. Julián se encargaría de comprar un carro y una mula, mientras que Amelia y Alonso preguntarían por Sotoca, mostrando el retrato dibujado por Velázquez. Un dibujo que en el siglo XXI hubiera valido cientos de miles de euros y que en el siglo IX no valía más que una piedra del camino.

La reacción de los que vieron el retrato siempre era la misma: una inmediata cara de temor. Y, luego, el silencio. Alonso, tras mostrar la tablilla al último de ellos, miró preocupado a Amelia.

—Le conocen, pero prefieren no hablar de él, ¿os habéis dado cuenta?

Ella asintió.

Cuando volvieron a reunirse con Julián, Alonso criticó su compra:

—Esta mula está en las últimas... Os han estafado vilmente.

—La próxima vez compras tú la mula y yo pregunto.

Amelia cortó la discusión de inmediato. Se estaba haciendo de noche y debían dormir a cubierto; amenazaba lluvia. Tenían que buscar una posada.

Al llegar a la única del pueblo, el posadero les negó cobijo.

—No tengo habitaciones libres —dijo.

Alonso supo que mentía.

—Muchos viajeros alojáis aquí para no tener ningún caballo en el establo —replicó.

Sin duda, no eran bienvenidos. Se notaba que eran extranjeros a la legua y en

el habla. Y Remedal de la Hoya no era precisamente el Nueva York de Warhol.

El posadero se los quitó de encima recomendándoles un par de casas que a veces daban cobijo a los viajeros.

En una de ellas la respuesta fue que no eran bienvenidos.

En la otra, ni les abrieron la puerta.

Comenzaron a caer las primeras gotas de lluvia. Entonces decidieron, ya que se iban a mojar de igual manera, emprender camino hacia el castillo.

II

A mitad del camino, y cuando la lluvia ya arreciaba, distinguieron a lo lejos una cabaña con un establo.

—A ver si aquí tenemos más fortuna —exclamó Alonso.

Aceleraron el paso todo lo que la mula les dejó, que no fue mucho, pues era tan lenta que Alonso se preguntó si no irían más rápido si cargaran con el animal entre los tres.

Toc, toc.

Nadie abría la puerta.

Vuelta a llamar.

Por fin se entreabrió la puerta y apareció la cara redonda y grasienta de un hombre de unos cuarenta años.

—¿Qué queréis a estas horas?

—Cobijo, buen hombre —respondió Amelia.

—Esto no es una posada. Marchad de aquí.

—Podemos pagaros. Y bien.

—Mucho dinero tendríais que darme.

Amelia miró a Julián, que enseñó unas cuantas monedas.

—No es bastante.

Julián mostró más.

Como siempre, el dinero abre más puertas que la piedad, y el hombre al fin los dejó pasar, sin soltar de su mano un buen garrote. Ahora podían verle de cuerpo entero. Sin duda no había sufrido en su vida ningún régimen de adelgazamiento, tan orondo era.

—Si sois ladrones, os aviso que me sé defender.

Alonso le miró despectivo.

—No somos ladrones, y también yo os aviso de algo: si me volvéis a faltar al respeto, ese garrote os lo...

Amelia miró seria al soldado y con un gesto le hizo callar. No era la diplomacia su principal virtud, desde luego. Necesitaban pasar la noche bajo techo. Estaban empapados y hacía frío. Corrían el riesgo de pillar una pulmonía sin haber llegado tan siquiera al castillo. No era momento de discusiones.

El llanto débil, como un murmullo, de una niña se empezó a oír de fondo, y, a continuación, una tos seca.

Un detalle este que a Julián no se le pasó por alto.

—Mala tos.

—Mi hija, que cogió frío y no levanta cabeza.

Amelia vio en la situación una oportunidad para hacer el bien tanto como para poder convencer al hombre de que les diera cobijo.

—Mi marido sabe curar enfermedades.

—Mi hija no le necesita. Rezamos todos los días para que sane. Dios cuidará de ella.

Una voz se oyó desde el fondo:

—Tal vez Dios no baste, esposo. La tocas y quema.

Julián, preocupado, dio un paso al frente.

—Dejadme verla.

El hombre miró a su mujer, que estaba a punto de echarse a llorar.

—Te lo ruego... —le pidió ella.

Su esposo asintió y miró a Julián.

—Podéis ir —accedió.

—Acompañadme —casi suplicó la mujer al enfermero, y ambos se dirigieron hacia donde se encontraba la niña.

El hombre se volvió hacia Amelia para negociar:

—Mientras su marido ve a mi hija, decidme: ¿cuánto podéis pagarme?

Alonso le miró con odio. Ese tipo era una oda a la ingratitud. Sin duda, le habría partido la cabeza en dos con mucho gusto.

Amelia pensó lo mismo.

Pero no estaban en condiciones de ser muy exigentes.

Y empezó a negociar.

III

—Un puto establo... Logro que su hija no se muera esta misma noche y nos da un puto establo...

Julián estaba indignado.

—¿Cuánto le has pagado?

—La mitad de lo que traíamos.

—Joder, pues con lo que ha subido el IPC desde este siglo a 2016, nos saldría más barato dormir en el Ritz.

Una gallina cacareó, no se sabe si para darle la razón o para que se callara y la dejara dormir.

No era el único animal que los acompañaba. Otras gallinas y un par de bueyes estaban tan incómodos como ellos. Al fin y al cabo, esos eran sus

aposentos y no los de los tres bípedos con cara de amargados. Y menos del que no paraba de quejarse.

Alonso callaba.

Amelia preguntó a Julián por la niña.

—Estaba ardiendo. Le he dado paracetamol y le he inyectado un antibiótico mientras su madre iba a por agua para ponerle unos paños por todo el cuerpo. Mañana volveré a verla. Si pasa esta noche, todo irá bien.

Amelia le dio las gracias.

Alonso seguía callado.

La gallina volvió a cacarear.

Alonso por fin habló.

—Es hora de dormir.

IV

Dos horas después los tres seguían con los ojos tan abiertos como una farmacia de guardia. Ni Alonso, tan disciplinado en esas facetas, había logrado conciliar el sueño.

—Amelia...

—¿Sí?

—Habladme de Bernardo del Carpio.

—Estoy intentando dormir... —se quejó Julián—. Si nos ponemos a hablar...

—Yo tampoco puedo dormir —replicó el soldado—. Por eso quiero saber de ese caballero. Al fin y al cabo, vamos a visitar su castillo. Y probablemente sea quien tiene preso a Elías Sotoca.

—¿Crees que de verdad es una llamada de auxilio? —preguntó Amelia.

—Lo creo firmemente. Si Sotoca es tan buen agente como nos contó Ernesto y ha roto sus lazos con el Ministerio, ¿para qué nos haría llamar? Nadie sabía de él. Podría ser feliz en una época que conoce como la palma de su mano. Necesita ayuda. Estoy seguro.

—Ya. Y piensas que el gran Bernardo es quien le tiene retenido —apostilló Julián.

—¿Quién iba a ser si no?

Amelia estaba pensando en todo lo que sus compañeros decían.

—¿Qué pensáis vos, Amelia?

—Que todos los lugareños a los que hemos enseñado el retrato de Sotoca han mostrado temor al verlo.

Alonso se reafirmó en su teoría:

—Porque es un hombre perseguido por el señor del castillo y si muestran simpatía por él... O si quisieran ayudarle... Temen correr la misma suerte que él.

—No está mal pensado —reconoció Julián.

—Contadme todo lo que sepáis de Del Carpio —insistió Alonso a Amelia.

La joven respiró hondo y empezó avisando que la historia iba a ser larga. Como a Alonso eso no parecía importarle mucho, comenzó el relato:

—No se sabe lo que es leyenda y lo que no... Porque si todo lo que se escribió de él es cierto, se trata de un héroe. Pero si todo es invención, estamos ante un don nadie. Y los mejores historiadores que conozco prueban que es invención.

—Entonces contadme la leyenda.

—Hay varias... Se dice incluso que era de origen franco y formaba parte del ejército de Carlomagno... Pero la leyenda mejor estructurada afirma que era hijo de don Sancho, conde de Saldaña, que dejó embarazada a Ximena, hermana del rey Alfonso II el Casto.

—No me quiero imaginar por qué le llamaban así —bromeó Julián.

—¿De dónde era rey ese gznápiro?

—De Asturias. Encerró al padre de Bernardo y confinó también a su hermana en un convento. Nunca les perdonó por haberse casado en secreto, y porque ella quedó embarazada sin pasar antes por la iglesia.

—O porque era menos «casto» que él... —dijo Julián—. Siempre que a alguien se le llama así es que es impotente o reprimido. Una de dos.

Alonso asintió. Luego, miró a Amelia:

—Y ¿qué pasó con el niño?

—¿Con Bernardo? Alfonso el Casto lo educó como un caballero y se convirtió en el mejor guerrero del reino. Cuando supo de la triste vida de su padre, al que ni conocía, rogó por él. El rey siempre le hizo falsas promesas de que lo liberaría para que su sobrino siguiera luchando con la misma fuerza.

—Le puso una zanahoria a la mula para que corriera tras ella.

—Exacto. Solo que nunca la alcanzó. Cuando Bernardo pudo conocer a su padre, este ya estaba muerto.

—Casto pero cabrón —sentenció Julián.

—Según la leyenda de Bernardo, sí... Según otras fuentes más fidedignas, se sabe que casto era, pues ni tuvo relaciones con la reina ni, por lo tanto, descendencia. Pero también que inició la Reconquista, fundó Oviedo y fue clave para la unión de los reinos, y también que fue el fundador del camino a Santiago desde Asturias...

Alonso quedó admirado.

—Retiro lo de gznápiro... Pero seguid contando la leyenda de Bernardo, os lo ruego. ¿Qué pasó tras la muerte de su padre?

—Aspiraba a la corona como sobrino del rey. Pero no la consiguió. Pidió retirarse a su castillo de Saldaña para llorar los reveses de su fortuna.

Alonso estaba impresionado.

—Será una leyenda, pero es una historia muy hermosa, a fe mía.

Julián bostezó.

—¿Podemos dormir un ratito, por favor? Que por lo que nos ha costado el hotelito, es lo mínimo que podemos hacer.

Todos se recostaron en sus jergones de paja para intentar dormir.

Sin embargo, Alonso siguió sin pegar ojo.

V

Las maderas del establo estaban mal ensambladas. Mil rendijas permitían que el frío pasara. Cuando amaneció, también penetraron por ellas las primeras luces del día.

Alonso las recibió despierto, alegrándose de que el sol hiciera acto de presencia.

Miró al lado. Sus compañeros aún dormían, pero él necesitaba levantarse; lo poco que había comido le estaba revolviendo el estómago y necesitaba expulsarlo. Agarró su bolsa (nunca se separaba de sus armas) y salió con sigilo para no interrumpir el sueño de Amelia y Julián.

Una vez fuera del establo, se perdió entre una arboleda y alivió su estómago y su espíritu. Luego cogió unas hojas y se limpió. Echó de menos el papel higiénico de su apartamento. «Me estoy volviendo un blando», se dijo a sí mismo.

Apenas había dado dos pasos de vuelta al establo cuando oyó voces, las de Amelia y Julián. Aceleró y buscó un sitio donde observar lo que estaba pasando. Desde la lejanía, contempló rabioso cómo un grupo de hombres uniformados los sacaban del establo; fuera los esperaba el tipo al que habían pagado tanto por tan ruin aposento.

Los soldados maniataron a sus compañeros y se marcharon, no sin antes dar una bolsa —supuso que con monedas dentro— al traidor.

En un principio, Alonso pensó en ir a salvar a Amelia y Julián, pero contó hasta doce hombres. No era problema que fueran tantos, ya que en su zurrón tenía armas modernas con las que podría haber acabado con ellos en un santiamén. Pero sus amigos estaban amenazados, ella por una daga y él por una espada de la que además había recibido un buen mandoble. No podía acabar con los enemigos sin que sus compañeros murieran.

Dolido, Alonso vio cómo se los llevaban. Pese a su sufrimiento, sonrió levemente cuando oyó a Julián llamar *hideputa* al hombre a cuya hija había ayudado la noche anterior. Estaba creando escuela en pleno siglo XXI, pensó.

Y esperó hasta que llegara el momento de salir de su escondrijo sin que le descubrieran.

Mientras lo hacía, solo pensó en dos cosas: en la suerte que iban a correr sus

compañeros y en cómo iba a matar al que los había vendido.

Sin duda sería una muerte lenta y dolorosa. Lo juró por su hijo.

VI

Estaba el traidor valorando su nuevo carro.

—No nos vendrá mal —dijo satisfecho—. Eso sí, la mula es más vieja que el Antiguo Testamento. La sacrificaré.

Su esposa le miraba seria.

—¿Qué te pasa, mujer?

—Nos ayudaron. Ese hombre al que has vendido salvó a nuestra hija anoche.

—Nuestra hija vive porque Dios quiere que viva. ¿Acaso crees en magos?

—Si ese hombre era un mago, bendito sea. Y si has de pagar por lo que has hecho, bien te estará.

La mujer vio llegar a Alonso a las espaldas de su marido. El campesino se dio cuenta de ello y se volvió: el de los Tercios se acercaba a él sin prisas. Rápidamente, cogió su garrote para defenderse.

—Venid... Que os estoy esperando... Así me pagarán más cuando vengan del castillo.

Alonso dio un alarido y se abalanzó hacia el traidor. El gordo se defendió con una agilidad inesperada, resistiendo el primer ataque. Luego intentó dar un garrotazo a Alonso, quien lo esquivó con destreza.

El segundo embate de Alonso fue definitivo. Con un pie hizo trastabillar al campesino, y con su puño derecho le mandó a tierra. Luego sacó su daga y se la puso en el cuello.

—Vais a pagar por esto, *hideputa*. ¿Dónde los han llevado?

Al hombre le faltaba el resuello. Alonso insistió:

—Vos decidís: una muerte rápida si habláis o una muerte lenta si no lo hacéis. Porque mataros os voy a matar igual.

—Al castillo... Se los han llevado al castillo.

—¿El del conde de Saldaña?

—Sí... Don Bernardo del Carpio.

—Espero que os sirva vuestro dinero en el infierno, porque aquí no vais a tener tiempo de gustarlo...

Alonso alzó su daga para atravesarle el corazón... pero el llanto de una niña lo impidió. El soldado miró por el rabillo del ojo y la vio: tenía unos cinco años y apenas vestía con un camisón. En verdad que Julián era un buen médico. Y si él había salvado a esa niña, no iba a matar a su padre. Y menos delante de ella.

Acercó su daga a la mejilla del hombre y le marcó con el filo.

—Cuando cicatrice esta herida, acordaos de mí. Del hombre que os perdonó la vida. Y procurad no volveros a encontrar conmigo. La próxima vez no tendréis

tanta suerte.

VII

Sin noticias de la patrulla, Salvador ordenó a Ernesto que los llamara.

Ernesto hizo un gesto de desaprobación.

—Si el teléfono suena delante de testigos, los pondremos en un aprieto — advirtió.

—Me da igual —replicó el subsecretario—. Quiero saber que están vivos... Además, Amelia es lista. Tendrá quitado el sonido del móvil.

Ernesto llamó.

El teléfono de Amelia no estaba silenciado y sus timbrazos alertaron a los hombres que escoltaban a la joven y a Julián al castillo de Saldaña. Uno de ellos bajó del caballo y buscó de dónde salía el sonido. Metió su mano bajo el vestido de Amelia y encontró el móvil.

—¡Sois una bruja! —gritó, y la abofeteó.

Julián intentó defenderla, pero solo consiguió un puñetazo en el estómago que le dejó doblado.

—No contestan —anunció Ernesto.

Salvador guardó silencio, temiéndose lo peor.

VIII

A Alonso no le costó mucho localizar la expedición.

Sin duda, los que habían detenido a sus compañeros no tenían nada que ocultar, pues obedecían al señor de esas tierras. Por no tener, no tenían ni prisa, ya que los jinetes no exigían a sus caballos ninguna urgencia. Era un alivio, pues Julián y Amelia no habían tenido la suerte de que los subieran a montura alguna. Iban andando, unidos por una soga a sendos jinetes.

Alonso esperó a que se detuvieran. Entonces oyó sonar el móvil de Amelia.

—Mierda —musitó.

Después vio cómo la insultaban y la abofeteaban. Y luego cómo Julián caía a tierra después de recibir un puñetazo de uno de los soldados.

Impotente, intentó dominar su rabia. Atacar ahora seguía suponiendo un peligro para Amelia y Julián. Pero su jefa era Amelia y, a su manera, quería saber su opinión.

Sacó del zurrón un espejito y logró deslumbrar a la joven con el reflejo del sol.

De inmediato, Amelia miró hacia Alonso de soslayo y negó levemente con la cabeza.

Luego, la comitiva siguió su camino.

Amelia se acercó a Julián.

—Alonso vigila.

—¿Cómo lo sabes?

—Me ha hecho señales con un espejo. Y yo le he hecho un gesto para que no interviniera.

—¿Por qué? Te han abofeteado y yo me he llevado una buena hostia.

—Tenemos que cumplir la misión y estos hombres nos están ayudando a entrar en el castillo, que es donde queríamos ir. Además, si hubieran querido matarnos, ya lo habrían hecho. Y lo harán si Alonso ataca.

El jefe del grupo se acercó a los agentes a trote lento.

—¡Silencio!

Ellos obedecieron y siguieron caminando.

Dos horas después llegaron al castillo. Sus captores tuvieron el detalle de subirlos a sendos caballos, pues el castillo estaba en lo alto de una loma tan escarpada que difícilmente hubieran podido aguantar el paso de los caballos. No había duda: querían llevarlos vivos ante su señor.

Justo en las puertas, los obligaron a bajar de las monturas.

—El castillo de Saldaña. Ahora apenas quedan unas ruinas de él —dijo Amelia.

—Pues este de aquí está intacto. Y con bicho dentro —comentó un cada vez más desesperado Julián.

A lo lejos, Alonso vigilaba con unos prismáticos. Cabeceó. Dentro del castillo, el rescate de sus compañeros iba a ser más complicado todavía.

IX

—Es maravilloso.

Julián no se lo podía creer. Habían sido apresados, atados y golpeados y Amelia miraba embelesada el salón del castillo y sus tapices.

—¿El qué es maravilloso, Amelia? Joder, que nos van a matar. Eso si antes no nos hacen disfrutar de torturas medievales, que aquí están más de moda que nunca.

—Soy historiadora. He pasado horas y horas estudiando esta época y me imaginaba estar dentro de castillos que en mi época ya eran ruinas. Ahora estoy en uno de ellos.

Volvió a contemplar la estancia con una sonrisa.

—En el siglo VI ya existía aquí una fortaleza, en el alto de La Morterona. En ella se refugiaban los nobles cántabros de los visigodos. Pero no pudieron con ellos. Aquí puso sus pies Leovigildo.

—Me alegro.

—Luego —continuó Amelia— lo tomaron los árabes, tras la conquista de

Guadalete...

El repaso histórico de Amelia se vio interrumpido por la voz de un criado:

—¡Abrid paso al conde de Saldaña!

Julián miró a Amelia.

—Y ahora vamos a conocer a su inquilino actual, Bernardo del Carpio.

Efectivamente, le conocieron, pues el conde no tardó en entrar acompañado de dos guardias.

Sus caras al verle fueron de estupefacción. Era Elías Sotoca.

Tenía el rostro avejentado por el paso de los años, pero en sus ojos lucía la misma viveza que en la fotografía que habían visto en el despacho de Salvador. Solo había cambiado su pelo, ahora una melena larga en la que el moreno de sus cabellos se había vuelto grisáceo.

Elías Sotoca —ahora Bernardo del Carpio— se acercó a ellos y sonrió. Luego ordenó a sus hombres que los desataran y les dejaran solos.

Un guardia le advirtió del peligro que podía correr al quedarse a solas con los reos: ella era una bruja que tenía ingenios que hacían extraños ruidos. Elías volvió a ordenarle que se fuera si no quería que le propinara un mandoble.

Una vez solos, Elías los miró de arriba abajo.

Julián, de puro pánico, no pudo evitar soltar una broma:

—¿Qué? ¿Te gustamos?

—Más ella que tú.

—En eso estamos de acuerdo. A mí también me gusta más ella que tú.

Elías le miró serio.

—¿Desde cuándo reclutan en el Ministerio a payasos? Una broma más y hago que te arrojen desde una almena, gilipollas.

Julián consideró que era una oportunidad estupenda para callarse.

—No os conozco. ¿Hace cuánto que estáis en el Ministerio?

—Poco más de dos años —respondió Amelia.

—Erais tres. ¿Dónde está el que falta?

Los dos callaron. Sotoca no parecía muy preocupado.

—Bueno, y a lo encontraré. Sentaos, por favor.

Amelia y Julián obedecieron mientras Elías tomaba asiento frente a la pareja.

—¿Qué? ¿Ha vuelto el Madrid a ganar la Copa de Europa?

—Sí —respondió Julián.

—Mierda.

El enfermero le miró extrañado.

—Es que yo soy del Barça. Desde Cruyff —se explicó Elías.

Julián y a no pudo contenerse más:

—Mira, no me levanto y te doy una hostia porque estoy seguro de que a cambio tú me das veinte. Pero ¿se puede saber que está pasando aquí?

Amelia intentó calmar a su compañero:

—Julián, por favor.

Sotoca hizo un gesto con la mano para que la joven mantuviera la calma.

—No pasa nada, tranquila —dijo amablemente—. Deja a Julián que hable.

Por cierto, soy un maleducado, ¿cuál es tu nombre?

—Amelia Folch.

—Apellido catalán.

—Soy catalana, como tú.

—Sí..., pero soy hijo de gallegos. Y eso marca lo tuyo.

Elías sonrió mirando a Amelia.

—*De quina època ets?*

—*De finals del segle XIX.*

—*Parles un català preciós.*

—*El teu tampoc està malament.*

—*Últimament el practico poc, la veritat. És un plaer poder fer-ho. I més amb una dona tan bonica com tu.*

Julián estaba atónito.

—Un momento... ¿Qué pretendes? ¿Ligar con mi compañera?

—No es mala idea... Aunque no haría nada que pudiera molestarla. Soy un caballero, nunca mejor dicho. Y un conde. Tengo que comportarme como tal...

—Pero tú no eres Bernardo del Carpio. Eres un impostor.

A Elías no le gustó el tono de Julián.

—Elías Sotoca ya no existe. Soy Bernardo del Carpio.

Julián miró a Amelia alarmado.

—Era una trampa. Y estamos en manos de un loco.

—No estoy loco. Sencillamente, he venido a una época en la que las cosas son sencillas y nobles. No como en el Ministerio. ¿Sigue Salvador al mando?

—Sí —respondió Amelia.

—Vaya pájaro. Supongo entonces que seguirán Irene y Ernesto.

—Así es.

—Una traidora y un picha floja servil. Vaya trío. Ni los Tres Sudamericanos...

—Son nuestros compañeros —replicó Amelia, saliendo en su defensa.

—No os fieis de ellos. Bueno, tampoco vais a volver a verlos, así que de nada os va a servir este consejo.

—¿Cómo que no vamos a volver? —preguntó Julián—. Claro que vamos a volver. Y contigo. Recibimos tu llamada de socorro, tu mensaje en la botella. Venimos a sacarte de aquí.

—No era una llamada de socorro.

—Entonces ¿qué era? —quiso saber Amelia.

Elías la miró con dulzura.

—Hay tiempo para que lo sepáis. Esta misma noche he organizado una cena en vuestro honor. Espero que no seáis vegetarianos.

Luego se levantó de su silla.

—Haré que os lleven a vuestros aposentos. Podéis pasear por el castillo sin problemas. Pero no hagáis ninguna tontería.

Y salió dejando atónitos a Julián y a Amelia.

—Está como las maracas de Machín —observó el enfermero.

Amelia puso cara de no entender lo que decía, pero no hubo tiempo de más explicaciones, pues un séquito de criadas y guardias entraron para conducirlos hasta sus aposentos.

X

Fuera del castillo, en un bosquecillo cercano, Alonso estaba pensando en un plan seguro para acceder a él. Sin duda, iba a ser más difícil el rescate dentro de la fortaleza que en campo abierto.

Se maldijo. Tenía que haber actuado antes. Ahora, quién sabe si Amelia y Julián seguían vivos. Solo le daba esperanza el hecho de que los llevaran vivos al castillo. Si la orden era darles muerte, los habrían ajusticiado en el mismo establo. Por eso Amelia le hizo el gesto de que no atacara cuando la había deslumbrado con el espejo.

Alonso pensó en ella. Cuando llegó al Ministerio no podía entender que fuera una mujer quien le mandara. Ahora lo comprendía perfectamente. Era inteligente. Más que nadie que él hubiera conocido jamás. Pese a ser una dama, tenía la templanza de un soldado. Le relajaba estar a sus órdenes. Amelia pensaba y él actuaba. Pensar le ponía nervioso. Seguro que tanto como a Amelia tener que actuar en determinadas situaciones. Para eso estaba él.

Solo que ahora, para actuar, tenía que pensar. Y, efectivamente, se estaba poniendo nervioso.

De repente, oyó unos gritos de mujer:

—¡Por favor! ¡No me hagáis daño!

Y, a continuación, el sonido propio de rasgar una sábana. Una tela. Lo conocía de cuando la guerra; era el paso previo a practicar un torniquete. Pero por los gritos, más que del intento por salvar una extremidad, se trataba de una agresión.

«¿Qué más me puede ocurrir en esta jornada?», pensó mientras se levantaba. En el siglo IX no habría televisión, pero era difícil aburrirse.

Se dirigió al lugar de donde provenían los gritos. Tras los ruegos, vinieron los noes. Ahora solo escuchaba el llanto de la mujer.

Con cuidado de no ser visto, echó un vistazo: en un claro del bosque, rodeado de árboles y follaje, una joven de no más de dieciséis años estaba en el suelo. Sus ropas estaban hechas jirones y mostraba sus pechos, además de estar desnuda

desde la cintura hasta los pies.

La rodeaban tres hombres vestidos de manera parecida a los que habían apresado a Amelia y Julián. Dos estaban situados a su espalda y la agarraban de los brazos. El otro ya se estaba bajando las calzas.

Tenía que actuar rápidamente. Y no se le ocurrió otra cosa que silbar y cambiarse a toda velocidad de sitio.

Los hombres pararon en su actitud, lo que aprovechó la muchacha para liberarse y ponerse en pie. Pero no fue por mucho tiempo, pues una bofetada volvió a derribarla. Luego se despreocuparon de ella: un nuevo silbido, ahora emitido desde otro lugar, les hizo sentirse rodeados.

—Por aquí —dijo uno de ellos mientras se colaba entre el follaje, espada en mano.

Desapareció y no volvió a aparecer. Alonso le degolló al instante.

Los otros dos le llamaron.

—¡Sancho! ¡Sancho!

Sancho no respondió.

Con precaución y arma en ristre, se acercaron al lugar por donde había marchado su compañero. No habían dado ni dos pasos cuando uno de ellos vio llegar una daga hacia sus ojos. No pudo esquivarla.

El que quedaba vivo de los tres no supo si dar un paso al frente o huir en la dirección contraria. No hizo ni una cosa ni la otra: eligió agarrar a la joven semidesnuda y utilizarla como escudo.

Empezó a oír silbidos de un lado y de otro, lo que le obligó a dar vueltas sobre sí mismo, con la muchacha bien sujeta y su daga en el blanco cuello.

Aun así, no previno que la joven tomara la iniciativa. Utilizando el puño, golpeó las partes bajas de su captor y aprovechó para zafarse.

Alonso supo que era el momento de atacar y salió de los arbustos espada en mano. Sus ojos estaban encendidos como siempre que se convertía en una máquina de matar.

—Demostradme ahora lo macho que sois, *hideputa*.

Pese al insulto, tuvo la condescendencia de permitir a su enemigo que empuñara su espada. Alonso notó que le temblaba la mano y sonrió.

Su oponente no lo hizo. Decidió, en cambio, que tal vez era momento de negociar.

—Dejadme escapar.

—No.

—Os juro que no os perseguiré... Que no daré aviso de vos.

—Os voy a matar. Y ¿sabéis por qué?

El hombre miró a la joven.

—¿Es familia vuestra?

—No. Pero no necesita serlo para que la salve de ser humillada. Esa es una

de las razones por las que os voy a matar. La otra es porque sois de mi talla.

Y, dicho esto, fue a por él. Su enemigo apenas pudo cubrirse con el primer mandoble. Con el segundo, perdió su espada. Con el tercero, lo que perdió fue la cabeza.

Alonso miró a la muchacha.

—Cubrios.

Pero ella, antes de hacerlo, le abrazó.

—¡Un ángel! ¡Sois un ángel!

El soldado de los Tercios mudó el gesto. Las palabras de esa chica le recordaron a Blanca cuando la salvó del maltrato de su nuevo marido haciéndose pasar por un fantasma, como en *Don Juan Ténorio*.

Luego miró a su alrededor. Acababa de matar a tres hombres. Si era un ángel, era el ángel exterminador, no cabía duda.

—No soy ningún ángel. Cubrios, os lo ruego.

Ella empezó a vestirse mientras Alonso desvestía a su última víctima.

—¿Queréis que os acompañe a casa?

La tristeza se reflejó en la cara de la joven.

—Ya no tengo casa. Mis padres y mis hermanos han muerto. Mi casa fue quemada. No tengo a nadie.

Alonso sintió pena por ella, pero pronto cambió su ánimo por la sorpresa cuando escuchó las siguientes palabras:

—Solo os tengo a vos.

Eso era lo último que necesitaba Alonso, una acompañante. De todos modos, no era cuestión de dejarla sola en esos lugares. Era un nuevo problema, pero ya lo resolvería a su tiempo.

—¿Cómo os llamáis?

—Berenguela. ¿Y vos?

—Alonso.

Se oyó un relincho de caballo. Alonso sonrió.

—¿Por qué sonreís?

—Estos benditos nos han hecho un regalo precioso: sus caballos —respondió mirando los cadáveres.

XI

Ya era de noche cuando Julián y Amelia fueron llevados al salón de convites. Allí encontraron a Elías, esperando delante de una gran chimenea. Mientras tanto, había abierto sus zurrones y hatillos. Ante sí tenía el botiquín de Julián.

—Me vendrá bien —dijo—. Aquí cuando sopla el viento del norte, catarro seguro.

Julián reaccionó de inmediato:

—No toques mis cosas.
—Ahora son mías. ¿Eres médico?
—Enfermero. Del SAMUR.
—¿Época?
—Me reclutaron en 2014.
—Un enfermero del siglo XXI aquí es Ramón y Cajal.
Julián empezó a ponerse nervioso.
—¿Te importaría soltarnos?
—Aún no. Vamos a ver todos los juguetes que traéis. Me siento como un niño en la noche de Reyes.
Siguió cotilleando y dio con su fotografía.
—Qué putada envejecer. Con lo que yo era...
Luego encontró el retrato de Velázquez.
—¿Velázquez?
Amelia asintió.
—Prefiero a Goya.
Elías siguió refitoleando hasta que descubrió el mapa.
—¿La puerta es ese chamizo junto al río?
—Sí. ¿No la conocías?
—No. Yo entré por una que hay al lado de Covadonga.
Luego cogió el móvil intertemporal y lo arrojó al fuego.
—¿Estás loco? —le espetó Julián.
Amelia, de repente, lo entendió todo.
—No era una llamada de socorro. Querías que viniéramos para quedarnos, ¿verdad?
—Exacto.
Sotoca dio unas palmadas y la puerta se abrió. Dos guardias la flanquearon y empezaron a entrar criados y criadas con bandejas de comida. Cochinillos, patos, liebres, fruta...
A continuación, se acercó a uno de los guardias y le mostró el mapa.
—Aquí hay un chamizo. Quemadlo.
Amelia y Julián entraron en pánico.
—¡No puedes hacer eso! —suplicó la joven.
—Y ¿por qué no? Lo mismo hice con la puerta por la que vine.
Elías les hizo un gesto para que se sentaran a la mesa y les sonrió como el mejor de los anfitriones.
—Es hora de cenar.

Eliás Sotoca, ahora se acababa de dar cuenta de que Berenguela no era una excepción.

La noche se les había echado encima y Alonso había decidido acampar. Tenían todo lo necesario para no pasar frío: los soldados muertos ya no necesitaban ni sus pellizas ni sus caballos, y una pequeña hoguera les calentaba lo suficiente.

—Bernardo del Carpio es inmortal.

Alonso miró a la joven sonriendo.

—Nadie lo es, os lo aseguro. ¿Le habéis visto alguna vez?

—Todos le conocemos por estos parajes. Gusta de venir a vernos cuando no le damos la cosecha o nuestros animales.

—Decidme cómo es.

—Pelo gris. Fuerte. Maneja la espada tan bien como la palabra. Y tiene una mirada que atraviesa cuando se posa en ti.

Alonso se quedó pensativo. Eso mismo había sentido él cuando vio la foto de Eliás Sotoca.

De repente, oyó ruido de galope. Apagó de inmediato la hoguera y ordenó a la muchacha que estuviera callada.

Luego fue a mirar quién llegaba.

Una comitiva de media docena de jinetes pasó de largo frente a él. Los dos que encabezaban la marcha llevaban sendas antorchas que iluminaban el camino.

Iban hacia el río.

XIII

La comida reposaba en las bandejas casi intacta. Solo Eliás comía como si tal cosa.

—Disculpad que no haya a tenedores, pero es que aún no se han inventado.

Julián y Amelia callaron. Sabían que por mucho que Alonso se afanara, solo podría liberarlos de Sotoca, pero ninguno de los tres volvería a salir del siglo IX.

Eliás seguía comiendo con absoluta despreocupación, desmigando la carne con los dedos.

—Por lo que veo, soy el único que tiene apetito aquí —comentó.

Tras engullir un bocado, les demostró su conocimiento del Ministerio.

—Tú eres la inteligencia y eres mujer —dijo mirando fijamente a Amelia—. Eres la jefa de la patrulla. —Luego, dirigiéndose a Julián, añadió—: Y los que curan no matan.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó el enfermero.

—Pues que el tercero que falta debe de ser el soldado. ¿De qué época es vuestro compañero?

Amelia decidió dar conversación a su anfitrión. Tal vez así lograría saber algo que le fuera útil para escapar de él.

—1570. Es soldado de los Tercios de Flandes.

—Entonces es un buen soldado.

—Cuéntanos tu historia.

—Por supuesto. ¿Cómo podría negarme viniendo la pregunta de una mujer tan guapa?

Elías empezó a contar cómo había llegado hasta allí:

—Tras la rebelión de Leiva decidí que el Ministerio no estaba hecho para mí. Maltrata a sus agentes. Los obliga a salvar a unos auténticos gilipollas cuyo mérito es salir en los libros de Historia, y en cambio les impide hacer nada por sus familias.

A Julián le sonaba ese cuento.

—Entonces ¿por qué no ayudaste a Leiva? ¿Por qué huiste?

—Porque supe que Irene le iba a traicionar. Y porque Ernesto dio un paso atrás cuando había prometido que iba a estar de nuestro lado. Sin él, la derrota era segura por mucho que nos manifestáramos. Maneja todos los hilos del Ministerio.

Julián y Amelia se miraron de reojo; estaban aprendiendo una lección que no sabían.

—Cuando Leiva decidió usar la fuerza, preferí dejarlo. Le avisé antes, eso sí. Por cierto, ¿qué es de él? ¿Sigue en el castillo de Loarre?

Sus invitados callaron.

—¿Qué le ha ocurrido?

Julián fue quien respondió:

—Escapó. Organizó una masacre en el siglo XVIII.

Elías sonrió.

—Atacó el Ministerio de 1844, el día en que Isabel II fue a visitarlo de niña.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo le di la idea. Dije que teníamos que hacer eso mismo, no ir de frente contra el Ministerio. Pero Leiva creyó que Irene y Ernesto estaban de su parte. Imbécil... Siempre fue un romántico.

Amelia sintió que un escalofrío recorría su espalda: la amabilidad de Elías era mero cinismo, y su crueldad podía llegar a donde ella no era capaz de imaginar. Se volvió hacia Julián y vio que este había bajado la mirada, preocupado. Ella no lo estaba menos, pero decidió seguir dándole conversación a su anfitrión y, a la vez, raptor.

Elías continuó preguntando por Leiva:

—Acabó mal, ¿me equivoco? Porque si no, no estaríais vosotros aquí ni Salvador seguiría al frente del Ministerio.

—Sí. Acabó mal —respondió Julián.

Tras un silencio, Amelia tomó la iniciativa:

—¿Por qué decidiste venir a esta época?

—Aquí es todo más simple. Y la conocía a la perfección. Viví el sitio de Zaragoza de Carlomagno. El pre-Napoleón. Quedé malherido y tuve que quedarme allí un año. Aprendí la forma de hablar, las costumbres... Hasta que el Ministerio tuvo a bien sacarme de allí. Me pasé meses dejando mensajes de socorro. Debían de tener cosas más importantes que hacer que salvar a uno de sus mejores agentes.

El resentimiento cada vez que el Ministerio salía a relucir era evidente.

—Luego estudié un poco de Historia. Y vi que había un personaje que todos decían que era leyenda. Entonces pensé: ¿no se ocupa el Ministerio de que no cambie la Historia? Pues yo voy a convertir una leyenda en Historia. Con dos cojones. Así que dentro de siete meses me tengo que cargar a Roldán en Roncesvalles. Vengo del futuro con el guión de un personaje inventado que yo hago real. Mola, ¿no?

Julián estaba asombrado, a su manera. Elías Sotoca estaba llevando a cabo la venganza perfecta.

—¿Sabéis que cuando venga Carlos I de España y V de Alemania visitará mi sepulcro?

—No. Pero me gustaría saber por qué cojones nos has traído hasta aquí —le replicó Julián.

No fue Elías quien contestó, sino Amelia:

—Porque se siente solo.

Por primera vez, Elías se sintió débil.

Sin duda las palabras pueden herir más que la espada más afilada.

XIV

Pese a ser noche avanzada, Salvador estaba aún en su despacho. La situación era de alarma total ante la falta de noticias de la patrulla. Por eso, ni Irene ni Ernesto aceptaron la oferta del subsecretario para que se fueran a casa a descansar; si él se quedaba, ellos también.

Esa decisión posibilitó que estuvieran los tres presentes cuando saltó la alarma antiincendios del Ministerio. Ocurrió justo cuando se encontraban diseñando una estrategia de choque para intervenir en ayuda de la patrulla de Amelia. Veinte hombres fuertemente armados entrarían para rescatarlos. Y Ernesto iría al mando.

El humo acabó con el plan. Porque donde hay humo, hay fuego. Y el fuego, que se había propagado por un pasillo de las puertas, había entrado en el edificio justo por la misma que habían traspasado Julián, Alonso y Amelia en busca de Elías Sotoca.

Si hubieran podido atravesarla ellos, se habrían encontrado a los hombres de Bernardo del Carpio (en realidad, Elías Sotoca) quemándola y dejándola inservible.

La patrulla estaba perdida. La puerta más cercana estaba a veinte años de ser creada. No tenían agentes que pudieran servir de enlace a Amelia y los suyos.

Salvador dio un puñetazo encima de la mesa.

De repente, en medio de la desesperación, una bombilla se iluminó en su cabeza. No era seguro, pero había una posibilidad de rescatar a la patrulla. Y esa posibilidad pasaba por Lola Mendieta. Ella sabía de puertas que el Ministerio desconocía.

Salvador había intentado que se las diera tras la misión en la que la patrulla había salvado la colección de arte de Felipe IV (para la Historia, arrasada por el fuego del Alcázar de Madrid en época de Felipe V). Lola se negó, aunque a cambio había descabezado Darrow con la más absoluta sangre fría.

Había llegado la hora de llamarla. Y si tenía que humillarse ante ella, lo haría.

XV

Alonso estaba hundido. Delante de él tenía el chamizo humeante.

Había decidido seguir junto a Berenguela a la comitiva de soldados que iban hacia el río. Cuando la vio, su intuición le avisó de que algo grave pasaba. Ahora que veía la puerta destrozada, acabó de venirse abajo.

—Nunca volveremos a casa.

Berenguela no entendió sus palabras.

—¿De dónde sois?

—La cuestión es, más bien, de cuándo soy. Pero esa es una historia demasiado larga de contar. Hay que dormir. Mañana será un día muy duro.

—¿Más que el de hoy?

Alonso la miró con ternura. Sin duda, la joven podría presumir que para jornada difícil, la que ella había vivido hoy: a punto de ser violada y salvada por un hombre que aún no había nacido, pues su siglo de origen era el XVI. Ese era el resumen. Solo que de la segunda parte del mismo, mejor que no supiera nada.

Como también era mejor, para que durmiera tranquila esta noche, que no supiera la razón del temor de Alonso al día que estaba por venir. Había decidido conocer en persona a Bernardo del Carpio. Y ya no tenía dudas: era Elías Sotoca.

Si ya lo intuyó cuando Berenguela le habló de « esa mirada », el hecho de quemar la puerta del tiempo significaba que Sotoca les había tendido una trampa. Y habían caído en ella. Como bobos.

Alonso lo disimulaba, pero el corazón le latía a una velocidad insoportable. Tanto, que le retumbaban las sienas como cuando en los Tercios de Flandes esperaba la batalla definitiva del día siguiente. Hasta ahora, él había sobrevivido a

todas ellas, pero las encaraba como si fuera el último día de su vida.

Ahora sentía lo mismo.

XVI

Quienes ya tenían esa certeza —Amelia y Julián— no estaban menos desesperados.

Elias había decidido dar por concluida la cena en cuanto Amelia había diagnosticado la enfermedad que padecía: una terrible soledad.

Tenía el poder: era el señor del castillo de Saldaña; iba a pasar a la Historia. Pero en el fondo echaba de menos la compañía de gente con la que poder hablar. Contar su vida y que le entendieran. Por eso había urdido la trampa, para atraer a una patrulla del futuro. Una trampa que había dado sus frutos más allá de lo esperado.

Cuando había escrito en el códice del Beato de Liébana que estaba atrapado, no esperaba que acudiera en su auxilio una mujer como Amelia. En silencio, le daba las gracias a Salvador. Probablemente, pensó, haría un nuevo viaje a Burgos, a lo que siglos después iba a ser el monasterio de Santo Domingo de Silos, para volver a garabatear sobre el códice.

« Gracias, Salvador Martí. Me has regalado una buena esposa », escribiría.

XVII

Amelia y Julián fueron separados de camino a sus aposentos.

Mientras tanto, a unos pocos kilómetros del castillo, Berenguela y Alonso no fueron muy lejos a dormir. Lo suficiente para que no les llegara el olor a madera quemada.

Él aún estaba intentando conciliar el sueño cuando notó que Berenguela se acurrucaba a sus espaldas. Alonso se volvió hacia ella, espantado: estaba como su madre la había traído al mundo.

—¿Qué hacéis?

—Tengo frío.

La muchacha cogió la mano de Alonso y la puso sobre su pecho desnudo.

Él la apartó de inmediato.

Ella hizo un mohín de desagrado.

—¿No os parezco hermosa?

—Lo sois. Y mucho. Pero podría ser vuestro padre.

Berenguela volvió a acercarse al soldado, y este la rechazó de nuevo. La chica empezó a llorar.

Alonso no sabía qué hacer, así que la abrazó, como haría un padre.

—Estad tranquila... No lloréis. Y abrigaos, que hace frío... Podéis dormir a

mi lado, pero no habrá coyunda. Debéis reservaros para el hombre que améis... Yo soy alguien que va de paso.

De paso. Ojalá fuera eso cierto y pudiera salir con Amelia y Julián de allí, pensó.

Berenguela asintió, se cubrió y se acomodó a su lado.

—No sé si sois un ángel, pero sí que sois un santo.

No tardó en dormirse. Había sido un día de mucho trajín para alguien que era apenas una niña.

Alonso pensó en qué le depararía la vida a Berenguela. Pese a tener ocupada la mente en cómo salvar a sus compañeros, aún había hueco en ella para pensar en el futuro de la joven.

Pobre Berenguela. Sin familia, sola en el mundo y tan hermosa... Mil peligros la acecharían. Estaba seguro.

Un santo. Ahora era un santo. « Válgame Dios », pensó. Y recordó su pasado, una época en que la santidad no era precisamente lo predominante.

Pese al amor que sentía por Blanca, se pasaba media vida en campaña. Solo. Aun así, resistía a la tentación como podía. Y, sobre todo, anteponía el honor a sus necesidades. Nunca había tomado a mujer alguna por la fuerza, como otros compañeros hacían en los saqueos, lo cual le repugnaba.

Él saqueaba, eso sí. En los Tercios de Flandes se cobraba poco, si se cobraba. Los primeros en recibir la soldada eran los mercenarios extranjeros. Sobre todo los germanos. Por eso, cuando asaltaban una plaza, él tomaba lo conquistado como los demás. Era la única manera de llevar algo a casa.

Pero nunca había violado. Y le retiraba la palabra a quien lo hacía, por muy buen soldado que fuera en el campo de batalla. La guerra nunca debía cobrarse otras víctimas que no fueran soldados. Y si el mundo era tan asqueroso que esa regla no se cumplía, él juró hacerlo. Y nunca había fallado a su juramento.

Sin embargo, cuando el corazón le palpita la noche anterior a la batalla y no estaba de guardia, solo una cosa podía calmar su frenesí: tomar a una mujer. Nunca lo hizo con ninguna por afecto. Él pagaba y ellas cumplían. El reposo del guerrero. Ciertamente que no estaba orgulloso de ello, pero a quien le criticara por eso le recomendaría vivir la experiencia de combatir en Flandes. De ir a dormir pensando que el siguiente sueño sería el eterno.

Ahora el corazón le latía a la misma velocidad que esas noches. Y le daba vergüenza reconocerlo (aunque fuera solo en pensamiento), pero nada le habría apetecido más al animal que guardaba dentro de sí que poseer a Berenguela. Pese a los recuerdos de Blanca. Pese a los recuerdos de Elena.

Sin embargo, la había rechazado. Y se alegró por ello. Había vencido al animal que a veces decidía por él.

Antes de cerrar los ojos contempló a la joven. Ya dormía.

La abrazó con cariño. Eso sí se lo podía dar.

Sobre todo porque Dios sabe si alguien más la abrazaría con cariño en su vida.

Todo o nada

I

Unos leves golpes sonaron en la puerta de la habitación de Amelia.

Quien llamaba no esperó a que ella le permitiera pasar. Tenía órdenes y había que cumplirlas. No era este el capitán de la guardia, sino la más veterana de las criadas del castillo.

—Buenos días, señora.

¿Señora? Amelia sabía que ese tratamiento solo se daba por parte de una criada a quien era su dueña. Aun así, quiso constatar el dato.

—¿Por qué me llamáis señora? —preguntó.

—Porque mi señor ha decidido que así sea.

Amelia empezó a temerse lo peor. «Qué tonta eres, Amelia.» Ese pensamiento se repitió varias veces en apenas pocos segundos. Debía haberse dado cuenta de todo en la cena, cuando Elías había reaccionado de manera tan agria a su comentario sobre su soledad. O cuando, tras separarla de Julián, fue conducida a unos aposentos dignos de una reina.

Dos hombres llevaron con no poco esfuerzo un gran barreño que varias damas llenaron rápidamente de agua con cubos de madera. Amelia observó la escena pasmada.

La dama mayor creyó que el pasmo se debía al temor de que el agua estuviera fría.

—No os preocupéis —se apresuró a calmarla—, el agua está templada.

En cuanto se fueron los hombres, dos jóvenes desnudaron a Amelia, que aceptó el baño como un regalo.

Luego llegó la hora de secarla, perfumarla y vestirla a las órdenes de la criada mayor, que era tan seca con las demás criadas como dulce era con Amelia.

—Pobre Edelfrida... —musitó la mujer—. Sé lo que significa perder a vuestros padres. Pero a partir de ahora seréis feliz al lado de mi señor Bernardo.

Edelfrida. Ya no era Amelia, sino Edelfrida. La joven buscó en la biblioteca de su memoria lo que había leído de ello... No le fue fácil. ¡Se había escrito tanto de Bernardo del Carpio!

Pero al fin recordó el libro y a quién pertenecía tal nombre. Y empezó a temblar.

II

Unos fuertes golpes sonaron en la puerta de la humilde estancia de Julián, que se despertó de inmediato.

Quien llamó no esperó a que Julián dijera « adelante ». Era Elías Sotoca.

—Buenos días.

Julián le miró extrañado por la cortesía. No podía negar que ese hombre le daba miedo, pero no pensaba darle el gusto de que lo notara. Así que tiró de ironía:

—¿Me traes el desayuno?

Elías ni sonrió.

—Lástima que el puesto de bufón ya esté ocupado. Si no, sería tuyo.

—¿Qué quieres?

—Tu apoyo.

—¿Para qué? —preguntó extrañado Julián.

—Voy a casarme con Amelia.

Julián le miró con odio.

—Antes muerto.

—Esa era la otra opción. Gracias por aceptarla.

III

Salvador había llegado al hospital hacía ya una hora. Ese era el tiempo que llevaba sentado en la sala de espera. No ser familiar del paciente le había obligado a echar mano de sus contactos para poder realizar la visita. Y Lola Mendieta no era familiar suya.

Desde primera hora de la mañana había llamado constantemente a Lola, pero nadie respondía al teléfono. Cuando por fin lo hicieron, no escuchó la voz de Lola, sino la de otra mujer, que se presentó como una enfermera del Hospital Clínico de Madrid.

De inmediato, ordenó a Ernesto que se informara de la situación de la enferma. Eficiente como siempre, el jefe de Operaciones no tardó en saber que Lola tenía cáncer de hígado con metástasis suficientes para no albergar esperanza alguna.

Cuando Ernesto informó de ello a Salvador e Irene, la sensación fue de perplejidad y de cierta tristeza. El hecho de que Lola hubiera traicionado al Ministerio no hacía olvidar el fantástico historial que poseía como agente del mismo.

Reclutada por Salvador cuando aún era una muchacha, Lola Mendieta no necesitó tener mucho entrenamiento para entender los códigos del Ministerio.

Tras la Guerra Civil, tuvo que huir a Francia, donde fue reclutada por la Resistencia. Colaborando con ella, volvió a Madrid como enlace de las fuerzas aliadas. No había sido su primera opción vital ni profesional. Durante la guerra, Lola había simpatizado con la República, pero su apoyo había sido tímido. Sus padres eran de derechas y vieron en el Alzamiento Nacional una buena solución

para lo que ellos consideraban «excesivos disturbios políticos». Siempre era bueno que alguien pusiera orden. Y creyeron que Franco lo haría.

Cuando acabó la contienda, Lola asumió la derrota de los ideales. Pero ante tanto dolor y tanta miseria, decidió que la única solución era arrimar el hombro y ayudar en la reconstrucción del país. Ese era el espíritu que le había inculcado su padre, y le quería tanto que no le iba a llevar la contraria. Pero todo se torció de manera imprevista.

Su padre fue denunciado por apoyar a la República, nada más lejos de la realidad. Pero sus empresas (dentro del sector eléctrico) eran demasiado apetecibles para los envidiosos, y sus posesiones (una casa espaciosa en la calle Serrano y una finca en El Escorial), también. Así que lo internaron en un campo de rehabilitación. Aquello lo hundió. Débil de salud, fue presa de una neumonía que acabó con él. Lola decidió que ella y su madre se instalarían en Francia, donde tenían familia. Allí les pilló la Segunda Guerra Mundial. Y Lola, esta vez sí, tomó partido y se convirtió en una espía especialmente valorada por los aliados. Su formación la avalaba; de familia burguesa, su cultura era impresionante: era experta en arte medieval, pero su amor por el arte se extendía a cualquier creación sin importar la época; también dominaba el inglés, el francés y el alemán.

Después de su paso por la Resistencia, fue el Ministerio su siguiente destino. Al entrar en él, soñó con corregir todos los errores del pasado, pero el Ministerio fue inflexible: la Historia no se debe cambiar. Incapaz de asumirlo, aprovechó una misión durante las guerras carlistas para «desaparecer». Hasta que fue detectada en tiempos de la guerra de Independencia cuando el Ministerio envió a la patrulla para salvar al Empecinado de morir en un atentado.

Se había convertido en una francotiradora. Y, conocedora del mercado de las subastas y del arte y la arqueología, también se había convertido en una «marchante intertemporal», con la habilidad de viajar hasta conseguir fotografiar el Libro de las Puertas antes de que fuera medio destruido en el incendio de la sinagoga de Toledo en el siglo XV. Por eso conocía puertas que el Ministerio desconocía.

A ese conocimiento apelaba ahora Salvador para socorrer a la patrulla, atrapada por Elías Sotoca en el siglo IX. Necesitaba llegar a un acuerdo con la mujer a la que tantas veces había perseguido.

IV

Cuando Salvador vio a Lola quedó impresionado. De su belleza solo quedaba el eco. Su extrema delgadez avisaba del poco tiempo que le quedaba. Su voz apenas era un murmullo.

—Maldito Darrow... Su método de teletransportación generaba cáncer. Y no

nos avisó. Cada misión era como las ovejas cuando van al matadero.

—Por eso mataste a su líder.

Lola asintió.

Salvador no sabía cómo empezar. Le daba vergüenza pedir un favor a Lola en ese estado..., pero no tenía otra opción.

—La patrulla de Amelia ha quedado atrapada en el año 808, en el castillo de Saldaña. La puerta ha sido destrozada.

—¿Por quién?

—Elías Sotoca.

—Otro rebelde... como yo.

—Bastante peor que tú.

Lola sonrió con las pocas fuerzas que le quedaban.

—Quieres que te dé una puerta de salida.

—¿La hay?

—Lo tengo que ver en mis libros.

Salvador no se atrevía a pedirselos. Lola lo intuyó.

—Primero te daré la puerta, si es que la hay. Ya sabes que en esa época no abundan. Lo haré por Amelia. Siempre he creído que era mi sucesora natural. No merece quedarse atrapada en un siglo en el que la mujer valía tanto como una vaca.

Salvador asintió.

—Luego te daré mis libros. Pero a cambio de algo.

—¿De qué?

—De que me salves. A mí y a todos los agentes de Darrow.

El subsecretario se quedó pensativo unos segundos. Luego asintió.

V

Edelfrida decía la leyenda que se llamaba una bella dama, hija de un humilde labrador. Muerto este, había quedado bajo el único cuidado de su madre. Pero en realidad ambos eran padres de adopción. Un conde la había dejado en sus manos para salvar su vida antes de perder la suya en tiempos tan turbulentos.

En realidad, todo era pura invención de un tal Jorge Montgomery, que noveló de manera romántica la vida de Bernardo del Carpio en el año 1834. En ella, Edelfrida se convertía en su esposa. De todas las versiones posibles, Elías Sotoca había escogido los fragmentos que más le convenían hasta conformar su nueva vida. Y había reservado el más romántico para Amelia.

Cuando la joven acabó de contar todo lo que sabía de Edelfrida, Elías quedó impresionado.

—Tienes memoria fotográfica.

—Sí.

Pero Amelia decidió que las preguntas las tenía que hacer ella.

—¿Quieres que sea tu Edelfrida?

—Exacto.

—No lo seré.

—Lo serás.

—¿Y Julián?

—Mató a tus padres de adopción. Esos pobres campesinos... Merece morir. Él ya lo ha aceptado.

—En la novela, la madre de Edelfrida moría de causas naturales.

—Sí... Pero me parecía poco dramático. Así tiene más fuerza.

—¿Cómo puedes creer que seré una buena esposa si me obligas a casarme por la fuerza? Si amenazas con matar a mi compañero...

—Te acostumbrarás. No puedes escapar de esta época. Y te aseguro que vivir tu vida conmigo es la mejor solución posible.

Eliás quiso darle motivos de alegría para que aceptara.

—Eres historiadora... Oí cómo se lo decías a Julián. He reunido lo mejor del arte de esta época en una sala subterránea del castillo. Podrás estudiarla, escribir sobre ella... Tu nombre pasará a la Historia como el de la primera mujer historiadora. Serás recordada eternamente. Como tu marido.

—O sea, tú.

—Exacto. La fuerza y la inteligencia en un matrimonio que hará Historia.

Amelia pidió ver su colección, a lo que Eliás accedió creyendo que así conseguiría sus favores.

Camino de su galería preferida, apretó todavía más a Amelia:

—Si aceptas la boda, puedes salvar a Julián.

Amelia ni contestó; solo se preguntaba dónde estaría Alonso.

VI

Alonso esperaba a Berenguela ya vestido de hombre de Bernardo del Carpio. Tenía pensado ir al castillo esa misma mañana. Pero sus planes se estaban retrasando. La muchacha había ido al pueblo a comprar comida con unas monedas que le había dado su salvador. Y ya tardaba demasiado.

Que le abandonara tras rechazarla la noche anterior no le preocupaba. Lo que sí le mantenía en tensión era la posibilidad de que le traicionara. Nunca habría pensado en ello, pero la tardanza era excesiva.

Cuando la vio aparecer, se lamentó de haber dudado de ella.

Aparte de volver con pan y cecina, la chica traía consigo noticias. Al parecer, esa misma tarde, en la plaza del pueblo, iban a ejecutar a un hombre acusado de matar a una campesina, la madre de una joven de la que Bernardo del Carpio estaba enamorado y con la que se quería casar.

—¿Se sabía de la existencia de esa muchacha?—preguntó Alonso.

—El señor de Saldaña no tiene por qué dar cuenta de su vida a unos pobres campesinos.

—Pues parece que ahora sí.

Una ejecución y una boda. Un hombre y una mujer. Y un conde enamorado de una vulgar campesina. A Alonso le pareció una historia más propia de los libros de caballería que de la realidad. Algo que, conocido lo conocido, le pegaba a Elías Sotoca.

Berenguela le dio otra noticia que le reafirmó en su opinión:

—El pregonero también ha contado que el conde busca a un extranjero que quiere atentar contra él.

Alonso sonrió; ahora le tocaba a él. Sin duda Sotoca estaba novelando su vida demasiado rápido y a golpe de bando. Eso demostraba ansiedad. Y la ansiedad era una mala compañera. Muy mala para conseguir la victoria.

—Ese extranjero sois vos, ¿verdad?—preguntó Berenguela.

—Sí. Soy yo. Y mucho me temo que la campesina y el hombre que van a ejecutar son mis compañeros.

—Entonces es una trampa.

—Lo sé.

—No vayáis, os lo ruego.

—Debo hacerlo. Lo mejor será que os alejéis de mí.

—No pienso hacerlo. Os ayudaré. En lo que sea. Vos salvasteis mi vida. Os lo debo.

La firmeza con la que habló Berenguela hizo ver a Alonso que no iba a convencerla de lo contrario.

—¿Sabéis contar?

—Hasta diez.

—Con que sepáis hasta tres ya es suficiente.

Luego fue a por su zurrón y lo abrió. Berenguela estaba asombrada por las cosas que Alonso iba sacando de él... Una pistola, un rifle de precisión con su mirilla desmontado y media docena de granadas.

—¿Qué es todo eso?

—Magia.

VII

Lola había cumplido su palabra. A través de su fiel secretaria, la niña (ahora ya una mujer de casi setenta años) de un exiliado republicano, hizo llegar al Ministerio la noticia de que la puerta de salida existía.

—¿De salida?—preguntó Irene.

—Sí. Solo es de salida. Y por lo que pone aquí, el destino es Cartagena en el

año 1603. Esa no es la única noticia. Se encuentra en la iglesia de San Juan, en Baños del Cerrato.

Parecía que las buenas nuevas no se acababan aquí, ya que en la puerta había escondido un kit de supervivencia que Lola solía repartir por las entradas clandestinas.

Ernesto conocía bien la iglesia.

—Es la iglesia en pie más antigua de España... —dijo—. Y se encuentra en Palencia. No están lejos entonces.

En efecto, la patrulla no estaba lejos de la puerta que les salvaría de pudrirse en un pasado tan lejano. Y en el siglo XVII ya eran muchas las puertas que el propio Ministerio controlaba para acceder a 2016. Tal vez con algún transbordo, pero sin dificultades. El problema era cómo hacer llegar a la patrulla la noticia de esa puerta. Si es que aún vivían, claro.

Pero no era esa la única cuestión a debatir. Salvador había prometido cambiar la Historia para acabar con Darrow y salvar la vida de sus agentes y de Lola Mendieta.

—¿Lo hará? —quiso saber Irene.

—Primero hay que salvar a la patrulla.

—¿Y si lo conseguimos? —insistió Irene.

Salvador la miró serio.

—Entonces Lola habrá cumplido con su palabra y yo cumpliré con la mía.

VIII

Un hacha iba a separar la cabeza de Julián del tronco. Ese era su castigo por matar a unos campesinos que nunca había conocido.

A Amelia se le saltaban las lágrimas solo de verle. Tanto, que ninguno de los presentes en la plaza podía creer que ese hombre hubiera matado a su madre.

Julián la miraba serio, y de repente le dedicó una sonrisa. Por lo menos que le recordara así, sonriéndole.

«Puto Ministerio», pensó Julián. Era un criadero de tarados enloquecidos. Lola, Leiva, Sotoca... Hasta Irene había perdido el sentido hasta traicionarlos a todos. Él mismo había estado a punto de serlo, obsesionado con salvar a su mujer. Lo que le jodía era que él parecía el más torpe de todos ellos a la hora de cambiar su pasado. O de construirse uno, como estaba haciendo Elías.

Amelia y Julián solo tenían una esperanza: Alonso. Pero estaba tardando demasiado en aparecer. Y si lo hiciera, ¿cómo iba a salvarles? Los hombres de Sotoca (ahora, Del Carpio) eran muchos, y el pueblo le temía tanto que jamás lucharía contra él. Difícil tarea tendría.

Elías miró a Amelia. Luego, en voz baja, insistió:

—Puedes evitarlo si te casas conmigo.

Amelia volvió a mirar a Julián, que había entendido la situación. Él negó con la cabeza. « No lo hagas, por favor » , pensó.

De repente, una explosión lo cambió todo.

El pueblo entero corrió para protegerse, los soldados se pusieron en guardia y Sotoca empuñó su espada sabiendo que el tercero de la patrulla ya estaba allí. Una docena de hombres se colocaron a su alrededor para protegerle.

Amelia pensó cómo iba a poder Alonso con todos.

—¡Mostraos! —exclamó Elías.

Alonso obedeció. Apareció vestido como uno de los hombres del señor de Saldaña; de esta guisa había logrado pasar desapercibido, tantos mercenarios utilizaba venidos de León y Asturias.

—Aquí estoy, *hideputa*.

Todos los presentes quedaron admirados de que un hombre solo se atreviera a decir a su señor lo que muchos pensaban. Satisfechos con eso, pasaron a darle por muerto.

Cuando los hombres de Bernardo del Carpio se acercaban espada en mano a Alonso, este levantó la mano.

—No os acerquéis. Dios está conmigo.

Y levantó su mano derecha. Otra granada cayó en un lateral despoblado de la plaza.

Esa era la orden que Alonso había dado a Berenguela a la hora de tirar las granadas. Quitar la anilla, contar hasta tres y lanzarla a un lugar donde, a ser posible, no hubiera gente. Y en las prácticas, primero con piedras y luego con una granada (no estaba la cosa para gastar más), la muchacha se había dado buena maña. Ahora le tocaba correr hacia otro sitio. Y así lo hizo.

Elías divisó desde dónde había sido lanzada la granada y ordenó a sus guardias que acudieran a esa casa.

Alonso esperó.

Luego volvió a levantar la mano. Otra explosión sacudió la plaza. Elías notó que la bomba no había caído desde el mismo lugar.

Quitando a sus guardias más leales, el resto huyeron despavoridos. Podían luchar contra los hombres, pero no contra Dios. Y si ese extranjero, que ni se había molestado en empuñar su espada, tenía semejante poder, era que Dios estaba de su parte.

Elías se volvió hacia Amelia.

—Me dijiste que solo erais tres.

Amelia sonrió. Y mintió, disimulando que estaba tan sorprendida como él:

—Nunca hay que desvelar todas las cartas.

Entonces Elías la agarró y le puso una daga en el cuello.

Alonso se indignó y alzó la voz:

—Ese es vuestro señor. Un mentiroso que quiere ejecutar a un hombre que

nada ha hecho y se protege detrás de la mujer que dice amar.

—Basta de palabrería... Si no dejáis las armas, la mato.

Alonso levantó la mano una vez más y otra granada explotó. Ya solo quedaban dos. Debía ir al grano o perdería el factor sorpresa.

—Si la matáis, este pueblo arderá y los ángeles matarán uno por uno a todos sus habitantes.

Un monje se atrevió por fin a abrir la boca sin pedir permiso al conde de Saldaña.

—¿Quién sois? —preguntó.

Alonso sonrió.

—Yo soy el auténtico Bernardo del Carpio —respondió.

El hombre que les había dejado el establo para pasar la noche, también allí presente, alzó la voz:

—Es un demonio... —Señaló hacia Julián—. Y su compañero, un brujo.

El cura le miró.

—¿Por qué le acusáis de brujo?

—Salvó la vida de mi hija.

—¿A cambio de qué?

—De nada.

El cura meditó.

—Entonces más parece otro enviado de Dios que un brujo.

Amelia decidió intervenir:

—Lo es... Y es mi amigo... Ni yo soy hija de campesinos, ni él mató a nadie.

A Elías se le estaba yendo el asunto de las manos. Por eso, cuando el monje preguntó a Alonso qué era lo que quería, le degolló, olvidándose de Amelia.

Alonso no levantó la mano, pero otra granada cayó y explotó. Berenguela debía de estar cogiendo el gusto a ser la voz atronadora del Señor.

—Dios acaba de mostrar su desprecio por lo que habéis hecho con quien le representa en este valle de lágrimas.

Elías estalló:

—Ni Dios, ni hostias... ¡Matadlo!

Pero nadie dio un paso para hacerlo. Sotoca insistió:

—Matadlo o yo mismo lo haré con mis propias manos.

Ante esta amenaza, los hombres se reagruparon y acercaron a él poco a poco. Solo quedaba una granada. Alonso levantó la mano, pero no hubo explosión.

Miró de reojo, preocupado. Y volvió a levantar la mano. Nada.

Berenguela había logrado llegar a la pequeña iglesia del pueblo, sin embargo no podía soltar la anilla. Tras mucho esfuerzo, lo consiguió, pero el artefacto mágico (eso era lo que ella creía que era) cayó a sus pies...

Tres, dos, uno...

Y estalló, destrozando la iglesia.

—Este es el mensaje de Dios —improvisó Alonso.

El estropicio que había provocado Berenguela era mayúsculo. Tenía orden de no hacer estallar ninguna granada en un lugar cerrado, pues supondría su muerte.

Aprovechando el desconcierto, Amelia acudió en ayuda de Julián. El verdugo había sido de los primeros en escapar, no sin antes quitarse la capucha para no tropezarse en la huida. Los dos sabían que Alonso no poseía poderes mágicos, sino que tenía un compañero de andanzas. Y por la cara de su amigo, algo se le había ido de las manos.

Y así era. No quedaban más bombas ni más sorpresas. Alonso decidió dirigirse a un Elías Sotoca abandonado por su propia guardia. Era el momento de acabar con el hombre y con la leyenda.

—Sois un impostor —le acusó Alonso.

—Y tú también, no te jode.

Sin duda, Elías estaba perdiendo ya hasta la compostura de hablar con el lenguaje propio del momento histórico.

Alonso sonrió.

—Que el acero decida quién es el verdadero.

Elías soltó un alarido y fue a por él espada en mano. Para sorpresa de todos —y más de Amelia y Julián— Alonso no desenvainó la suya. Los dos temieron por su vida. Elías era un guerrero experimentado y esperaban un combate épico. En cambio, su compañero seguía con los brazos caídos.

Alonso tenía otra idea de cómo iba a ser el combate. No quería épica alguna, sino humillar a su oponente. Cuando Elías estuvo suficientemente cerca, metió su mano en el jubón y agarró un buen puñado de tierra. De su mano fue directamente a los ojos del impostor, que se quedó ciego y dando espadazos al aire.

Entonces sí empuñó Alonso su espada. Se colocó detrás de su enemigo y le dio un golpe que le tiró a tierra, al tiempo que quedaba desarmado. Luego, de una patada, alejó la espada del alcance de Elías, quien la buscaba arrodillado, aún viendo sombras.

Por último, Alonso se colocó a su lado. Iba a ejecutarlo, igual que él había mandado hacer con Julián.

—Se acabó la leyenda —dijo Alonso en voz baja.

Y decapitó de un solo mandoble a Elías Sotoca.

O a Bernardo del Carpio.

O a los dos.

Tienes un mensaje

I

Todo el pueblo se rindió al que creían el verdadero Bernardo del Carpio. Y su guardia también.

Lo primero que Alonso hizo fue buscar a Berenguela. La encontró sin conocimiento, detrás de una piedra que hacía las veces de altar. La creyó muerta, pero Julián no se dio por vencido hasta que logró que volviera a respirar. Había salvado la vida de milagro.

Alonso la abrazó emocionado. Sin duda, Dios estaba de su lado, pensó. Aunque Berenguela puso bastante de su parte cuando, al caer la granada a sus pies, salió corriendo como una liebre para salvar la vida.

Junto a ellos se encontraba la esposa del gordo que los había traicionado.

—Cuidad de ella —le rogó Alonso a la mujer.

—Lo haré como lo hago de mi hija —dijo—, a la que vos salvasteis —añadió mirando a Julián.

Esta vez, su marido ni refunfuñó. Probablemente más por temor que por bondad.

Fuera de la iglesia medio en ruinas, los tres miembros de la patrulla se sentaron para analizar la situación. Alonso les pidió perdón por haber tardado tanto en intervenir.

—Nos has salvado... No tienes que pedir perdón.

—Para lo que nos va a servir... —dijo Alonso.

Estaban atrapados en el siglo IX y sin puerta de regreso. Eso pensaban Julián y Alonso. Sin embargo, Amelia aún tenía una esperanza.

—Vamos al castillo.

II

La patrulla entró en el castillo como Bernardo del Carpio (ahora Alonso) por su casa.

Amelia los guio hasta la galería donde Elías guardaba su colección de arte repleta de sarcófagos, pequeñas esculturas primitivas... Y beatos. La joven buscó entre ellos y encontró el original del de Liébana que había sido el método utilizado por Sotoca para que ellos tres llegaran hasta él. Aún no lo había llevado el falso Del Carpio al monasterio burgalés.

Pudieron leer solo parte del mensaje, pues el resto ya se había borrado:

Llamen al 702 400 400. Es urgente.

PS: este beato no es una copia; es el original, imbéciles.

—Falta la mitad del mensaje —dijo asombrado Julián.

Amelia encontró la única explicación posible:

—Lo están restaurando... Un bolígrafo... Necesito un bolígrafo.

Julián corrió a buscar su zurrón y encontró uno. Amelia lo cogió y escribió nuevamente en el códice:

Estamos vivos. Necesitamos salir de aquí. Amelia.

Mil doscientos ocho años después, alguien se volvió a desmayar en el monasterio de Santo Domingo de Silos. Y esta vez no fue un fotógrafo, sino un restaurador que intentaba borrar el grave atentado perpetrado a una pieza esencial de arte, y que cuando estaba satisfecho de su trabajo, veía cómo las letras escritas por no se sabe quién volvían a aparecer delante de sus narices.

III

El beato fue trasladado al Ministerio, por orden de Salvador. Al tiempo que Ernesto se desplazaba al año 787 cruzando una puerta del tiempo. Estaba en contacto constante con Salvador a través de un pinganillo intertemporal, cuyo funcionamiento era idéntico al de los teléfonos intertemporales.

El jefe de Operaciones se infiltró en el monasterio de San Martín de Turieno vestido de monje para hacerse con el ejemplar del beato recién ilustrado, o como los monjes preferían decir, « recién iluminado »; apenas un siglo antes de que Amelia lo tuviese entre sus manos. Afortunadamente los monjes eran gente hospitalaria con los forasteros, en especial con aquellos que se interesaban en consultar su biblioteca.

Ernesto escribió en una esquina del beato que había una puerta de salida cerca de donde Amelia y los suyos estaban.

IV

Amelia leyó el mensaje de Ernesto:

Hay una puerta en la iglesia de San Juan, en Baños del Cerrato. Os llevará al año 1603. A Cartagena.

La patrulla ya tenía dictado su nuevo destino.

Antes de montar en sus caballos para partir, Julián bromeó con Alonso:

—¿Estás seguro de no querer quedarte? Eres leyenda. Eres el nuevo Bernardo

del Carpio.

Alonso cabeceó, serio.

—Ni de broma; como en el siglo XXI, en ninguna parte.

Amelia estaba feliz.

—¡¡Viva Cartagena!!

V

Salvador contempló el códice del Beato de Liébana lleno de garabatos.

—Qué barbaridad... Hemos inventado el whatsapp a finales del siglo VIII. Desde luego, el restaurador va a tener trabajo.

Irene sonrió.

—Sí, pero tendrá que ser otro.

Ernesto escuchó las palabras de sus compañeros a través del pinganillo y se sintió culpable por el destrozo de esa pieza del patrimonio artístico español.

Salvador ordenó a Ernesto que regresase y se levantó para salir del despacho. Iría al hospital para dar la buena nueva a Lola. Pero no llegó a tiempo. Su cama estaba vacía.

Pragmático, pensó que ya no tenía promesa que cumplir. Eso sí, ordenaría a Velázquez que, a partir de una foto de Lola, le hiciera un retrato. Lo colocaría, con todos los honores, en la galería de los agentes que habían dado su vida por el Ministerio del Tiempo.

De vuelta a su despacho, recordó unos versos de Miguel Hernández, otra víctima de la Historia de España al que le encantaría rescatar (pero no podía) para que, por lo menos, tuviera una muerte digna.

*Pintada, no vacía:
pintada está mi casa
del color de las grandes
pasiones y desgracias.*

Nunca tan pocos versos habían definido mejor lo que, para Salvador Martí, era el Ministerio del Tiempo.

SEGUNDA PARTE
DESPUÉS DEL BUEN TIEMPO,
LA TEMPESTAD

Cartagena

I

Cartagena en 1603 no era como la habían imaginado. Quizá era el calor pegajoso, quizá esa vegetación tan frondosa, aunque eso explicaría la riqueza de la huerta murciana.

Alonso, Amelia y Julián se pararon a disfrutar de las vistas. Sus viajes nunca eran de placer, pero una vez superado el peligro y rematada la misión, no había ningún motivo para renunciar a unos instantes de relax contemplando el paisaje. Julián no avistó el famoso teatro romano frente al puerto. Lógico, durante siglos se ignoró su existencia, hasta que a finales del XX los arqueólogos lo desenterraron, a pico y pala, de debajo de los pies de los cartageneros.

El mar de la bahía, casi encerrado en la tierra, estaba plagado de embarcaciones. Galeones, naos, pataches y fragatas se contaban por docenas. Amelia estaba sorprendida. Esperaba unas cuantas barcas de pescadores y poco más. Sabía que Cartago había sido uno de los principales puertos en tiempo de los romanos, pero desconocía que en 1603 siguiera siéndolo.

Ahora los tres debían partir en dirección a la villa de Madrid. Solo tenían que conseguir tres caballos. En el Ministerio del Tiempo de la época les indicarian una puerta para regresar a 2016. Pero Alonso les aconsejó salir al amanecer, pues pronto oscurecería. El horizonte marino lucía una puesta de sol de ensueño... Rectifico, de insomnio.

—*Merda!*

El exabrupto de Amelia, en catalán, sonó alto y claro. Sus compañeros no estaban acostumbrados a ninguna salida de tono de la dama y tenían motivos para preocuparse. Debía de ser algo extremadamente grave.

—¡El sol se pone por el mar! —añadió.

Julián y Alonso la miraban interrogantes.

—Debería esconderse a nuestra derecha, por tierra.

—¿Insinuáis que el sol ha cambiado su rumbo y ya no se pone por occidente?

—No, Alonso. Insinúo que no estamos en Murcia. Esto es Cartagena, sí, pero de Indias. En el Caribe, al otro lado del Atlántico. Necesitaremos algo más que tres caballos para regresar al Ministerio.

II

La patrulla no tenía mucha experiencia en las colonias españolas, a excepción de la aventura de Julián y Alonso en Filipinas. Esperaban encontrar un grupo de chozas de cañas y barro en medio del islote. En cambio, Cartagena de Indias les sorprendió como una pequeña ciudad ordenada en una cuadrícula de calles

rectas y empedradas. Las casas eran de cal y canto y la catedral, de piedra labrada. La ciudad estaba rodeada por una muralla que Alonso criticó porque ni era alta, ni estaba fortificada como debiera. Al menos, el ingeniero que la planificó llevó los muros y los baluartes hasta la orilla, aprovechando el mar como barrera natural.

A pesar de la limpieza de las calles —un prodigio para los estándares de la época—, un tufo espeso flotaba en el ambiente, como en el interior de una carnicería. No era olor de ganado, porque las vacas y los cerdos vivían relegados en los corrales de extramuros, más allá de las ciénagas, en el arrabal de Getsemaní. No se podía señalar su procedencia, pues estaba por todas partes. Apenas había gente en la calle, quizá los ahuyentaba el hedor o tal vez ya no eran horas.

Mientras Amelia y Julián buscaban una cantina donde comer y resguardarse por la noche, Alonso caminaba taciturno. Los barcos eran su peor pesadilla. Sería un castigo tener que navegar por el océano durante sesenta días para regresar a casa, y eso en el mejor de los casos. Si el tiempo no era propicio o se producía una avería, la travesía podía alargarse, pero nunca más allá de los noventa días, porque la tripulación tendría pocas posibilidades de sobrevivir sin agua potable.

Alonso no estaba acostumbrado a expresar sus emociones, que en ese instante no eran otras que desolación, enojo y angustia. Y vergüenza de admitirlo. Le daba vueltas para encontrar alguna solución alternativa a su regreso al Ministerio:

—Me contasteis que había un agente en el Ministerio que realizó grandes hazañas aquí.

—¿Blas de Lezo?

—Quizá podría ayudarnos a buscar una puerta que nos lleve en seco de Tierra Firme a la península.

—¿Acaso no estamos pisando tierra firme? —preguntó Julián.

Amelia tuvo que explicarle a Julián que Tierra Firme no solo se refiere a cualquier continente; en esa época, Tierra Firme era el nombre del territorio formado por Venezuela, el istmo de Panamá y parte de Colombia, justo donde se encontraba la patrulla.

—Eso, podemos llamarle para que nos recomiende un lugar de tapeo en Cartagena —bromeó Julián.

Fue Amelia quien tuvo que dar la mala noticia a Alonso.

—Blas de Lezo fue un gran estratega de la Armada española, pero falta más de un siglo para que se traslade a Cartagena. De hecho, todavía no ha nacido. Quizá tú puedas esperarle ese tiempo. Yo creo que no tendré tanta paciencia.

Siguieron caminando en silencio. Sin duda habían salvado la vida saliendo del siglo IX, pero no les iba a resultar nada fácil regresar al siglo XXI.

En la plaza de la Aduana encontraron a un ciego que ofrecía una soflama a quien quisiese escucharle. Hablaba solo hasta que la patrulla se paró enfrente por

curiosidad.

—... a pesar de la resistencia de los valientes cartageneros, tres mil ingleses saquearon la ciudad y le prendieron fuego hasta reducirla a cenizas. ¡Mirad mi rostro! Es el reflejo del horror de los días que ardió Cartagena...

El ciego tenía los párpados sellados por una cicatriz que terminaba en ambas mejillas a modo de macabro antifaz.

—No satisfecho con las joyas y el dinero, el temible *Draque* exigió un rescate de cien mil escudos de oro. Los cartageneros, despojados de todo cuanto poseían menos de su dignidad, se negaron. El diablo inglés amenazó con demoler la catedral a cañonazos. El primer disparo derribó tres columnas y se desplomaron cuatro arcos. Cuando hundió el techo de la casa del Señor, no quedó otra que rendirse ante las fieras sajonas.

El ciego respiró hondo y agitó su escudilla vacía.

—¡¿Es que no vais a donar ni un mísero maravedí a un pobre?! —aulló—. ¡¿Pensáis que no puedo oleros?!

—Estamos sin blanca, buen hombre —se excusó Julián.

—Algo tendréis para aliviar las penas de un pobre mendigo.

Solo Amelia reaccionó entregándole el poco vino que les quedaba en el zurrón. El ciego se agarró a la bota como si de un salvavidas se tratase y dio buena cuenta del caldo, cosecha del siglo IX.

Amelia aprovechó para aclarar las dudas que el vehemente discurso del mendigo le había suscitado:

—Os referíais al corsario Francis Drake, ¿verdad?

El mendigo escupió con odio en el suelo a modo de respuesta afirmativa. Veinte años después del ataque corsario, conservaba la rabia del primer día. Luego añadió:

—Cuidaos, forasteros. Cartagena es capaz de las mejores bienvenidas y las peores desdichas. Fiaos de mi olfato, esta ciudad está enferma...

No hacía falta un sexto sentido, ellos también lo habían oído.

III

Los cascos del caballo resonaron al cruzar la muralla. Por fin había llegado. Seguro que la patrulla ya estaba allí, solo habían tenido que cruzar una puerta. A Irene, en cambio, le había costado lo suyo encontrar en el librito una puerta que la llevara a la Cartagena de 1603; de hecho, no la había encontrado: había tenido que conformarse con Murcia y, una vez allí, conseguir un caballo para completar su viaje.

Desmontó y se limpió, sin mucho éxito, el polvo del camino. Tenía que encontrar a Amelia, Alonso y Julián y sellar la puerta por la que habían viajado, puesto que no era la oficial del Ministerio. Confiaba en que todavía no hubiesen

partido para Madrid, seguro que Alonso les había aconsejado hacer noche en Cartagena; por tanto, ¿dónde podían estar?

Caminó por Cartagena buscándolos durante un buen rato. Nada. Tenía la sensación de que algo no iba bien. Notaba los mismos nervios en el estómago que el único día en su vida en que le habían dado plantón. Fue Nuria, mucho antes de casarse, de Leiva y de que conociera la existencia del Ministerio. Lo recordaba perfectamente. Había quedado con ella para ir al cine; estuvo esperando diez, quince, veinte minutos y Nuria no llegaba. Le pareció verla en un par de chicas que andaban por la calle, riendo. Pero no. Se imaginó veinte desgracias distintas que justificaran el retraso y que no fueran un plantón. Pero fue un plantón, y se quedó una hora entera de pie frente al cine sin recibir ninguna respuesta a sus mensajes.

Su móvil intertemporal vibraba bajo las veinte capas de ropa. Buscó un lugar apartado donde nadie pudiera verla y sacó su teléfono. Tenía una llamada perdida.

65515576#21:12*13*03*1603#

Debía de ser Amelia, pero la hora no le cuadraba. La muchacha había encontrado un teléfono intemporal y una batería fotovoltaica en el kit de supervivencia de Lola. Irene devolvió la llamada inmediatamente.

—Amelia, soy Irene. He venido a recogeros. ¿Dónde estáis?

—En Cartagena de Indias.

Eso era bastante peor que esperar en el cine Fuencarral mientras tu novia busca durante una hora un cine de barrio en Fuencarral.

IV

La patrulla al fin encontró una taberna. Entraron, a pesar de no tener dinero.

—Si no le hubierais regalado nuestro vino, al menos tendríamos algo que beber. Si encima nos ha echado mal de ojo...

—Alonso, no seas agorero —atajó Amelia.

Pero Alonso no se quedó tranquilo. Según él, la ceguera en los hombres significaba el don sobrenatural de la profecía. Amelia pensó que era un tema interesante de conversación e inició una sesuda disertación sobre el rol de los adivinos ciegos en la literatura universal. A Julián ya le sonaban las tripas y cortó por lo sano:

—Chorradas... En mi época existe la lotería de la Organización Nacional de Ciegos. Si tuviesen poderes, adivinarían el número y se quedarían con los cupones. Al menos, y lo haría. Y ahora voy a pedir al tabernero.

—No tenemos con qué pagarle. Las monedas que llevamos no son de esta

época —aclaró Amelia.

—Ya se nos ocurrirá algo.

El tabernero parecía el hombre más fatigado de todo el Imperio español, aunque solo tenía dos mesas que atender: en una, cuatro jugadores de cartas y, en la otra, la patrulla. Se acercó a los recién llegados para ofrecerles vino y tamales como única opción del menú. Era manchego de origen y había aprendido rápido que el clima tropical es poco indicado para curar quesos y embutidos.

Julián se percató de que el pobre hombre no andaba muy fino. Los sudores y cada gesto dolorido delataban una fiebre bastante alta, y el tono cetrino de su piel, si bien podía deberse a la débil luz que proyectaban las velas, tampoco auguraba nada bueno. El enfermero echó mano del botiquín y sacó un gramo de paracetamol en polvo.

—¡Jefe!

El tabernero miró perplejo a Julián y se le acercó, mientras Amelia y Alonso hacían de espectadores.

—¿Algún problema?

—Al contrario, sentaos, parecéis fatigado. Acompañadnos en el brindis.

—Os equivocáis conmigo si pretendéis ganáros mi confianza para que os invite...

—Nada más lejos. Mi buen ojo me dice que no os encontráis bien y quiero ofreceros un remedio.

—¿Qué sois? ¿Monjes boticarios o curanderos? Nunca había visto ropas así.

Por primera vez desde su llegada al siglo XVII alguien reparaba en sus extraños ropajes medievales. Julián afirmó ser un hombre de ciencias. A pesar del recelo inicial, el tabernero pensó que el remedio no podía ser peor que la enfermedad, y se tomó los polvos diluidos en el vaso de vino. Le preguntaron dónde podían hospedarse esa noche, a lo que el manchego respondió que, como pasaba cada año en tiempo de feria, no había ni un catre libre en toda Cartagena, ni en las casas decentes ni en las mancebías. La Flota de Indias llevaba una semana atracada en la bahía y los marinos habían tomado la ciudad.

—¿Y dónde se esconden? —preguntó Alonso.

La pregunta no era baladí, puesto que Cartagena parecía desierta esa noche. El manchego bajó la voz, tampoco le quedaba mucha:

—La gente se encierra en casa. Llegó un barco negrero con la mitad de la tripulación enferma... Y la otra mitad, muerta.

Amelia, Alonso y Julián se miraron preocupados.

—¿Enfermos de qué? —preguntó Julián.

—Del vómito negro.

—¿Y los esclavos? —se interesó Amelia.

—Tan campantes... Los tendrán que malvender en otro lado. Aquí nadie los quiere. Ya han contagiado a muchos cartagenos.

Amelia pensó que era otro gran motivo para regresar cuanto antes a casa, no era cuestión de pescar la infección. Si no embarcaban pronto en uno de los galeones, no tendrían otra oportunidad hasta dentro de medio año, puesto que la Flota de Indias solo cruzaba el Atlántico dos veces al año. El tabernero les aconsejó que hablasen con algún marino; por ejemplo, con el único jugador de cartas español de la mesa de al lado. Los otros tres eran cholos. El único cholo que le sonaba a Julián era el Cholo Simeone, jugador y ahora entrenador del Atlético de Madrid. Y tenía claro que el tabernero no se refería a él:

—Perdón, ¿cholos?

—Mestizos —aclaró el tabernero.

Justo en ese instante, los de la partida se enzarzaron en una riña; los cuatro llevaban horas empujando el codo. Al español le había sentado mal perder ante los mestizos y estos se habían sentido agraviados por el mal perder del español. Como es sabido el consumo de alcohol retarda los reflejos, disminuye la puntería y perjudica la coordinación motora de los púgiles. Por ese motivo fue la pelea más lamentable y cómica de cuantas hubieran presenciado. Nadie se levantó a separarlos.

Ya se cansarán, pensaron todos los presentes.

V

Cuando el tabernero les dejó comer tranquilamente, Alonso y Amelia tardaron tres milésimas de segundo en hacerle un reproche a Julián:

—¡¿Por qué le has dicho que se sentase con nosotros?! ¿No ves que está enfermo?

—Claro que lo veo. Tiene los síntomas de la fiebre amarilla, o vómito negro, como la llaman ahora, digo..., antes, digo..., cuando cojones sea.

—¿Y qué brebaje le habéis preparado? —inquirió Alonso.

—Un analgésico y antipirético.

Julián tenía buen olfato y conocía de primera mano el olor de las enfermedades. El aliento y el sudor cambian cuando una persona enferma: la hepatitis huele a pescado crudo; la diabetes, a acetona; la fiebre tifoidea, a pan recién horneado, y la fiebre amarilla, a carnicería.

—Y encima le dais nuestras medicinas —le recriminó Alonso—. ¡Valiente despropósito! ¿Es que queréis contagiarnos y luego dejarnos sin remedios en el botiquín?

—¿De verdad piensas que os haría eso, Alonso? Antes que agente, soy enfermero. Mi vocación es ayudar a la gente, jamás ponerla en peligro. El contagio de la fiebre amarilla es por picadura de mosquito, no por sentarse a charlar con alguien. Y aunque es una enfermedad incurable, no siempre es mortal. A cambio, se pueden aliviar los síntomas.

—Pues qué alivio —dijo Amelia, pero Julián no supo si ironizaba o hablaba en serio.

—Vosotros no os vais a contagiar porque estáis inmunizados. Yo mismo os vacuné en la última revisión. De esa y otras enfermedades tropicales.

Un mosquito zumbó cerca. Alonso le dio muerte de una palmada. Julián y Amelia le observaron estupefactos por la agilidad de su movimiento. Alonso levantó una ceja, orgulloso.

—Por si acaso.

El tabernero se acercó de nuevo a su mesa para agradecerle a Julián que se encontraba mucho mejor. El hombre tenía otra cara. El enfermero le explicó que no era ningún milagro. Los polvos surtían efecto durante unas horas.

—¿Y no tenéis más?

—Os puedo ofrecer todo el que tengo. Pero, igual que vos no regaláis el vino, yo no puedo regalar mis remedios.

—Entiendo... Y ¿cuánto cuestan?

—La cena, el vino, camas para los tres y ropas nuevas.

—Y desay uno —añadió Alonso—. Es la comida más importante del día.

El tabernero hizo cuentas en su mente y pronto ofreció los resultados:

—No tengo camas. Solo un establo.

—Entonces, que las ropas sean elegantes —zanjó Alonso.

No hay nada que el paracetamol no pueda conseguir si lo vendes en el siglo adecuado. El mesonero aceptó el trato y puso la mano. Julián le entregó 60 gramos —2 de « las antiguas » onzas— en sobrecitos de papel, aunque se guardó alguno por si acaso.

Entonces sonrió a sus compañeros, satisfecho por lo que había conseguido.

VI

A la mañana siguiente, Julián y Amelia llegaron al puerto de Cartagena hechos unos figurines del siglo XVII. Alonso tuvo peor suerte; se conformó con una camisa sencilla, un jubón y unas calzas, pues no le entraban las vestiduras que le ofreció el tabernero. En cambio, la casaca de Julián y el cuerpo y basquiña de Amelia estaban ricamente bordados en hilo de oro. Bajo la falda llevaba un amplio verdugado para ahuecarla. Y tanto ella como Julián lucían gorguera, esa escarola blanca alrededor del cuello. Resumiendo, que los dos se estaban asando de calor.

Había un grupo de marineros y guardias cargando arcones en una barcaza. Debían de ser mercancías para la flota de galeones que partiría rumbo a España. Julián Martínez se presentó a ellos como eminente médico de la Corte española. Su gentil esposa Amelia y su criado Alonso eran quienes le acompañaban. Amelia urdió un cuento sobre una visita a un hermano moribundo y el robo que

habían sufrido de manos de los temibles bucaneros. No tenían dinero para pagar el pasaje de antemano, pero al término de la travesía saldarían su deuda con creces.

Les respondió Pedro Romero, el marino de más grado que allí se encontraba. Era el contramaestre del galeón *San Andrés*. Aparentaba cincuenta años, pero quizá tenía treinta. El salitre y el sol son la peor combinación para el cutis. Romero no les podía prometer nada, para eso tendrían que hablar con el capitán. Les contó que el vómito negro había diezmando la tripulación del bajel. El médico del *San Andrés* era uno de los fallecidos, pero seguramente Julián podría reemplazarle. Sin saberlo, en el *San Andrés* iban a ganar con el cambio, porque un enfermero del siglo XXI le da sopas con honda a un doctor del XVII.

Subieron a una de las barcasas y emprendieron el trayecto hasta el *San Andrés*, que estaba fondeado en medio de la bahía con el resto de la Flota. El contramaestre no le quitaba el ojo a Alonso. Ese sí tenía un puesto asegurado en el galeón: alto y fornido, le iría bien como fuerza bruta para arriar velas y tensar cabos. Pero justo cuando el oleaje empezó a chocar contra la proa, el rostro de Alonso se desencajó. Pasó del gris al amarillo y de ahí al blanco. Algo despertó en su estómago, algo que llevaba dormido mucho tiempo y que quería salir. Alonso siempre había considerado que un eructo en el momento adecuado era signo de hombría, y no se puso freno. En cambio, lo que soltó por la boca no fue un eructo, sino el opíparo desayuno que les había servido el tabernero. Todo por la borda. Una lástima. En este punto el contramaestre empezó a dudar de la valía de Alonso, y eso fue solo el preludeo de todas las dudas que iba a suscitarle el soldado en las siguientes horas.

VII

—Hola, Angustias. ¿Puedo entrar?

Angustias miró a Irene.

—Poder, puedes, pero no le vas a encontrar —contestó mientras archivaba unos informes—. Ha salido. Tenía que pasar por sastrería para que le arreglasen el traje para la boda de Natalia y Ortigosa. Desde que se cuida tanto, los trajes le quedan grandes.

—Entonces, espero.

Irene se sentó en una de las butacas del despacho de Angustias. Estaba cansada. Después de hablar con Amelia por teléfono había tenido que buscar un sitio donde pasar la noche. A ciertas horas de la madrugada y en el siglo XVII, no es conveniente que una mujer se pasee sola por la ciudad, sobre todo si no quiere llamar la atención. Acabó escondida en un rincón de la cuadra donde había dejado su caballo. Durmió solo a ratos, con el miedo a que la descubrieran. Con

los primeros albores del día, montó su caballo rumbo otra vez a Murcia. Todo en menos de veinticuatro horas.

Una voz la sacó de los pensamientos de tan ajetreado viaje. Y era la de Salvador.

—¿De qué se trata?

Irene se asomó por la ventana y vio cómo del pozo salía Salvador seguido de Ernesto. Acudió a su encuentro.

—Nuestros funcionarios en 1987 han avisado que Barcelona ha quedado eliminada en la primera votación para ser la sede olímpica de los Juegos de 1992 —contestó Ernesto mientras cruzaban el claustro.

Salvador abrió la puerta del despacho de Angustias. Ernesto le iba a la zaga.

—Envíe a Amelia, Julián y Alonso. Mándeles un aviso al busca.

—Mejor busque a otra patrulla —dijo Irene—, veo difícil que puedan llegar —apostilló.

Ya en su despacho, Salvador se apoltronó en su asiento mientras hacía balance de la situación. No le gustaba recibir malas noticias de pie.

—Así que no podremos contar con la patrulla hasta dentro de unos noventa días...

—Quizá menos —matizó Irene.

—Pues vaya regalito, la puerta clandestina de Lola. ¿Al menos se habrán encargado de clausurarla?

Irene se encogió de hombros. Con los cambios de planes y de continente no le había dado la orden a Amelia.

—Se lo digo cuanto antes. Espero que no hayan zarpado todavía, porque no tenemos ningún otro agente en la zona en esa época.

«Malditos recortes», pensó Salvador. Tenía que hablar urgentemente con Presidencia, no podían controlar todo el territorio del Imperio español con tan pocos efectivos. Aunque de qué serviría... Ya se había quejado muchas veces sin ningún resultado.

VIII

El capitán Esteban Eguiño les dio la bienvenida con los brazos abiertos. Por supuesto que podrían formar parte del pasaje. Sería un honor para la tripulación del *San Andrés* contar con el renombrado doctor Martínez como cirujano de a bordo. Ya conocía su hazaña de curar del vómito negro a ese pobre Lázaro de la taberna. La patrulla no se explicaba cómo la noticia había llegado a oídos del capitán.

Però todo tiene una explicación y no siempre hacen falta los telediaros para saber de las noticias. Cuando arriaban la barcaza al galeón, Gil de la Torre, el maestre de víveres, se asomó a ver las caras de los forasteros. Los reconoció de

la noche anterior en la taberna. Él era el jugador español que había perdido todas las partidas de naipes, acusado a los cholos de tramposos y acabado con la ceja partida.

El capitán ofreció a Amelia y a Julián el camarote del también finado maestro de jarcia, que había sucumbido a los estragos de la fiebre amarilla la noche anterior. Eguíño advirtió el gesto en la cara de Amelia y le aclaró que el maestro no había fallecido en su lecho, sino en la ciudad, en la casa de Las Valencianas, y que cada cual sacase sus conclusiones.

La premura en zarpar hacía inviable contratar a un nuevo oficial de la confianza del capitán. Así pues, sería el contraamaestre Romero quien asumiría las funciones de su superior. El hombre iba a estar bastante ocupado. Se encargaría de todos los repuestos del bajel, como era obligación del maestro de jarcia, además de su trabajo habitual de conservación de los aparejos navales y de la disciplina diaria a bordo.

La plata se estaba cargando a marchas forzadas para que la flota de Tierra Firme levase anclas cuanto antes. No era cuestión de alargarse en Cartagena y que la tripulación sana enfermase. En quince días llegarían a La Habana. Allí se reunirían con la flota procedente de Nueva España y con los cuatro buques de guerra que los escoltarían durante el viaje de regreso a Sevilla. La vuelta a la vieja España resultaba más peligrosa que la ida ya que las mercancías eran mucho más apetecibles para los piratas. Sin ir más lejos, tres cuartas partes del cargamento del *San Andrés* eran lingotes de plata.

En el galeón ya estaban curados de espanto. Apenas un año atrás, en el trayecto de Cartagena a Nombre de Dios, unos corsarios los abordaron. Estaban capitaneados por William Parker, corsario al servicio de Su Majestad Isabel I y compañero de fechorías de sir Francis Drake.

Los piratas aprovechaban que, cuando la flota llegaba a su destino, se dispersaba hacia distintos puntos de la costa americana y ningún buque de guerra español la escoltaba. Parker y sus hombres intentaron hacerse con el cargamento del *San Andrés*, que en esa ocasión no era plata, sino mercancías traídas de la metrópolis a las colonias: pertrechos de guerra, cubas de vino y brocados valencianos. Un botín nada despreciable. Entre artilleros, arcabuceros, mosqueteros, aventajados y oficiales, el galeón contaba con más de setenta hombres de guerra que supieron repeler al enemigo. El resto de la tripulación tampoco se quedó de brazos cruzados. Al final, esos indeseables se llevaron su merecido.

Nada más pisar la cubierta del *San Andrés*, Amelia echó un vistazo panorámico a su alrededor para situarse como era debido. A ojo, el galeón medía casi cincuenta metros de punta a punta, y unos diez de ancho. Amelia sabía de sobra que el largo es la eslora y el ancho, la manga, pero no quería presumir de educación universitaria y se mantuvo en un perfil bajo. Le pareció que había

pocos hombres para manejar el galeón. El capitán Eguiño se alegró de poder tranquilizar a la dama:

—En realidad son ochenta y cinco hombres de mar y setenta y tres de guerra, pero no embarcan todos hasta el último día. ¿Quién desea encerrarse antes de hora en prisión, si va a estar cautivo y sin escapatoria durante tantas semanas?

—Nosotros —dijo Amelia con pesar—. Dadas las circunstancias, no podemos permitirnos un alojamiento en la ciudad.

Eso no era ningún problema para el capitán. Al contrario. Como perfecto anfitrión que era, les invitó a cenar esa noche en su cámara. Todo un privilegio.

IX

El contra maestre entregó un jergón a Alonso para que su señor durmiese en el suelo al lado de su esposa, puesto que el camarote del nuevo cirujano solo tenía una cama estrecha en la que apenas cabía una persona flaca. Daba por sentado que Alonso dormiría en el sollado junto al resto de la tripulación de bajo rango. Allí podría extender su esterilla y dejar su petate. Alonso prefería tumbarse bajo esa cubierta de popa, abierta y ventilada, que encerrarse en uno de esos ataúdes llamados camarotes.

La patrulla adecentó el estrecho aposento de madera y cerró bajo llave sus pocas pertenencias: el botiquín de Julián, el kit de supervivencia de Lola y las armas de fuego de Alonso.

Allí dentro los crujidos de madera del galeón se oían amplificadas como en el vientre de un contrabajo desvencijado. Ese rechinar constante crispaba los nervios del más apacible. Parecía el aviso de que la nave se iba a descuajaringar por la más leve marejadilla.

Amelia salió al minúsculo corredor que conducía a la cubierta y se cruzó con una dama muy elegante. Pensó que era la esposa del capitán y la saludó. Los verdugados de ambas faldas quedaron encallados en el angosto pasillo. Primero, muy dignas, forcejearon con el armazón de sus vestidos, pero no hubo manera: parecían dos naves encalladas en el Guadalquivir en época de caudal bajo. Luego, superada la incomodidad inicial, a Amelia se le escapó una risa, seguida de una carcajada de Elvira, que era como se llamaba la otra dama. Para liberarse, tuvieron que poner los aros del verdugado en vertical y descubrir sus enaguas. Por suerte, no había varones a la vista.

Sorteado el trance, Elvira se ofreció a mostrar el galeón a Amelia. Dado que eran las únicas damas a bordo entre tanto bruto, debían hacerse compañía. Enseguida se tutearon. Elvira resultó estar casada con Toribio de Alcaraz, un pasajero. Amelia se interesó por el motivo de su viaje al otro lado del océano.

—Negocios —respondió Elvira, con una sonrisa encantadora—. Mi marido se

dedica a la trata de esclavos.

Amelia se quedó helada. En 1603 aún faltaban 234 años para que España aboliese la esclavitud en la península. En las colonias españolas fue legal durante muchas más décadas. Justo el año pasado se consiguió prohibir la esclavitud en Cuba.

Para Amelia, «el año pasado» era 1880. El señor Folch, su padre, era simpatizante de la Sociedad Abolicionista Española y ella había crecido afín a los valores de libertad e igualdad entre las personas. Amelia, con solo dieciséis años, le acompañó a una manifestación abolicionista multitudinaria que hubo en la plaza Cataluña. Mientras, su madre se había quedado en casa rezando para que nada malo les sucediese.

Elvira seguía dándole detalles:

—Toribio tiene dos barcos negreros que hacen la ruta entre Sevilla, el golfo de Guinea y Cartagena de Indias. Le gusta vigilar el negocio de cerca, por eso supervisa algunos viajes en persona.

En realidad Elvira no dijo «golfo de Guinea», dijo «Costa de Esclavos», que era el nombre por el que se conocía esa gran bahía africana. De ahí salieron millones de esclavos para Europa y América. Amelia imaginó a los cazadores que Toribio de Alcaraz debía de tener contratados para capturar esclavos como reses de una manada. La imagen era escalofriante. Entretanto, Elvira seguía charlando muy animada:

—Te preguntará por qué viajamos en el *San Andrés* si mi marido es propietario de dos naves... Es que yo ya no podía más. ¡Y dije basta! «Toribio, si quieres que te acompañe en el próximo viaje, será con condiciones.» No soporto la pestilencia de sus barcos ni los aullidos que salen de la bodega. No es que el *San Andrés* huele a rosas, pero al menos puedo dormir tranquila.

Amelia se dio cuenta de que el viaje se haría eterno en compañía de esa señora tan comunicativa como despreciable. Tendría que hacer un gran esfuerzo para mantener las formas y disimular los sentimientos que le despertaba. Empezó mal, porque dos segundos después Elvira ya había notado el gesto rígido en su cara.

—¿Te encuentras bien?

—Solo es un ligero malestar. Algo no me habrá sentado bien...

Amelia no mentía.

—Te acompañó al jardín —le propuso amablemente Elvira.

Amelia la siguió desconcertada, hasta que descubrió a qué se estaba refiriendo. El «jardín» eran unos retretes de madera que sobresalían fuera de la borda. Amelia pensó que tenía que pedir cuanto antes una bacinilla para el camarote.

Elvira se despidió hasta la hora de la cena, deseándole que se mejorase.

De camino a ningún sitio

I

Había anochecido, era la hora de cenar con el capitán. Alonso no estaba invitado al banquete, pero le importaba poco. Prefería pasar la velada comiendo con el resto de los marinos junto a las brasas que encendían en la cubierta. El soldado no daba puntada sin hilo. Su objetivo era entablar amistad con todos ellos, previendo el peligro diario de caer al mar y de que algún alma caritativa entre ellos se prestase a rescatarle.

Esa tarde, Alonso había tomado prestado el mosquetón a uno de los guardias y había disparado varias veces al cielo. Cayeron a peso media docena de cormoranes en las tablas del barco (uno de ellos casi le rompe la crisma a uno de los pajes) y el séptimo se hundió en el mar. Todos quedaron asombrados, no solo con la puntería de Alonso, sino también por la precisión geométrica con que acertó a las aves en pleno vuelo y calculó la hipérbola que trazarian en su caída libre hasta la cubierta. Alonso se ganó automáticamente un puesto entre los artilleros que manejaban los cañones y culebrinas del *San Andrés*, aunque él explicitó su preferencia por los mosquetes y los arcabuces.

Según los marinos, los cormoranes a la brasa saben a pato y a cuervo. Alonso no podía confirmarlo ni negarlo porque jamás de los jamases probaría la carne de un ave de mal agüero. Tenía entendido que los cuervos llevaban las almas de los muertos al infierno. En cambio, si cazaba palomas, el símbolo del Espíritu Santo, y no titubeaba en trocearlas y devorarlas. Pero cuando había necesidad las contradicciones religiosas de Alonso se esfumaban. El cormorán estaba rico y como eran pocos, quedaron plenamente satisfechos con las raciones.

II

Julián entró en la cámara del capitán acompañado de Amelia. Allí los esperaba Eguiño con la mesa a medio poner por un paje. El cuarto debía de ser su despacho porque no había rastro de ningún lecho. Solo una mesa y sillas, armarios y estantes con instrumentos de navegación: un sextante, un compás, cartas de navegación, el atrezo típico de las películas de piratas que Julián veneraba de pequeño. Al fondo estaban las ventanas cuarteadas e inclinadas según la forma de la popa. Si el barco pirata de los Clicks estaba en lo cierto, encima de la cámara del capitán estaba el puente de mando con su timón. Eguiño se lo confirmó. Sobre sus cabezas se encontraba la cámara del piloto. En realidad eran tres los pilotos y aún no habían embarcado.

El resto de los invitados fueron llegando. Primero se presentó Gil de la Torre, el maestre de víveres, que resultó ser la mano derecha del capitán. También

apareció Pedro Romero, el contra maestre, seguido del matrimonio de negreros. El último en llegar fue el capitán general Luis Fernández de Córdova. Su presencia esa noche suponía todo un honor; era el hombre con más poder y responsabilidad de todo el convoy, y comandaba la nave capitana, que haría todo el viaje al frente de la Flota.

Cuando los ocho comensales se sentaron alrededor de la mesa, entró un grumete con la comida. Su nombre era Francisco Loyola, aunque el capitán le llamaba Paquito. Se notaba que el oficial apreciaba al muchacho de una forma casi paternal. Les contó que Paquito sabía leer y escribir en latín y que era más listo que el hambre. Tenía pensado ascenderle de grumete a su ayudante personal en ese mismo viaje.

Amelia quedó impresionada con la formación del chaval.

—¿Sabéis dónde aprendió latín? —preguntó—. No es un conocimiento que esté al alcance de un grumete.

—De algún párroco, imagino...

Les costó identificar lo primero que comieron. Según algunos comensales era ceviche; según los otros, salpicón. El aguacate troceado los desconcertó, aunque todos estuvieron de acuerdo en que el plato tenía un sabor fino y aromático. El guiso caribeño de carne de cerdo acompañado de patacones también causó buena impresión. De postre, para refrescarse la boca, trajeron una fuente con guayabas, piña, chirimoyas y una especie de nisperos llamados mamoncillos. Julián celebró cada uno de los platos. No esperaba que la experiencia gastronómica naval fuese tan satisfactoria, más bien lo contrario. El maestre de víveres se sintió obligado a advertirle que los alimentos no siempre serían tan espléndidos.

—A partir del octavo día a bordo —dijo—, el menú se reducirá a media libra de bizcocho, algo de cerdo o bacalao y una mezcla de arroz con garbanzos. Y para beber, media azumbre de vino y tres vasos de agua con vinagre.

A Julián le cambió la cara. Sin duda iba a ser una dura travesía la que estaban a punto de emprender.

Tanto hablar de comida y de aprovisionamientos hizo que el capitán recordara que tenía que pagar a Gil de la Torre para los suministros de la farmacia del galeón. Por culpa del vómito negro habían menguado bastante. Por supuesto, el doctor tendría que supervisar toda la operación de compras en Cartagena. Afortunadamente, desde que Julián trabajaba en el Ministerio estaba familiarizado con todo tipo de ungüentos, bálsamos, emplastes y elixires de cualquier siglo.

El capitán se levantó de la mesa y abrió un armario que tenía a mano. Dentro había un pequeño cofre del que sacó un escudo de oro y se lo entregó a Gil de la Torre. Con eso tendrían suficiente para todo, aunque el maestre de víveres puso cara de escepticismo.

Los comensales preguntaron al capitán general si se auguraba una fecha concreta para la partida de la Flota. Fernández de Córdova respondió que en las próximas cuarenta y ocho horas se sabría. Tenían que estar preparados, pero no convenía avanzarles esa información ya que podía llegar a oídos de los bucaneros. El trayecto desde Cartagena de Indias hasta La Habana era el más sensible puesto que irían cargados de plata hasta los topes pero solo los escoltaría una guarda, el resto de los buques de guerra del rey se unirían al convoy en Cuba.

Los dos capitanes rememoraron viejas anécdotas. Recordaron esa vez en La Habana en que tuvieron que esperar una nave de la flota que se había quedado rezagada. Fue una empresa ruinoso. Treinta y seis galeones paralizados en el puerto, mientras seguían pagando el jornal a sus marinos y los alimentos perecederos se pudrían en las bodegas. Si no partían antes de la segunda mitad de agosto, corrían el riesgo de caer de pleno en la temporada de huracanes del canal de las Bahamas. Llegó el día 15 de ese mes y aún no habían levado anclas... El capitán general Fernández de Córdova dispuso retrasar el tornaviaje hasta el año siguiente, una decisión impopular que seguro salvó muchas vidas.

Entre batallita y batallita se acabó el aceite de los dos candiles y se quedaron a oscuras. Apenas entraba el albor de las estrellas por la ventana. Esa podría haber sido una buena excusa para retirarse a dormir, pero los oficiales eran buenos conversadores y estaban animados. El resto de los invitados no quisieron contrariarlos. Pedro Romero se levantó servicial para ocuparse de rellenar las lámparas, pero el capitán subrayó que esa noche era su invitado y debía regresar a su asiento.

—¡¡Paquito!! ¡Pon aceite a las lámparas!

La puerta se abrió y Paquito entró como una exhalación; a continuación, se llevó los candiles para rellenarlos de aceite. Los comensales que eran anteriores al siglo XX seguían la charla como si tal cosa. Julián era el único que vivía la oscuridad como una anomalía. De pequeño le inquietaban los cortes de suministro. Cuando se iba la luz en casa, se quedaba mirando ese último fulgor en la pantalla de la tele, como si el aparato fuese el verdadero responsable del apagón. Y la temida frase de su madre al mirar a la calle: « Parece que es de ellos... », augurando que la diversión había terminado hasta que a los señores de la compañía eléctrica les diese la real gana.

De niño, a Julián le ponía triste irse a dormir a la luz de una vela. Pensaba que eso solo tenía que suceder en las guerras y él no había conocido ninguna. El tiempo y su trabajo en el Ministerio le demostraron que la verdadera anomalía era el derroche de luz hasta las tantas de la noche de la actualidad.

Cuando por fin concluyó la cena, Julián y Amelia regresaron a su camarote. Allí los esperaba Alonso. Había entrado con la excusa de traerles agua fresca para lavarse. Julián se abrió la casaca y dejó caer encima del jergón dos guayabas y un aguacate. Había aprovechado la oscuridad momentánea durante la cena para sustraer algo de fruta de la fuente sin que nadie se percatase. Y a punto estuvo de soplarle la piña americana al capitán, pero pinchaba demasiado para escondérsela debajo de la ropa. Amelia se escandalizó; podían haberse metido en un problema si los hubieran descubierto. Julián le respondió sin tapujos:

—Es más escandaloso acostarse con el vientre lleno y no haber compartido la cena con Alonso porque figura que es nuestro criado.

Alonso quiso tranquilizarlos, pues esa noche su estómago estaba satisfecho; aun así, Julián le entregó la fruta sin derecho a réplica. Al parecer, las guayabas tienen seis veces más vitamina C que las naranjas. El aguacate lo robó por error; al tacto, creyó que era otra guayaba y también se lo endosó al soldado. Le instó a que tomase fruta ahora y siempre que tuviese ocasión porque en las siguientes semanas sería más complicado. No era plan de enfermar de escorbuto y perder la dentadura durante el viaje.

Cuando fue hora de acostarse, Alonso declinó por segunda vez la invitación de dormir en el suelo del camarote; suelo por suelo, prefería dormir al raso rodeado de la tripulación. Los ronquidos y el olor a humanidad le transportaban a sus épocas de campaña en los Tercios.

Alonso consiguió salir del camarote de la patrulla sin hacer mucho ruido, a pesar de que la madera crujía con solo respirar. El pasillo estaba más negro que la boca del lobo, pero consiguió llegar a tientas a la puerta del castillo de popa para salir a la cubierta. Se le escapó el pomo de las manos y la puerta se cerró de un porrazo por un golpe de aire. Ese ruido desveló al capitán Eguiño, que dormía en su camarote al otro extremo del pasillo, pero no se levantó; tan solo se removió entre las sábanas, buscando una posición mejor para volver a conciliar el sueño.

IV

Alonso se paseó por cubierta. El odioso cabeceo del barco y la sensación constante de peligro le tenían desvelado. Ni siquiera el farol de popa estaba encendido, pero las estrellas iluminaban lo estrictamente necesario.

En su paseo tropezó, aunque no literalmente, con la ampollita de timonel. Medía un pie y pesaba media arroba. Le dio la vuelta y observó con detenimiento cómo la arena blanca empezaba a caer. Cada vuelta eran treinta minutos. Alonso no sabía que en alta mar ocho vueltas del reloj de arena eran un turno y dieciséis, una guardia. Admiraba los inventos de verdad, los que habían salido de mentes privilegiadas: la ballesta, el arcabuz, el mechero... En cambio,

había otros, como la electricidad, internet y los aviones, que entraban en la categoría de inventos del demonio de los que solo podía desconfiar.

Justo al levantar la vista, Alonso descubrió al grumete que pasaba de largo.

—Buenas noches —le saludó—, ¿qué hacéis que no estáis durmiendo a estas horas?

—Pues igual que vos.

La superficie de la arena en la ampolla superior empezó a hundirse como un ombligo. Justo debajo, empezaba a crecer un montículo de arena.

—A ver si sabéis esto, grumete. ¿Hay más granos de arena en el reloj o estrellas en el cielo?

—¿Es una apuesta?

—No lo sabéis...

—Más granos de arena... ¿Más estrellas...? No lo sé.

Paquito le miró interrogante, esperando una respuesta de Alonso.

—Yo tampoco —dijo este.

—¿Para qué me preguntáis, entonces, si no os sabéis contestar?

—Cuando llegue a mi destino, se lo preguntaré a gente sabia que me dará la respuesta segura.

Paquito le dejó con un respingo de fastidio. Tenía mucho que hacer, se excusó el chaval. Alonso siguió con la mirada fija en el chorrillo de arena, pero un grito desesperado le sacó de su particular hipnosis.

—¡¡Al ladrón!! ¡¡Al ladrón!!

La puerta del castillo de popa se abrió de par en par y apareció el capitán Eguño, descalzo y en camisa de dormir. Parecía un espectro.

—¡¡A mí la guardia!! ¡Que nadie abandone la nave! ¡¡Es una orden!!

V

Los que dormían, que eran casi todos, abrieron los ojos sobresaltados por los gritos del capitán. Apenas diez minutos atrás, Eguño se había despertado por el golpe seco de una puerta. Durante un rato intentó encontrar una posición más cómoda en la cama para volver a dormirse, pero fracasó en el intento. Estaba desvelado. Su vejiga empezaba a notar los efectos del consumo abundante de líquido y se levantó en la oscuridad en busca de su bacinilla. Como no la encontró donde solía estar, buscó en otro rincón. Y de ahí a otro más. Un orinal no es un objeto que suela traspapelarse, pero no lo halló por ningún lado. Entonces se dio cuenta de que faltaba algo de mucho más valor que la bacinilla: el cofre con su dinero había desaparecido. La última vez que lo necesitó fue para pagar al maestre de víveres, Gil de la Torre, durante la cena.

Varios entraron con lámparas en la cámara del capitán para escrutar a fondo todos los rincones. La bacinilla acabó apareciendo; no así el cofre, que había

volado con la friolera suma de 250 escudos de oro.

Julián sacó cuentas: el peso en oro de cada escudo son 3,4 gramos; si la pureza es alta, con el patrón oro actual el valor total del botín rondaría los 25.500 euros. Amelia aún no se hacía una idea real de los precios en euros y prefería pensar en pesetas. En cambio Alonso lo tuvo claro rápidamente:

—¿Veinticinco mil quinientos euros...? Eso es una Road King Classic...

Julián y Amelia le miraron interrogantes.

—Mi Harley favorita —les aclaró Alonso.

Amelia no dejó de mirarle con la misma expresión en la cara.

—En el cofre había mucho dinero —le aclaró de nuevo Alonso.

Eguíño estaba furioso, pero intentó no perder las riendas de la situación. Ordenó al contramaestre que reuniese a los pasajeros y toda la tripulación que se encontrase en el barco, unos cincuenta entre gente de mar y gente de guerra.

—Señores —empezó el capitán—, hay un ratero en esta nave. Entiendo que sigue entre nosotros porque nadie ha bajado del barco en toda la noche. ¡Ni nadie lo hará hasta que el ladrón confiese y devuelva el dinero! El galeón no zarpará de Cartagena de Indias hasta que eso suceda.

Se hizo un murmullo que tardó unos segundos en apagarse. Sin más explicaciones ni derecho a réplica, dieron permiso a la tripulación para dispersarse y volver a dormir. Julián, Amelia y Alonso hicieron lo propio, sin anticipar que en ese momento empezaban sus verdaderos problemas en Cartagena de Indias.

VI

Por la mañana, Amelia se despertó con un montón de ideas por contar a sus compañeros, como si en sueños su subconsciente se hubiese preparado el discurso. Cuando se encontró a solas con Julián y Alonso, les expuso su análisis profundo de la situación:

—Después de la cena, cuando todos los comensales nos retiramos a los camarotes, nosotros nos quedamos despiertos un buen rato. ¿Oísteis que alguien entrase a hurtadillas en el castillo de popa y caminase por el pasillo?

—¿A qué os referís? ¿A un ladrón? —preguntó Alonso.

—¿Escuchasteis que alguien entrase para colarse en el camarote del capitán?

—Como no entrase flotando... Cualquiera que pise la madera monta un sarao con los crujiidos que no veas —remachó Julián.

Amelia asintió y siguió con su explicación:

—Alonso, después de salir de nuestro camarote, cuando nosotros nos acostamos, ¿viste que alguien entrase en el castillo de popa?

—Ni un alma.

—Es lo que pensaba... El ladrón del cofre es uno de los invitados a la cena.

Alonso y Julián quedaron desconcertados ante la seguridad de Amelia, pero la chica tenía sentido común: si nadie había entrado en el camarote mientras el capitán dormía, el ladrón tuvo que actuar mientras el capitán estaba despierto.

—Un momento —saltó Julián—. ¿Insinúas que alguien robó los doscientos cincuenta escudos de oro delante de nuestras narices y no nos enteramos?

—¿Os sorprende? Vos robasteis esas frutas raras que abultaban más que el cofre. Cualquiera podía haber escondido el bulto bajo sus ropajes.

Amelia sonrió a Alonso, estaba satisfecha con el razonamiento lógico deductivo del soldado, y siguió con su argumento:

—Esto significa dos cosas, compañeros. Una buena y una mala.

—Vaya, como en los chistes —musitó Julián—. Primero la buena, por favor...

—La buena es que se reduce el número de sospechosos de cincuenta a ocho. Eso facilitará la investigación.

—La mala...

—... que nosotros estamos entre los ocho.

En la teoría de Amelia el ladrón había aprovechado el apagón para hurtar el cofre del dinero. Los sospechosos principales eran los presentes en ese momento: Toribio de Alcaraz y su esposa Elvira, el matrimonio de negreros; el contraamaestre Pedro Romero; Gil de la Torre, maestre de víveres; Luis Fernández de Córdova, el capitán general de la Flota y, por último, Paquito, el grumete.

Amelia descartaba al capitán Eguiño como sospechoso de robarse a sí mismo. ¿Qué sentido podía tener robarse a sí mismo? Pero Julián le hizo una reflexión:

—Quizá tiene el cofre asegurado. ¿Esto se hace en el siglo XVII? O igual está buscando una excusa para quedarse más tiempo en Cartagena de Indias. Esta podría ser su verdadera motivación.

—Me parece poco probable —respondió Amelia.

—¿Y te parece más probable que el capitán general de la Flota se dedique a robar carteras? —repuso Julián—. Con el prestigio que tiene su cargo y lo que debe de cobrar... ¿O los negreros? Esos ya tienen el chiringuito montado. Estarán forrados porque la materia prima de su negocio les sale gratis. Solo tienen que secuestrarla en África.

Amelia escuchó todo aquello y luego propuso a sus compañeros no enjuiciar a nadie antes de hora. Entre los tres decidieron que sería mejor no compartir sus hipótesis con el capitán porque eso cerraría el círculo de sospechosos con Julián y Amelia dentro de él. Se mantendrían, pues, en un segundo plano, a la espera de los próximos acontecimientos, que no se hicieron esperar.

Aún estaban hablando en el camarote cuando oyeron los pasos firmes de alguien que entraba en la cámara del capitán. Amelia se levantó y plantó la oreja en el tabique haciendo un cuenco con las manos para auscultar mejor las tablas de madera. Sus compañeros la imitaron sin pensarlo dos veces.

Reconocieron la voz del capitán general de la Flota, Luis Fernández de Córdova, alarmado por las últimas noticias.

—¡Doscientos cincuenta escudos! Con eso podríais avituallar de alimentos la Flota de Indias entera...

—Era mi sueldo de este viaje por avanzado.

—Un robo de esta magnitud no puede quedar impune.

Distinguieron frases de los dos capitanes casi en su totalidad e interpretaron las palabras ininteligibles por el contexto.

—He empezado con las pesquisas. Hay testimonios de mi confianza que me ayudan en las averiguaciones —dijo Eguiño.

—¿Sospecháis de alguien? —preguntó el capitán general.

—Aún es pronto. Cualquiera podría haber hurgado en el cerrojo de la puerta para entrar en las cámaras de los oficiales mientras dormía.

Eguiño estaba en lo cierto. Se necesitaba un llavín para entrar en el castillo de popa, pero el mecanismo del cerrojo era sencillo y habría cedido fácilmente a una ganzúa y algo de maña. De todos modos, Amelia no hizo mucho caso de las teorías del capitán. Estaba segura de que el ladrón no había entrado mientras el capitán dormía, ni había tenido que forzar ningún cerrojo.

—La disciplina de la ley naval es estricta —prosiguió el capitán—, pero estoy dispuesto a conmutar la pena de muerte al ladrón por la de quinientos azotes, si devuelve el dinero, claro.

—Me complace vuestra magnanimidad.

—Me alegro. Os notifico que el *San Andrés* no zarpará hasta que eso suceda.

A Fernández de Córdova le mudó el rostro y no pudo más que advertirle:

—¿Estáis seguro? Esta vez no esperaré más allá del 10 de agosto en Cuba a emprender el tornaviaje.

—Lo tendré en cuenta —afirmó Eguiño.

—Permanecer un año entero en Tierra Firme os saldría más caro que esos doscientos cincuenta escudos que queréis recuperar.

—Descuidad. Seré presto en cazar al ratero.

La patrulla se miró en silencio. Estaban atrapados en el *San Andrés* y cabía la posibilidad de que no lograsen detener al ladrón antes de la fecha prevista, con lo que tendrían que permanecer un año entero en América.

Por el momento, Amelia no contemplaba la opción de abandonar la nave en busca de otro galeón porque eso los convertiría automáticamente en culpables del robo a ojos de Eguiño.

VIII

Después de la visita de Luis Fernández de Córdova, escucharon un trajín de idas y venidas al camarote del capitán. Recibía a los marinos de uno en uno y los interrogaba, pero el tono de las voces había disminuido tanto que apenas se escuchaban palabras sueltas: «medianoche...», «sospecha...», «extraños...», «bacinilla...».

Parecía que todo el mundo tenía algo que contar al capitán menos ellos tres o, al menos, eso debía de pensar el capitán, porque no los requirió. Amelia se planteó presentarse ante Eguíño para transmitirle todas sus sospechas, pero no le dio tiempo. A la hora del almuerzo, cuando estaban todos reunidos en cubierta, Alonso se percató de que más de uno los miraba de reojo, y eso nunca es buena señal. Después de terminar el rancho de legumbres, arroz y tocino, se les acercaron los cuatro guardias más fornidos y pidieron al criado del doctor Martínez que los acompañase, si no de gusto, sería a la fuerza. Alonso se puso en pie y al instante le saltaron encima como cuatro gorilas para agarrarle las manos e inmovilizarle. Julián y Amelia exigieron explicaciones en vano.

Los gorilas llevaron a rastras a Alonso hasta un cuarto en la bodega, mientras que en el sollado otro guardia vaciaba su petate buscando algo que no encontró. Sin mediar palabra, le cachearon y le dejaron encerrado allí, en paños menores. Alonso entendió que se había convertido en el culpable o, cuando menos, en el principal sospechoso del robo de los 250 escudos.

Amelia fue directa al castillo de popa sin pararse a comentar lo ocurrido con Julián, que la seguía unos pasos por detrás. Temía que la determinación de la chica levantase las sospechas del capitán, puesto que debía interpretar el papel de fiel esposa del siglo XVII y no el de jefa de la patrulla.

Amelia aporreó sin contemplaciones la puerta del camarote hasta que Eguíño les abrió y les hizo pasar amablemente. Por todo saludo, Amelia le espetó:

—Estáis cometiendo un error.

IX

Julián intentó tomar las riendas de la conversación un par de veces, pero la dialéctica de Amelia era demasiado aguda como para desaprovechar esa baza. El enfermero cedió la palabra a su compañera y se centró en observar al capitán. Eguíño, algo nervioso, jugaba en su mano con una bola de madera pulida del tamaño de una nuez.

—Vuestro criado se encuentra retenido en la bodega. Algunos de mis hombres han dado testimonio de que le vieron salir del castillo de popa a media noche. Nadie más entró ni salió.

—Eso no lo convierte en ladrón. Nos trajo agua fresca para nuestro aseo y

luego fue dispensado. Tenéis que creerme, Alonso es un criado honrado y humilde. Jamás codiciaría los bienes ajenos, ni mucho menos los robaría.

El capitán Eguiño amasaba la bola con rigor según escuchaba las palabras de Amelia.

—Vuestros hombres han buscado entre sus pertenencias y no han encontrado el cofre ni el dinero. ¿No os parece muestra suficiente de su inocencia?

El capitán fue tajante:

—No. Aún estamos buscando. Podría haber ocultado el cofre en un escondrijo. O alguien más podría estar custodiando el botín.

—¿Un cómplice?

—Posiblemente... ¿Permitiréis que la guardia inspeccione vuestra cámara, señora?

Julián vio que era el momento de intervenir y saltó ofendido, apuntando al capitán con el dedo:

—¡No os voy a tolerar esas insinuaciones! Ni mi esposa ni yo somos encubridores de ninguna fechoría. ¡¿Cómo os atrevéis?! Soy cirujano de la Corte. Acompañé a Su Majestad el rey Felipe II en su lecho de muerte. En paz descanse. Asistí en el parto a la reina Margarita. ¡Os exijo una disculpa!

A Eguiño se le crisparon los dedos que agarraban la bola de madera. Se aturulló. Puede que Julián fuese un poco lejos al presumir de contactos en la Corte del reino, pero surtió efecto.

—¡Por Dios!, jamás dudaría de vuestro honor —se excusó el capitán—. Nada más lejos de mi pensamiento... Solo... Solo pretendo confirmar que nadie ha escondido el cofre en las cámaras de los oficiales.

La bola seguía prieta dentro de su puño. Julián tuvo el pensamiento fugaz y familiar de un sábado por la tarde viendo la tele. Humphrey Bogart era el capitán medio loco de un buque de guerra. Para sobrellevar la tensión, el tipo jugaba con unas canicas metálicas que hacía rodar en su mano y que crispaban los nervios de cualquiera. *El motín del Caine*... ¡Esa era la película!

Amelia dio permiso al capitán para que inspeccionasen a fondo su camarote, pero a cambio exigió que liberasen a Alonso de su encierro.

—De ninguna manera.

Eguiño depositó la bola de madera encima de la mesa y la empujó para que rodase hasta Amelia y Julián.

—Es un hueso de aguacate. Lo encontraron en el bolsillo de su criado... Recuerdo que ayer había un aguacate en el frutero y esta mañana había desaparecido.

Amelia y Julián se miraron. Les fue imposible disimular la consternación.

—Vuestro criado entró en mi despacho, no tengo ninguna duda.

Julián se sintió obligado a sacar a Alonso del atolladero y soltó lo primero que le vino a la cabeza, a pesar de la mirada suplicante de Amelia para que callase:

—Yo tomé ese aguacate.

—¿Y le regalasteis el hueso a vuestro criado?—preguntó Eguíño, incrédulo.

—Algo así, sí.

—Dejad de protegerle. Ese hombre no merece vuestra generosidad. Yo me encargaré de él.

Amelia no pudo evitar asustarse ante el tono del capitán.

—Y ¿qué haréis?

—La ley náutica es estricta. Confesaré. Y si no repone el dinero, acabará colgado del palo mayor.

X

Julián intentaba diseñar un plan de evasión para Alonso. Contaban con las dos pistolas y la munición, pero debían evitar a toda costa una escabechina en el *San Andrés*. Amelia escondió las armas bajo el verdugado de su falda segundos antes de la inspección del camarote.

En el plan, Julián y Amelia tenían que deshacerse de los guardias que custodiaban la bodega; abrir la puerta y los grilletes, si es que Alonso estaba encadenado; sortear al resto de los marineros; descender al mar soltando el lastre en una barca, y huir del *San Andrés* a fuerza de remos. Había tantos detalles que podían torcerse, que Amelia convenció a Julián para posponer el plan hasta agotar el tiempo que tenían para cazar al verdadero culpable.

A veces el ingenio puede más que la fuerza. Y si algo le sobraba a Amelia era ingenio. La chica se sentía capaz y esperanzada de desenmascarar al ladrón oportunista que pretendía esquivar la horca a costa de la desventura de Alonso. Del mismo modo en que Alonso disfrutaba con los ejercicios físicos que ponían sus músculos en acción, Amelia gozaba con la actividad intelectual, desentrañando enigmas y jeroglíficos.

En 1881 aún no se habían publicado *Las aventuras de Sherlock Holmes* y Agatha Christie aún no había nacido, pero a Amelia ya le fascinaban los misterios. Resolvió *Los crímenes de la calle Morgue* antes de terminar su lectura. Tenía la intuición de que descubrir al malhechor del *San Andrés* no podía ser mucho más dificultoso que desentrañar el misterio de la «habitación cerrada» de Edgar Allan Poe. En el galeón tenía una galería de sospechosos y un camarote.

Alonso con un pie en el cadalso y Amelia reconvertida en Jessica Fletcher. Ante semejante panorama, Julián se temía el peor desenlace para la patrulla.

—¿Qué piensas hacer, Amelia? ¿Sonsacarle la verdad al culpable?

—Interrogaré a los sospechosos. Uno de ellos miente y tengo que descubrir quién.

—No se prestarán al interrogatorio, y menos viniendo de ti.

—Solo será una charla inocente. Si el capitán nota que estoy husmeando más de la cuenta, le diré que si aún no ha aparecido el cofre es porque alguien lo tiene guardado. Un cómplice o el verdadero culpable.

—No te metas en líos...

—Confía en mí, Julián. Solo necesito un día. Mientras yo investigo, encárgate de Alonso. Vigila a los guardias; que le den agua y comida, y que no le hagan daño. Invéntate una revisión médica y hazle una visita. No te alejes de su lado hasta que te echen. Y dile que esté tranquilo, que le sacaremos de esta.

Julián acató las órdenes. Al fin y al cabo, ella era la jefa.

XI

El primer sospechoso de la lista era Pedro Romero, el contra maestre, un hombre que parecía rondar la cincuentena, pero era tal el desgaste de la vida en el mar que probablemente fuera más joven de fecha que de aspecto.

Romero no era sospechoso por tener más « motivos, medios y oportunidad » que el resto de los presentes en la cena. Simplemente, era el único que se había ofrecido a rellenar de aceite los candiles, aunque el capitán le había pedido que regresase a su asiento. De la mesa al armario solo había dos o cinco pasos, dependiendo del lado de la mesa en el que se estuviese sentado. El contra maestre habría tenido tiempo de hacer el recorrido y volver a sentarse, escondiendo el pequeño cofre bajo su ropilla. De todos modos, Amelia no descartaba la posibilidad de que otro comensal, aprovechando la oscuridad y el trajín del contra maestre, se hubiese levantado de su asiento inadvertidamente para hacerse con el cofre.

Amelia encontró a Romero ocupado en arreglar el orden de la carga: una docena de arcones que habían llegado en la última barcaza.

—¿Todavía están cargando la plata?

—Hoy terminamos, señora. Parece mentira que, con tantos lingotes de plata, alguien se ofusque por la desaparición de doscientos cincuenta escudos de oro.

El contra maestre sirvió en bandeja de plata el tema de conversación a Amelia. Así que tenía que aprovecharlo.

—Era su sueldo —comentó ella.

—Los capitanes de galeón cobran mucho más que eso —dijo el contra maestre—. Entiendo que le atribule la pérdida, pero ojalá yo pudiese llorar con sus ojos.

—¿El capitán Eguíño es un hombre rico?

—Más que yo, seguro. Y que vos. Tiene su fortuna a buen recaudo en su casa de la villa de San Sebastián.

—Vos no sois vizcaíno, ¿verdad?

Amelia utilizó el gentilicio apropiado porque en América llamaban «vizcaíno» a todos los que compartían el habla del vascuence, es decir, a todos los naturales de las tres Provincias Exentas y Navarra.

—Soy de Chiclana. No tengo nada contra los hombres del norte. Me admira que tengan los cargos más importantes de la Flota, estando en Sevilla la Real Casa de la Contratación de Indias.

—Quizá se explica por la tradición y el renombre de sus navegantes. ¿Vos sois marino de vocación?

—No, señora; antes de embarcar por primera vez trabajé quince años en los astilleros de Cádiz.

—¿Y hace mucho que estáis en el *San Andrés*?

—Desde que lo botaron. Y aquí me quedo. Es mi responsabilidad conocer la nave mejor que los callos de mi mano.

—¿No es esa la responsabilidad del capitán?

—El *San Andrés* ya ha tenido tres capitanes y solo un contraмаestre. Ellos pasan. Yo me quedo.

—Entiendo... Y ¿cuál es vuestro trabajo?

El contraмаestre la miró perplejo, tanto físgoneo no era propio de una dama.

—Disculpad mi curiosidad —se apresuró a contestar Amelia—. En algo tengo que centrar mi atención para no aburrirme.

Romero sonrió.

—Os comprendo. La vida en el mar es un hastío cuando no se tiene nada que hacer. Y en otras ocasiones hay tanto que hacer que también es un hastío.

El tipo resultaba una extraña combinación de rudeza y buenos modales. Si hubiera tenido que constar en acta, Amelia no le había visto escupir ni una sola vez desde que le conoció. Pero quería evitar que su simpatía hacia el contraмаestre influyese en su investigación. No le costó excesivamente. Se fijó entonces en que Romero vestía la misma ropilla de tela basta a modo de casaca que la noche anterior. Era convenientemente ancha. Podría haber escondido el cofre allí debajo.

Mientras Amelia rumiaba, Romero seguía explicando las obligaciones de su cargo, que no eran pocas. Debía cuidar los aparejos de la nave y gestionar su manejo, dirigir a la marinería bajo las órdenes del capitán y encargarse de la disciplina a bordo.

—¿De la disciplina? —preguntó Amelia.

—De los rebencazos... Los atizo por decenas.

Un escalofrío recorrió el espinazo de Amelia al descubrir el significado de esa palabra. Y toda la simpatía que pudiera tener por Romero se esfumó como se habían esfumado los 250 escudos de oro.

Los rebencazos eran azotes con el rebenque, una fusta larga y flexible con la que Romero azuzaba a los marinos rezagados en las maniobras, como al ganado.

Por lo visto, servía también para administrar el castigo a aquel que quebrantase las normas a bordo. El reo era desnudado de cintura para arriba, apoyaba el torso en los hierros de un cañón y el contra maestre le propinaba tantos rebencazos en la espalda como dictase la pena estipulada por el capitán. Amelia escuchaba con horror esa explicación que el contra maestre consideraba tan natural como la salida del sol.

Ser ecuánime como detective es tarea difícil cuando se tiene un compañero pendiente de una pena de muerte. Con todo, la joven se esforzó de nuevo, en esta ocasión para no considerar a Pedro Romero un desalmado, culpable de todas las maldades del universo. Y siguió con su interrogatorio sutil, aunque cada vez lo era menos.

—Tengo entendido que después de la muerte del maestre de jarcia, que Dios lo tenga en su Gloria, no van a contratar un nuevo maestre para el tornaviaje. ¿Os ocuparéis vos también de su faena?

—Qué remedio... Por si fuera poco, ahora también tendré que encargarme de todos los repuestos del bajel.

—No parecéis muy contento.

—Porque no lo estoy —respondió Romero tajante.

—¿Acaso no os pagan lo merecido?

—Pagaron por adelantado a la familia del maestre de jarcia, y ahora Eguíño dice que no tiene dinero para mi sueldo. Valiente sandez... Me pidió que esperase a llegar a Sevilla, pero no me hago ilusiones.

—De alguna forma tendrá que pagaros los servicios prestados...

—Requerí al capitán que me permitiese más quintaladas.

Fue un alivio descubrir que no se trataba de ninguna suerte de castigo físico para la tripulación. Las quintaladas eran la cantidad de mercancía que el capitán permitía cargar a cada marinero: especias, cacao, añil... En el puerto de destino sus hombres comerciaban con el género. Eso permitía a la tripulación redondear sus sueldos al alza. Y si eran buenos negociadores, incluso podrían duplicar sus ganancias.

Pedro Romero tampoco estaba satisfecho con las quintaladas de más que le había ofrecido el capitán para compensarle por su trabajo de maestre de jarcia. El contra maestre había querido duplicar su mercancía propia, pero Eguíño apenas le había autorizado aumentarla en una tercera parte, una miseria.

La conversación que tuvo con Amelia no dejaba al contra maestre en muy buen lugar. Seguía ocupando el primer puesto en la lista de sospechosos. Alguien que se siente mal pagado tiene buenos motivos para cobrarse el dinero que le deben aprovechando, por ejemplo, un apagón en el camarote del capitán.

Alonso llevaba cuatro horas encerrado en la bodega y aún faltaban un par para la puesta del sol. Amelia quería hablar con el resto de los sospechosos cuanto antes. Creía que la luz solar le permitiría distinguir mejor los gestos de titubeo y remordimiento de sus caras. Era el turno de Gil de la Torre, el maestre de víveres. Amelia no tuvo que inventarse ninguna excusa para acercarse a él.

—Buenas tardes, maestre. Os traigo la lista de remedios que mi marido desea tener a bordo.

Gil de la Torre escrutó el papel mientras Amelia le observaba. Se fijó en su ceja partida. Se había infectado.

—Esa cantidad de opio no está a nuestro alcance —comentó el maestre—. ¿Pretendéis repartirlo entre la tripulación?

—Claro que no —respondió Amelia—. Solo a todo aquel que lo necesite. No vamos a desperdiciarlo, pero tampoco a escatimar.

—Entendedme, no puedo gastar tanto dinero en la botica.

—El que os dio el capitán. Si no estáis de acuerdo, tendréis que hablar con mi esposo. De paso, que os mire la ceja. No tiene buen aspecto.

Era extraño que Gil de la Torre se azorase con ese pequeño gasto. Un maestre de víveres tenía que estar acostumbrado a negociar con grandes cantidades de capital puesto que la carga de comida para cruzar el Atlántico se calculaba por toneladas: doce toneladas de bizcocho, dos de tocino y una de bacalao seco; diez quintales de arroz y otros diez de garbanzos, y cien moyos de vino, que eran más de 20.000 litros.

Amelia insistió:

—¿Quién os impide el gasto?

—No sería lo sensato... —dijo el maestre, evitando los ojos de la joven.

—¿Os parece insensato calmar el dolor de los enfermos?

El maestre seguía esquivando los ojos de Amelia. Era el momento de contraatacar:

—¿Es que no os salen las cuentas, maestre?

—Sí que salen —respondió azorado—. Hablaré con vuestro esposo y encontraremos una solución.

Gil de la Torre dio la conversación por concluida y se despidió. Amelia no estaba satisfecha, pues no había conseguido sacarle toda la información deseada, pero estaba convencida de que el hombre mentía. A unos metros de ella, el maestre se volvió y deshizo sus pasos.

—Señora —dijo—, debo agradeceros que no contaseis al capitán nuestro encuentro en Cartagena.

—Descuidad.

No fue exactamente un encuentro, más bien coincidieron en la taberna. La patrulla quería comer algo y Gil de la Torre jugaba a las cartas. Se enzarzó en una pelea con sus contrincantes después de perder, seguramente, mucho dinero.

¿Significaba eso que Gil de la Torre tenía problemas con el juego? En la época en la que los juegos de cartas ocupaban el lugar de la televisión en el *ranking* del entretenimiento, nadie tenía «problemas con el juego», solo los que perdían demasiado. ¿Era Gil de la Torre uno de ellos? Alguien que pierde mucho dinero por su mala cabeza querría recuperarlo aprovechando, por ejemplo, un apagón en el camarote del capitán.

XIII

Amelia encontró al matrimonio de negreros en la cubierta del *San Andrés*. Miraban al oeste, apoyados en la barandilla de la borda. Esperaban la puesta de sol como dos enamorados. La imagen sorprendió a Amelia porque Toribio y Elvira solían tratarse con frialdad e inercia. Debían de llevar veinte años casados. Cuando Amelia se acercó a ellos, volvieron a ser un matrimonio aburrido y previsible. Toribio aprovechó para dejarlas charlar de «asuntos femeninos» y se escaqueó raudo y veloz como si en la tele echasen la final de la *Champions*. Amelia habría preferido conversar con los dos.

—Lamento haber interrumpido —se excusó con Elvira.

—No te preocupes. Mi esposo estaba deseando encontrar una excusa para irse a fumar con el capitán.

Elvira de repente calló y contempló el infinito. Pronto volvió a hablar:

—Hombres... Son incapaces de valorar una puesta de sol.

—Salvo que sean pintores.

—Entonces valoran más un bodegón de peras que a su esposa.

La frase hizo sonreír a Amelia, gesto que Elvira devolvió. Esa observación agria sobre el género masculino denotaba que la señora De Alcaraz no se encontraba en una etapa demasiado feliz de su matrimonio. Juntas contemplaron las luces del crepúsculo. Los atardeceres en el trópico son breves y no se aconseja parpadear o uno se arriesga a perder la combinación más bella de colores.

Amelia no desperdició la ocasión para interrogar sutilmente a la sospechosa. Era poco probable que ella se hubiese levantado en plena oscuridad para sustraer el cofre del armario. Su falda era tan voluminosa que Elvira, al cobijo de las sombras, se habría llevado por delante cualquier objeto o sujeto que se hubiera encontrado en el camino. Era más razonable pensar que su marido se había hecho con el cofre para que luego Elvira lo ocultase bajo sus ropajes.

Aun así, Amelia se preguntaba si tenía sentido sospechar de los Alcaraz. El esclavismo era el negocio más rentable del siglo. Para ellos, 250 escudos de oro tenían que ser una propina por la que no valía la pena arriesgar su buen nombre.

—Dime, Elvira, ¿estás contenta con todos los viajes de tu marido?

—Me apena que salga a la mar, por eso le acompaño de vez en cuando.

Aunque diga que no es lugar para una dama.

—Y no lo es, pero aquí estamos las dos entre lobos de mar.

—Toribio prefiere viajar sin mí. Navega hasta África, y de allí a América.

—Y tú prefieres el viaje de Sevilla a Cartagena con la Flota de Indias.

Elvira asintió. Era su tercera vez en quince años.

—Las esposas no suelen seguir a sus maridos tan lejos.

—Entonces nosotras somos la excepción.

La mujer tomó aire y se puso solemne:

—Amelia, te quiero ayudar. Es sobre tu criado. Debes de sentirte desolada.

Amelia asintió. Quizá Elvira conocía la identidad del ladrón y les ayudaría a salvar a Alonso.

—Te tengo simpatía. No mereces el infortunio de quedarte sin servicio. Te haré un presente. Se trata de un esclavo joven, fiel y voluntarioso. Obediente, sobre todo. Su nombre cristiano es Tomás y está bautizado. Yo misma llevo los esclavos a los jesuitas para que los bauticen.

—Qué detalle...

Amelia estaba sobrepasada con el ofrecimiento. Temía que Elvira notase su pesadumbre al respecto si reaccionaba de cualquier manera.

—Gracias —dijo—, pero no puedo aceptar tamaño ofrecimiento.

—Tomás no tiene taras ni vicio alguno.

—Gracias de nuevo, pero no debo aceptar. Mi marido no querría.

La mujer se tensó y se puso a la defensiva:

—¿Acaso te han contado algo de nuestros esclavos?

El recelo de Elvira llamó la atención a Amelia. Percibió que había terreno que tantear y procuró seguirle la corriente para tirarle de la lengua.

—¿De vuestros esclavos? —aventuró—. Nada que no sepa todo el mundo... ¿Era un secreto?

—No es un secreto. Es una mentira.

Amelia decidió que tenía que seguir el hilo mostrando saber lo que ignoraba.

—Por supuesto, es lo primero que pensé al enterarme —repuso.

—Entonces ¿no crees que te ofrezco al esclavo Tomás porque es un enfermo inútil?

—No, no. Crean lo que crean los demás... Yo pienso lo contrario.

Amelia andaba a ciegas, improvisando sobre la marcha para sacarle información a la sospechosa.

—Sosíégate —le rogó—. En mí tienes a una amiga. Si hay algo que te oprima el pecho, puedes compartirlo conmigo. Te aliviará.

Elvira se derrumbó en una llantina.

—Como cada año, mi marido trajo quinientos esclavos a Cartagena. ¿Sabes?, es el principal mercado de esclavos del Nuevo Mundo. Estaban sanos... pero la tripulación enfermó de vómito negro. Más de la mitad murieron antes de llegar a

puerto.

—¿La mitad de los esclavos?

—Ojalá. Si muere la mitad del cargamento, la empresa sigue siendo provechosa. La desgracia es que falleció la mitad de la marinería y otros tantos, en Cartagena. El vómito negro se propagó por la ciudad. Culpan a nuestros negros y nadie los quiere comprar. Tuvimos que ahorrarlos.

—¿Ahorrarlos?

—Liberarlos sin sacar nada a cambio. Será nuestra ruina.

Amelia tuvo que esforzarse para no esbozar una sonrisa. Se alegraba del infortunio de los Alcaraz. Por suerte, ya había oscurecido y Elvira no advirtió esa sonrisa involuntaria. La mujer seguía con su letanía de lamentos:

—Pero no están apestados. Son fuertes y jóvenes.

Julián les habría podido explicar que los africanos también enfermaban de fiebre amarilla, pero llevaban tantas generaciones expuestos a ese virus tropical que la especie se había fortalecido. Para ellos los síntomas del vómito negro no eran peores que los de la gripe común.

—Habrás más viajes, Elvira, y podréis traer más esclavos. No es el fin del mundo.

Amelia se odió por las palabras de consuelo que acababa de pronunciar.

—Mi marido tendrá que costear los jornales a las familias de los fallecidos. No puede indisponerse con la Cofradía de Nuestra Señora del Buen Aire, ni mucho menos con la Hermandad de la Sagrada Pasión de Nuestro Redentor Jesucristo.

Amelia sabía que los hombres de mar tenían sus propias asociaciones —un cruce de sindicato y seguro médico— que, al parecer, iban a reclamar mucho dinero a Toribio de Alcaraz.

Los 250 escudos de oro eran solo una centésima parte de la fortuna que había perdido este matrimonio. Con esa cantidad apenas se podía comprar media docena de esclavos. Asimismo, Amelia pensó que en una situación de gran ahogo económico cualquier dinero podía ser de ayuda, aunque se tuviese que recurrir al robo, aprovechando un apagón en el camarote del capitán.

XIV

Alonso seguía encerrado. Julián no quitaba ojo de la trampilla de la bodega. Se turnaban las guardias. A veces entraba alguno. A saber lo que haría dentro... Ninguno de ellos le dejó pasar, por mucho que insistió.

El enfermero estaba decidido a enfrentarse por las malas al capitán y exigirle la autorización para visitar a su compañero. Pero antes apareció Paquito con la cena del reo: una deprimente sopa de pan, solo digna de ser servida en el corredor de la muerte más infame del mundo. El grumete se apiadó del doctor y

le ofreció que fuera él quien llevase el caldo a Alonso.

Julián no lo dudó. Agarró la escudilla y bajó los escalones hasta lo más profundo de la nave. Era la primera vez que descendía por debajo del nivel del mar. A esa altura, los crujidos de la madera, aunque amortiguados por la presión del agua, resultaban más intimidatorios. Imaginaba el estado agónico en el que se debía de encontrar Alonso, atrapado bajo el mar.

A cada peldaño el aire se hacía más desagradable. Pasaba de un olor asqueroso a otro nauseabundo en solo veintiséis peldaños. Provenía de la sentina, donde el agua residual quedaba estancada hasta que alguien se encargaba de achicarla. Esa pestilencia era un castigo en sí.

Cuando Julián entró en el cuarto cerrado, encontró a Alonso rezando entre unos barriles. No quería interrumpir sus plegarias, pero el soldado se incorporó inmediatamente para abrazar a Julián, aun con las manos engrilletadas.

—A Dios no le importará que ponga el *pause*. —Había aprendido la expresión del DVD que tenía en casa—. ¿Cómo estás, amigo mío?

—Pues mejor que tú. ¿Qué te han hecho esos cabrones?

Alonso tenía el cuerpo magullado. Estaba cubierto de arañazos y excoriaciones, que el enfermero limpió y desinfectó. Le habían atormentado para que confesase dónde estaba el dinero, pero no quiso dar detalles a Julián de su calvario. Este le explicó que Amelia estaba intentando desenmascarar al verdadero ladrón. Si no lo conseguía, montarían un dispositivo armado —bueno, armado... con dos pistolas— para liberarle sin importar los daños colaterales. Julián quería animar a Alonso a toda costa. Se sentía muy culpable.

—Y todo por el puto hueso de aguacate... —protestó.

—Al menos estaba rico el fruto. Bastante mejor que la sopa.

Julián tuvo una idea. Cogió la escudilla ya vacía de Alonso y sacó dos bujías metálicas y un punzón del botiquín. Se acercó a los barriles y los olisqueó. Perforó uno de los toneles con el punzón, aprovechando el surco entre las duelas del barril. Alonso le miraba desconcertado.

—¿Qué hacéis?

—Me estoy haciendo un «MacGyver».

Y clavó las dos bujías en el surco.

—Por la cánula de arriba entra el aire y por la de abajo sale el líquido.

Por fortuna, el tonel no contenía ni aceite ni vinagre. Brotó un chorrillo de vino que cayó en la escudilla.

—¡Bendito milagro! —aplaudió Alonso.

Los dos compañeros dieron buena cuenta del vino, entre risas. Al otro lado de la puerta, el guardia se preguntaba de qué carajo se ríe alguien condenado a morir.

Sin duda, pensó, ese ladrón era un majadero.

Amelia intentaba poner orden a las ideas que se agolpaban en su mente. Los comensales que el día anterior no sabían dónde guardaba el dinero el capitán lo descubrieron esa noche. Durante la cena, a la vista de todos, Eguiño sacó el cofre del armario y entregó un escudo al maestro de víveres para que aprovisionase la farmacia del galeón. Amelia pensaba que esa imprudencia del capitán le había costado sus 250 escudos de oro.

La joven había interrogado, a su manera, a la mitad de los sospechosos y no había podido descartar a ninguno de la lista. Elvira de Alcaraz, Gil de la Torre y Pedro Romero, los tres tuvieron la oportunidad y el motivo para cometer el robo. Amelia no había cerrado el cerco sobre el ladrón. Tendría que reconocer a Julián que su plan detectivesco no estaba siendo fructífero, al menos no en el plazo acordado de veinticuatro horas.

A Amelia le preocupaban menos el resto de los sospechosos a los que no había entrevistado. Por ejemplo, el capitán general de la Flota, Luis Fernández de Córdova, ostentaba uno de los cargos con mejor salario del reino de España. Era poco probable que se molestase en robar 250 escudos. Descartó también una improbable cleptomanía del capitán general porque, según los doctores del siglo de Amelia, la compulsión de robar solo afectaba a las mujeres que sufrían histeria.

El otro sospechoso no interrogado era Toribio de Alcaraz, aunque la información que le había facilitado su esposa fue suficiente para mantenerlo en la lista de sospechosos. Si uno de los dos era culpable, el otro era su cómplice.

El último de la lista era Paquito, el grumete. Estuvo en el camarote cuando se quedaron a oscuras, pues él mismo se encargó de rellenar los candiles de aceite, pero no estuvo presente cuando el capitán sacó el cofre del armario. Si Paquito desconocía la existencia del cofre, no lo podía robar... Había llegado la hora de hablar con él.

Amelia se cruzó con el grumete en el pasillo. Estaba llamando a la puerta del capitán, que le abrió enseguida. La joven decidió esperar e interceptar al muchacho a la salida, pero Eguiño la vio al fondo del pasillo y la invitó a entrar. Amelia cazó la oportunidad al vuelo y accedió. Además de sacar información sobre el grumete, la visita al camarote le permitiría hacer una reconstrucción visual de los hechos mientras charlaba con el capitán.

Paquito solo había entrado para excusar la tardanza de la cena. Llegaba enseguida.

—¿Querréis acompañarme, señora?—preguntó el capitán.

—Esperaré a cenar con mi marido, que sigue trabajando en la botica del galeón. Pero os haré compañía mientras coméis.

—Será un placer. Es difícil complacer a dos hombres a la vez, y vos lo conseguís.

Por toda respuesta, Amelia rio coqueta mientras pensaba: «Te voy a hacer un tercer grado que ni Ernesto...».

El grumete trajo un guiso de pollo con salsa de mani y leche de coco muy apetecible. Por los ojillos de Amelia y la reacción de sus glándulas salivales, estaba claro que se arrepentiría de no probarlo. La joven cambió su foco de atención y se dirigió al grumete:

—Paquito, ¿de dónde sois?

—Soy de San Sebastián, señora.

—Vizcaíno, qué casualidad..., como el capitán Eguiño.

—Así es —sintió el oficial—, nuestras familias son viejas conocidas.

—Es curioso. En mi tierra llamamos Siscu a los Francisco. ¿En la vuestra no les llaman Patxi en lugar de Paquito?

Tanto el grumete como el capitán le dieron la razón.

—¿Entonces? —preguntó ella, con una sonrisa ingenua.

—Prefiero que me llamen Paquito porque... no quiero que nadie piense que el capitán me tiene simpatía por ser de su tierra.

—Y sin embargo os tiene más simpatía que a los demás.

—Cierto —reconoció el capitán—. Se merece todo mi afecto y halago por ser el grumete más trabajador. Cuando los demás se tumban a tocar la chirimía, Paquito está atareado en alguna faena útil para la nave.

El muchacho sonrió orgulloso por la concesión y se excusó. Eguiño y Amelia siguieron la charla:

—Reconociendo el buen hacer de Paquito, le dais un buen motivo para que siga trabajando duro.

—Sois perspicaz... Y, sin embargo, no he dicho ninguna mentira. ¿Os conté mi intención de ascender al muchacho?

—Sí, queréis que sea vuestro ayudante personal. Debéis de tenerle mucha confianza...

—Así es. A pesar de su juventud y de su poca experiencia a bordo, el océano ya corre por sus venas.

Según Eguiño, Paquito poseía los tres rasgos clave de los hombres de mar: la vocación de aventura, la tradición familiar de marinos y la necesidad.

—¿Qué necesidad? —preguntó curiosa Amelia.

—La vida en el mar no es un camino de rosas —respondió el capitán—. Es un camino de espinas, lleno de peligros. Para empezar como grumete hay que haber pasado hambre y estar dispuesto a arriesgar la vida para llenar el estómago.

Amelia se reafirmó en la impresión que tuvo la noche anterior. Paquito era el hijo que Esteban Eguíño jamás tuvo pero que siempre deseó. Dejó hablar al capitán un buen rato de sus batallitas y de alguna batalla naval. Mientras, escrutaba el entorno disimuladamente. Medía el espacio y la distribución de los muebles. La mesa seguía centrada en el camarote a dos metros del armario. Al fondo, las ventanas de popa. Habían apartado dos de las ocho sillas que había alrededor de la mesa la noche pasada. Solo había media docena.

Amelia se devanaba los sesos. No podía ser tan complicado descubrir al ladrón, pensaba. Como decía Salvador, «no existe crimen perfecto, solo policía inexperto».

Entonces recordó *La carta robada* de su admirado Edgar Allan Poe. En ella, el infalible C. Auguste Dupin resolvía el robo de una importante misiva gracias a la lógica pura y a su asombrosa capacidad de análisis. Amelia decidió inspirarse en él puesto que, salvando las distancias, ambos eran solo detectives aficionados. Según el francés, un verdadero observador presta atención a aquello que nadie nota. Pueden ser pequeños detalles, pero en ocasiones esos detalles no son tan pequeños ni están escondidos; simplemente pasan inadvertidos y se escapan a nuestra observación por ser excesivamente notables. Sucede algo parecido cuando buscamos sobre la abigarrada superficie de un mapa: escrutamos todos los nombres diminutos, uno a uno, sin darnos cuenta de que el nombre que buscamos está escrito en grandes letras extendido de un extremo al otro del mapa.

Hasta ahora Amelia se había empeñado en resolver el misterio del robo hurgando, sin éxito, en el testimonio de los sospechosos. Decidió cambiar de estrategia. Cabía la posibilidad de que la respuesta a todas sus preguntas se encontrase a la vista, justo delante de sus narices. Delante de las narices de Amelia estaban los dos candiles que se extinguieron la noche anterior. Ahora la llama quemaba con vigor, sin mostrar ningún signo de desfallecimiento.

—¿Habéis rellenado los candiles esta tarde?

—No. Paquito los rellena de aceite cada mañana puntualmente.

—¿Todos los días?

—Todos, y hoy no ha sido una excepción.

—¿Y ayer?

—Tampoco. ¿Por qué os interesa saberlo?

—Porque siguen encendidos... Ayer, a esta misma hora, el aceite ya se había consumido y nos quedamos a oscuras.

—Fue algo inusual. Aguantan encendidos toda la noche hasta que me voy a dormir. Yo mismo los apago.

—Qué curioso... Bueno, se ha hecho tarde. Será mejor que vaya a buscar a mi marido. Debe de estar hambriento.

—No me extraña. A estas horas...

—¿Creéis que puedo pedir a Paquito que nos traiga un refrigerio a nuestro camarote cuando mi marido acabe con su trabajo?

—Yo mismo se lo ordenaré.

Amelia se lo agradeció, satisfecha. Tenía que reunirse inmediatamente con Julián para contarle todo lo que había sucedido.

XVII

Julián salió de la bodega del galeón con el mismo aturdimiento que salía de las bodegas Rosell de Atocha en su época de estudiante.

Estaba oscuro, pero vio de lejos a Amelia. Estaba de pie en el extremo de la proa, mirando al horizonte pensativa. Su amiga parecía el mascarón de proa más hermoso de toda la Flota de Indias: la sirena de Barcelona. Y se le acercó.

—¿Esperando a Leonardo? —Le guiñó un ojo Julián.

—Te esperaba a ti.

Al fin y al cabo, se reconoció a sí mismo en silencio, un chiste nunca es bueno cuando es imposible que quien lo escucha lo entienda. Y era evidente que Amelia no había visto *Titanic*.

La joven notó el olor a vino en Julián.

—Has bebido.

—Sí. Con Alonso. Por si es la última vez que bebemos juntos.

—¡Cómo se te ocurre! Se supone que debemos estar preparados para cualquier eventualidad. Más te vale no haber perdido reflejos porque los vamos a necesitar.

—No te preocupes que controlo —rectificó Julián—. ¿Ya sabes quién es el ladrón?

—Me temo que sí... Vamos.

XVIII

Ya en el camarote, Amelia y Julián aguardaban a que llegase la cena, agazapados. Paquito llamó a la puerta y Amelia le invitó a pasar. De la nada, Julián se tiró encima del grumete. Cayeron los dos a plomo sobre el estofado de pollo, que se desparramó por el suelo.

—Podías haber esperado a que dejase la cena —protestó Amelia.

Julián forcejeaba con el chaval, que se escurría como una anguila. A pesar de ser dos contra uno, les costó lo suyo inmovilizar al grumete. Le envolvieron las piernas con un trozo de red de pescar. Julián le sujetó los brazos y Amelia le ató las muñecas con un cabo. Paquito podría haberse desgañitado pidiendo socorro como un poseso, pero no soltó ni un solo grito. Cuando le tuvieron bien atado como una morcilla, empezó el interrogatorio, pero el grumete no soltaba prenda.

—Sabemos que has robado el dinero del capitán —dijo Amelia—. Lo planeaste ayer por la mañana. Llenaste los candiles con menos aceite para que se apagasen durante la cena. Así todos éramos sospechosos de tu robo. Sabías que el capitán te llamaría para rellenar de aceite las lámparas y, en el trajín, podías llevarte el cofre sin que nadie se enterase. —Luego le agarró por el cuello de la camisa—. ¿Dónde está el dinero? ¿Dónde lo has escondido, bellaco?

A Julián casi se le escapó la risa. «Bellaco» sonaba ridículo. ¿Ese era el peor insulto que Amelia podía pronunciar? Paquito se merecía un desprecio mucho mayor. Se había aprovechado de que la culpa de su crimen cayese sobre Alonso, al que iban a ajusticiar por un delito que no había cometido. Qué grandísimo hijo de puta... Julián le dio una colleja a Paquito, que le salió automática.

Después de despedirse del capitán, Amelia se había colado en el sollado donde dormían los marinos. Había buscado en el petate del grumete, pero no había encontrado el dinero. Ahora Paquito tenía el pico bien cerrado y se negaba a confesar el paradero del cofre, por más que le amenazaban Julián y Amelia. Con tanta brega y zarandeo, habían roto la camisa del grumete por las sisas.

Amelia se fijó en que el muchacho llevaba un vendaje debajo de la camisa que le envolvía el torso. Podría ser que la gasa cubriese una herida, pero la joven sospechó que Paquito escondía otra cosa allí debajo. Con un gesto seco, acabó de rasgar la camisa.

—Julián, ayúdame a quitarle la venda —ordenó Amelia.

Paquito intentó morderles puesto que su dentadura era la única arma que tenía disponible, pero no consiguió detenerles. El vendaje estaba muy prieto y costó aflojar los nudos, pero lo consiguieron. Los 250 escudos no fue lo único que encontraron bajo la venda. Paquito tenía pechos de mujer. Amelia se quedó lívida. Julián nunca había mirado con tanto asombro unos pechos. Quizá cuando tenía trece años y hojeaba el *Interviú* a escondidas, pero era otro tipo de asombro.

—¡Es una tía! —exclamó.

—¡Dejadme! Quedaos las monedas y dejadme ir.

—Y una mierda, Pa-qui-ta. Tú robaste la pasta. Ahora te toca a ti estar encerrada en la bodega.

—Por favor, os lo suplico. Devolveré el dinero, pero no me entreguéis al capitán.

Amelia todavía no había reaccionado tras la sorpresa. Le cubrió los senos con el trozo de camisa y por fin habló:

—No sois Paquito Loyola. Os bautizaron con el nombre de Catalina, ¿no es así?

La grumete asintió asustada. Estaba tan desconcertada como Julián. Amelia, más allá de poseer una inteligencia privilegiada, parecía tener poderes.

—¿Catalina de Erauso, supongo?

La muchacha asintió de nuevo. El bueno de Julián no entendía nada:

—La madre que me parió. ¿Cómo lo sabes? ¿De qué la conoces?

Amelia se levantó y se llevó a su compañero a un rincón.

—La conozco... de los libros —le susurró al oído—. Catalina de Erauso es la célebre Monja Alférez.

—Por mí como si es Sor Citroën. Me quedo igual.

—La Monja Alférez fue... bueno, es novicia y será militar. Se pasó casi toda la vida disfrazada de hombre. Es una de las figuras más controvertidas y excepcionales del Siglo de Oro.

—Un rato controvertida sí es, y a lo creo. Es una ladrona.

—Y será cosas peores, pero no podemos dejarla en manos del capitán. Tiene que llegar a los sesenta y cinco años.

—Pues ya me contarás qué hacemos...

Catalina de Erauso

I

—La Monja Alférez nació hace dieciocho años en San Sebastián. A los cuatro la metieron en un convento de monjas dominicas y allí la dejaron. Apenas cumplió los quince, se escapó porque una de las monjas la pegaba. Al salir, se cambió el hábito de novicia por ropajes de varón y se cortó el pelo. Estuvo sirviendo de casa en casa: desde Vitoria hasta Valladolid y de vuelta a San Sebastián. En todas las casas la apreciaron por su valía. De algunas escapó robando algún dinero para sobrevivir. De otras huyó porque su familia la estaba buscando cerca de allí. En una ocasión hirió a un chico en una pelea y la encerraron varios meses en la cárcel. No tuvo una vida fácil. Al fin decidió viajar a Sanlúcar y de allí embarcar como grumete a las órdenes del capitán Esteban Eguíño en la Flota de Indias.

—¿Por qué me contáis eso, Amelia?

Alonso estaba desorientado. Acababan de sacarle de la bodega. Julián y Amelia habían llevado al grumete ante el capitán, sin revelar su identidad secreta femenina.

A Eguíño se le habían empañado los ojos al descubrir que su estimado Paquito era un ratero ingrato. La traición de un ser querido es siempre más dolorosa que la de un desconocido.

Después de recuperar los 250 escudos de oro, el capitán había ordenado encerrar al culpable y había liberado al inocente. Luego se excusó con los señores Martínez por los perjuicios y, en un acto de magnanimidad impropia de la época y de su estatus, se excusó con el criado Alonso.

Estaba amaneciendo y la patrulla no había pegado ojo. Amelia intentaba transmitir a sus compañeros la relevancia histórica de Catalina de Erauso, por un lado, y, por el otro, la gravedad de su ejecución si llegaba el caso. Poco podían hacer al respecto porque el castigo estaba en manos del capitán. Julián y Alonso no tenían ninguna intención de ayudar a la grumete, pero Amelia seguía en su empeño de convencerlos:

—Entiendo que Catalina os parezca una indeseable, pero no estaba en sus planes incriminar a Alonso. Se sentía culpable por haberlo hecho. Por eso dejó que Julián le llevase la cena a la bodega, para que pudieras estar con él. Catalina solo pretendía esfumarse la misma noche del crimen, para que jamás pillasen al ladrón.

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó Alonso.

—Lo sé porque es lo que sucedió en la realidad. Algo ha debido de pasar para que se torciesen sus planes.

—Ha pasado que nosotros estamos aquí y no deberíamos —sentenció Julián.

Y tenía razón. La mera presencia de la patrulla había modificado la Historia. La noche del robo, Alonso salió del castillo de proa y la puerta se cerró de golpe. El porrazo desveló al capitán, que debería haber dormido toda la noche. Alonso saludó al grumete y le entretuvo. Este no tuvo tiempo de pedir a los guardias que le bajasen en la barca para ir «a por unos negocios a tierra, por orden del capitán» y esfumarse para siempre, porque Eguíño se despertó y dio la voz de alarma.

—Catalina luchará durante años como un soldado más aquí, en las Indias, al servicio de la Corona. Se ganará la fama de ser valiente y hábil con las armas, sin revelar que es una mujer.

Mientras Amelia se explayaba, Julián toqueteaba el móvil intertemporal disimuladamente. En cambio, Alonso escuchaba con interés. Amelia iba por el buen camino. Si seguía exponiendo las hazañas bélicas de la Monja Alférez, acabaría ablandando el resentido corazón del soldado.

—En una batalla, los indios mapuches estarán a punto de ganar a los españoles y les robarán la bandera. Catalina, malherida, saltará las líneas enemigas y recuperará el estandarte, arrancándolo de las manos del mapuche tras clavarle su daga.

—Bien hecho, sí, señor. El soldado que no se rinde es invencible —afirmó con satisfacción Alonso.

—Eso es muy discutible —alegó Julián.

Amelia hizo caso omiso al escepticismo de este y siguió narrando la vida de la Monja Alférez:

—En la siguiente batalla morirá el capitán de su compañía. Ella tomará el mando y ganará la batalla con valor y coraje. Seguirá guerreando durante dos décadas y ofreciendo grandes victorias a la Corona en ultramar. Catalina regresará a España como mujer. La recibirá Felipe IV, que le asignará una pensión vitalicia por los servicios prestados, aunque no le dará permiso para vestir como un hombre, a pesar de que ella se lo pedirá. Tras una visita a la Santa Sede, será el papa Urbano VIII quien la autorice a vestir como a ella le plazca. Después, Catalina regresará a América para continuar con sus negocios y escribirá unas memorias que os recomiendo leer.

—Asombrosa vida... —terció Alonso—. ¿Y sabéis por qué no la ascendieron del grado de alférez? Si es tan hábil y valiente, lo merece sea cual sea su sexo.

Amelia puso el freno en la explicación. Si aclaraba esa duda al soldado, su estrategia para convencerlos de salvar a Catalina se podía ir al garete.

—Creo que ya sé por qué no pasará de alférez —respondió Julián, socarrón.

—Hablad, os escuchamos.

Julián leyó directamente de la pantalla del móvil:

—En la Wikipedia dice que «debido a las múltiples quejas que existían contra ella por su extrema crueldad contra los indios no es ascendida al grado militar

siguiente. Esta frustración provocó que por un tiempo se dedicara a cometer actos vandálicos como asesinar a cuanta persona se le atravesara en el camino y quemar sembrados enteros» .

—¿Me devuelves el móvil, por favor?

Julián no estaba por cumplir los deseos de Amelia.

—Espera, espera, que aquí hay más. —Julián siguió con el *scroll down*—.

Después de Panamá va a Perú. Allí se pelea con unos tipos. Le raja la cara a uno y mata al otro. Se esconde en una iglesia, pero la llevan a rastras a la cárcel. De allí la saca su amo. Se muda de ciudad y se líaa con la hermana de la esposa de su nuevo amo. La mujer se quiere casar, pero él..., bueno, ella, que ni hablar. Huye a Chile, donde se enrola como soldado. Coincide con su hermano Miguel de Erauso, que no la reconoce. Se hacen amigos, pero se acaban peleando porque Catalina visita en secreto a la amante de su hermano. Menudo bicho de tía...

—Creo que nos hacemos una idea, Julián.

Pero Julián tenía bien agarrado el móvil y no lo soltaba.

—Hay más... Unos años después, en una casa de juego, un hombre la acusa de hacer trampas y ella le mata. Se monta una batalla campal y raja a otro hombre. Casualmente, su hermano Miguel entra y la ayuda a escapar. El gobernador pone precio a su cabeza y Catalina se esconde seis meses en una iglesia para que no la detengan. Cuando las cosas se calman, un compañero le pide ayuda; se va a batir en duelo, dos contra dos, y necesita un acompañante. Catalina accede. Ella es la única superviviente. Después de herir mortalmente a su contrincante, le pregunta por su nombre. « Soy Miguel de Erauso.» —Julián levantó la vista—. ¡¡Joder, mata a su hermano!!

Alonso se santiguó. Amelia bajó la cabeza. Sabía que la Monja Alférez era un personaje pendenciero, pero enumerando sus actos infames de carrerilla, parecía diabólica.

—Al poco, huye a través de los Andes —prosigue Julián—. Con ella van dos fugitivos que mueren por congelación. Ella les roba el dinero y sigue su camino.

—Si están muertos no necesitan el dinero —apostilló Amelia. Poco más puede decir en defensa de Catalina.

Alonso estaba embebido en el relato.

—Continuad.

—Cuando ya no le quedan fuerzas para seguir caminando en la nieve, la rescatan. Una familia la acoge en su casa. Le dan trabajo y le ofrecen a su hija en matrimonio. Él acepta aunque la chica le parece un adefesio y va retrasando la boda varios meses. Al mismo tiempo se promete con la sobrina del canónigo de Tucumán, que es más guapa. Cuando ya no puede llevar más lejos el engaño, se escapa de los dos compromisos... Qué *fenómena*...

Julián estaba asombrado. La vida de la Monja Alférez tenía más giros que la de Tyrion Lannister de *Juego de tronos*.

—En otra ciudad la acusan injustamente de rajar la cara a una señora, la torturan y la vuelven a poner en libertad. Un nuevo altercado la obliga a refugiarse de nuevo en una iglesia. En otra rencilla de juego, mata a otro individuo. Esta vez es condenada a muerte y se salva en el último minuto por la confesión de otro reo. Y de nuevo se esconde cinco meses en una iglesia debido al duelo con un marido celoso. En La Paz, es condenada otra vez a muerte, finge confesarse y, tras apoderarse de una hostia consagrada, huye a Cuzco blandiendo la Sagrada Forma para que nadie se le acerque, como si tratase de ahuyentar vampiros con una ristra de ajos.

Alonso se volvió a santiguar. Ya iban dos veces.

—A causa de otra disputa, ya en Perú, la detienen. Para evitar su ajusticiamiento, pide clemencia al obispo y le cuenta que es una novicia de San Sebastián. La examinan y confirman que es mujer y virgen. Entonces el obispo la perdona y decide protegerla. Cojonudo... Es más grave perder la virginidad que matar a cien.

Alonso se santiguó de nuevo, a la tercera iba la vencida.

—Qué currículo —comentó Julián—. Comparado con ella, Jack el Destripador es un aficionado. Amelia, ¿pretendes que montemos un dispositivo de rescate para salvarla arriesgando nuestras vidas?

—Nos guste o no, tiene que vivir sesenta años para que escriba sus memorias.

—¿Te das cuenta, Amelia? Conoces a un escritor y pierdes el oremus. Lo siento, pero no cuentes conmigo.

—Ni conmigo —añadió Alonso.

—Os recuerdo que yo soy la jefa.

—No hace falta que nos lo recuerdes cada media hora.

—De acuerdo, no montaremos ningún dispositivo de riesgo para nosotros, pero la sacaremos de aquí. Encontraré la forma.

—Haz lo que tengas que hacer. —Julián le devolvió el teléfono intertemporal del kit de Lola—. Por cierto, hay varios mensajes de Irene por escuchar.

Amelia abrió la aplicación del buzón. Había tres mensajes y en todos les daba la misma orden. Amelia se la transmitió a sus compañeros:

—Tenemos que volver a Cartagena y clausurar la puerta del tiempo por la que entramos.

—¿Ahora? ¿Por qué? —Julián no se lo podía creer.

—Es una puerta clandestina no catalogada.

—Pues que la cataloguen.

—Solo serán unas horas.

—¿Y si zarpa el barco?

—Le pediré al capitán que nos espere.

—No es un taxista, estamos hablando de la Flota de Indias. Si nos quedamos en tierra, tendremos que esperar un año a que regresen.

—Eguiño nos debe una por cómo ha tratado a Alonso.

Julián la miró escéptico y Alonso no opinó. Estaba tumbado en el jergón, profundamente dormido.

II

Amelia cruzó el pasillo y se presentó en la cámara del capitán. Eguiño estaba reunido con el contra maestre, ultimando los detalles para la partida que, por órdenes del capitán general, era inminente. La joven pidió hablar a solas con Eguiño, así que Pedro Romero se retiró sin rechistar.

—¿Qué os trae por aquí, mi señora?

—Quería pedir os una merced, capitán.

—Os ruego que no me supliquéis que libere a Paquito. Vos sois bondadosa y compasiva, pero el robo y el engaño son delitos de gran gravedad. El muchacho no tiene perdón posible.

—Estoy de acuerdo. Os iba a proponer otro arreglo. Mi marido y yo no estamos felices de viajar con el grumete a bordo. Imaginad, por un casual, que Paquito enfermase. Mi esposo se vería en la obligación de cuidar a ese traidor que casi llevó a la horca a nuestro estimado criado Alonso.

—Comprendo.

—Creemos que debe quedarse en Cartagena y que las autoridades de la ciudad le juzguen y se encarguen de castigarle como merece.

—Sin duda le diría que sí, pero zarpamos este mediodía. Apenas quedan tres horas y no puedo mandar a ninguno de mis hombres a Cartagena, eso nos retrasaría en los preparativos.

—Nosotros le llevaremos.

—¿Vuestro marido y vos?

—Y Alonso. Facilitenos una embarcación pequeña y regresaremos al *San Andrés* antes de que el sol llegue a su cénit.

—Sois una mujer muy decidida —respondió con admiración Eguiño—. Vuestro esposo es un hombre afortunado.

III

Los miembros de la patrulla estaban en la barca. Julián y Alonso remaban con todas sus fuerzas en dirección a la costa y ninguno de los dos lo hacía de buen grado.

Julián miró a Amelia.

—Estarás contenta —dijo—. Te has salido con la tuya.

—Decid mejor que siempre se sale con la suya —corrigió Alonso.

—Tengo la certeza de que estamos haciendo lo correcto —replicó Amelia—.

Y, de paso, matamos dos pájaros de un tiro.

Catalina de Erauso se revolvió en el travesaño de la barca donde estaba engrillatada y siguió el trayecto inquieta pero en silencio.

Amelia repasaba la carta de denuncia que había redactado Esteban Eguiña para el juez. Era su testimonio de los delitos de Paquito Loyola. No escatimaba ningún detalle y cargaba las tintas en los agravantes: desacato a la autoridad, robo con nocturnidad, asalto a un buque, abuso de la confianza y de las circunstancias personales de la víctima, levantamiento de falso testimonio acusando a un inocente...

Amelia miró en dirección al *San Andrés*. Estaban a dos tercios del camino. Entonces rasgó la carta por la mitad. Rompió las mitades en más mitades y tiró los pedacitos por la borda.

Catalina se alarmó; no entendía nada. Temió que la matasen allí mismo y que también la tirasen por la borda. Pero la patrulla no hizo ningún movimiento amenazante.

—Y ¿qué haremos con la ladrona? —quiso saber Julián.

—Tendrá que seguir su camino —respondió Amelia.

—¿Sin castigo alguno? —preguntó Alonso—. ¿Ni siquiera unos azotes para que aprenda la lección?

—La vida ya le dará unas cuantas lecciones.

Si los remeros batían a buen ritmo, en unos diez minutos llegarían al puerto de Cartagena. Tendrían una hora y poco más para solucionar todos los asuntos pendientes y otra media hora de regreso al galeón. Eso debería bastarles para llegar a tiempo. Amelia y Julián se encargarían de clausurar la puerta.

Mientras, Alonso tendría que vigilar a Catalina.

IV

De nuevo en Cartagena de Indias, la ciudad seguía enferma y maloliente. La patrulla se adentró por una calle perpendicular al puerto. Amelia y Julián tenían que apresurarse para llegar a los manglares de Chambacú. Allí se encontraba la puerta por la que llegaron a América.

Alonso decidió meterse en una taberna para pasar el mal trago con otros tragos mejores. Tenía a Catalina bien agarrada por el pescuezo y le susurró amenazante:

—Ni se os ocurra.

—¿El qué? —preguntó Catalina temblorosa.

—¡¡Ni se os ocurra!!

Fuera lo que fuese, mejor que Catalina no intentase nada extraño con Alonso. El soldado la enganchó por el cordón que sujetaba sus calzones sin otra intención que amarrarla a su lado. Si escapaba, tendría que hacerlo con él a rastras, o bien

sin calzones. Entraron en la taberna y Amelia y Julián siguieron su camino.

La joven meditaba en voz alta:

—La Historia dice que Catalina...

—Malo —interrumpió Julián—. Malo cuando empiezas una frase así: «La Historia dice que...».

—Estaba pensando que Catalina utilizó el dinero que robó al capitán para viajar a Panamá y vivir allí un año entero. Y ahora es más pobre que una rata.

—Como nosotros, Amelia. No pienses tanto.

—Pero nosotros estamos juntos. Y pronto estaremos en casa.

—¿Qué pretendes? ¿Ponerle un piso en Cartagena?

—Al menos darle algo para que se compre un pasaje a Panamá.

—Catalina se espabila muy bien sola.

—Tengo miedo de que se meta en algún lío.

—Meterse en líos es su destino...

Julián tenía razón, pero Amelia prefirió no dársela a cambio de seguirle escuchando.

—No se me ocurre ninguna forma honesta de conseguir dinero en una hora.

¿A ti?

Amelia negó y siguió caminando. En la plaza había mercado. Coincidiendo con la partida de la Flota, era el último día de feria. Quedaba el peor género: la fruta pocha y el ganado macilento. El ciego seguía cantando sus infortunios y cómo el pirata Francis Drake derribó la catedral a cañonazos. Los que se paraban a escuchar le daban la voluntad. Un par de blancas y algún maravedí eran el precio del entretenimiento.

—¿No te queda nada en el botiquín que puedas vender?

—Tenemos lo justo para el viaje. Si quieres, me pongo de sacamuelas en medio de la plaza... O vendo crecepepo...

—¿Harías eso?—Amelia se emocionó.

—¡Claro que no! Dinero rápido no quiere decir dinero fácil.

Cuando habían cruzado la plaza, Julián se paró en seco.

—¡Espera! Quizá pueda ganar algo... Pero tendrás que ir sola a clausurar la puerta.

—¿Qué vas a hacer?

—Lo único imposible es aquello que no se intenta... Lo leí en una camiseta. Ahora necesito un poco de intimidad, porque voy a salir de mi zona de confort y tengo que concentrarme.

Amelia no entendió la última frase, pero aceptó y enfiló la calle. Iría sola. No necesitaba la colaboración de Julián para bloquear la entrada a 1603. El móvil intertemporal tenía una aplicación de «inhibición de puertas» muy práctica. Solo debía situarse bajo el dintel de la puerta y pulsar un código para desconectarla del otro extremo temporal. Era un sistema muy intuitivo, incluso para una chica

del siglo XIX, inspirado en la tecnología Apple de los años noventa.

Amelia solo se alejó unos pasos. Estaba intrigada por los planes de Julián y se quedó espiándole un par de minutos. El enfermero, sin saberse observado, se subió a una banqueta mugrienta de solo tres patas y llamó al gentío con esta letanía, copiando las palabras del ciego:

—Hombres y mujeres, niños y nenas, mendigos y caballeros, les suplico que me atiendan...

Luego empezó a declamar:

*¡¡Con diez cañones por banda,
viento en popa a toda vela,
no corta el mar, sino vuela,
un velero bergantín!!
¡¡Bajel pirata que llaman,
por su bravura, El Temido,
en todo mar conocido,
del uno al otro confín!!*

Amelia aún no había cursado Literatura del Romanticismo, pero reconoció el poema que Julián recitaba dos siglos antes de que Espronceda lo escribiese.

*La luna en el mar riela,
en la lona gime el viento,
y alza en blando movimiento
olas de plata y azul;
y ve el capitán pirata,
cantando alegre en la popa,
¡¡Asia a un lado, al otro Europa,
y allá a su frente Estambul!!*

En la Cartagena de Indias del siglo XVII la *Canción del pirata* no resultaba romántica, ni evocaba un paraíso exótico, ni idealizaba la libertad. Era una fábula de rabiosa actualidad. Prueba de ello es que la gente se agrupaba alrededor de Julián para escucharle.

*Navega, velero mío,
sin temor,
que ni enemigo navío
ni tormenta, ni bonanza
tu rumbo a torcer alcanza,*

*ni a sujetar tu valor.
Veinte presas
hemos hecho
a despecho
del inglés,
y han rendido
sus pendones
cien naciones
a mis pies.*

Los espectadores del ciego emigraron en un goteo constante al otro extremo de la plaza para escuchar a Julián. Se estremecían a cada verso. Los más entregados ya rascaban dentro de sus bolsas para sacar alguna moneda.

*¡¡Que es mi barco mi tesoro,
que es mi dios la libertad,
mi ley, la fuerza y el viento,
mi única patria, la mar!!*

La copla octosilábica del estribillo dejó sin aliento a la concurrencia. El ciego había olido cómo su público le abandonaba, y se abría paso entre la gente para escuchar al charlatán que le había robado la audiencia. Tras escucharle, musitó para sí el mendigo: « Qué bien dice este cabrón...» .

Y el cabrón siguió declamando:

*Allá muevan feroz guerra,
ciegos reyes
por un palmo más de tierra;
que yo aquí tengo por mío
cuanto abarca el mar bravío,
a quien nadie impuso leyes.
Y no hay playa,
sea cualquiera,
ni bandera
de esplendor,
que no sienta
mi derecho
y dé pecho
a mi valor.
¡¡Que es mi barco mi tesoro,*

*que es mi dios la libertad,
mi ley, la fuerza y el viento,
mi única patria, la mar!!*

Se hacía tarde y a Amelia no le sobraba el tiempo. Se alejó de la plaza preguntándose dónde habría aprendido un enfermero como Julián la *Canción del pirata*.

La respuesta era sencilla, pero Amelia no podía saberla: Julián estudió en la EGB. La voz de su amigo se apagaba en la distancia y entonces la joven recordó tres estrofas más del poema que le impactaron años atrás y que ahora, en Cartagena, resultaban cercanas y familiares:

*¡Sentenciado estoy a muerte!
Yo me río;
no me abandone la suerte,
y al mismo que me condena,
colgaré de alguna entena,
quizá en su propio navío.
Y si caigo,
¿qué es la vida?
Por perdida
ya la di,
cuando el yugo
del esclavo,
como un bravo,
sacudí.
Que es mi barco mi tesoro,
que es mi dios la libertad,
mi ley, la fuerza y el viento,
mi única patria, la mar.*

V

El tabernero había reconocido al criado del doctor y les había invitado al primer vaso de vino. La fiebre amarilla le había remitido y el hombre se sentía optimista y agradecido.

—¿Lo veis, grumete? Haciendo el bien a la gente se consigue más que haciendo el mal —sermoneó Alonso a Catalina cuando se quedaron a solas.

—Ya... Y ¿con qué pagaréis el segundo vaso? —le respondió desafiante.

—Si no tengo dinero, no tomaré un segundo vaso.

—¿Y si tenéis sed?

Alonso cortó la conversación. Seguir por esos derroteros no les llevaría a nada bueno. Era preferible esperar a Amelia y a Julián en silencio. La taberna estaba animada y había donde mirar y distraerse: borrachos, jugadores y alguna moza del común oficio. Hasta que Catalina rompió el silencio.

—Podemos jugar a cartas. —Se sacó un mazo de naipes de la pechera.

—Pero ¿cuántas cosas escondéis en el vendaje...?

—¿Sabéis jugar al *musu*?

Musu quiere decir « beso » en euskera, pero en ese contexto *musu* no era otra cosa que el mus; lo llamaban así por los morritos y los gestos que se hacían entre los jugadores. Pero Alonso no conocía el mus, porque faltaba más de un siglo para que el juego se popularizase por toda la península.

—Se juega en parejas. Podríamos descamisar a unos cuantos si apostamos juntos.

—¿Vos no escarmentáis, Catalina?

—No me llaméis así. Cualquier nombre de varón mejor que Catalina.

—¿Perjuráis del sacramento del bautizo?

—Para vos es fácil dar lecciones, porque os sentís hombre y vuestra entrepierna no lo desmiente. Otros hombres tenemos que luchar para conseguirlo.

—¿Estáis convencida de que es un hombre, y no el diablo, lo que os habla desde vuestro interior?

—Yo sé lo que soy, no necesito a nadie que me lo diga. Y si tuviese al diablo, no creo que hacer esto le gustase. —Y se santiguó con parsimonia.

Alonso se quedó asombrado y después pensativo. El símbolo de la cruz siempre le resultaba un argumento convincente en toda discusión.

—De acuerdo, os llamaré Francisco. Pero sabed que para ser hombre no hace falta ser peor que los hombres. No lo seáis vos. Ser honesto nunca hizo daño a nadie; mentir, sí.

—Me guste o no, yo nunca podré ser del todo honesto, pero lo intentaré. Os lo prometo.

Alonso asintió satisfecho. El joven Francisco no era una oveja del todo descarriada. Más relajado, el soldado cambió de tercio; mas no de unidad militar, sino de tema de conversación:

—Vos que habéis estado en las dos orillas del Rubicón... Vos que habéis estado en misa y repicando...

Francisco le miraba perplejo. Alonso intentó ser más claro:

—Pardiez, qué complicado... Vos que sois carne y pescado, ¿qué tiene que hacer un hombre para complacer a una mujer?

Francisco soltó una carcajada, pero lo interrumpió Julián asomando por la entrada de la taberna. Con un gesto les indicó que se levantasen. Había que salir a

toda prisa. La conversación les había distraído un buen rato y no sabían qué hora era.

No les quedaba mucho margen para regresar al *San Andrés*.

VI

Amelia los esperaba fuera. La joven había clausurado la puerta y Julián había recitado dieciocho veces seguidas la *Canción del pirata* de Espronceda, con un éxito absoluto de público y crítica. Había recaudado 16 reales de plata, más de 300 maravedís y unas 500 blancas. Eso solo sumaba el valor de 2 escudos de oro, pero menos da una piedra.

De camino al puerto, le entregaron la bolsa a Francisco, que se quedó boquiabierto.

—¿Esto es para mí? ¿Por qué sois tan generosos conmigo?

—No nos lo preguntes dos veces, porque podemos cambiar de opinión —respondió Julián.

Amelia la miró con una mezcla de pena y cariño. Todo lo que sabía de la Monja Alférez era de una crueldad que le repugnaba, sin embargo no dejaba de pensar lo difícil que debía de ser en su época nacer mujer y sobrevivir a tanta crueldad por el hecho de serlo. Catalina no se había rendido ni se rendiría. Y, no sabía por qué, eso le generaba un profundo respeto hacia la muchacha.

Tal vez por eso la tuteó, como habría tuteado a una hermana pequeña si la hubiera tenido:

—Has tenido una vida difícil, y no será más fácil a partir de ahora. A veces te verás en la disyuntiva de hacer el bien o de hacer el mal —le instruyó Amelia.

—Eso ya me lo ha dicho Alonso. Os ruego que si me vais a dar un sermón, seáis breve.

«¡Será atrevida esta mocosa!», pensó Amelia. No cabía duda, se habían acabado las buenas formas.

—Pues ahora me escuchas a mí —se plantó Amelia—. Te entregamos la bolsa, pero te pido que por cada mala acción que hagas, al menos lo compenses con una buena acción.

—Incluso dos —propuso Alonso.

—Dos o tres. Podemos redondear a tres buenas acciones, por cada mala acción que hagas —remachó Julián, tuteándola también.

Catalina asintió y les deseó un buen viaje de regreso en el *San Andrés*. No debían temer al mal tiempo, pues el capitán Eguiño era hombre de gran experiencia, la tripulación era buena gente y el *San Andrés*, un buque sólido, les dijo. «Mientras flote...», pensó Alonso.

—Y vos ¿qué haréis, grumete?

—Iré a Panamá, gracias a vosotros, y después la fortuna dirá.

La patrulla se despidió de Francisco (Catalina), deseándole la mayor de las suertes, y subieron a la barca para regresar al galeón, que los aguardaba balanceándose majestuoso en la bahía.

No había tiempo que perder, así que Alonso y Julián se pusieron a remar como unos condenados... a galeras, concretamente. Francisco los observaba mientras se alejaban.

—Porque no llevo ni cartera ni móvil, que si no, miraría en el bolsillo por si me los había levantado —bromeó Julián—. ¿Creéis que nos hará caso en lo de las buenas acciones?

—Rezaré por ello —repuso Alonso.

De repente, el soldado recordó algo importante, incluso fundamental. Se puso en pie manteniendo un equilibrio precario y gritó en dirección a la orilla, haciendo altavoz con ambas manos:

—¡Francisco!, ¡¡Francisco!! ¡No respondisteis a mi pregunta!

—¡¡¿Qué pregunta?! —respondió Francisco (Catalina) a pleno pulmón.

Alonso le soltó su vozarrón de trueno:

—¡¿Qué tiene que hacer un hombre para complacer a una mujer?!

—¡¡Pues preguntarle!!

TERCERA PARTE
TIEMPO DE ESPÍAS

Canfranc

I

25 de abril de 1943.

Un día más en un tiempo convulso en un lugar inesperado. Casablanca ha quedado para el inconsciente colectivo como el mayor nido de espías y agentes dobles de la Segunda Guerra Mundial, pero la localidad española de Canfranc tuvo una importancia estratégica desconocida por muchos, a pesar de la supuesta neutralidad que esgrimía el Generalísimo.

En pleno pirineo oscense, a más de 1.190 metros de altitud, se encuentra la Estación Internacional de Canfranc. Se trata de un paso fronterizo entre España y Francia desde tiempos inmemoriales que cobró un relevante protagonismo durante la contienda entre los aliados y el nazismo. Dada su privilegiada situación, se convirtió en una importante vía de comunicación para la Resistencia francesa, además de ruta para los judíos antes de conseguir su ansiada libertad en tierras lusas. Pero, a su vez, los nazis lo utilizaron para recibir materias primas por parte de España para la fabricación de armamento. Como contrapartida, Franco recibía todas las semanas un convoy repleto de lingotes de oro por cortesía de Hitler. Y esos trenes pasaban por Canfranc. Pero eso es otra historia. Además, averiguar dónde fue a parar el oro nazi no es tarea del Ministerio del Tiempo. Al menos de momento. Nunca se sabe...

II

Albert Le Lay rondaba los cincuenta. Era alto, enjuto y francés. Elegante, iba vestido con un impecable esmoquin. Se atusó el bigote delante del espejo. Parecía calmado, pero sin duda la procesión iba por dentro.

En el marco colgaba una foto de su familia que besó antes de salir. Siempre había confiado en que sus seres queridos le daban suerte y hasta el día de hoy no se había equivocado. Todavía los nazis no habían descubierto que el jefe de estación de Canfranc ayudaba a la *Résistance française* y a todo aquel que no comulgara con las ideas del Führer.

Albert salió del modesto aseo que tenía junto a su despacho con su vaivén característico debido a su leve y crónica cojera. Sin duda el clima de Canfranc no era lo mejor para su dolencia, pero tampoco se quejaba. Nunca lo hacía.

Como tantos héroes anónimos que jamás pasaron a la Historia, Albert se jugó cientos de veces su vida y la de su familia a cambio de nada. Simplemente pensaba que era su deber ayudar a los necesitados. Es lo que le inculcó su padre y aprendió en casa desde niño. Y en aquel tiempo, de necesitados andaban sobrados en Canfranc.

Los alemanes nunca se percataban de que la documentación sellada por el propio jefe de estación era falsificada por él mismo y su red de colaboradores. Para los teutones, la lealtad de Albert estaba fuera de toda duda. ¿Cómo iban a sospechar de aquel francés con esa perenne sonrisa, tan modesto y servicial? Imposible.

III

Monsieur Le Lay consultó su reloj de bolsillo. Era tarde. Abandonó su despacho y pasó junto a las dependencias donde operaba el contingente de la Gestapo. Dentro de esas cuatro paredes controlaban a todas las personas que cruzaban la frontera en ambas direcciones, además de servir de enlace para recibir las materias primas de la península, tan necesarias para el Tercer Reich.

Cuando atravesó el largo corredor, observó sentado delante del escritorio al cabo Udo Hermann. Albert hizo un leve gesto que no fue correspondido por el alemán. «A pesar de vivir en tiempos de zozobra nunca deberían perderse las formas», reflexionó el bueno de Le Lay. Y con este pensamiento en su cabeza, sin duda útil para evitar los nervios ante la que se le venía encima, el jefe de estación campó por sus dominios.

El recorrido le llevó por el edificio principal de la estación de Canfranc, que acogía el vestíbulo donde se encontraban las taquillas. Grandes ventanales, pilastras de sabor clasicista y trabajo en madera de gusto *déco* fueron diseñadas por Ramírez de Dampierre para crear un espacio suntuoso, como una especie de anomalía en medio de aquel paisaje pirenaico tan exuberante y extremo.

Al ser fin de semana todo estaba tranquilo. Apenas un par de parroquianos, algo despistados, que preguntaban en la taquilla por la salida del próximo tren a la capital aragonesa. En principio llegaría a la estación en menos de una hora. Aunque cualquiera sabía, ya que siempre se retrasaba.

Hacía tres años que Albert llegó a Canfranc y no se imaginaba que hoy sería su última jornada en el cargo.

Tampoco que jamás volvería a ser el principal enlace del espionaje aliado en España.

Y mucho menos que hoy podría ser el día que cambiara para siempre la Historia de la humanidad por una jugada del destino.

IV

—Lola. Me llamo Lola Mendieta. Un placer.

Una sonrisa algo fría, no se sabe si por la temperatura o por los nervios, se adueñó del rostro de la muchacha.

A pesar de que la última vez que el Ministerio supo de Lola pasaba de los

cuarenta y descubrió que iba a morir sin remisión, esta versión más joven poseía su mismo encanto, carácter y valentía. Aunque tenía un gesto más ingenuo y alguna arruga menos, para qué nos vamos a engañar. Es lo que tiene acabar de cumplir solo veinte años.

—John Roberts Martínez. Encantado de conocerla, señorita.

El apuesto desconocido que estaba frente a Lola acababa de cumplir los cuarenta. Pese al nombre y al pelirrojo de su pelo, a ella le sorprendió su perfecto castellano con un marcado acento andaluz. John era hijo de un empleado inglés que trabajó en las minas de Riotinto, Charles Roberts Julian, uno de los fundadores del Riotinto Balompié a finales del siglo pasado.

Pero, además de eso, era una pieza clave en el intento de acabar, de una vez por todas, con Hitler. Tras los éxitos de los aliados en el norte de África, la siguiente batalla se libraría en Sicilia. Pero eso sería unas semanas más tarde. Ahora, en este preciso instante, el encuentro de dos extraños en Canfranc era lo único que importaba.

Sus miradas se cruzaron furtivas un instante; parecía que estaban solos en este mundo; que nada ni nadie, ni tan siquiera la guerra, tenía cabida entre los dos.

Ambos paladearon el encuentro. Aunque acababan de conocerse, se gustaron. A veces esto de ser espía y encontrarse con un atractivo desconocido tenía su aquel, pensó Lola.

Lola y John se hallaban en medio del salón real, rodeados de cientos de personas en el Gran Hotel Canfranc, anexo a la estación.

Allí, hombres y mujeres vestidos de gala bailaban a su alrededor un maravilloso vals bajo unas imponentes lámparas de araña. Los militares nazis, alejados de la zona de baile, no dudaban en intentar camelarse a las «mañicas» y lanzarles algún requiebro chapurreando un curioso castellano, pero lo que no sabían es que todas ellas eran lo más parecido a Agustina de Aragón: recias, indomables y tozudas a partes iguales. Así que poco podían hacer con las damas que no fuera invitarlas a un ponche, a unas onzas de chocolate o a poco más. Ajo y agua. O como dirían ellos si tuvieran ese dicho: *Knoblauch und Wasser*.

Lola, con algo de picardía, le dijo a su acompañante que ella era más de pasodoble, pero si había que bailar, se bailaba. Por su parte John le susurró al oído que el cante jondo era lo suyo. Si quisiera, un día se lo podía demostrar. Ella se sonrojó.

John hizo una leve reverencia a Lola y levantó su brazo derecho. Ella le cogió la mano y ambos comenzaron a moverse al son de la música. Lola se dejó llevar, pero solo en el baile. En el asunto que les concernía a ambos ella marcaba el paso. Empezaron a hablar del plan para llevar a cabo su misión.

Mientras sonaban los acordes de *El Danubio azul* de Johann Strauss y los invitados bailaban, Albert entró en la sala. El jefe de estación saludó a todo el que se encontraba a su paso. La mezcla tan heterogénea de espías, soldados y gente

de posibles de tantas nacionalidades en ese microcosmos hacía que el francés no pudiera evitar una leve sonrisa.

Sí, eran tiempos difíciles.

Sí, mucha gente estaba sufriendo.

Y sí, el futuro de la raza humana estaba en juego.

Pero eso de formar parte de la Historia y tener conciencia de ello era fascinante. Además, uno no tenía nunca tiempo para aburrirse.

El jefe de estación buscaba a alguien entre la multitud. Era a Lola. Ambos se miraron e hicieron un leve gesto de asentimiento, apenas imperceptible. Había llegado el momento. Era la hora.

V

Lola se quitó el vestido amarillo, plisado hasta abajo y con un canesú en la parte delantera con unos adornos marrones. Era la única ropa que tenía para las grandes ocasiones y le recordaba a Florentina, su madre. No podía evitarlo. Ella iba siempre tan arreglada, tan elegante y era tan guapa...

Lola, desde muy niña, se quedaba embobada mirando a la mujer que le dio la vida mientras se arreglaba para la ópera o algún otro evento de postín. Y soñaba con que algún día podría vestir igual que ella. Luego llegó la Guerra Civil y todo eso terminó. Para siempre. La echaba de menos. Mucho.

—Ya pueden darse la vuelta, caballeros —dijo Lola mientras terminaba de ponerse una sencilla falda gris y se abotonaba la blusa en el interior del cuartucho de fregonas.

John, ya vestido con un humilde traje, y Albert, que seguía disfrazado de pingüino, hicieron caso a la dama.

—Debemos darnos prisa. El tren llega a su hora.

Albert pensó que nunca había pronunciado esa frase desde que ostentaba el cargo de jefe de estación. Qué extraño. En Canfranc el tiempo era relativo. Pero al parecer, hoy no.

Albert entregó a la pareja sus pasaportes y documentos en regla debidamente falsificados. John y Lola eran Manuel y Carmen, un matrimonio que volvía de su reciente luna de miel en Marsella rumbo a Zaragoza. Lola se había hecho pasar por esposa, hija, hermana o sobrina de decenas de desconocidos durante los tres años que llevaba haciendo de correo. Parecía que no hubiera tenido otra vida antes que esta. Al menos apenas la recordaba.

Fue Albert, que la conoció en el París ocupado de 1940, quien la reclutó para la causa. Huyendo del régimen franquista, Lola terminó dando tumbos por toda Francia y acabó ayudando a la Resistencia en labores de intendencia. Cuando las redes de espionaje fueron puestas en marcha por el célebre coronel Rémy, varias mujeres empezaron a colaborar como espías. Portaban mensajes desde

Francia hasta Londres a través del tren que unía diariamente Canfranc con Zaragoza, Madrid y Lisboa.

Lola era una de ellas. Sin duda, la mejor.

Los tres salieron de aquel cuartucho, ajenos a lo que pronto iba a suceder. El temblor de las vías, el ruido de la máquina de vapor y el pitido del silbato del ayudante de Albert, su fiel Gastón, anunciaron la llegada del tren con destino a Zaragoza. Unos minutos antes de lo previsto...

VI

La fonda Marraco, situada dentro de la estación de Canfranc, era como el Rick's Café Américain pero con carajillos, farías y torreznos. Allí se daban cita todas las personas con algo que ocultar sin saber quiénes eran los que tenían al lado. O puede que a lo mejor sí...

Entre ellos se encontraba el sargento Tobias Krause, de las *Schutzstaffel*, más conocidas como las temidas SS. Iba vestido de paisano. Tobias, que ya peinaba canas, odiaba el frío. Eso lo que más. Incluso más que a los judíos. Aunque esto nunca lo diría en público. No era conveniente.

Mientras miraba su reloj de pulsera de manera compulsiva, observó a la pareja que iba a asesinar en cuestión de minutos. Ya se encontraban esperando el tren que entraba en esos instantes en la estación. Y que, por cierto, lo hacía antes de hora.

Sin duda era ella: Lola Mendieta. Su pelo era diferente, pero a Tobias no lo engañaba. La española iba acompañada por un pelirrojo bastante alto que no pasaba desapercibido. Aquella hembra del demonio se le había escapado en el último viaje con destino a Zaragoza llevando Dios sabe qué documentos para ayudar a los enemigos del pueblo alemán. Pero hoy sería la última vez.

Después de frau Lola y el taheño, acabaría con ese cojo de mierda. Ese franchute que los había engañado a todos durante estos años. Y con Albert Le Lay caería también toda su infraestructura. Esos canallas morirían más pronto que tarde. Se acabó para la Resistencia pasar judíos o documentos secretos por Canfranc.

Aunque debía andarse con cuidado. Él tendría que encargarse de todo, sin apoyo alguno, ya que no estaba en suelo alemán. Los españoles y su neutralidad. Todos unos cobardes...

Después de eliminarlos, su trabajo allí habría terminado y podría ir a un lugar más cálido, tal como le habían prometido sus superiores. Tánger estaría bien...

Tobias pagó su café y salió de la fonda.

VII

El revisor, con cara de cansado desde antes de la guerra, abrió el compartimento. Allí estaban John y Lola, como un matrimonio corriente y moliente.

—Sus billetes, por favor.

John, algo nervioso, buscó en el bolsillo de su chaqueta y le entregó los tiquets al funcionario.

—Aquí tiene, buen hombre. El mío y el de mi mujercita. Nos casamos hace menos de un mes... ¿A que soy un hombre afortunado?

Lola miró a John con un calculado reproche.

—Manuel, por Dios. ¿Qué cosas le dices a este señor?

El revisor sonrió con amargura y negó con la cabeza. Estos recién casados, siempre con sus rarezas... Cuando lleven treinta años como él y su Casilda, no tendrán ganas de tanta jarana.

La puerta del compartimento se volvió a cerrar. Lola le recriminó a John que no hacía falta dar explicaciones. Semejante justificación no era normal. Cualquiera podría sospechar. El inglés, poco acostumbrado a estas lides, le dio las gracias por el consejo. La próxima vez lo haría mejor.

—Esperemos que no haya próxima y tengamos un viaje tranquilo hasta Zaragoza.

Las duras palabras de Lola se perdieron en el frío aire de Canfranc. Después se produjo una especie de extraña calma, parecida a la que se gesta antes de la tormenta.

El clásico aviso de « ¡Viajeros al tren! » se escuchó varias veces por todo el andén. Gastón tenía un chorro de voz que era la envidia de los jotereros de la zona.

Todo parecía tranquilo. Lola, no obstante, estaba algo inquieta. Siempre que el peligro acechaba, sentía como una especie de cosquilleo que le atravesaba la espina dorsal. Su *quéseyo*, lo llamaba. Y ahora lo tenía. Y era uno de los gordos.

De pronto, la puerta se volvió a abrir. Lola se fijó con detenimiento en el caballero que, con una sonrisa algo extraña, saludó levemente con su sombrero. Era Tobias.

VIII

Todo sucedió muy deprisa. Demasiado. Incluso para Lola. Por su parte, John, un militar británico condecorado como piloto pero poco dado a la escaramuza cuerpo a cuerpo, no supo reaccionar.

Cuando Tobias, después de decir una frase entre dientes en alemán, sacó su arma y apuntó a Lola, ya era demasiado tarde. Ninguno de los dos tuvo tiempo siquiera para pensar que iba a morir... Pero entonces llegó un golpe de fortuna.

El revólver se encasquilló. No siempre todo lo fabricado en Alemania es bueno. Y eso dio opciones a John de abalanzarse sobre Tobias.

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

Tres disparos. Tres ruidos secos amortiguados por el cuerpo que recibió las balas. Segundos después, el arma se deslizó sobre el asiento.

Tobias y John cayeron al suelo. Una mancha de sangre se fue extendiendo sobre el piso. Lola, todavía en estado de *shock* por lo ocurrido, cogió el revólver instintivamente.

El sargento de las SS, Tobias Krause, estaba muerto. Su último pensamiento fue para Elsa, su primer y único amor, aunque ella nunca lo supo. Y después sintió frío.

Mucho frío.

IX

El ruido alertó a la Benemérita, que tenía un pequeño cuartel en la estación. Cuando Lola observó que estaban a punto de subirse al tren y que el mohíno revisor señalaba hacia su compartimento, supo que estaban perdidos. No había escapatoria.

Y entonces lo tuvo claro.

—Debes huir, John. Tu vida es mucho más importante que la mía para la misión.

El rostro de Lola rezumaba responsabilidad. En décimas de segundo decidió la mejor opción. John miró a Lola como ningún hombre antes lo había hecho, y ella entendió entonces que eso era el amor.

Mientras la pareja de la Guardia Civil avanzaba por el pasillo, Lola abrió la ventana y prácticamente obligó a John a saltar al andén. Ella tendría que dar muchas explicaciones, y lo más seguro era que acabara en prisión, pero el sacrificio era necesario.

Cuando Albert observó desde la ventana de su despacho cómo el pelirrojo se adentraba en lo más profundo del bosque, pensó que sería la última vez que le vería con vida.

—Suerte, camarada. La vas a necesitar —susurró Albert.

Acto seguido, descolgó el teléfono y llamó a su mujer. Afortunadamente, Marie tenía todo preparado desde hacía años para huir en caso de emergencia. En menos de veinticuatro horas Albert y su familia estarían en Lisboa.

Décadas después, el antiguo jefe de estación de Canfranc seguía preguntándose, en la tranquilidad de su retiro en Niza, mientras veía jugar a sus nietos, por qué no fue capaz de salvar a más judíos.

X

¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

Si había algo que Salvador odiaba más que las reformas en general eran las

reformas en el Ministerio en particular. « Toda la mañanita dándole al martillo. La madre que le parió », dijo Salvador para sus adentros.

Así no había quien se pudiera concentrar. Y hoy tenía que revisar el informe de todo lo sucedido a su mejor patrulla con el lio de Elías Sotoca y la Monja Alférez. Que vaya a embrollo, todo sea dicho de paso. Después de lo que habían sufrido, los pobres se merecían unas vacaciones.

¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

—¡Y venga...! ¡Dele fuerte! Usted no se corte... Todo sea por que funcione de una vez la dichosa calefacción —musitó el subsecretario.

Ernesto entró en la estancia junto a Irene. Ahora solo quedaba esperar a la patrulla para cerrar el informe.

XI

El ruido desde el despacho de Angustias sonaba algo más mitigado. Pero sin duda seguía siendo molesto. Aunque lo peor era aguantar a Salvador con malas pulgas. Hoy sería un día muy largo, pensó Angustias. Ya eran casi las once y no había tenido ni cinco minutos para su cafelito con leche.

Sonó el teléfono. Una llamada para Salvador del subsecretario del Ministerio de 1943, el señor Fermín Seisededos. Qué raro. Algo grave había tenido que suceder para que se pusiera en contacto con el jefe. Y no se equivocaba.

XII

Los pasillos que daban a las puertas del tiempo no eran una excepción. Todo estaba patas arriba por la reforma. En este en concreto, dos obreros, vestidos con el mono azul de toda la vida, acababan de parar la faena. La hora del bocadillo era sagrada. Y como si de Pepe Gotera y Otilio se tratasen, los dos currelas comentaban qué les habían puesto hoy en el bocata sus respectivas parientas (tortilla con pimientos y chorizo del mismo Cantimpalo, concretamente). También discutían por el empeño de Cristiano Ronaldo de no marcar goles en los partidos importantes. Lo de siempre. Un drama, vamos.

Alonso, Amelia y Julián llegaron por su correspondiente puerta, la 007 (ya era casualidad) y pasaron por delante de los obreros. El Cádiz de 1603 era alegre, bullicioso y lleno de vida. Se hubieran quedado algunas horas más haciendo turismo, pero el deber y el cansancio acumulado durante tantas semanas en el galeón pudieron en esta ocasión.

La puerta, situada en la iglesia de Santa Cruz, que acababa de ser reconstruida por el maestro mayor del obispado, Ginés Martín de Aranda, tenía su entrada en un lugar angosto y la llegada al presente no fue demasiado cómoda para ninguno de los tres miembros de la patrulla.

Amelia seguía dándole vueltas a la cabeza sobre cómo iba a convencer a sus padres para justificar los días de ausencia; aunque gracias a eso pudo sacar a Pacino de sus pensamientos.

Alonso lo que más deseaba era volver a ver a Elena y sentir su piel.

Y Julián no acababa de levantar cabeza respecto a sus sentimientos encontrados hacia Amelia.

Como cantara Serrat, cada loco con su tema.

XIII

Salvador colgó el teléfono. Su gesto serio delataba que la llamada había sido importante. Ernesto preguntó al subsecretario qué quería su colega de 1943, pero Salvador no contestó, sumido como estaba en sus pensamientos. Irene hizo un comentario chistoso para relajar el ambiente, sin embargo no estaba el horno para bollos. Hoy no.

Al otro lado de la línea, el subsecretario Seisededos, con gafitas redondas y cara de pajarito, también colgó el auricular.

Vio que ya era hora de irse a casa. Allí le esperaba la cotilla de su hermana. Siempre con preguntas sobre su trabajo y qué tal había pasado el día. ¡Como para decirle algo a Petra! En menos que cantaba un gallo toda la humanidad sabría de la existencia del Ministerio. Y sin necesidad de internet, ni redes sociales ni gaitas. «Radio Macuto», la llamaba.

—Radio Macuto, mil chismes por minuto.

Al tiempo que Fermín reía su propia gracia y recogía sus cosas, pensó en cómo había llegado a esta situación el Ministerio de su época.

—Qué pena, con lo que habíamos sido. Si Isabel la Católica, Felipe II o Carlos III levantaran la cabeza...

El Ministerio del Tiempo de 1943 no pasará a la Historia como uno de los más boyantes, por decirlo de manera suave. La Guerra Civil paralizó toda actividad, y tras la victoria de Franco se consensuó que el secreto permanecería de puertas adentro. El nuevo jefe de Estado no debería conocer jamás la existencia del mismo. Y así se mantuvo durante los casi cuarenta años de infausta dictadura.

A pesar de que durante esas décadas el Ministerio fue poco a poco renaciendo de sus cenizas cual ave Fénix, los años cuarenta no fueron nada productivos. Apenas había funcionarios y realmente las puertas y sus correspondientes misiones estaban sumidas en una especie de obligado letargo.

Por eso el señor Seisededos, escasamente dado a complicarse la vida y especialista en mirar hacia otro lado (algo muy español, por otra parte), cuando recibió la alerta de lo sucedido en Canfranc, supo que Salvador Martí, subsecretario del Último y Principal Ministerio, era el más indicado para ayudarle.

—Lola Mendieta ha sido detenida —dijo Salvador en tono grave.

—Esa dama es como el mismísimo Cid, sigue cabalgando después de muerta.

El comentario de Alonso quizá no fuera muy afortunado, pero dio en el clavo. ¿Acaso Lola Mendieta no había fallecido por la continuada exposición a las radiaciones del túnel del tiempo de Darrow?

Ese pensamiento pasó por la cabeza de todos los allí presentes. Julián pensó soltar una gracia, pero llegó a la conclusión de que igual no era el momento.

Salvador se incorporó de su silla. Aunque siempre lucía un aspecto envidiable y mucho más para la edad que tenía, Amelia detectó un punto de cansancio, incluso de fatiga, que nunca había observado en su superior. Y se preocupó.

—Gracias por recordárnoslo a todos, señor De Entrerriós, pero no es la Lola de 2016, sino la de 1943, cuando era veintitantos años más joven y aún no había sido reclutada por el Ministerio del Tiempo.

Las palabras de Salvador se confundieron con el dichoso martillo pilón de los obreros. De repente, desde lo más profundo de su abatimiento, Salvador sacó energías de la nada para dar un alarido que hizo temblar el Ministerio:

—¡¡¡¿Quieren dejar de dar martillazos, cojones?!!!

De inmediato, el silencio reinó. Y todos supieron cuánto le dolía a Salvador Lola Mendieta. Los dolorosos ecos del presente retumbaban en el pasado. Ensordecedores. Demoledores. Y no había medicamento que los paliara.

Ante el silencio de los presentes, que hubieran aniquilado con su mirada a una mosca que por allí pasara, el subsecretario continuó con su explicación:

—Ha sido detenida mientras ayudaba a un espía inglés a cruzar la frontera franco-española a través de Canfranc.

—¿Qué cambió en la Historia para que fuera apresada en esta ocasión? —preguntó con razón Amelia.

Irene movió la cabeza, seria.

—No tenemos la más remota idea —dijo—. Cualquiera sabe...

Ernesto detalló lo ocurrido:

—Lola, sabiendo que era imposible que los dos pudieran conseguirlo, se sacrificó por la causa y, gracias a ella, el espía pudo escapar.

La patrulla, que solo conocía la faceta de Lola como traidora y desertora del Ministerio, se extrañó al escuchar esas palabras. Parecía que hablaban de otra persona. Y realmente así era. Después de todo lo que vivió en su etapa en el Ministerio, la Lola que bajó al pozo por primera vez el día de los Inocentes de 1944 poco tenía que ver con la que fingió su muerte en una misión en las guerras Carlistas para convertirse en una mercenaria; con su ética, pero, al fin y al cabo, una mercenaria.

A medida que Ernesto continuaba explicando lo sucedido, Julián, Alonso y

Amelia perdieron toda esperanza de dormir esa noche en sus respectivas camas. El descanso tendría que esperar.

—El espía que la acompañaba era John Roberts Martínez. Sabemos que ha llegado sano y salvo a su destino. Dentro de unos días será el enlace de los británicos en Huelva en la Operación Mincemeat.

Amelia y Alonso pusieron cara de extrañeza ante semejante palabra. En cambio, a Julián se le iluminó el rostro.

—El hombre que nunca existió...

Salvador se quedó atónito. Esto sí que no se lo esperaba.

—¿Le suena la historia, señor Martínez?

Claro que le sonaba. Y la película inglesa de 1956 basada en aquellos hechos era una de sus favoritas. El filme *El hombre que nunca existió*, dirigido por Ronald Neame y con guión de Nigel Balchin, estaba basado en el libro de Ewen Montagu, una de las figuras clave de la operación. Julián la había visto media docena de veces. La tenía en VHS, luego la pilló en DVD... Vamos, ¡si compró hasta el libro!

En ese instante Julián pensó en Amelia. Se dio cuenta de lo bien que se siente uno conociendo detalles históricos de la misión antes de que Salvador hiciera su habitual resumen y sin leer ninguno de los dossiers que les facilitaba Angustias.

—Si tanto sabes del tema, ilumina a tus compañeros —dijo Irene con algo de sorna.

El enfermero dudó unos instantes. No quería ser el centro de atención y pisar a Salvador, pero cuando el subsecretario le invitó con un gesto a que continuara, no dudó en poner al día a Alonso y a Amelia. Y explicó la llamada Operación Mincemeat, o lo que era lo mismo, Operación Carne Picada, en castellano.

—En la primavera de 1943, los ingleses pergeñaron un plan para convencer a Hitler de que las tropas aliadas invadirían los territorios ocupados de Grecia y Cerdeña en lugar de Sicilia, que era el objetivo real. Los teutones debían creer que habían interceptado documentos de alto secreto con detalles de los planes de los aliados para el inminente ataque.

—Pero era un ardid —dedujo Alonso.

—En efecto.

—El Gran Capitán gustaba de hacer esas mañas. Gran soldado, sin duda. Seguid, seguid... ¿El ardid tuvo éxito?

Julián sonrió.

—Sí. Los nazis dividieron sus fuerzas y la invasión de Sicilia fue como la seda. Esa batalla supuso la antesala del desembarco de Normandía, que puso fin a la guerra. Los nazis picaron el anzuelo. Vamos, que se la tragaron dobl...

—Ya hemos entendido el concepto, señor Martínez —interrumpió a tiempo Salvador.

Amelia intentaba encajar las piezas, aunque para ello debía saber la respuesta

a una pregunta:

—Pero... ¿qué tiene que ver Lola en todo esto?

Ernesto se lo aclaró:

—Lola estuvo en el germen de la operación y conocía todos los detalles. Y ahora es vital que los nazis no consigan sacarle la información o puede que pasemos de la dieta mediterránea a las salchichas con chucrut.

—Pero ¿Lola no había sido detenida en Canfranc? ¿No se suponía que España era neutral en la contienda? —siguió preguntando Amelia.

Salvador explicó a los presentes que Lola había sido acusada de matar a un oficial alemán de las SS y, ante la presión de los nazis, el gobierno de Franco no dudó ni un solo instante en dejarla en manos de los enemigos de la humanidad. Sería juzgada, condenada y sentenciada en territorio germano.

Se hizo el silencio unos instantes. Todos lo sintieron por su antigua colega. Sabían la suerte que le esperaba si no lograban rescatarla. En especial los que conocían los horrores del nazismo y los campos de exterminio.

Ernesto prosiguió con el relato:

—Hace unas horas fue entregada al gobierno alemán y esta noche harán una parada técnica en Urdos, un villorrio del pirineo francés. Allí es donde la rescataremos.

Salvador tomó la palabra y comenzó su explicación final de la misión. «El recapitule», lo llamaba él. La verdad es que le encantaba esa parte. Respiró hondo y lanzó su consabido discurso:

—Señores... Señorita... Su misión es ir a la Francia ocupada de 1943 y rescatar a Lola Mendieta antes de que sea conducida al campo de concentración de Gurs. Hay que impedirlo a toda costa, porque de ahí solo se sale con los pies por delante. Los acompañará Ernesto. Mucha suerte. Pueden irse.

Salvador volvió a sentarse después de que todos hubieran salido y la puerta se cerrara. *A priori* era una misión sencilla, pero las que lo parecen siempre son las que más se tuercen. Y, como no podía ser de otra manera, así fue.

XV

Los cuatro vestían a la moda de los años cuarenta, pero sin el *glamour* de las películas de espías. De camino a la puerta indicada, saludaron al bedel y pasaron por varias estancias del Ministerio donde los obreros intentaban arreglar el sistema de calefacción antediluviano que tenía el edificio. Lo único bueno es que con tanto experto en reformas presente, alguien tuvo la brillante idea de arreglar por fin el ascensor para bajar a las puertas en lugar de utilizar la resbaladiza escalera helicoidal. Aleluya.

Alonso, Amelia y Julián nunca lo habían visto en funcionamiento y, dado el extraño ruido que hacía al descender, estaban seguros de que jamás volvería a

sucedier tal cosa; si salían con vida de aquel cubículo infernal, claro.

Ernesto fue quien abrió la puerta del montacargas para poder salir y juró que nunca más se subiría en él. Los demás estuvieron de acuerdo; una y no más, santo Tomás.

Amelia, curiosa por naturaleza y a sabiendas de que Julián era un experto en la época a la que iban, le preguntó en qué consistió el engaño de los ingleses a los nazis. Con las prisas para mandarlos a rescatar a Lola, Salvador había obviado esa información, ya que no era relevante para su misión.

Julián, encantado de contarles a todos la historia, lo hizo antes de traspasar la puerta que los enviaba a las afueras de la ciudad oscense de Jaca en la primavera de 1943.

El plan surgió de la fecunda imaginación de Ian Fleming, el creador de James Bond cuando era un agente de los servicios de inteligencia británicos. Consistió en abandonar en aguas españolas un cadáver vestido de oficial de la Royal Navy. El difunto en cuestión portaba falsos documentos secretos donde decía que el desembarco de los aliados sería en Grecia y Córcega en lugar de Sicilia. Cuando las autoridades españolas lo encontraron, pasaron la información a los nazis. Y el resto es historia.

Justo al terminar la última frase llegaron a su puerta. Se miraron entre ellos un instante y fueron entrando uno a uno. El último fue Alonso, que hizo su característico gesto de santiguarse.

Salvar al soldado Mendieta

I

26 de abril de 1943.

El puente de San Miguel, situado junto a la carretera que conduce al valle de Aisa, a las afueras de Jaca, se erigía majestuoso sobre las aguas del caudaloso río Aragón. Nunca se ha sabido la fecha exacta de su construcción, aunque los expertos lo datan probablemente en el bajo medievo.

La puerta temporal estaba situada en la base del puente, con lo que al salir era imposible no empaparse. Así que entre el frío que hacía, ya que acababa de amanecer, y con toda la ropa mojada, los agentes no empezaban demasiado bien la misión.

Otra sorpresa los aguardaba junto al puente: un enorme rebaño de ovejas, centenares de ellas que los observaban con cara de incredulidad. En modo ovino, vamos. El ganado los fue rodeando y casi sin darse cuenta eran cuatro puntos diminutos en un océano de lana.

De pronto, una voz rotunda rompió el balar de las ovejas. El rebaño se calló de golpe. Lo que viene siendo el silencio de los corderos.

—¡Cordera! ¡Cordera! ¡*Quiá!* ¡*Patrás!* ¡*Patrás!*

A lo lejos, los funcionarios divisaron a un hombre entrado en kilos, con cara de bonachón y de edad indeterminada. Vestía el típico traje regional aragonés, cachirulo incluido.

—¿Son del Ministerio?—gritó el maño mientras avanzaba hacia ellos.

Todos asintieron. Ernesto tomó la palabra.

—¿Y usted es?

—Agapito Ibarbia, para servirles a ustedes y a la Pilarica; funcionario del Excelentísimo Ministerio del Tiempo de 1943. Un placer.

A medida que Agapito avanzaba a través del rebaño con su fiel perro pastor Rufino, el ganado se iba abriendo como si del Mar Rojo se tratara. Era la versión baturra de Moisés, pero con fajín y garrote en lugar de túnica y vara.

Las ovejas se fueron hacia otra zona y comenzaron a pastar las verdes praderas. Su hora del desayuno nunca la perdonaban.

La patrulla se quedó a solas con el funcionario. Después de las consabidas presentaciones, acompañadas de afectuosos abrazos por parte de Agapito, un paciente Ernesto intentó ir al grano, pero era imposible con el pastor trashumante. A pesar de los intentos de negarse, no pudieron rechazar un almuerzo en condiciones antes de partir.

La caminata hasta Francia a través de los Pirineos iba a ser dura y tenían que coger fuerzas. Además, la patrulla llevaba dos misiones casi consecutivas comiendo poco y mal y les vendría bien secarse la ropa junto al fuego. Así que

las migas que les preparó Agapito, con su « jamonico» , su « longanica» y sus « huevicos» les supieron a gloria bendita. Todo ello regado con vino de la tierra en porrón, por supuesto.

Se notaba que el pobre Agapito estaba siempre muy solo, perdido en medio de la nada. Así que todos, a pesar de que no iban sobrados de tiempo, estuvieron con él lo más amables y simpáticos posible. El pastor se vino arriba y antes de terminar la pitanza, se arrancó con una jota para deleitar a los presentes. La archiconocida *La Dolores*:

*¡Aragón la más famosa
es de España y sus regiones,
porque aquí nació la Virgen
y aquí se canta la jota,
y aquí se canta la jota,
y es de España y sus regiones...!*

Al terminar la jota, las ovejas balaban como vitoreando a su dueño. Todos aplaudieron, pero fue Alonso el que estaba más emocionado. Aquella letra le recordó a un compañero que tenía en Flandes, Pelayo de Esquide, un valenciano que también cantaba para animar a los camaradas en el frente. El soldado Esquide salvó la vida a Alonso en la batalla de Gravelinas. Lamentablemente, murió en sus brazos días después por una infección debido a una herida mal curada.

Tras indicarles un atajo y deseárselos suerte, Agapito les preparó cuatro bocadillos de sardinas en aceite envueltos en papel de periódico; concretamente, de *El Periódico Aragonés*. Así supieron que Franco había aprobado la distribución de cartillas de racionamiento individuales. Todos se sintieron algo culpables por la opípara comida que habían disfrutado y del buen rato que habían tenido cuando el resto del país las pasaba canutas en plena posguerra.

II

Aunque el frío azotaba, el cansancio iba en aumento y la responsabilidad de la misión cada vez era más inminente, la belleza del paisaje hizo que todos llevaran mejor la caminata.

Al poco de partir vieron a lo lejos la estación de Canfranc. Allí había sucedido todo solo unas horas antes, pero ese no era su destino. Poco tiempo después, cuando llegaron a Astún, alucinaron con la cordillera que tenían ante ellos. Aún faltaban treinta años para que fuera una estación de esquí y familias enteras disfrutaran de sus instalaciones. Ahora, los únicos que se atrevían a pasar por esos

picos eran seres humanos que se jugaban la vida. Y muchos se quedaban en el camino. Ellos siguieron caminando hasta que Ernesto se detuvo, consultó el GPS de su teléfono móvil y dijo:

—Ya estamos en suelo francés.

Todos asintieron. La mitad del camino y todavía quedaban bastantes horas de luz. A última hora de la tarde llegarían a Urdos y esperarían a que cayera la noche para rescatar a Lola.

Después de atravesar un kilométrico bosque de hayas, los cuatro llegaron a los lagos de Ayous. A Julián le sonaba que había sido alguna vez la meta de una etapa del Tour de Francia que ganó Perico Delgado, pero tampoco estaba seguro del todo.

Alonso, que ahora capitaneaba la marcha, se detuvo de manera brusca. Su rostro cambió por completo. Ya se sabían las fobias de Alonso: el agua, navegar y estar encadenado, pero en ese instante descubrió por primera vez en su vida que el vértigo era también una de ellas.

III

Le Chemin de la Mâtire, también conocido como El Camino del Mástil, era una senda que no tenía nada que envidiar a un lugar de la Tierra Media de Tolkien. Si Frodo, Gandalf o Gollum hubieran aparecido en aquel instante, a nadie le habría extrañado. Bueno, quizá a Alonso y a Amelia, que no tenían ni pajolera idea de quienes eran estos personajes.

La estampa que vieron todos era impresionante. Un estrecho camino horadado en la roca caliza construido en el siglo XVIII por orden de Luis XIV cuando se vio obligado a modernizar su flota naval. Su ministro Colbert llegó a la conclusión de que el único modo era emplear troncos de los bosques del Pirineo francés. La madera, antes de ser utilizada para los mástiles de los navíos, debía completar el complejo periplo hasta el mar arrastrada por los caudalosos ríos franceses. Pero eso era imposible a no ser que la roca fuera atravesada, y como el ser humano todavía no disponía de la tuneladora de la madrileña M-30, se hizo un angosto camino a modo de desfiladero.

En aquella época, los que la tuvieron que atravesar la llamaban la Garganta del Infierno, les contó Amelia, que conocía la historia del lugar. Un acongojado Alonso entendió el motivo, y se santiguó con fuerza antes de iniciar el camino.

Una vez que descendieron al valle y poco antes de llegar a Urdos, Ernesto repasó con la patrulla de nuevo el plan. Lo habían hecho varias veces durante el trayecto, pero el jefe de Operaciones era un hombre metódico y no quería dejar nada a la improvisación.

Uno de los lemas preferidos de Ernesto siempre fue: « Si algo funciona, no lo cambies », así que al igual que consiguieron sacar por las bravas a Rodolfo

Suárez del encierro en Tordesillas, pensó que sería buena idea repetir el plan con el rescate de Lola. Aunque esperaba que no tuvieran que volver a meterla en prisión como sucedió entonces con el antepasado del presidente. Lo de Angustias preparando un pollo asado a Hitler como que no lo veía.

Así pues, Ernesto se vestiría de oficial nazi y con su más que decente alemán diría a la pareja de soldados que controlaban el puesto de Urdos que había detenido a un maquis; para más señas, Alonso. Con ellos dentro, reducir a los dos guardias que custodiaban el lugar y llevarse a Lola no sería muy complicado. Fuera los esperarían Julián y Amelia con un vehículo en marcha, proporcionado por un contacto del funcionario/pastor en suelo francés. Sencillo, ¿verdad? Pues no. Ni por asomo.

IV

Los adoquines de las calles de Urdos no estaban en el mejor estado posible. Sin duda la guerra no ayudaba a que las autoridades considerasen esos detalles como una prioridad. Los últimos rayos de sol iluminaban las fachadas del coqueto pueblo de montaña, pero como en toda la zona pirenaica, el tiempo podía cambiar en cuestión de minutos. Y uno de los paisanos que caminaba por la calle principal, Pierre Ybarra, el maestro del pueblo y declarado enemigo de los nazis, avisó a su hijo Eric que esa noche habría niebla cerrada. El chaval no acababa de verlo claro ya que no había ni una nube en el horizonte. Al mirar al cielo, Eric tropezó con uno de los adoquines que estaba suelto. El padre le dijo que mirara por dónde pisaba y le dio una cariñosa colleja. Eric rio y se abrazó a su progenitor. Pierre miró a su hijo con infinito afecto. Admiraba cómo su vástago seguía comportándose como un chaval de su edad, apenas diez años, a pesar de que el horror formaba parte de su vida diaria.

La patrulla observó a lo lejos la estampa y no pudieron evitar una amable sonrisa. Especialmente Ernesto, con el recuerdo de su recién descubierto hijo secreto. Los cuatro llegaron a Urdos intentando pasar desapercibidos. Desde la invasión alemana y aunque se suponía que la localidad estaba dentro de la Francia no ocupada, nadie se fiaba de nadie. Los vecinos recelaban unos de otros, las denuncias estaban a la orden del día y la alegría que había en sus calles antaño era cosa del pasado. La crueldad de la guerra sacaba lo peor del ser humano.

Siempre fue así y, lamentablemente, siempre lo será. Había que estar con los ojos bien abiertos y tener mucho cuidado.

V

En un callejón cercano a la plaza del pueblo estaba aparcado el vehículo que

tenían preparado para huir. Era una vieja furgoneta Citroën TUB (*Traction Utilitaire Basse*) del año 1939. No llegaba al lustro de vida, aunque su aspecto decía lo contrario. Pero era más que suficiente para su cometido.

Sobre la rueda delantera izquierda estaban las llaves tal como les había informado Ibarbia. Julián las cogió. Entró en el habitáculo e intentó arrancar.

Un intento...

Otro...

Y otro...

Nada de nada. Parecía que estaba sin batería. Los rostros de los cuatro eran un poema. Empezamos bien...

Julián, que tuvo un Citroën 2 CV amarillo cuando era joven, no se dio por vencido.

—No me falles, pequeño —le dijo al auto ante la extrañeza de Alonso y Amelia.

Volvió a intentarlo y finalmente la furgoneta arrancó. De inmediato, Ernesto y Alonso se subieron a la parte trasera para cambiarse de ropa, y Amelia ocupó el asiento del copiloto. Al cabo de pocos minutos, ambos salieron de la furgoneta: uno vestido de militar (Ernesto) y otro con ropa roída y muy sucia, como si fuera un maquis que llevaba tiempo viviendo en el bosque (Alonso).

El jefe de Operaciones vestido de oficial nazi imponía lo suyo. Aun así, estaba incómodo con ese atuendo, y no porque no fuera de su talla precisamente. Sentía sobre los hombros todo el peso del dolor que había originado la esvástica a tanta gente.

—Sincronicemos los relojes —dijo Ernesto.

Todos miraron sus muñecas para comprobar la hora, aunque Alonso al hacer el gesto se dio cuenta de que él no llevaba.

—Vaya, siempre quise decir esa frase —ironizó Julián.

Alonso y Amelia no pillaron el chiste, pero bueno, ya estaban acostumbrados.

—Ya lo hará en otra misión. Esperen con el motor en marcha.

Ernesto puso unos oxidados grilletes a Alonso. La verdad es que ambos daban el pego.

VI

Uno y otro aprovecharon la oscuridad de la plaza para tener una visión óptima del edificio donde los nazis tenían su pequeño cuartel general. La niebla estaba cayendo sobre el valle tal como había predicho Pierre, pero todavía había visibilidad. Todo tenía un aire irreal que no presagiaba nada bueno.

Los dos hombres se miraron un instante. Sabían lo que tenían que hacer. Eran perros viejos en operaciones de asalto.

—Suerte —dijo Ernesto.

—No creo en la suerte, señor. Solo en la mala suerte —respondió Alonso, que hizo la señal de la cruz con las manos esposadas. Menos mal que Ernesto le había engrillutado por delante, de lo contrario hubiese sido complicado.

Los pasos en el silencio de la noche sonaban como una tamborrada, o al menos así se lo parecía a Ernesto. No era bueno llamar la atención. De pronto, escucharon a lo lejos el ruido de un vehículo, y tenía pinta de ser grande por el estruendo que hacía. Los dos recularon y volvieron sobre sus pasos. Era mejor esperar.

Al cabo de unos segundos, un camión entró en la plaza. Con la niebla y a la distancia que estaban Ernesto y Alonso, no pudieron ver bien qué tipo de vehículo era. El camión se detuvo delante del cuartel nazi. No era buena señal. Y cuando comenzaron a bajarse soldados del Tercer Reich del vehículo con un ritmo marcial, las caras de Ernesto y Alonso lo decían todo.

—Hablando de mala suerte... —dijo Alonso.

Al menos una docena de militares entraron en el edificio. El camión arrancó de nuevo y aparcó a unos metros de allí. Habría que pensar otra cosa para liberar a Lola, sin duda.

—Bueno, pasaremos al plan B —dijo Ernesto con sarcasmo.

—Desconocía que tuvierais otro plan —comentó Alonso.

—No lo tengo. Pero algo se me ocurrirá.

VII

A pesar de que Ernesto parecía un hombre sin cintura, metafóricamente hablando, su manera de improvisar en situaciones adversas sorprendió a la patrulla. Como si de un MacGyver intertemporal se tratara, consiguió sacarse de la manga en tiempo récord un cóctel molotov de manual.

Junto a la furgoneta, vestido otra vez de calle igual que Alonso, explicó al resto el famoso plan B: lanzar la bomba incendiaria al camión nazi como distracción. Alertados por el fuego, el escuadrón saldría de su madriguera para apagar el incendio. Entonces, él y Alonso aprovecharían la coyuntura para liberar a Lola. Tenía que ser ahora o nunca. Así que la elección era evidente: iba a ser ahora.

La niebla se podía cortar con un cuchillo, como si de un pedazo de queso brie se tratara. A menos de un metro no se podía ver absolutamente nada. Eso sin duda facilitaba a los agentes la arriesgada acción. Por fin la providencia se dignaba echarles un cable. Ya tocaba.

Todos estaban situados en sus puestos: Amelia con la botella en la mano a punto de encender la mecha; Julián con el vehículo en marcha, y Alonso y Ernesto junto al edificio donde tenían retenida a Lola. Desde que se habían separado, Ernesto había dicho a todos que contasen hasta treinta. A partir de ahí

era la señal para comenzar.

Uno.

Dos.

Tres.

Nunca una cuenta tan corta dio tiempo a pensar en tantas cosas. En los seres queridos y en la posibilidad de no volverlos a ver.

Veinte.

Veintiuno.

Veintidós.

En fracasar y que la Historia temblara al ritmo del paso de la oca.

Veintisiete.

Veintiocho.

Dejaron de pensar y se miraron.

Veintinueve y treinta.

Había llegado el momento. Amelia respiró hondo y lanzó la botella con todas sus fuerzas.

¡Crash!

El impacto del cristal contra el vehículo sonó con violencia.

El fuego se extendió sobre la carrocería, y al cabo de unos segundos... se escucharon gritos de alarma en alemán.

Amelia volvió sobre sus pasos, muy asustada por la violencia del fuego, y subió a la furgoneta. Allí estaba Julián, serio. Los dos se miraron. Ella había cumplido su parte. Ahora les tocaba a Ernesto y a Alonso.

Las llamas devoraban el neumático delantero derecho y habían llegado a la lona que hacía las veces de techo. Dos soldados alemanes llegaron raudos y veloces, gritando al resto de sus compañeros para que salieran con cubos de agua.

Los vecinos de las casas colindantes abrieron sus ventanas, asustados por el ruido. No acababan de saber qué estaba pasando exactamente debido a que la niebla se había mezclado con un espeso humo negro.

Ernesto y Alonso, en estado de alerta, fueron contando los soldados que habían salido. Después de que durante más de un minuto no pasara por la puerta ninguno más, se hicieron una señal para entrar en el edificio.

Los soldados, con ayuda de alguno de los vecinos, tiraban cubos de agua al camión. Pero parecía que lanzaban gasolina ya que el fuego no amainaba.

Alonso y Ernesto, pistolas en mano, estaban dentro de una especie de sala con un par de mesas de escritorio. No había nadie. Al fondo había un largo corredor. Avanzaron con decisión.

Pierre se encontraba tumbado en la cama, mirando al techo, como todas las noches. Desde que muriera su mujer Emmanuelle, por culpa de una bala perdida en una escaramuza entre la Resistencia y los nazis, le costaba mucho dormirse. Y esta noche no era una excepción.

De pronto, el maestro de escuela escuchó gritos que provenían de la calle. En ese momento llegó Eric al dormitorio de Pierre, asustado. Le preguntó qué sucedía. Su padre intentó tranquilizarle. No tenía que preocuparse por nada. Seguro que serían unos borrachos de fiesta.

¡Buum!

La onda expansiva de la explosión destrozó los cristales del balcón de Pierre. Padre e hijo se tiraron al suelo y se metieron debajo de la cama. Los oídos les pitaban. Intentaban comunicarse entre ellos, pero no escuchaban lo que decía el otro.

De repente, el zumbido cesó. Sí, afortunadamente estaban los dos bien. Pierre abrazó a su hijo.

El silencio se adueñó del valle. Al cabo de unos segundos... más gritos, algunos llantos y ladridos de perro.

Pierre salió al balcón. Padre e hijo vivían en una calle que daba a la plaza. La imagen del camión reventado por la explosión jamás se le olvidaría. A su lado estaba Eric, muy impresionado por lo que estaba viendo. La niebla empezó a desaparecer...

IX

La explosión pilló a Alonso cuando intentaba abrir la celda donde se encontraba Lola. Tras la detonación y los consabidos gritos que venían del exterior, siguió a lo suyo. En pocos segundos venció al candado. Sin duda los consejos de Pacino para que ninguna cerradura se le resistiera no habían sido en balde. Aunque Julián fue su primer compañero y se alegró mucho de su vuelta tras lo sucedido en Filipinas, echaba de menos a Pacino. Ojalá le fuera bien allá donde estaba.

Después de que Ernesto explicara a Lola lo que tenía que hacer y contarle que eran un comando de la Resistencia francesa, estaban preparados para salir del cuartel nazi. Para ambos patrulleros fue extraño ver a una Lola más joven, en especial para Ernesto, ya que durante mucho tiempo la había considerado una buena amiga. Conocer el futuro de uno mismo no es aconsejable, pero el de alguien que aprecias tampoco lo es.

Alonso miró al exterior. Podían salir sin ser vistos; sus enemigos todavía estaban ocupados con el incendio. Cada vez estaban más cerca de su objetivo...

Pierre era uno más intentando sofocar las llamas. A pesar de no hacerle mucha gracia estar codo con codo con esos malditos nazis, su deber como ciudadano podía más. De momento el fuego solo se cebaba con el vehículo, pero una vivienda anexa corría peligro.

A Pierre jamás se le pasó por la cabeza que Eric saliese de casa. Le había dejado bien claro que como mucho podía mirar el incendio desde la ventana. Pero su único hijo no le hizo caso. La fascinación por ser testigo de todo aquello era demasiado para un chaval como Eric, curioso por naturaleza.

Cuando Pierre paró un segundo su labor para tomar aire, creyó ver a su hijo al otro lado de la plaza, junto a un grupo de parroquianos. Y, lamentablemente, no se equivocaba. Era él.

XI

Cada vez que Alonso vivía un momento de extrema tensión en la batalla veía todo lo que sucedía como si fuera a cámara lenta, aunque en realidad sus movimientos eran ágiles y dignos de una pelea coreografiada por Bruce Lee.

Salió delante de Lola y Ernesto a modo de guardaespaldas. Todo parecía ir bien. De repente, uno de los vecinos, Didier Blanc, el orondo panadero, que disfrutaba de semejante espectáculo sin ayudar a los demás, gritó que alguien se escapaba, y señaló con el dedo acusador hacia Lola.

Un soldado nazi se dio la vuelta, y al percatarse de lo que estaba sucediendo, gritó a sus compañeros que la prisionera había conseguido huir.

Alonso disparó contra los alemanes, que se parapetaron detrás del camión que todavía ardía, pero cada vez con menos intensidad.

Pierre se lanzó al suelo y gritó a su Eric que hiciera lo propio. El niño, petrificado por el pavor más absoluto, hizo caso omiso.

Las balas silbaban por todas partes. Alonso se refugió detrás del monumento que había en medio de la plaza. Ernesto y Lola volvieron sobre sus pasos y se metieron en el cuartel nazi. El jefe de Operaciones sacó su pistola y vació todo el cargador. Intentó buscar una vía de escape, pero no la encontró. Estaban atrapados.

En la furgoneta, Julián y Amelia no sabían qué hacer. No tenían armas y su pericia en esos temas era escasa. De pronto, Julián lo tuvo claro y decidió arrancar el motor. El vehículo cogió toda la velocidad de la que era capaz y entró en la plaza. Frenó bruscamente delante de Alonso, que entró en la parte trasera del Citroën mientras las balas atravesaban su chasis.

Cuando Ernesto y Lola se disponían a hacer lo mismo, el delator agarró al pequeño Eric y le amenazó con una navaja en el cuello. O Lola se detenía o el niño moría.

A lo lejos, Pierre era la impotencia personificada. Su niño, su querido Eric...

No podían quitárselo también. ¡A su hijo no! Fue entonces cuando Ernesto supo lo que tenía que hacer. Recordó la estampa de aquel padre con el pequeño. Miró a Lola unos instantes. Ella asintió. Era lo correcto. Ernesto, con una sonrisa amarga, observó después a la patrulla. Alonso adivinó al instante la decisión que había tomado su superior.

—El insensato va a rendirse.

Y así fue. Ernesto tiró al suelo la pistola y, en un francés más que digno, verbalizó que lo haría, pero que soltara al niño. Todo el mundo dejó de disparar.

Alonso le dijo a Julián que acelerara. No podían hacer nada por ellos. Debían escapar. Ya intentarían liberarlos más adelante. Julián se negaba, pero tuvo que rendirse a la evidencia. Arrancó y la furgoneta salió quemando rueda. Los soldados dispararon con escasa puntería al vehículo, que consiguió abandonar la plaza.

Los nazis detuvieron a Ernesto y a Lola, que no se resistieron.

Pierre corrió hacia Eric, todavía lívido por lo que había sucedido. Abrazó con fuerza a su vástago y agradeció a Ernesto con la mirada el sacrificio realizado. El jefe de Operaciones le devolvió el gesto, emocionado.

El maestro, al pasar por delante de Didier, le miró con odio contenido. No podía creer que aquel vecino al que compraba pan todos los días, con el que más de una vez había jugado al dominó y se había tomado un vino, fuera un sucio traidor. El panadero le retó con la mirada. Pierre aguantó, con toda la valentía de la que fue capaz, sin bajar la cabeza. Tuvo ganas de golpearle delante de todos, pero no era momento de soltar su ira. No podía dejar a Eric también huérfano de padre.

Los dos regresaron a casa. Juntos.

Eso era lo único que importaba en ese momento.

XII

La furgoneta estaba camuflada por unas ramas y arbustos en lo profundo del bosque pirenaico. Afortunadamente, los soldados alemanes no tuvieron manera de seguirlos y la patrulla pudo escapar una vez abandonaron el término municipal de Urdos.

La tensión y la adrenalina corrían por las venas del grupo a mil por hora. Todavía no podían creer que no solo no hubieran conseguido rescatar a Lola, sino que también habían perdido a Ernesto. ¿Qué podían hacer? Ese era el único pensamiento de Amelia mientras marcaba el número de Salvador.

El subsecretario cogió el teléfono. Empezaba a estar preocupado al no tener noticias de la patrulla. Y además, aunque estaba convencido de que la misión había salido bien, el curso de los acontecimientos que acababan de ocurrir en Londres todavía complicaba aún más si cabe todo el follón de la Operación

Carne Picada de las narices.

—Dígame, Amelia.

La joven contó con pelos y señales lo sucedido. Su voz temblaba al hacerlo.

Salvador la escuchó sin interrumpirla. Luego suspiró e hizo lo que tenía que hacer: dar instrucciones muy concretas. Y muy dolorosas.

—Así se hará, señor. Le mantendremos informado.

Una Amelia demudada colgó el teléfono.

Lo que acababa de contarle Salvador realmente no se lo esperaba. Sabía que la noticia que iba a soltarle a su superior era mala, pero la que había conocido a través del subsecretario era pésima. La peor de todas las posibles.

Ajenos a esta conversación, la joven Lola y Ernesto viajaban camino de Gurs. Allí llegaron un 27 de abril de 1943. Ese fue el día, nuevo en la Historia, en el que un soldado nazi obligó de malos modos a bajar del camión a los dos detenidos. Cuando ambos vieron dónde se encontraban, sus rostros fueron de desolación absoluta. Pero eso nunca aparecerá en ningún libro.

El campo de concentración de Gurs apenas tenía cuatro años de existencia, pero ya era un lugar con mucha historia. Situado cerca de la frontera francesa con España, fue construido como campo de refugiados para los republicanos españoles que huían de la aniquilación franquista en la Guerra Civil a partir de la primavera de 1939.

Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, las lamentables instalaciones fueron aprovechadas por las autoridades francesas para custodiar a los soldados alemanes capturados en la contienda. Y desde que Francia había sido ocupada por los nazis el lugar se transformó para judíos y enemigos del Führer en la antesala de lugares de infausto recuerdo como Auschwitz y Mauthausen.

Apenas unos humildes barracones, tres filas de vallas metálicas con alambre de espino en la parte de arriba y cuatro torres de vigilancia con sus respectivos francotiradores era lo que se había construido durante todos estos años. Allí no se ejecutaba a los prisioneros como sucedía en otros campos de internamiento. No hacía falta: enfermedades como el tifus, la neumonía o la tuberculosis ya se ocupaban de eso.

Ernesto y Lola fueron caminando por el más pútrido y denso barro que jamás habían pisado. Al darse cuenta de la realidad de aquel lugar sintieron cómo se les rompía el corazón: caras anémicas y miradas tristes, vestidos rotos y pies desnudos; en definitiva, el más absoluto de los vacíos. La inmensa mayoría de los detenidos apenas cubrían sus carnes con un mal pantalón, una roida camisa o una vieja chaqueta. El carnaval de las ánimas era la Feria de Abril comparado con este espectáculo.

A Lola se le cayó el alma a los pies al ver a un anciano, apenas un esqueleto humano con la mirada hueca, que intentaba comer unos hierbajos del suelo.

Los soldados los custodiaron hasta llegar a un barracón donde convivirían con

el moho, las chinches y, por supuesto, las cucarachas. Lola y Ernesto se miraron hondamente preocupados. Nada bueno les esperaba en un lugar así.

Ernesto pensó en la patrulla, en si habrían logrado escapar. Porque si no lo habían hecho, su sacrificio no iba a servir de nada.

Un largo viaje

I

Alonso seguía sin entender el motivo por el cual no pensaban liberar a Ernesto y a Lola.

—Son órdenes, Alonso —dijo Amelia.

—A todos nos jode, pero entiende que es mucho más grave que los aliados no ganen la Segunda Guerra Mundial —remató Julián.

Amelia agradeció la ayuda de su compañero en la tarea de convencer a Alonso de que lo que estaban haciendo era lo mejor posible. Desde que salieron de Madrid en tren rumbo a Huelva, Alonso seguía erre que erre con esa cantinela. Llevaban muchas horas de viaje y todavía les quedaba un trecho.

No había forma humana de ir por otra puerta y tuvieron que utilizar el tren como medio de locomoción. Julián echó de menos que todavía no existiera el AVE.

Primero viajaron en la ruta Canfranc-Zaragoza. Desde la capital aragonesa tomaron otro tren rumbo a Madrid. Ahora les esperaban muchas más horas hasta llegar a Huelva, así que lo mejor era descansar, pero Alonso no estaba por la labor.

Salvador había sido muy claro con las órdenes. De momento debían olvidarse de Lola y de Ernesto, por muy duro que fuera. La información que había recibido obligaba a replantearse toda la misión.

Inglaterra había abandonado la Operación Mincemeat de manera definitiva y a que sabían que Lola había sido capturada. No confiaban en que la señorita Mendieta mantuviera la boca cerrada; temían que pudiera confesar todo lo que sabía cuando fuera torturada. Y no los culpaba. Al fin y al cabo, ellos también tenían esa duda, y ese precisamente había sido uno de los motivos para rescatarla.

Salvador tenía el presentimiento de que ni Lola ni Ernesto confesarían. Mejor dicho, estaba convencido de ello. Y su olfato nunca le había fallado. Así que el Ministerio debía tomar la iniciativa. Tendría que ser la patrulla quien preparase la Operación Carne Picada en Punta Umbría tal como dice la Historia que sucedió; crear la identidad de un falso aviador británico llamado William Martin y abandonar su cadáver en medio del océano Atlántico con todas sus pertenencias; entre estas, una carta donde se explicaban los planes de los aliados para invadir Grecia y Cerdeña. Y solo dispondrían de tres días para llevar a cabo la misión o, de lo contrario, la invasión aliada sería un fracaso y la guerra se dilataría mucho más tiempo o, quién sabe, los aliados podrían perderla de forma definitiva. Siempre hay que ponerse en lo peor por si acaso.

No había tiempo que perder.

En tierras onubenses iban a encontrarse con John Roberts Martínez. Debían convencerle de que, aunque Londres hubiese abortado la operación, todo tenía que seguir adelante.

II

Entre tantos trenes, vagones y horas de trayecto, la patrulla había coincidido con todo tipo de compañeros de viaje: una pareja de la Guardia Civil sin bigote, una monja con voto de silencio y bigote, dos agricultores con sendas gallinas ponedoras bajo el brazo y hasta un grupo de universitarios de Salamanca que, afortunadamente, no eran tunos. Si lo hubieran sido, Julián habría descargado sobre ellos toda la ira que llevaba dentro por lo ocurrido con Ernesto y Lola. Porque si había dos cosas que el de Carabanchel odiaba eran los tunos y los mimos.

Ahora, desde que habían salido de Madrid, iban solos en el compartimento, así que podían estar más tranquilos. El enfermero aprovechó para explicar a sus compañeros los detalles que conocía de la Operación Carne Picada. Y fue entonces cuando tuvo la genial idea de llamarla de otra manera, pues oficialmente había sido abortada.

—Operación Albondiguilla —dijo Julián.

El nombre le salió así, de repente. A Amelia al principio le pareció poco serio, pero a Alonso le encantó. Se votó el nombre y ganó la propuesta de Julián.

La Operación Albondiguilla se ponía en marcha. Lo hizo justo cuando el tren se detuvo en Ciudad Real. De los vagones bajaron más o menos los mismos que subieron. Lo comido por lo servido. Un joven moreno, espigado, con un fino bigote y sonrisa socarrona entró donde estaba sentada la patrulla. No tendría más de veintidós años.

—Buenas tardes, soy Luis.

Amelia, Julián y Alonso se presentaron al recién llegado y el tren siguió su camino mientras el silencio se apoderaba del lugar. El traqueteo del vagón era el único sonido que amenizaba el viaje.

Un ejemplar del día anterior del diario *ABC* estaba junto al asiento del joven. En la portada, Francisco Franco y su fastuoso viaje por tierras españolas a mayor gloria del Caudillo; en este caso, por tierras andaluzas, ya que la última parada había sido Sevilla. El chico empezó a hojear el periódico para matar el tiempo. A medida que iba pasando las páginas, su rostro mudó de la desidia al interés.

Alonso, que se estaba aburriendo cual ostra, intentó hablar con el desconocido.

—Parece interesante lo que está leyendo...

Luis levantó la vista y sonrió.

—Efectivamente. Se trata de una entrevista muy curiosa.

—¿A algún prohombre?—preguntó Amelia.

El joven gesticuló como diciendo: «No sé yo...». Hizo una pausa algo dramática antes de responder:

—A un verdugo.

La patrulla se sorprendió ante la respuesta.

—No me entiendan mal, señores... y señorita. No soy un morbosos ni nada parecido, pero el entrevistado, un tal Cándido Cartón, el verdugo de la Audiencia de Madrid, parece todo un personaje. Me interesa el ser humano, no su oficio.

Luego la conversación derivó hacia la Segunda Guerra Mundial, que, como todos sabían, estaba en un momento importante en su desarrollo. Para sorpresa de los presentes, el joven les contó que hasta hacía poco más de un mes había estado en pleno frente de Stalingrado, combatiendo con la División Azul.

—No he conocido a nadie más parecido a un español que un ruso. Viven el drama con una sonrisa. Y con un palo son capaces de hacerle frente a un tanque. —Sonrió—. Aunque allí hace más frío que en España. Hace un frío de cojones, se lo aseguro. Como en Soria, pero a lo bestia. Y más para mí, que soy de Valencia.

Alonso, que cada vez que conocía a otro soldado sentía una afinidad inmediata, le preguntó cómo es que acabó allí. El joven les explicó que no tenía nada que ver con su ideología o su valor. Bien al contrario, su participación en la campaña rusa fue debida a una dama y a su padre. El joven, que se sentía cómodo con la compañía y le hacía ojitos a Amelia, contó su historia en el frente.

Rosario Mendoza era su amor platónico de juventud. A pesar de rondarla durante años, ella nunca se fijó en él. Y, claro, eso duele. Entonces pensó que si su amada se enteraba que iba a luchar al frente le haría más caso. La valentía, *a priori*, gusta a las damas, ya se sabe.

«Bendita inocencia», pensó Julián.

El valenciano les contó que en sus ratos libres escribía apasionados poemas y cartas, de las que nunca recibió contestación y que ni siquiera supo si ella alguna vez llegó a leer.

—O lo hacía en voz alta delante de sus amigas, y todas se cachondeaban de mí. Cualquiera sabe. Yo es que a veces puedo llegar a ser muy cursi, ¿saben?

La historia que contaba, repleta de sentido del humor y fina ironía, estaba encantando a sus interlocutores. Como notó el interés, el joven prosiguió:

—Aunque, en realidad, tuve otro motivo más importante para alistarme, para qué les voy a engañar. Mi padre estaba condenado a muerte por combatir en el bando perdedor. Y la llamada a filas podía suponer limpiar su nombre y salvarle la vida.

Su mirada se entristeció. Amelia lo notó, pero no pudo evitar confirmar lo que intuía con una pregunta:

—¿Lo consiguió?

—No. Tuve la misma suerte que con las cartas a mi novia.

—Su padre... ¿murió?

—No. Pero no le salvé y o. Lo que le salvó fue el estraperlo. Mi familia ganó dinero con ello y pudieron comprar su liberación. Casi muero por nada. Ni amor, ni heroísmo ni épica. Es como la comedia perfecta.

—¿Comedia? —dijo Alonso—. No le veo la gracia por ninguna parte.

—La buena comedia nace de la amargura, no le quepa duda.

Luis cabeceó. Luego recordó a sus compañeros. Algunos de ellos perdieron las orejas al quedarles congeladas durante las largas noches de guardia. Afortunadamente, a él no le sucedió eso ya que un camarada, el soldado Jesús Corujo Cao, le consiguió unas orejeras. No fue este el único compañero del que se acordó:

—Un día, los sóviets derribaron a cañonazos la torre, matando al otro vigía. Era valenciano como yo. Eduardo Molero, se llamaba. Contaba chistes mejor que nadie. Sobre todo uno que hablaba del Imperio austrohúngaro. Una pena.

Hablando y hablando llegaron a Sevilla.

Allí acababa su viaje Luis. Iba a visitar a un amigo que tenía una prima a la que estaba empezando a rondar, epistolarmente hablando.

—A ver si con esta muchacha tengo algo más de suerte —concluyó, guiñándole el ojo a Amelia, que se ruborizó.

Se despidió de todos dándoles la mano de manera firme y con una sonrisa.

—No me han contado nada de ustedes... Pero creo que aunque les hubiera preguntado no me habrían dicho nada.

La patrulla se miró. O se les notaba mucho la preocupación o ese joven tenía un sexto sentido para percibir el dolor y la tensión.

—Mucha suerte —dijo, y se bajó del tren.

En ningún momento del trayecto el bueno de Luis dijo sus apellidos. Eran García y luego Berlanga. Por eso Julián no pudo explicar a sus compañeros quién era. Aunque el caso es que le sonaba de algo y no podía dejar de pensar en él. Amelia lo notó:

—¿Te pasa algo?

—No... Era ese joven... Luis... Todo lo que ha contado me suena de algo... Pero no sé de qué.

III

Cuando llegaron a Punta Umbria, la playa estaba completamente desierta. No había ni gaviotas. Los pescadores habían salido a faenar hacía unas horas y no se veía a un solo turista en la localidad onubense. Faltaban unos veinte años más o menos para eso.

Así que cuando Alonso, Julián y Amelia se bajaron del autobús de línea se respiraba tranquilidad. Llevaban muchas horas de viaje desde que perdieron a Ernesto y a Lola en Francia y el cansancio se reflejaba en sus rostros. Pero no era momento para la pausa. El tiempo corría en su contra y tenían que contactar cuanto antes con el tal John Roberts Martínez y convencerle de que la misión debía continuar a pesar de que sus superiores en Londres habían decidido lo contrario. De momento, Amelia pensó que lo mejor era buscar un lugar donde descansar y decidir los pasos a seguir.

No tardaron mucho en comprender que la mezcla de lo andaluz y lo anglosajón siempre ha resultado curiosa y esa máxima no era una excepción en Punta Umbría. Cuando arribaron los británicos en 1880, el municipio pertenecía al Ayuntamiento de Cartaya y eran apenas unas chozas de juncos donde vivían marineros con sus familias. La única taberna del pueblo, llamada La Polaca, era donde se reunían los pescadores, que, después de una dura jornada de trabajo, hacían parada a su regreso de Huelva, donde habían vendido las capturas.

Pero de eso hacía más de medio siglo. Y desde que los ingleses que trabajaban en las minas aledañas se habían enamorado de Punta Umbría, la localidad comenzó a prosperar y a cobrar relevancia en la región. Al principio convirtieron ese poblado en una zona de convalecencia para trabajadores de la Rio Tinto Company, pero tiempo después acabó siendo su lugar de vacaciones.

A partir de entonces, el pueblo empezó a crecer y se convirtió en la principal ruta de transporte fluvial desde Riotinto hasta Huelva.

IV

Amelia, Alonso y Julián estaban sentados alrededor de una de las mesas de La Estrella, una cantina de mala muerte. El dueño, un tal Carrión, para el que la higiene no era una de sus prioridades en la vida, les sirvió tres vasos de manzanilla y un plato de aceitunas aliñadas.

—¿Podría recomendarnos algún lugar por la zona para dormir? —preguntó Amelia.

—No hay mucho por aquí, señorita. Pero vamos, en la parte de arriba tengo unas habitaciones que alquilo. Son baratas, limpias y cambiamos la ropa de cama todos los meses.

—Muchas gracias —dijo Julián, y pensó que si las habitaciones olían como el dueño, apañados estaban.

Amelia también lo notó. Alonso, apenas. Estaba acostumbrado a olores peores.

Cuando el camarero se marchó, el soldado miró con más detenimiento el local. Había tres parroquianos pegados a la barra que hablaban a voz en grito sobre si era mejor torero Manolete o el difunto Gitanillo de Triana. Apuraban sus

respectivas copas de sol y sombra y tenían pinta de no haber dormido en toda la noche.

Mientras la patrulla decidía si era buena opción tener como cuartel general aquel lugar, donde las moscas, el polvo y los ácaros se habían hecho fuertes desde el siglo pasado, la conversación entre los borrachos se iba crispando cada vez más.

La disputa, que había empezado sobre el arte de Cúchares, había derivado al terreno político. Las heridas de la Guerra Civil, demasiado recientes, aún no habían cicatrizado. Carrión pidió a los clientes que bajaran el tono, no quería líos en su negocio. Pero los borrachos hicieron caso omiso y siguieron hablando de guerra y de ajusticiamientos. Solo que, en vez de toros, los ajusticiados ahora eran personas.

—Muchos se han librado. Pero hay tiempo, ya caerán.

Alonso cabeceó apesadumbrado.

—Tristes son siempre las guerras —musitó—, pero aún más lo son cuando no se trata al vencido con honor. —Luego sentenció—: Me estoy orinando. Voy a las letrinas.

Se dirigió a los lavabos sin poder evitar, al pasar delante de la otra mesa, lanzarles una mirada de desprecio.

Amelia y Julián se observaron unos instantes fijamente. Al cruzar sus miradas, ambos bajaron la vista de inmediato. Desde que Julián volvió de Filipinas, la relación entre ellos era algo tensa. Ya no tenían la complicidad de antaño. Los dos sabían que tenían pendiente una conversación. Pero como ya venía ocurriendo tantas veces, prefirieron callar. A cambio, bebieron, casi al unísono, un sorbo de manzanilla.

Los borrachos seguían hablando. Julián empezó a recordar lo que le contaba su abuelo, que tuvo que combatir contra su hermano sencillamente porque la guerra los había pillado en ciudades distintas y pertenecientes cada una a un bando. Así son las guerras civiles. Las más dolorosas de las guerras.

Su abuelo tuvo peor suerte que su hermano. Le tocó perder. Aún recordaba lo que le contaba de sus diez años encerrado en un campo de rehabilitación. Rehabilitación. Curiosa palabra para definir esa ignominia.

Pronto dejó de acordarse de su abuelo. La conversación de los borrachos se lo impidió. Hablaban de un tipo al que habían encontrado en una cuneta. Y no lo hacían con cariño.

—Bien hecho. Por maricón.

A Julián le cambió la cara: no pudo evitar que Federico visitara de nuevo (como tantas otras veces) su mente. ¿Cuántos Federicos habrían muerto ya por ser diferentes?

Amelia puso la mano en su brazo.

—Lo mejor es que en cuanto Alonso vuelva del aseo, salgamos de aquí.

Buscaremos otro sitio para dormir —dijo.

—Sí, será lo mejor. Voy al baño.

De camino a él, Julián siguió escuchando a los vecinos de mesa. Seguían hablando de « ese maricón » .

No pudo evitar darse la vuelta.

—¿Qué pasa con ese maricón? —espetó.

En ese momento entró alguien en la cantina. Era pelirrojo y se quedó en el quicio de la puerta al ver que algo raro estaba ocurriendo. Pero no intuyó lo que pasaría a continuación. Uno de los tipos estaba de pie frente a Julián.

—¿Pasa algo?

Julián sonrió.

—No pasa nada. Y si pasa, se le saluda.

Amelia suspiró aliviada, la sangre parecía que no iba a llegar al río. Pero se equivocó. De repente, Julián descargó un cabezazo al tipo. Uno de los amigos de este alcanzó de un puñetazo al enfermero, que trastabilló. Alonso, que justo entonces salía del lavabo, entendió que sus servicios eran necesarios. Lo mismo pensó John, que se puso en guardia a la manera de los boxeadores de antaño.

En un abrir y cerrar de ojos estalló una pelea más propia de un salón del *Far West* que de una cantina marinera de Punta Umbría aunque con aroma a Tercios de Flandes, billares de Carabanchel y el *Oxford Street British Boxing*.

Carrión sufría por el mobiliario del local y se puso a guardar las botellas buenas por si acaso. Amelia, mientras tanto, negaba con la cabeza. Unos golpes después todo había terminado. Alonso, Julián y John habían dejado fuera de combate a los tres indeseables.

El pelirrojo se presentó a la patrulla:

—Soy John Roberts Martínez. Encantado. Un placer pelear junto a ustedes, caballeros.

Julián, Alonso y Amelia se miraron entre sí. Al menos ya tenían a su contacto localizado.

V

La labor de John en la Operación Mincemeat era vital pero igualmente sencilla. Si todo iba bien, su papel era de mero observador. En caso de que se torciese la cosa, debería avisar a Londres al respecto de cualquier contingencia.

Como tipo sagaz que era, le pareció demasiada casualidad que esos tres extraños aparecieran justo en ese momento y le comunicaran que eran compañeros de Lola Mendieta y que había un repentino cambio de planes. Pero, por otro lado, había algo en ellos, cierta empatía, que le hizo bajar la guardia.

Además, cuando nombraron a Lola, algo se le removió por dentro. Apenas había estado una hora junto a esa mujer, pero no había podido dejar de pensar en

ella. Y no solo porque le hubiera salvado la vida.

Mientras paseaban por la playa, Julián tomó la palabra. Acababan de conocer por su contacto en Lisboa que Londres abortaba la misión. John se quedó estupefacto. Nadie le había comunicado nada. Después de tantos meses de trabajo...

—Esa información tendré que corroborarla con mis superiores —dijo John.

¿La misión se había ido al garete? No podía fiarse de que unos extraños le contaran algo tan descabellado.

Amelia tomó el relevo de Julián:

—Le debemos a Lola acabar la misión.

—Lola... ¿ha muerto? —preguntó John, temiéndose lo peor.

La patrulla permaneció en silencio unos instantes. Fue Julián quien contestó:

—Todavía no.

Todos miraron hacia el horizonte en silencio. Los barcos pesqueros se divisaban a lo lejos. Volvían a casa después de un duro día de trabajo.

John suspiró preocupado.

—Londres no puede dejarme solo.

VI

Ewen Montagu salió del despacho de su superior, el general Driftwood. Sin duda, saber que la misión, que tanto esfuerzo le había supuesto poner en marcha, había sido cancelada definitivamente no era una buena noticia para empezar el día. Lo único que pensó, como buen optimista por naturaleza, era que nada peor podía suceder hoy. En eso al menos acertó.

Montagu era un hombre con una voz suave y una mirada penetrante, de esas que te taladran. Patriota como pocos, se alistó en la Reserva de Voluntarios de la Royal Navy en 1938. Debido a su formación jurídica le reasignaron a un departamento acorde con sus conocimientos. A partir de ahí fue a parar a la sede de Humberside como ayudante oficial del Estado Mayor, dentro del Departamento de Inteligencia.

El militar avanzó con prisa por los oscuros y sinuosos pasillos de la sede secreta de la Inteligencia británica. Había prometido a su superior que en menos de tres días tendría una idea para una nueva misión y su mente era una especie de caballo desbocado. En ese momento recordó aquella reunión donde se urdió la recién cancelada Operación Mincemeat. Fue cuatro años atrás, en un búnker bajo la City de Londres. Alrededor de una mesa redonda había siete personas como si se trataran del rey Arturo y sus caballeros. Al ser todo alto secreto, ni siquiera conocía la identidad de la mitad de los hombres que estaban allí.

De aquella tormenta de ideas se gestaron cincuenta y una posibilidades imaginativas de engañar a los nazis. Lo que salió de aquella reunión se resumió

en un informe denominado « Trout Memo» , y pasó a los anales de la historia del contraespionaje. Una de las propuestas, concretamente la número veintiocho, fue la famosa Operación Mincemeat.

Pero ahora el oficial británico debía centrarse en las otras cincuenta sugerencias. Muchas de ellas eran completamente irrealizables, como introducir explosivos en las latas de comida de las tropas alemanas, o algo absurdas, como lanzar pelotas de fútbol entintadas con pintura luminosa para atraer a los submarinos. Sin embargo, todas ellas había que entenderlas en su contexto; eran un simple germen de futuros planes más desarrollados.

De las sugerencias que hubo en esa jornada, la mejor de todas fue sin duda la del señor Ian Fleming, y Montagu supo que quizá tirando de ese hilo... Un engaño relacionado con el mar como telón de fondo podía encontrar una solución a sus problemas. En ese preciso instante recordó otra curiosa idea: distribuir mensajes en botellas con información contradictoria por parte de un falso submarino encallado. No. Demasiado rebuscado. Tenía que seguir pensando. El militar llegó a una puerta con un cartel que rezaba: SALA 13. Llamó y entró.

El humo de tabaco inundaba completamente la diminuta estancia. El grupo de la sala 13 estaba formado por doce personas: cinco hombres y siete mujeres. Cuando Ewen entró, todos dejaron lo que tenían entre manos y se quedaron mirando fijamente al oficial de mayor rango en la sala. *Oséase*, a él. Montagu respiró hondo.

—No hay nada que hacer. A pesar de mi insistencia, la operación ha sido abortada —anunció—. Tenemos setenta y dos horas para sacar adelante otra idea genial. Así que manos a la obra.

El grupo no estaba en absoluto conforme con las órdenes de arriba, pero eran soldados y tenían que acatarlas.

Patricia Trehearne, la secretaria de Ewen, se acercó a su jefe y le puso la mano en el hombro como gesto de complicidad y cariño. Al grupo le esperaba una noche muy larga. Así que Pat, como todos la llamaban, fue a preparar café muy cargado, su especialidad.

VII

Al día siguiente, los cuatro se encontraron en una humilde casa situada a las afueras del pueblo. Constantino y Belén, viejos amigos del padre de John, cedían su hogar amablemente, y sin pedir nada a cambio, cada vez que el espía tenía que estar en tierras onubenses. Fueron trabajadores de las minas de Riotinto, cuando eran jóvenes, a las órdenes de Charles Roberts Julian y siempre le estuvieron eternamente agradecidos por lo mucho que los ayudó en tiempos muy difíciles, cuando en esas tierras era complicado llevarse a la boca ni tan siquiera un humilde mendrugo de pan.

La cara del pelirrojo era un poema.

—Tenían razón. No hay operación.

Estaba hundido. Lo que le había dicho la patrulla era cierto. Sus superiores le comunicaron que estaban valorando otras posibilidades para engañar a los nazis, pero que mañana mismo podía volver a Londres vía Lisboa. Su trabajo en Punta Umbría había terminado. John estaba fuera de sí, no entendía a los burócratas.

—Tanto esfuerzo, tantas muertes para conseguir información secreta... Y todo para nada.

Hubo un silencio que rompió Julián:

—Si ellos no quieren seguir adelante, creo que es momento de dar un paso al frente.

El inglés le miró extrañado. Nada le gustaría más, pero no veía cómo poder hacerlo sin la ayuda del MI5.

Julián empezó a recitar de memoria lo que había visto en la película y leído en el libro de la Operación Mincemeat... Había que conseguir un uniforme, falsificar sus credenciales y obtener sus supuestos objetos personales... Podían organizarlo todo desde aquí. John tenía contactos en la zona y conocía a gente de fiar que podía colaborar con la causa.

El inglés le miró admirado.

—¿Por qué no?

Y decidió aceptar el reto. Si esos chupatintas de Londres no hacían nada, él no se iba a quedar de brazos cruzados. Si de él dependía, ninguna muerte sería en vano.

Y menos la de Lola Mendieta.

VIII

—¡¡¡Gooool!!!

Las decenas de aficionados que poblaban las gradas gritaron el tanto con fuerza.

Alonso no sabía exactamente qué hacer. Alguna vez había visto un partido de fútbol en televisión y la verdad es que no entendía cómo la gente de esta época se volvía loca ante semejante tostón. Con todo, lo cierto es que asistir a un encuentro en vivo y en directo tenía más gracia. Así que finalmente hizo lo mismo que el resto del numeroso público que llenaba el estadio y aplaudió a rabiar.

Amelia, en cambio, tenía su mente en otra parte; exactamente, en todo lo que faltaba para poder completar la misión. Desde que habían llegado a Punta Umbría y tras la trifulca en la cantina, todo parecía estar más tranquilo. Pero no se fiaba un pelo.

A Julián nunca le había gustado demasiado el fútbol, así que aprovechó el momento para repasar mentalmente todo lo necesario para crear la falsa

identidad del piloto muerto. *A priori* eran objetos que fácilmente se podían conseguir, pero había que hacerlo en un tiempo récord. Por eso estaban allí, en un lugar público y aparentemente anodino como el estadio del Riotinto Balompié, para encontrarse con alguien que podía ayudarles en la tarea.

Esa mañana se jugaba un partido amistoso entre el equipo local y el Club Recreativo Onuba. John miraba con disimulo a todas partes. Había quedado con alguien y se retrasaba. Con un ojo observaba el encuentro, que para ser amistoso estaba siendo muy disputado y entretenido, y con otro permanecía alerta ante cualquier peligro acechante.

El árbitro pitó fuera de juego y el entrenador del Riotinto Balompié, Ricardo Wert Cera, conocido popularmente como « el Inglesito », se acordó de todos sus ancestros. Alonso no entendía nada de lo que estaba sucediendo, y aunque Julián intentó explicarle lo que significaba el fuera de juego, fracasó miserablemente.

John sonrió y, con infinita paciencia, finalmente enseñó a Alonso el llamado en aquella época « orsay », que derivaba del término inglés *off side*. Y fue en ese preciso instante cuando se produjo un hito que recordarán los cronistas de la época si alguno de ellos hubiera sido testigo: un soldado de los Tercios de Flandes supo lo que era la norma del fuera de juego en el fútbol.

Justo entonces se sentó junto a la patrulla la persona que estaban esperando.

Era Paco « el Falso » .

IX

Paco era bueno en su profesión, un tipo de fiar —a pesar de su apodo— y, sobre todo, era el más rápido. Tenía como tapadera una humilde imprenta en El Campillo donde regentaba ambos negocios, el legal y el que no lo era. Jamás se retrasaba en los plazos y casi nunca detectaban sus falsificaciones, algo vital en el oficio. El encargo no les saldría barato, pero todo dinero era poco dado lo que se estaban jugando. Tenían escasamente cuarenta y ocho horas para crear la falsa identidad del supuesto piloto de la RAF, William Martin, cuyo inexistente avión debería ser derribado sobre el océano Atlántico.

Los vuelos entre Inglaterra y el norte de África eran frecuentes por aquel entonces, sobre todo entre oficiales británicos que actuaban como correos de enlace. Este hecho era conocido en Berlín, por lo que la posibilidad de que uno de ellos hubiese sido abatido por las baterías antiaéreas nazis que vigilaban la costa resultaba perfectamente creíble.

John le pasó con disimulo a Paco el listado de cosas que iban a necesitar. El falsificador encendió un Ducados y observó los requerimientos del cliente.

—Lo necesito para dentro de dos días, Paco —le dijo John.

El falsificador hizo un gesto de asentimiento pero con ciertas dudas.

—*Ojú...* No me lo pones *ná* fácil, rojizo. Ya sabes que las prisas son cosa de

cobardes y de toreros malos.

—Y a veces de buenos espías —dijo sonriendo Amelia.

Paco era de poner quejas, pero tenía claro que les iba a ayudar. John pagaba bien y le debía unos cuantos favores. Además, como hijo de comunistas, colaborar con los que luchaban contra el fascismo sería un sentido homenaje a su difunto padre. Y, sobre todo, cualquier duda se disipó al ver sonreír a Amelia.

Sin embargo, él estaba en lo cierto, eran muchas cosas las que le pedían para tan poco tiempo. Paco volvió a repasar el papel.

—Tienes mi palabra, Juanillo. En dos días lo tendrás.

Y Paco estrechó con fuerza la mano de John, cerrando el trato. Todos sonrieron satisfechos.

X

A la salida del estadio, los aficionados, eufóricos por la victoria local, se dirigían a las cantinas de los alrededores a comentar las mejores jugadas y a regar el gaznate con unos cuantos chatos de vino. Igual que ahora, vamos.

Alonso no paraba de hacer preguntas a John sobre el reglamento del fútbol. No entendía el motivo por el cual los jugadores no podían utilizar también las manos. Sin duda sería mucho más sencillo para todos. Pero John le explicó que ya había un deporte de caballeros que se jugaba con un balón, dos porterías, pies y manos. El denominado rugby.

Amelia, harta de tanto balompié, derivó la conversación a algo más práctico: llevar a buen puerto la misión. Repasó junto a sus compañeros todo lo que necesitaban para crear la identidad del falso militar que dijo la Historia que engañó a los nazis.

Además del listado que tenía Paco entre manos en lo referente a pasaporte, papeles varios, documentos de identidad y carnet militar, la patrulla tenía que conseguir más objetos para que el piloto William Martin pareciera una persona real y los nazis picaran el anzuelo.

Los tres agentes del Ministerio habían convencido a John de que tenían todo ese conocimiento gracias a Lola, que viajó a Londres recientemente y conocía los pormenores de la Operación Mincemeat.

En primer lugar, necesitaban plantear un relato creíble. Sabían que en Huelva había suficientes infiltrados alemanes como para que todo se fuera al traste si se les escapaba el más mínimo detalle. Y los más mínimos detalles para un espía nunca son las grandes batallas, sino los asuntos cotidianos.

Había que escribir un par de cartas de amor que simularan haber sido leídas en muchas ocasiones, junto a una fotografía de una novia ficticia, llamada Pamela. El auténtico retrato correspondía a un miembro femenino de la sala 13, Jean Leslie, pero en este caso deberían hacer una foto a Amelia con una pose

similar.

Martin había comprado un anillo de compromiso para la supuesta prometida, según podía comprobarse en un recibo en el que constaban su importe en libras esterlinas. También necesitaban unas entradas de teatro donde habían asistido a la representación de la *Strike a New Note* en el teatro Príncipe de Gales de Londres el día 22 de abril, víspera de su fatal viaje. Tanto el recibo como las entradas eran asunto del falsificador.

En el cuello del difunto deberían colocar una cadena con una cruz de plata y placas de identificación en las que podía leerse: *Major Martin, R.M., R/C*, cuyo significado era: « Mayor Martin, Marina Real, católico apostólico romano ». Si las cosas salían como estaban previstas, se garantizaba que fuera enterrado en el cementerio católico de Huelva de Nuestra Señora de la Soledad y no en la colonia inglesa de Gibraltar. Así se facilitarían las tareas de investigación a los espías alemanes, que actuaban libremente en el camposanto onubense, con el beneplácito de las autoridades españolas.

También llevaría encima otra misiva de su padre, algunas llaves, recibos atrasados que explicarían los movimientos de Martin los días previos a su partida, así como billetes de autobús, cigarrillos, cerillas...

Gracias a todos estos objetos, los nazis podrían deducir que se trataba de un joven algo descuidado en su vida cotidiana, despreocupado de sus cuentas económicas y hábil especialista en organizar maniobras militares anfibas, motivo por el que había sido destinado al frente del norte de África.

Así constaba expresamente en la carta dirigida por lord Louis Mountbatten, jefe de Operaciones Combinadas, a Andrew Cunningham, comandante naval británico en el Mediterráneo. En ella se decía que el mayor William Martin era un gran conocedor de las técnicas de desembarco en lanchas. Mountbatten cedía al oficial William Martin para que prestara sus servicios en el próximo desembarco que se vecinaba en Grecia y Cerdeña.

En esa frase dentro de la misiva se encontraba el quid de la cuestión. En aquellas pocas palabras residía todo el engaño que acabó con la guerra. Pero para que los nazis picaran necesitaban que toda la puesta en escena fuera creíble. Y no sería nada fácil conseguirlo. Empezando por lo más obvio: en menos de dos días necesitaban un cadáver con pinta de oficial británico.

Mientras caminaban por las calles de la pintoresca población de Riotinto, las gentes iban y venían despreocupadas dado que era su día de descanso. Pero había alguien que parecía fuera de lugar. Un desconocido que, entre las sombras, fijó su mirada en Amelia, Alonso, Julián y John. Una persona anónima que los seguía desde que habían salido del estadio de fútbol. Alguien que lo único que quería era acabar con la Operación Albondiguilla y con todos los que participaban en ella. Comprobó su arma y, decidido, siguió a los agentes...

Resistencia

I

Los primeros rayos de luz se filtraron por las desvencijadas maderas del barracón donde Ernesto y Lola dormitaban en el suelo, acurrucados entre sí para resguardarse del intenso frío que se metía en los huesos. Ernesto despertó de su duermevela. Le dolía la espalda. Mucho. Desde aquella mazmorra de la Inquisición donde volvió a ver a su hijo, Tomás de Torquemada, no había tenido esa sensación de entumecimiento en todo el cuerpo. Al moverse, despertó a Lola.

Toc. Toc. Toc.

Alguien llamó a la puerta.

Lola y Ernesto se incorporaron. Trataron de despejarse. Era extraño que los guardias llamaran antes de entrar, la cortesía no era algo propio de ellos.

Toc. Toc. Toc.

Los reos se miraron entre sí. La situación era un poco absurda.

—Adelante —dijo Ernesto con cierto reparo.

La puerta se abrió lentamente. Un hombre de mediana edad, vestido con una ajada sotana, gafas y gesto amable asomó la cabeza.

—¿Quién es usted? —preguntó de sopetón el agente.

—Mi nombre es Iñaki de Azpiazu. Pueden llamarme Iñaki, padre Azpiazu o simplemente padre... ¿Puedo pasar o no?

Ernesto asintió con su característica media sonrisa y el cura entró en el barracón. Llevaba algo de pan y un par de vasos de hojalata con un bebedizo que recordaba remotamente al café. Se los ofreció de manera servicial a los dos presos, que se abalanzaron hacia los víveres.

Mientras comían y bebían de manera atropellada, Iñaki no pudo evitar pensar en aquellos pobres desdichados. Sabía que si estaban solos, apartados de los presos comunes, era porque significaban mucho para sus captores. Y eso no les auguraba nada bueno.

La mente del sacerdote viajó al pasado, a la Guerra Civil. A Iñaki estuvieron a punto de darle el paseo por sus ideas revolucionarias. Aunque fuese un hombre de Dios, tenía demasiados enemigos en su diócesis. Por suerte para él, finalmente se le conmutó la pena y fue confinado en su domicilio, con el fin de desterrarlo posteriormente a Andalucía. Algo que no llegó a ocurrir. Harto de esa situación, escapó de su arresto domiciliario y a partir de entonces comenzó una huida que lo llevaría por todo Euskadi, hasta que consiguió llegar a Francia.

Fuera de España, su compromiso social no declinó. Durante los años de la segunda Gran Guerra colaboró con el Comité Católico de Ayuda a los Refugiados, asistió espiritualmente a los milicianos concentrados en campos de internamiento y a los niños exiliados. También ayudó a muchas víctimas de la

Gestapo; entre ellas, a Roger Sermont, un joven violinista judío al que escondió durante varios meses. Tocaba el violín como los ángeles.

Ahora, Azpiazu había llegado a Gurs como voluntario, ayudando a los presos y en especial a los pocos españoles que todavía quedaban.

—Si necesitáis ayuda espiritual, estoy aquí, compañeros.

Los dos declinaron amablemente el ofrecimiento. No era esa ayuda la que requerían ahora. Una puerta del tiempo en el barracón les hubiera venido mejor.

En el instante en que Iñaki iba a contarles algo de vital importancia para ambos y que podría acabar con todos sus problemas, entraron por la puerta dos soldados nazis. Detrás de ellos apareció el sargento Martin Sommer, uno de los más sanguinarios torturadores del Tercer Reich, conocido como « la Bestia » . Su misión estaba clara; sacar a esos dos presos toda la información posible. Los soldados que le acompañaban se llevaron en volandas al padre Azpiazu, que dedicó una mirada de infinita compasión a sus dos compatriotas.

La Bestia abrió su maletín y fue sacando lentamente, como regodeándose en sus movimientos, varias herramientas de tortura: alicates, bisturí, un pequeño martillo...

La puerta se cerró bruscamente.

II

La puerta se volvió a abrir. De ella salió el sargento Sommer con gesto contrariado. Se limpió las manos, que tenían restos de sangre, con un trapo blanco que luego tiró al suelo. Mientras estaba en el quicio de la entrada, pasaron por delante dos oficiales nazis. Le preguntaron si había conseguido algo y él negó con la cabeza. Estaba sorprendido por lo duros que eran esos dos españoles. Pero no debían preocuparse, pues tarde o temprano cantarían como un tirolés castrado. Sommer se despidió de Ernesto y Lola con una sonrisa macabra y cerró suavemente la puerta. En el exterior del barracón estaba Iñaki. Quería ver a los prisioneros. Le dijeron que no. Mañana podría hacerlo.

En el interior, Ernesto y Lola se apoyaron el uno en el otro para poder tumbarse en el suelo. Sus rostros ensangrentados, sus manos amoratadas y los restos de sudor frío eran síntomas de lo ocurrido. Pero de momento habían sobrevivido. Mañana sería otro día.

Lola, algo más nerviosa, preguntó qué sería de ellos...

—Partido a partido —dijo Ernesto.

La agente no acabó de entender la frase. Él le explicó que de momento habían sobrevivido el día de hoy y que el reto de ambos era aguantar el día de mañana. Y así todos los días, sucesivamente. Sin mirar más allá. Lola asintió. Le pareció un buen plan. Ernesto nunca había sido nada futbolero, más bien todo lo contrario, pero ese mantra del Cholo Simeone siempre le había parecido una

gran filosofía de vida.

El agente, que había guardado un poco de pan antes de que entraran los nazis, le ofreció la mitad a Lola, que agradeció el gesto. Ambos comieron con cuidado de no hacerse daño en los amoratados labios.

Era un momento íntimo, sencillo y que ambos disfrutaron en silencio. De vez en cuando se miraban el uno al otro y se sonreían.

Salvador estaba en lo cierto: ninguno de los dos jamás revelaría información alguna a los nazis.

Y Ernesto tuvo esa misma certeza cuando se fijó en la mirada serena de Lola. Era una valiente.

III

Había caído la noche en Gurs. Las sirenas dieron paso a la oscuridad más absoluta. Ninguno de los dos tenía sueño, así que fue el momento de las confidencias entre Ernesto y Lola.

Ella sentía que después de no poder derrotar a Franco ni al fascismo, debía luchar para que los nazis no vencieran. Por eso se había quedado en Francia. Por eso había entrado a formar parte de la Resistencia. Odiaba perder, lo que más en la vida, y no permitiría que los fascistas vencieran de nuevo. El jefe de Operaciones del Ministerio le dijo que estaba convencido de que los aliados acabarían ganando la guerra. Esa seguridad en Ernesto animó a Lola, que comenzó a contar cómo era un día normal en la vida de un correo de la Resistencia:

—A través de Albert Le Lay me comunicaban que requerían mis servicios. Entonces aparecía en Canfranc, recogía los documentos y me los ataba a la espalda con una faja. Por supuesto, nunca los abría, pero supongo que llevaría informes, dinero o cartas.

Después, además de documentos, empezó a salvar vidas. A partir del año 1942 hacía dos viajes por semana a tierras galas. No recordaba a cuánta gente pudo haberse llevado. Muchos de ellos eran judíos. Aunque no lo sabía con exactitud porque con la mayoría no intercambié palabra alguna. Para mayor seguridad de ambos decía que eran sordomudos si alguien preguntaba.

A Ernesto le conmovió saber que estaba hablando con una Lola que él sabía muerta. Una mujer que desconocía lo que le depararía su futuro pero que a pesar de todo no perdía la esperanza. Ahora lo único que veía era a una joven llena de ideales, incapaz de delatar a nadie aunque le hubieran destrozado las uñas y tuviera la cara amoratada. Y pensó que a pesar de que su destino era morir de cáncer en 2016, podía ser que todo eso cambiase y que acabara junto a él en una cámara de gas dentro de unos días.

Si la patrulla no había intentado rescatarlos de nuevo seguro que había un

buen motivo para ello. Pero ahora era incapaz de pensar exactamente cuál. No era el momento. Lo más acuciante era intentar descansar, reponer fuerzas.

A Ernesto le costó mucho conciliar el sueño, pero lo consiguió. Desgraciadamente, no le dejaron descansar mucho tiempo.

Toc. Toc. Toc.

Alguien llamó a la puerta y le sacó de un sueño en el que la realidad era una pesadilla y lo soñado, una deseada realidad. Cuando Ernesto se incorporó, sintió el dolor de todo su cuerpo y vio los restos de sangre en sus manos, supo que lo verdaderamente real era la pesadilla. Y que, simplemente, empezaba una nueva jornada. Una estación más de su calvario.

—Soy el padre Iñaki.

—Adelante, padre —dijo Ernesto.

Azpiazu entró con un maletín de médico. Intentó disimular lo mejor que pudo el horror que le asaltó al ver las heridas de ambos.

Lola se levantó y tardó unos segundos en ubicarse. Sonrió al padre a pesar de que tenía todo el rostro hinchado y dolorido.

—Además de vuestro sacerdote, seré también vuestro médico. Habéis tenido suerte, hijos míos. Puedo sanaros cuerpo y alma. Dos por el precio de uno.

Mientras el sacerdote empezaba a limpiarles las heridas como buenamente podía, les dijo en voz baja, como un susurro apenas imperceptible, lo que no pudo comunicarles el día anterior:

—Mañana se prepara una fuga en el campo. Y he conseguido que vosotros estéis dentro de ella. Saldréis de esta, compañeros... Muy pronto os hallaréis lejos de aquí... En unos días estaréis en territorio neutral y seréis libres.

Ernesto no supo qué decir en ese instante, pero no pudo evitar una sonrisa.

Lo mismo le pasó a Lola.

IV

Las medidas de seguridad en el campo de concentración de Gurs eran extremas. No iba a ser fácil escaparse de allí. Incluso había guardias especializados en fugas que se dedicaban a buscar túneles. Los presos llamaban a esos nazis los « hurones » .

Varios militares urdieron el plan de fuga. La mayoría eran franceses, aunque casi todos los presos de otras nacionalidades colaboraron en la medida de sus posibilidades, como el padre Azpiazu. Los altos mandos organizaron el llamado Comité de Fugas, dirigido por el comandante Roger Hinault.

La idea fue construir tres túneles a la vez, temiendo que alguno fuese descubierto. Cada una de las galerías tenía un nombre distinto. En este caso, fueron apodadas: Athos, Porthos y Aramis. Sobran las explicaciones.

Los túneles debían excavar desde el interior del campo; comenzaban en

tres barracones y finalizaban en un bosque cercano. Eso facilitaría la huida a los fugados, que podrían esconderse entre la maleza y llegar fácilmente al pueblo más próximo. Fueron construidos durante poco más de tres meses con increíble destreza, teniendo en cuenta los pocos materiales con los que contaban. Los presos utilizaron botes de leche vacíos para hacer conductos de ventilación, y los apuntalaban con listones de madera que sacaban de las camas.

Durante todo este tiempo habían sufrido muchas dificultades, sobre todo para deshacerse de la tierra sobrante de la excavación; lo lograron transportando la tierra en bolsas hechas con calcetines que escondían en las perneras de los pantalones y que iban desperdigando por todo el campo de concentración. Cuando ya no pudieron esconder más tierra, decidieron rellenar el túnel Athos, que ya no iban a utilizar, donde también escondieron la documentación, los mapas y todo lo que podía incriminar a los instigadores del proyecto.

Desde hacía unas jornadas los nervios estaban a flor de piel. Eran muchas semanas de trabajo y todos sabían que se jugaban la vida si algo salía mal. Y debido a esa tensión, los alemanes empezaban a sospechar que algo raro estaba pasando. Fue entonces cuando alguien tuvo una idea brillante: si los nazis descubrieran uno de los túneles, se quedarían tranquilos y estarían convencidos de que habían acabado con el intento de fuga, con lo que bajarían la guardia y entonces sería el momento idóneo para huir. De este modo, el túnel Porthos fue encontrado por un vigilante tras un descuido forzado por uno de los presos, que pasó un mes en la celda de castigo.

Ese valiente, un judío llamado Adier Bonnay, antepuso los intereses de los demás a los suyos. Sabía que no se fugaría con sus camaradas, pero la sensación de ayudar y sacrificarse por los demás no la cambiaba por nada del mundo.

Ahora solo faltaban veinticuatro horas para el gran momento. Sería durante la primera noche de luna nueva, por lo que habría más posibilidades de que los francotiradores no los detectasen. Además, mañana comenzaba el fin de semana y los viernes los trenes cercanos al campo solían llevar muchos soldados de permiso, con lo que Gurs se quedaba con algo menos de vigilancia. Todo estaba preparado. Si la fuga salía bien, Ernesto y Lola podrían volver a casa.

Lo malo es que los libros de Historia siempre han contado que el plan de fuga del campo de concentración de Gurs fracasó de manera estrepitosa.

No conocían la existencia del Ministerio del Tiempo.

V

Ernesto y Lola todavía se recuperaban del segundo día en manos de aquel malnacido. La sesión de tortura de aquella jornada había sido más brutal que la anterior. Ambos estaban al límite de su aguante. Era complicado que pudieran soportar un día más. Pero, bueno, por hoy había pasado lo peor. Ahora podían

descansar y recordar momentos felices del pasado. Eso les ayudaba a no pensar en el profundo dolor que sentían.

También la posibilidad de escapar de ese infierno los mantenía con más fuerzas de las que realmente les quedaban. Según les había contado el padre Azpiazu, todo sucedería por la noche. El sacerdote distraería al guardia que custodiaba su barracón y un preso los llevaría donde estaban el resto de los camaradas. Allí entrarían a formar parte de la comitiva y tras recorrer los aproximadamente cien metros de túnel, tendrían por fin su ansiada libertad.

Lola, después de recordar lo mucho que le gustaba tomar chocolate a la taza en San Ginés con sus padres cuando iban a Madrid, decidió que era hora de descansar. Se apoyó en el regazo de Ernesto. Aunque le dolía horrores la presión de la cabeza de Lola en su pecho debido a un descomunal hematoma gentileza de la Bestia, el jefe de Operaciones no dijo nada.

Los dos se durmieron al poco de cerrar los ojos.

Mañana al anochecer sería su « Día D » .

Los sueños duelen

I

—Iriondo, Venancio, Zarra, Panizo y Gáinza. La mejor delantera del momento.

Alonso asintió sin entender muy bien a lo que se refería John. La verdad es que estaba encantado con él. Nunca podría haber esperado que un inglés fuera de su agrado, la verdad. Pero Alonso veía en el pelirrojo a un buen tipo, un soldado en el que podías poner tu vida en sus manos. Por si fuera poco, le hacía mucha gracia ese acento tan característico que tenía, viniendo de alguien que era más británico que el Big Ben.

Ambos estaban en el exterior del edificio del Instituto Anatómico Forense de Huelva. Un contacto les había dicho que quizá podían tener un finado que les sirviera para sus propósitos por un módico precio. Lo de ser unos vulgares ladrones de cadáveres no era algo de lo que se sintieran especialmente orgullosos, pero en una situación límite se requerían medidas extremas. Llevaban más de una hora esperando, así que mataban el tiempo hablando del deporte rey.

—En España mis colores son los rojiblancos del Athletic Club de Bilbao, pero en Inglaterra soy de los *reds* del Manchester United, como mi padre. Siempre soñó que su hijo acabara siendo delantero centro y jugara en Old Trafford. Spongo que también en eso le decepcioné... —dijo el bueno de John, y sonrió con algo de amargura.

Se hizo el silencio. Alonso también pensó en su padre. Casi nunca lo hacía. Y tenía sus motivos. Pero ahora sintió la necesidad de abrazarle.

Un chaval pasó delante de ellos con una vieja pelota. Daba patadas al esférico mientras caminaba distraído. El balón se le escapó unos metros y acabó en el pie de John, que lo levantó con calidad y le devolvió la pelota al chiquillo.

En un momento, John, Alonso y el niño empezaron a pasarse el esférico. Alonso estaba emocionado. Y para ser la primera vez en la vida que tenía un balón en sus pies, no lo hacía nada mal. Aunque con la soltura que utilizaba las manos, se veía a la legua que tenía alma de guardameta.

Amelia y Julián llegaron en ese instante y alucinaron con el partido improvisado. Amelia estaba harta de tanto fútbol; Julián no pudo hacer otra cosa que pedir el balón y dar unos toques, y recordar así los partidos de futbito que echaba con los colegas del barrio cerca de Puerta Bonita.

Los dos acababan de hablar con Salvador, al que habían informado del desarrollo de la misión. Parecía que no había novedades respecto a Lola y Ernesto, tampoco en relación con las tropas aliadas. Debían seguir con la Operación Albondiguilla tal como estaba previsto.

Entonces salió un trabajador de la morgue, que se acercó a John.

—Pueden pasar —dijo.

II

El hedor que desprendían las paredes del depósito de cadáveres era muy especial. No es que fuera excesivamente desagradable, pero esa mezcla de muerte, humedad y formol se te metía en la nariz y no se te iba durante horas.

El grupo avanzó por los pasillos, alicatados hasta el techo con baldosas blancas, y llegaron a una gran sala repleta de camillas con cadáveres cubiertos con sábanas. La patrulla se quedó esperando fuera y solo John entró con el celador.

Una vez dentro de la sala, ambos se acercaron a un cuerpo que estaba en un extremo de la estancia. John levantó parcialmente la sábana.

Era un gitano, algo bajito, y de unos veinte años. El pobre había muerto ahogado en la playa, una circunstancia que lo convertía en la persona adecuada para la misión. Pero, claro, sus rasgos no eran muy británicos que dijéramos. No servía.

El inglés preguntó si algún otro cadáver de los que había allí podría utilizarse. El enfermero negó con la cabeza. Todos eran ancianos a excepción de un par de niños que habían muerto de tuberculosis. Nada que hacer. Todavía tenían un día más para ver si les llegaba alguno que pudiera reunir las características que buscaban, pero de momento el joven caló era el único que había. O lo tomaba o lo dejaba.

Y lo dejó.

III

Las calles más céntricas de Huelva se estaban preparando para la visita del general Franco en su triunfal gira alrededor del país. Todo tenía que salir a la perfección y los obreros trabajaban a contrarreloj. Esa misma mañana habían empezado las labores de engalanar las avenidas, montar una espectacular tribuna para el desfile, colocar banderas y arreglar las fachadas. Varios trabajadores empezaban a levantar un gran arco de entrada en la confluencia de la Alameda Sundheim con la plaza del Punto.

John despreciaba al Generalísimo y esos vergonzosos fastos; con el país sumido en plena posguerra, le resultaban todavía más execrables. Pero ahora lo que tenían que hacer de camino a la estación de autobuses era oír, ver y callar. Sus sentidos siempre estaban alerta y, gracias a ellos, el inglés empezó a sospechar que estaban siendo observados. Se lo comunicó a sus camaradas. Podían ser simplemente imaginaciones tuyas, ya que Huelva capital era una zona repleta de espías; no obstante, debían estar preparados ante cualquier

contingencia. Y no se equivocaba. El hombre que los espiaba desde ayer seguía al acecho. Esperando la ocasión más propicia para atacar.

Pasaron frente al consulado alemán en la capital onubense y quedaron impresionados ante lo que tenían delante: en su fachada ondeaba orgullosa una enorme bandera con la esvástica negra de la Alemania nazi.

En ese edificio operaba Adolf Clauss, el jefe de la Abwehr en Andalucía, un espía temible y eficaz que había participado en la Guerra Civil como miembro de la Legión Cóndor. Tenía buenos contactos con las autoridades españolas y desde su finca de La Rábida organizaba labores de sabotaje y vigilancia de los barcos británicos en el estrecho.

Ese fue uno de los motivos por los que la Operación Mincemeat se quiso realizar en Huelva. Asimismo, el tal Adolf era un hombre del que su tocayo, el mismísimo Führer en persona, se fiaba plenamente. Si Clauss creía que William Martin era real y la información que llevaba consigo era verdadera, Hitler lo haría.

IV

En la vetusta estación de autobuses, los cuatro esperaban la llegada del vehículo con destino a Punta Umbría sentados en un banco. Antes habían pasado por la oficina de Correos donde John recibió contestación a un telegrama encriptado que había mandado a Londres.

El agente no dejaba de darle vueltas a lo que había leído procedente del MI5. Estaba indignado. Le instaban a volver inmediatamente a suelo británico o sería acusado de alta traición. Estaba poniendo en peligro las futuras operaciones que pudieran realizarse. En definitiva, tenía que abandonar esa locura de seguir con la Operación Meatball, que era como la había rebautizado para sus compatriotas, o las consecuencias podrían ser letales para él y para cualquiera que colaborase en semejante despropósito.

—Chupatintas de mierda —espetó John.

Se desabrochó la camisa y señaló sus heridas de guerra a la patrulla. Había sido aviador, en dos ocasiones salvó la vida de milagro y esos putos oficinistas se negaban a ayudarlos.

—Y ¿qué podemos hacer? —quiso saber una angustiada Amelia—. Ahora no solo luchamos contra los nazis, también tenemos como enemigo a los aliados.

—Seguir hasta el final. Cueste lo que cueste. Caiga quien caiga —remató un serio John.

Los demás le miraron preocupados. Nunca le habían visto así. La cosa se complicaba cada vez más. Y mañana a estas horas debían tener todo preparado.

Ninguno detectó en ese instante que, además del desconocido que los vigilaba desde Riotinto, había otro agente que tampoco les perdía de vista.

Lo que no pudieron escuchar era que en Londres, en ese mismo momento, alguien estaba rompiendo una lanza a favor de John:

—Roberts tiene razón.

Quien dijo tan breve y sonora frase era Ewen Montagu. Y lo hizo con vehemencia.

Su superior, el general Driftwood, permaneció en silencio. Sabía que su subordinado estaba en lo cierto, pero... ¿qué podía hacer? Estaba atado de pies y manos. El primer ministro Churchill en persona había abortado la misión. Punto final.

—Ewen, lo siento, pero hay que olvidarse del mayor William Martin. Busque otra opción. Y pronto. Puede retirarse.

Montagu saludó de manera marcial y salió del despacho. En ese momento tomó una decisión: mientras no tuviera una idea mejor, los miembros de la sala 13 seguirían avanzando en la Operación Mincemeat original. No le gustaba contradecir órdenes y asumiría todas las consecuencias (un más que probable consejo de guerra), pero sabía que era algo que tenía que hacer.

V

John hizo pasar a Paco el Falso al comedor. Allí le esperaba la patrulla. El falsificador saludó a los presentes:

—A los buenos días, señores... y señorita.

Los demás hicieron lo propio. Paco se sentó, sacó su maletín y extrajo el material.

—El pasaporte..., los documentos..., las entradas... y los *carneses*... Está todo. Paco el Falso siempre cumple.

John comprobó el material. Pese al poco tiempo que Paco había tenido, el trabajo era excelente.

—Enhorabuena —le felicitó.

—Todo eso está *mu* bien, rojizo. Pero suelta la *mortelá* de *parné* que me debes... Ya sabes: si no hay sardinas, la foca no da palmas.

John y los demás sonrieron. El bueno de Paco, siempre tan práctico.

Amelia sacó un fajo de billetes y se lo pasó al falsificador, que cogió el dinero con delicadeza; luego se humedeció el dedo pulgar con la lengua y se dispuso a contarlo.

—¿No te fías de nosotros, chiquillo? —dijo John sonriendo.

—No es que no me fie, es por si habéis *calculao* mal.

Paco tardó poco en contar el dinero. Se notaba que tenía práctica en esos menesteres.

VI

Sentada delante de la máquina de escribir, Amelia mecanografió las dos cartas de los mandos aliados que servirían de anzuelo para que los nazis picaran. Salvador les había enviado ambos documentos escaneados de los archivos desclasificados de los servicios de inteligencia británicos que estaban almacenados en su página web. Pedazo de invento la transparencia anglosajona. Ya podían aprender por estos lares.

Tal como decía la Historia, Amelia dobló el papel en tres partes e introdujo en ambas misivas sendas pestañas, que se arrancó suavemente, para saber con certeza si alguien las leía antes de ser devueltas a la Inteligencia británica. Las guardó en sus respectivos sobres y se quedó pensativa.

—Una cosa menos.

Ahora tendría que hacer algo que no le apetecía lo más mínimo: posar medio desnuda para Julián.

VII

John terminó de redactar las dos cartas de amor de Pamela, la novia ficticia de William; el hombre que nunca existió. Pamela y William... William y Pamela. Tanto monta, monta tanto... John sonrió ante la tontería que se le acababa de ocurrir.

Dobló varias veces las cartas y las arrugó levemente para que no dieran la impresión de estar recién escritas. Incluso ensució una de ellas con el cerco de una taza de café. Esos pequeños detalles eran importantes.

Observó las misivas, satisfecho. Y entonces le vino una especie de *déjà vu* inesperado. Recordó en ese instante a su difunta mujer, Marge. Rara vez se acordaba de ella. No era porque no la echara de menos, sino porque su ausencia le dolía demasiado. Siempre se culpó de su muerte y era incapaz de vivir todos los días con ese sentimiento. Por eso intentaba no recordarla... aunque a veces resultara imposible. Si ella no le hubiera acompañado a Londres para ver a su primo aquella mañana, hoy seguiría a su lado. John tendría que haberse negado, pero por desgracia no fue lo suficientemente persuasivo. Fue aquel fatídico día, aquel maldito 7 de septiembre de 1940, en el que la aviación alemana irrumpió con más de trescientos bombarderos escoltados por seiscientos cazas y arrasó todo el East End londinense... Aquel fue el bombardeo más duro de todos los que asolaron la capital durante la batalla de Inglaterra, y Marge fue una de las centenares de víctimas de esa jornada.

Mientras volvía a repasar las misivas pensó en lo que había escrito sin darse cuenta de que eran las mismas palabras que le decía su mujer a él cuando le mandaba cartas de amor. Y después de mucho tiempo, lloró por su ausencia. ¡La

echaba tanto de menos! Tras hacerlo se sintió algo mejor. Al menos se había liberado de una pesada carga. Y sintió que al recordarla volvía a estar cerca de ella.

Se prometió a sí mismo recordarla todos los días, aunque le doliera. Se lo debía.

Alonso entró en la estancia y cuando vio a su amigo con los ojos humedecidos, dudó si quedarse o irse. Finalmente decidió que en los momentos difíciles los camaradas tenían que apoyarse entre ellos. Y le abrazó con fuerza.

John, agradecido por el gesto, le contó a Alonso la historia de su familia. De cómo murió Marge, y de que hacía semanas que no sabía nada de su hijo Bruce, con el que no se hablaba desde la muerte de su madre. El joven tenía veinte años recién cumplidos y estaba en el frente de Tánger. Combatía codo con codo con Brian, el hermano menor de John. Tío y sobrino se habían hecho un nombre dentro de su batallón por su valentía y honor. Estaba muy orgulloso de ambos, pero tenía pánico a que les pudiera suceder algo malo. Por eso luchaba con todas sus fuerzas para acabar con esta maldita guerra de una puñetera vez. Estaban cerca, muy cerca, pero necesitaban un cadáver mañana a primera hora.

VIII

Amelia se encontraba en la orilla del mar, vestida con un bañador negro. Se cubría sus partes pudendas con una toalla blanca y ponía expresión de sorpresa mezclada con algo de picardía. Querían reproducir la foto original y nuestra querida señorita Folch estaba demasiado nerviosa. Su sentido del ridículo, mezclado con el hecho de posar medio en cueros y, encima, delante de Julián, como que no ayudaba.

¡Clic!

El enfermero sacó otra instantánea.

—Muy bien, Amelia. Vamos a hacer la última.

—¿Otra?

—Por si acaso.

Disfrutaba viéndola pasar apuros.

—Eso dijiste hace media hora, Julián. Y desde entonces llevamos veinte fotos. Se va a acabar el carrete.

—Tú, tranquila. Tengo de sobra. Vamos, otra más...

¡Clic!

Amelia volvió a posar. Esta era la buena.

IX

Ya tenían todo lo necesario: el uniforme, las botas, la ropa interior, el maletín y

todos los enseres y documentos que decía la Historia que portaba William Martin cuando fue encontrado por un pescador en la costa de Punta Umbria.

Solo faltaba el cadáver. El día llegaba a su fin y no había recibido ninguna buena nueva de su contacto en la morgue de Huelva. Solo les quedaba una opción: el cementerio de Punta Umbria. Los cuatro salieron del camposanto con los rostros desencajados; había un problema: nadie había fallecido en Punta Umbria desde principios de enero. Casi tres meses. Lo que era sin duda una buena noticia para los habitantes de la localidad onubense era la peor de las buenas para nuestra patrulla.

La Operación Albondiguilla se había desarrollado a las mil maravillas. A pesar de contravenir las órdenes de Londres, habían conseguido en tiempo récord todo lo necesario para que los nazis creyeran que William Martin era una persona real. Solo les faltaba lo más importante: un cadáver.

—Tendremos que matar a un desdichado. Alguien que tenga las características que buscamos—dijo John con una frialdad que asustaba.

Amelia se negó en rotundo. No quería volver a oír esa idea en boca de ninguno de ellos.

Julián era de la misma opinión que Amelia. Todavía quedaban horas. Era pronto para tirar la toalla.

Pero Alonso y John no creían en milagros. Y sabían que tarde o temprano tendrían que ajusticiar a un inocente si querían seguir con la misión. Eso era lo único que importaba. La puta misión. Moriría un inocente, sí. Pero gracias a su sacrificio salvaría miles de vidas, quizá millones. ¿No merecía la pena?

El grupo cruzó la calle y tomó un callejón para atajar de camino a casa. La noche empezaba a asomarse en Punta Umbria y las pocas luces que había en las calles apenas iluminaban.

Entre las sombras surgió el desconocido que había seguido a los agentes desde hacía días. Su nombre era Otto. Simplemente Otto. Nadie más conocía su apellido. Los únicos que lo sabían eran los miembros de su familia. Y estaban todos muertos.

Era alto, rubio y con la cara picada de viruela. Sin duda tuvo que tener el pobre una adolescencia difícil. A lo mejor por eso se convirtió en un asesino de la Gestapo. Cualquiera sabía.

Otto sacó su arma, la cargó y siguió a los cuatro calle abajo. Sus órdenes eran claras: matarlos a todos. Si bien los alemanes desconocían los verdaderos planes de la patrulla, sabían que un inglés, alto y pelirrojo, había escapado de Canfranc, y al ser detectado en Huelva, las órdenes habían sido concisas: debía ajusticiar al espía y a sus colaboradores. Esta vez ese cobarde no volvería a huir.

Cuando Otto apuntó con su arma a los agentes supo que serían unas presas fáciles. Pero no contaba con una variable; alguien seguía al que seguía a la patrulla. O sea, a él. Un miembro de la Resistencia francesa, colega de Albert Le

Lay. Su nombre era Jacques Lavigne y había seguido a John como si fuera su ángel de la guarda desde que escapó de Canfranc. Un último detalle de cortesía del antiguo jefe de estación.

¡Bang!

Un disparo impactó en la espalda de Otto. Se dio la vuelta y, aún con la sorpresa dibujada en el rostro, respondió a su vez disparando a su verdugo.

¡Bang!

Jacques no tuvo tiempo de reaccionar y la bala fue a parar justo en medio de su frente. Fue un tiro certero y mortal de necesidad.

Los cuatro, que no sabían qué estaba sucediendo exactamente, tardaron un instante en controlar la situación. A unos metros de ellos yacían dos hombres en el suelo, muertos. Se habían disparado entre sí. Y, milagrosamente, la patrulla y John estaban sanos y salvos.

—Albricias, tenemos cadáveres —dijo un eufórico Alonso.

Sus problemas se habían solucionado. Sin duda era un milagro. Pero John y los demás le explicaron la cruda realidad. Sí, era un milagro que estuvieran vivos, pero esos dos finados no servían, pues tenían sendas heridas de bala, más concretamente, de sus propias pistolas. Cualquier examen forense jamás certificaría que habían fallecido ahogados después de que su avión fuera derribado sobre el océano. Estaban igual que hace unos minutos. Eso sí, al menos seguían vivos. Algo es algo.

De camino a casa intentaron darle un sentido a todo lo que acababan de presenciar, pero llegaron todos a la misma conclusión: no tenían la más mínima idea de lo que había sucedido. Y probablemente nunca lo sabrían.

Como no sabían lo que en ese momento estaba ocurriendo lejos de allí con Ernesto y Lola. Y no era nada bueno.

X

Ernesto y Lola se levantaron como buenamente pudieron tras la tercera jornada de torturas. Apenas podían mantenerse en pie ante una nueva visita, la de uno de los prisioneros llamado monsieur Moreau. Pero cuando este les dijo que salieran de allí tras él, encontraron energías (no supieron de dónde las sacaron) para seguirle.

Cuando abandonaron el barracón, notaron frío. Mucho frío. Pero no les importó. Respirar el aire de la noche fue para ellos como volver a la vida.

El silencio nocturno solo era mancillado por algún ladrido de los perros de los guardias. Los focos de las torres de vigilancia daban vueltas e iluminaban parte del terreno. Afortunadamente, la zona por donde caminaban estaba a salvo, de momento.

Lola y Ernesto atravesaron el área colindante a los barracones. Aunque el

anciano era francés, hablaba un poco de español gracias a sus compañeros republicanos del campo. Lo primero que aprendió fueron los tacos, dijo sonriendo de manera algo tierna e infantil.

Poco antes de llegar a su destino, les dijo que les deseaba toda la suerte del mundo. Él era un pobre viejo y no los acompañaría. Sabía que pronto iba a morir, así que cedía su lugar a alguien más joven. A alguien con toda la vida por delante. Alguien como Lola y Ernesto.

El anciano volvió a su barracón y les hizo señas para que llamaran a la puerta. La contraseña eran tres toques al estilo del padre Azpiazu. Los agentes agradecieron a Moreau su ayuda y le observaron con melancolía mientras se perdía entre la oscuridad.

Ernesto y Lola obedecieron las órdenes y golpearon tres veces en la puerta, que al poco se abrió y rápidamente pasaron dentro. Allí estaba el padre Azpiazu, que saludó con un leve gesto a la pareja. Ya estaban todos. Había llegado el momento de la verdad.

—Suerte, camaradas. En el nombre del padre, del hijo y del Espíritu Santo. Amén.

El padre Azpiazu sabía que una bendición en este momento no estaba de más.

Todos hicieron la señal de la cruz aunque no fueran creyentes. Cualquier ayuda era poca en una situación así.

Ernesto se fijó en los hombres que había junto a él. Alrededor de medio centenar, con rostros demacrados, ojos hundidos y sin apenas fuerzas. Pero esos valientes habían sido capaces de urdir la fuga y construir tres túneles sin apenas recursos y en un tiempo inimaginable.

Por uno de ellos, el llamado Aramis, entraron los agentes y comenzaron a recorrer bajo tierra la distancia que los separaba de la libertad. Entraron en primer lugar los que lo habían construido. Todo por riguroso orden de mérito en la empresa. Como Lola y Ernesto habían sido los últimos en sumarse al plan, no les quedó otra que esperar, después esperar y finalmente... esperar.

XI

El trabajo de excavar en la tierra había sido arduo y complicado, y el túnel tenía el diámetro justo para que un hombre adulto, de constitución media, pudiera entrar. Pero a pesar de todo, era inevitable no sentir cierta claustrofobia.

La humedad del ambiente, los leves sorprendimientos de tierra al pasar los fugados y la profunda oscuridad eran suficientes para que el recorrido se hiciera eterno. Parecía que nunca iba a acabar...

El primer preso que servía de avanzada al grupo era Louis Joubert, que ostentaba el honor de pensar el plan que ahora estaban ejecutando.

En el exterior, Louis era un miembro muy activo de la Resistencia, pero

llevaba dos años confinado en Gurs y ya no podía aguantar un solo minuto en ese infierno en vida. Si hubiera pasado un día más en aquel lugar, habrían podido con él. Lo que más ansiaba era ver a sus padres, Dominique y Emile. Eran muy ancianos y la última vez que supo de ellos intentaban sobrevivir en el París sitiado. Aunque no sabía nada desde hacía mucho tiempo, estaba seguro de que se encontraban bien. Podía sentirlo.

El preso siguió arrastrándose por la galería. Quedaban pocos metros para llegar al final. Cuando estuvo cerca, sacó una cuchara que tenía para abrir el agujero por el cual todos pudieran salir a la superficie. Gritó que ya había llegado. Ya faltaba poco.

—¡Aguantad, camaradas!

Cada vez escuchaba más cerca la respiración de sus compañeros. Se oían gritos de júbilo. Vítores. Estaban a punto de conseguir un sueño que parecía imposible.

Louis empezó a rascar la tierra con la cuchara.

Mientras tanto, en el barracón apenas quedaban presos por entrar en el túnel. Lola y Ernesto esperaban impacientes su turno. De repente, escucharon ruidos en el exterior. Todos los presentes contuvieron la respiración. Esos segundos de no saber qué pasaba ahí fuera se les hicieron eternos.

Ernesto se acercó a la puerta. A través de una de las rendijas que había entre los tablones pudo ver lo que sucedía. Simplemente eran dos soldados que iban a relevar a la guardia. El peligro había pasado.

No obstante, Lola volvió a tener ese presentimiento —el mismo que en Canfranc— de que las cosas no iban bien. Su *quéseyo*. Aunque no dijo nada. ¿Para qué? Estaban en manos del destino, de la providencia y del tiempo...

Pero la intuición de Lola era cierta.

Cuando Louis terminó de excavar, tenía todo el rostro completamente manchado de tierra. Sintió el frío de la noche en su piel. Podía tocar la libertad con la punta de los dedos. De pronto, al abrir los ojos descubrió que algo metálico estaba delante de sus narices. Era un fusil Mauser Kar 98k que portaba un soldado alemán. Y supo en ese instante que no vería nunca más a sus padres.

XII

Ernesto y Lola estaban a punto de entrar en el túnel. Se despidieron con un fuerte abrazo del padre Azpiazu y le agradecieron todo lo que había hecho por ellos.

De repente, oyeron los disparos.

Todos se detuvieron. Instantes después, algunos de los hombres que estaban en el túnel volvieron a entrar en el barracón, con la esperanza de que no los pillaran *in fraganti*. Pero ya era tarde. Sabían que si eran descubiertos en un intento de fuga, la muerte sería su castigo. Y aunque no fuera sencillo de asumir, los que

llevaban más de una semana en Gurs sabían que la Parca acechaba en cada lugar, en cada esquina, y que convivía con ellos como un preso más.

Era el fin del sueño. De un sueño que estuvieron a punto de alcanzar. Lo tuvieron cerca. Casi lo lograron, pero la Historia no cambió.

Nadie se fugó del campo de concentración de Gurs esa noche ni ninguna otra hasta que el ejército aliado no lo clausuró un año después.

Ernesto y Lola maldijeron su suerte.

No hay hazaña sin héroe

I

John llevaba toda la noche despierto. Desde que habían intentado matarles su mente no dejaba de valorar todas las opciones. Incluso barajó la posibilidad de cancelar la misión dado que no sabían lo que había sucedido. Pero lo desechó. No habían llegado tan lejos para abandonar a última hora.

—Seguir hasta el final. Cueste lo que cueste. Caiga quien caiga.

John volvió a decir estas palabras en voz baja. Como una letanía. Era una máxima que se le había metido en la cabeza y no pensaba traicionarla a estas alturas del partido.

Una vez que tenía claro que lo más importante era la misión, al final sus pensamientos siempre acababan con la misma diatriba: debían asesinar a alguien. Pero Amelia estaba en lo cierto: una vida inocente era lo más valioso de este mundo. Y ninguno de ellos tenía derecho a acabar con un ser humano. Ninguna cruzada, misión o ideología eran válidas si para llegar a su objetivo tenía que morir alguien que no lo merecía. La lucha de los aliados contra los nazis era para salvar inocentes. Y no podían mancillar esos ideales. Ni siquiera por el bien común.

John pensó en Marge. Ella era inocente y murió de manera injusta y cruel. No quería que nadie tuviera que sufrir la misma suerte que su amada.

Él era un soldado y estaba orgulloso de serlo. Siempre supo que su vida era prescindible; que podía morir en cualquier instante y en cualquier lugar; lo tenía más que asumido. Y durante todos estos años de guerra estuvo cerca de fenecer en numerosas ocasiones. Si Lola Mendieta había dado su vida por la causa como tantos otros..., ¿por qué no iba a hacerlo él?

Entonces tomó una decisión: él sería el mayor William Martin.

Él moriría ahogado para que acabara esta locura que comenzó Alemania hacía cuatro años.

No había vuelta atrás. Lo haría esta misma noche.

II

Alonso gritó en su camastro.

Acababa de tener una pesadilla.

No recordaba exactamente qué había soñado, pero su corazón latía con fuerza.

Se levantó y fue a la cocina a por un vaso de agua. Al cruzar el estrecho corredor pasó por delante del dormitorio de John. Su camarada no estaba allí. Le pareció extraño. Y más cuando vio que había una carta sobre su cama. Cuando

Alonso la leyó, le cambió el gesto.

—¡¡¡Amelia!!! ¡¡¡Julián!!! ¡¡¡Por los clavos de Cristo!!! ¡¡¡Despertad!!!

III

Alonso, Amelia y Julián llegaron a la playa de Punta Umbria. Todavía era de noche y había luna nueva. Era el momento de mayor oscuridad antes de llegar el crepúsculo, así que no era la situación más idónea para buscar a su compañero. Los tres arribaron a la orilla del mar mientras recuperaban el resuello.

Cada uno miró hacia el horizonte intentando buscar el cuerpo de John en las aguas del océano Atlántico. Parecía que no había nadie. Se temían lo peor.

—¡Allí está! —gritó Amelia, que señaló hacia el oeste.

Un cuerpo flotaba en la superficie del mar, vestido de uniforme y junto a un maletín. Estaba bastante alejado de la playa. No sabían cuánto tiempo llevaba allí su amigo, pero de todas formas tenían que intentar socorrerlo.

Alonso se quitó los zapatos y se dispuso a lanzarse al agua.

—¿Sabes nadar? —preguntó Julián, sorprendido.

—Odio el agua más que a la muerte —contestó el soldado—, pero tuve que aprender. No me quedaba otra por si el barco se hundía. O ¿cómo creéis que nos llevaban a Flandes? ¿En burro?

Alonso y Julián comenzaron a nadar con todas sus fuerzas. A medida que se acercaban, veían que el cuerpo de John no se movía. Los dos pensaron que no había nada que hacer, pero de todas formas siguieron avanzando. A cada brazada intentaban convencerse de que podían llegar a tiempo para salvarle. Que no todo estaba perdido.

Afortunadamente, cuando llegaron John seguía vivo.

No le había dado tiempo a ahogarse, aunque ya sentía la hipotermia y el cansancio empezaba a hacer mella en él. Si no hubiera llegado la patrulla, en pocos minutos se habría producido el fatal desenlace.

Alonso estaba cada vez más cerca del inglés, mientras que Julián se había quedado rezagado. No podía más y lo dejó por imposible. Decidió volver a la orilla o de lo contrario tendrían un problema más, ya que también habría que salvarle a él.

Cuando Alonso llegó junto a John, trató de rescatarle. El inglés, sorprendido ante la inesperada aparición de su amigo, se soltó. Gritó con vehemencia, todavía algo descolocado:

—¡Vete!

—No lo haré.

—No tienes derecho a salvarme, Alonso. ¡No lo tienes!

Alonso no entendió la actitud de su camarada. No supo qué decir.

—Soy un soldado y la misión de un soldado es ganar la batalla. Pues yo, John

Roberts Martínez, voy a ganar mucho más que eso; voy a ganar la puta guerra; una guerra que ha matado a millones de inocentes; a mi esposa... Aún puedo salvar a mi hijo, a mi hermano... Déjame morir por ellos, por Dios... Es la única opción que tenemos. Lo sabes bien... Igual que yo... Sé que tú me entiendes, camarada.

Alonso y John se observaron fijamente, intentando adelantarse al siguiente movimiento del otro. Ambos arrastraban en su mirada una mezcla de aprecio, orgullo y dolor que les partía el alma.

Alonso finalmente entendió a John. Era su decisión. No tenía derecho a contradecirle.

—Lo haré. Te dejaré morir, compañero. Pero no quiero que sufras. He visto a demasiados de los míos morir ahogados. Y créeme, no es agradable.

John sonrió por última vez y le dio las gracias.

—Entonces pégame; pégame fuerte, amigo. Así moriré dormido. Soñando que soy el delantero centro del United, como anhelaba mi padre...

Alonso se enjugó las lágrimas. Iba a tomar la decisión más difícil de su vida. Pero estaba convencido de hacer lo correcto. Se lo debía a John.

—Podrás reunirte con tu esposa, amigo... Piensa en eso.

John asintió, agradecido por las reconfortantes palabras de Alonso. Respiró hondo.

—Solo me queda una cosa pendiente... Necesito que me hagas un último favor.

—Dime... Haré lo que sea...

—Mi hijo... Bruce... No podré despedirme de él. Quiero que le busques y le digas que su padre..., su padre le entiende. Y dile que todo esto es por él...

Alonso asintió, emocionado. Ambos estrecharon sus manos por última vez. Lo hicieron con fuerza. Finalmente se soltaron.

El puño de Alonso se cerró y sacó toda la rabia contenida que había en su interior. En ese instante era mucha.

Un puñetazo brutal impactó en el mentón de John, que golpeó su cara con el agua. Alonso, con infinito afecto, agarró a su camarada y le hundió la cabeza en las aguas del océano.

Al cabo de un par de minutos, que al soldado de los Tercios se le hicieron infinitos, John Roberts Martínez murió sin sentir dolor alguno.

Sereno y en paz.

Como merece morir un héroe.

Minutos después, cuando Alonso salió del agua con su compañero en brazos, Julián y Amelia no dijeron nada. Solo rompieron a llorar.

—Aquí tenéis al hombre que dice la Historia que nunca existió. Descansad en paz, amigo. La misión ha terminado.

Esas fueron las palabras que acertó a decir Alonso, antes de venirse abajo y

sollozar como un niño.

Comenzó a amanecer en Punta Umbría.

Lamentablemente, el antiguo soldado de los Tercios se equivocó en una cosa. La misión no había terminado. Ni mucho menos... No había hecho más que comenzar.

De hecho, había comenzado el día anterior. En Londres.

IV

Mientras la patrulla y el propio Salvador pensaban que la Operación Mincemeat había sido abortada días atrás y se devanaban los sesos para intentar encontrar un cadáver, los ingleses tomaron una decisión definitiva ante los últimos acontecimientos: la misión volvía a reanudarse.

Intentaron contactar con John Roberts Martínez, pero hubo un fallo en las comunicaciones y dada la premura con la que se reanudó todo el dispositivo, no creyeron que fuera de vital importancia. Al fin y al cabo, su fuente en Punta Umbría ejercía de mero observador. O eso al menos era lo que ellos pensaban. Jamás se habrían imaginado que aquel pelirrojo —el más andaluz de los británicos, como se describía a sí mismo— daría su vida por la misión. Una amarga jugada del destino, sin lugar a dudas.

Los contactos en Gurs de la Inteligencia británica comunicaron a Driftwood que Lola Mendieta no había soltado prenda respecto a la misión, por lo que decidieron, tras el consejo de Ewen Montagu y su continuada insistencia en modo «gota malaya», que debían volver al plan establecido. Sin duda era la mejor opción. Consiguieron que el primer ministro Churchill entrara en razón y diese el visto bueno a mandar el cadáver del mayor William Martin a Punta Umbría.

El tiempo se echaba encima y la misión debía continuar. El agrupamiento de las tropas en el norte de África se estaba produciendo de manera inminente y el plan de invadir Sicilia debía comenzar a desarrollarse o la dichosa guerra no acabaría nunca.

Cuando Montagu comunicó a su gente que todo se ponía en marcha de nuevo, no pudo evitar una amplia y franca sonrisa. Un hecho que a todos sorprendió, y mucho. Conocían a su superior desde hacía tiempo y jamás le habían visto sonreír. Pat, siempre sarcástica, comentó que a lo mejor mañana su jefe tendría agujetas en los carrillos. Todos rieron, incluido Montagu. No obstante, tras celebrar la buena nueva, el grupo volvió al trabajo. Quedaba mucho que hacer.

La cantidad de vicisitudes, casualidades y serendipias que debían producirse para que el plan saliera tal como estaba previsto eran prácticamente infinitas. Y todos lo sabían.

El submarino HMS *Seraph* fue el elegido para transportar al supuesto mayor William Martin hasta las costas onubenses.

La base de Holy Loch, situada en Escocia, fue el lugar de donde zarpó el HMS *Seraph*. Su destino: Punta Umbría. El cadáver, transportado en una furgoneta desde Londres, había sido colocado en un recipiente metálico, a modo de una gran cápsula de dos metros de longitud y sesenta centímetros de ancho, simulando llevar en su interior material óptico para uso meteorológico.

El comandante Jewell, poco dado a las explicaciones a cualquier ser humano en general y a sus subordinados en particular, era el único a bordo del sumergible que conocía la verdadera carga de la cápsula. Igual de hermética que él, vamos. Y así debía ser hasta el momento adecuado.

Jewell ya había participado con éxito en acciones de espionaje y enlace durante todo el conflicto. Antes de la Operación Mincemeat su misión más audaz y exitosa había sido el desembarco en África del general Mark Clark y el famoso rescate del oficial francés Giraud. Vamos, que era una especie de capitán Nemo pero con la particularidad de que jamás renunciaba a su té de las cinco y su sándwich de pepino. Todo un *gentleman*.

¿Cuál era la verdadera identidad del William Martin que habían enviado los miembros del MI5 con rumbo a Punta Umbría? La leyenda siempre dijo que se trataba de un mendigo galés llamado Glyndwr Michael. El desdichado no tenía familia, malvivía en las ásperas calles de Londres y se suicidó semanas atrás ingiriendo una dosis letal de matarratas. La triste historia de un hombre sin suerte en la vida pero que encontró un final heroico en su muerte.

Sin embargo, la verdad es que un cuerpo fenecido en esas circunstancias no habría convencido a ningún forense por muy inexperto y descuidado que fuera; ningún examen que se practicara, aunque hubiese sido muy superficial y preliminar, habría certificado que la muerte había sido por ahogamiento.

La realidad es que el cadáver que transportaba el submarino de Jewell era el de un militar inglés. Pero su identidad era secreta ya que nadie solicitó permiso a sus familiares para apropiarse del cadáver dado el cambio de planes a ultimísima hora. Solo un par de personas en toda Inglaterra conocían su nombre, y aún era pronto para revelarlo al resto del mundo.

VI

El submarino funcionó a pleno rendimiento una vez realizada la inmersión. La mayor parte de la dotación realizaba turnos de cuatro horas, a excepción del personal de máquinas, que trabajaba seis. Cada dos tripulantes compartían una misma cama, alternándose en el descanso dependiendo de las guardias, lo que se conocía en el argot como «cama caliente». Esto, unido a la falta de distinción entre el día y la noche dentro de la nave, acababa alterando los biorritmos de los

marineros. Con el fin de amortiguar ese efecto era vital respetar las horas del desayuno, la comida y la cena. Un sabio consejo para todos, aunque no se viva bajo el agua.

Tras una travesía tranquila y sin incidencias, el submarino llegó a su destino en tiempo récord, ya que aprovecharon las corrientes del estrecho de Gibraltar.

Aproximadamente a una milla marina de las playas de Huelva, el submarino emergió a la superficie para completar la misión. Tuvieron que esperar a que unas barcas de pescadores terminaran de faenar para no ser vistos. Casualmente, fue un miembro de esa tripulación el que minutos después descubriría el cadáver de William Martin y pasaría a la Historia. Su nombre: José Antonio Rey.

VII

Sobre las cinco y media de la madrugada, mientras John Roberts Martínez salía de casa rumbo a sacrificarse por la misión, Jewell reunió a sus oficiales.

Uno a uno fueron entrando. Ninguno de ellos tenía la más remota idea del secreto que les iba a desvelar su superior, pero seguro que no era la receta del pastel de riñones de su abuela Ruth, del que siempre hablaba. El comandante, poco antes de proceder a destapar el cuerpo, tomó juramento de silencio a los allí presentes. Poco después se celebró un breve oficio fúnebre, según la tradición de la Marina Real británica.

Jewell seleccionó un pasaje de la Biblia relacionado con la necesidad de guardar silencio sobre lo que estaba aconteciendo; salmo 37, versículo 7. Sin duda, muy apropiado para la ocasión. Lo leyó a los presentes visiblemente emocionado:

—Guarda silencio ante Jehová, y espera en él. No te alteres con motivo del que prospera en su camino, por el hombre que hace maldades —dijo Jewell con su característica sobriedad.

Una vez hubo terminado la ceremonia, colocaron el chaleco salvavidas al cadáver. Entre la tripulación siempre lo llamaban con cierta coña el «Mae West», debido a que se asemejaba a los contundentes pechos de la famosa actriz, y se aseguraron de que el maletín permanecería esposado a la muñeca del mayor William Martin. Poco tiempo después, arrojaron al mar sus restos mortales con todos los honores que merecía.

Los oficiales dejaron junto a él un bote salvavidas de las Fuerzas Aéreas británicas para dar la impresión de que se había producido un accidente de aviación. Cuando todo hubo terminado, el comandante informó a sus superiores en Londres del éxito de la misión enviando el siguiente mensaje: «*Mincemeat completed*».

Lástima que el pelirrojo de John no lo supiera a tiempo.

Su cuerpo sin vida yacía en el interior de una vetusta barca, pintada de blanco

y azul, con el nombre de «Lupe» en un lateral. Junto a él se encontraban Amelia, Julián y Alonso, que remaba mar adentro con todas sus fuerzas. A pesar de lo difícil de la situación y de saber que tenían delante a su amigo, el deber era lo único que les motivaba para seguir. Tenían pocos minutos para llegar al lugar donde contaba la Historia que José Antonio Rey había descubierto al mayor William Martin.

Al desconocer John el lugar exacto donde las crónicas dijeron que se encontró el cuerpo, no había fallecido donde ocurrió todo. Así que la patrulla tuvo que conseguir de prisa y corriendo una barca y partir sin más dilación hacia la zona indicada; al lugar exacto donde se desarrollaron los hechos históricos. No había tiempo que perder. El problema era que todo se había adelantado como en Canfranc y, por ende, no llegaron a la hora debida.

José Antonio Rey había encontrado el cadáver del «otro» William Martin un par de horas antes y las autoridades lo llevarían de camino a Huelva para su posterior autopsia. Pero lamentablemente para ellos, la patrulla todavía no conocía esa información.

Gracias a la brújula del móvil de Julián sabían exactamente dónde tenían que dejar el cadáver, así que todo iba según lo previsto. Un Alonso solemne y emocionado hizo los honores de lanzar al agua el cuerpo de su amigo. Sí, su amigo. Porque aunque solo lo había conocido de hacía unos días, se había convertido en uno más de ellos. Después se santiguó y permanecieron junto a John en silencio unos instantes. Ahora solo quedaba esperar.

Desde la playa, y con la ayuda de unos potentes prismáticos del presente, debían vigilar que el rescate se llevara a cabo y dar por finalizada la misión. Sin embargo, pasaba un buen rato de la hora establecida y no había ni rastro del pesquero que descubrió al mayor William Martin.

—Algo va mal —dijo Alonso.

—Esperemos un poco más. Las crónicas del rescate no fueron demasiado exactas. Puede que nos hayamos adelantado —respondió Amelia, no demasiado convencida de sus palabras.

—¿Y si nos hemos retrasado? —remató Julián.

Los tres se miraron entre sí. No sabían qué hacer. Esta misión era una montaña rusa de emociones y uno nunca sabía lo siguiente que iba a encontrarse.

—Esperemos un rato más, de momento...

Amelia puso punto y final con esta frase a la conversación. Le pasó los binoculares a Alonso para que vigilara.

VIII

—¡Hay un hombre en el agua! ¡Hay un hombre en el agua!

José Antonio Rey, un joven de origen portugués, fue el primero en divisar el

cuerpo del mayor William Martin. Su familia, venida de El Algarve antes de la Guerra Civil, se instaló en Huelva cuando él era niño, buscando un futuro mejor. Y allí se quedaron.

La casualidad, ese factor determinante en la historia que nos ocupa, quiso que esa mañana José Antonio fuera a faenar con sus compañeros, ya que normalmente se ganaba el pan ayudando a los pescadores en tierra firme. Nunca lo hacía en alta mar. Pero la providencia fantaseó con que su nombre pasaría a la Historia, y así ocurrió.

El marinero indicó a su amigo Diego Morales, dueño de la pequeña embarcación, el lugar exacto donde estaba situado el cuerpo. Y hacia allí se dirigieron. Junto a él estaba la lancha neumática de la RAF que habían dejado los británicos hacía unos minutos. Fue el propio José Antonio Rey quien se encargó de llevar el cadáver hasta la orilla. Mientras Diego remaba, él se ocupaba de sujetar al muerto, que siempre permaneció dentro del agua atado por varios cabos hasta llegar a la costa.

La noticia llegó pronto al pueblo.

—¡Un fiambre! ¡Han *encontrao* a un fiambre! —dijo Rafita, un chaval un poco enclenque para su edad.

De toda su clase en la escuela de Punta Umbría, él era el más tirillas, pero a pesar de que no aparentaba once años ni por asomo, era más listo y espabilado que todos sus compañeros de clase juntos.

El chaval recorrió la playa de cabo a rabo gritando a todo el que se encontraba a su paso. Cuando llegó delante de la patrulla, Amelia le dijo que se detuviese.

Rafita, con la excitación propia de su edad, hablaba muy rápido y con un acento muy cerrado. Así que entenderlo no era muy sencillo.

—Señorita... Un pescador ha *encontrao* a un *soldao* de los ingleses esos.

—¿Y sabes adónde se lo han llevado? —preguntó Amelia.

—Está en el puerto...

—¿Qué puerto?

—El de aquí, señorita. El de Punta Umbría...

Amelia le dio unas monedas a Rafita; el chiquillo le guiñó un ojo con picardía y salió corriendo.

—Lo que os dije. Llegamos tarde.

Julián no acababa de creerse lo complicado que era todo en esta misión. Las habían pasado canutas en Cartagena de Indias y, bueno, lo de la Edad Media tampoco había sido un camino de rosas, pero esto ya era por demás.

Después de tanto esfuerzo, de tantos peligros y, sobre todo, después del sacrificio de John para que la misión se cumpliera... Ahora esto.

—No consigo entender... Pero entonces ¿qué cuerpo han recogido? —dijo Alonso mientras podía ver a su amigo a través de los prismáticos.

—Los británicos debieron de cambiar de opinión y han mandado a su mayor William Martin. El auténtico hombre que nunca existió —señaló Amelia.

Los demás estaban de acuerdo con su conjetura. Era la única respuesta lógica a este nuevo giro de los acontecimientos.

—No es justo, joder... Esta misión está gafada desde el principio. Primero Ernesto y Lola, y ahora John... Al final su muerte no ha servido para nada —apostilló Julián mientras ponía la mano en el hombro de Alonso en señal de afecto.

—¡Eso jamás! Debemos continuar con la misión. El sacrificio de nuestro compañero servirá para acabar con la maldita guerra. Fue su deseo antes de morir... Y aunque sea lo último que haga en esta vida, lo llevaré a cabo, estéis o no a mi lado... ¡Vive Dios!

Julián y Amelia observaron a Alonso y asintieron. Apoyaban a su compañero hasta el final. Empujaron la barca mar adentro y se dispusieron a recuperar el cadáver de John. Mientras iban hacia su destino, trazaron el plan a seguir.

La idea era cambiar un cuerpo por otro y que su difunto amigo tuviera el honor de formar parte de la Historia. Pero sabían que sencillo no iba a ser. Nunca lo es.

IX

Lo que más le extrañó a José Antonio era lo bien que se conservaba el cadáver; que no tuviera ningún tipo de mordiscos o arañazos de peces o crustáceos, algo que solía pasar con los cuerpos hallados en alta mar, le escamó sobremanera. Aunque tampoco lo comentó con nadie en ese momento. Bastante lío tenía con intentar sacar el cuerpo del agua con semejante chaleco salvavidas, que hacía muy complicada la labor.

El hallazgo fue puesto inmediatamente en conocimiento de las autoridades locales. En concreto, los pescadores se pusieron en contacto con el cuartel de la Guardia Civil que había en Punta Umbría. La Benemérita informó rápidamente a la Comandancia de Marina y desde allí ordenaron el traslado a Huelva para que el cuerpo fuera analizado.

Que el cadáver perteneciera a un oficial británico y no a un humilde pescador, como había sucedido en otras ocasiones, hacía la labor mucho más compleja en todos los sentidos. Y esa circunstancia, unida a la legendaria lentitud de la burocracia en la España franquista, sirvió para que la patrulla tuviera alguna oportunidad de llegar a tiempo.

Aquel cadáver que yacía en el puerto no era realmente el mayor William Martin, aunque su documentación y su medalla de identificación dijeran lo contrario. Pero, por supuesto, ninguno de los allí presentes conocía la verdad.

La verdadera identidad de la persona que se convirtió en el hombre que

nunca existió fue una incógnita durante décadas. Hacia unos años surgieron nuevas revelaciones y fue anunciado a bombo y platillo la triste historia del vagabundo que se quitó la vida, pero la realidad fue otra bien distinta. El nombre de la persona que se convirtió en William Martin era Johnny Melville, un soldado que había fallecido por ahogamiento en el naufragio del portaviones HMS *Dasher* unos días antes.

Las causas de la explosión y su posterior hundimiento nunca estuvieron claras, pero lo que es seguro es que se trató de un accidente. Las teorías que se manejaron fueron diversas y ninguna de ellas concluyente; unos argumentaron la posibilidad de que uno de los aviones británicos se estrellara contra su propia cubierta de aterrizaje; por su parte, Estados Unidos culpó a los procedimientos empleados en el manejo del combustible en el buque, y el Reino Unido lo achacó a la nefasta distribución de la carga de la bodega.

Sucediera lo que sucediese, el número de víctimas fue enorme, una auténtica catástrofe. De los más de quinientos tripulantes del buque murieron casi cuatrocientos a pesar de la rápida asistencia de los barcos cercanos.

El gobierno británico, ansioso por evitar el daño moral dado el delicado momento de la contienda, negó cualquier fallo en la construcción y trató de encubrir el hundimiento. La prensa local fue obligada a no hacer referencia alguna a la tragedia y las autoridades enterraron los cadáveres de los fallecidos en una fosa común. Sin embargo, al conocer el fatal destino de aquellos soldados, cientos de familiares furiosos protestaron contra el gobierno y algunos cuerpos les fueron devueltos.

Por supuesto, no fue el caso de Johnny Melville. A su padre, Mike, y a su madre, Rita, les comunicaron que no habían recuperado el cuerpo de su vástago en las tareas de rescate. Y, por supuesto, nunca les dijeron que su hijo acabaría siendo un héroe. Por lo tanto, la familia Melville no pudo llorar al joven Johnny de cuerpo presente. Una pena que arrastraron sus progenitores hasta el fin de sus días.

X

Alonso, Amelia y Julián llegaron apurados a la zona del puerto donde había un enorme revuelo. Decenas de curiosos se arremolinaban junto a la pareja de la Guardia Civil. La patrulla supuso que todo tenía que ver con el descubrimiento del cadáver. Y no se equivocaron. Afortunadamente, allí estaba el zascandil de Rafita para ponerles al día de las novedades.

El juez instructor de la Marina de Huelva, Mariano Pascual del Pobil, llegó en ese mismo instante en la lancha motora para certificar la defunción y efectuar el levantamiento del cadáver. Nada más pisar tierra, la Benemérita le entregó el maletín que portaba el militar inglés. La primera cosa que se le pasó por la

cabeza fue que tendría que llamar a su amigo personal, el vicecónsul británico Francis Haselden, e informarle de lo sucedido.

El juez, que no era ajeno a que Huelva era un lugar estratégico para el espionaje de ambos bandos en la contienda, supuso que en su interior podría haber documentos importantes para los intereses de los aliados. Y no era conveniente que cayeran en las manos equivocadas. Su señoría, aunque neutral como su país en la guerra, simpatizaba con los ideales de los aliados y no quería que los nazis acabaran ganando la guerra. Pero ese era su secreto.

Mientras los tres observaban cómo introducían al mayor William Martin en la motora, decidieron que tendrían que afanar un vehículo para llegar hasta Huelva antes que las autoridades. Aunque previamente tenían que recoger el cadáver de su querido amigo, que habían escondido en un lugar seguro.

Y ¿de dónde narices sacarían un coche? Fue entonces cuando volvió a sobresalir nuestro querido Alonso con los métodos de buen ladrón que le había enseñado Pacino; en este caso, para hacer el puente a un motocarro que encontraron. La verdad es que no había más donde elegir, así que tuvieron que conformarse con lo que había. Aunque, eso sí, Julián fue quien condujo hasta la capital onubense a una velocidad punta de cuarenta kilómetros por hora. A todo trapo.

XI

Cruces, lápidas, flores, viudas, nichos... Un día cualquiera en el cementerio de Nuestra Señora de la Soledad, situado a las afueras de Huelva.

Lo único extraordinario de esa jornada fue que la autopsia del mayor William Martin se iba a realizar dentro del recinto, en lugar del Anatómico Forense de la capital onubense.

Mucho se ha especulado al respecto, aunque nunca se supo realmente el motivo real del cambio. La leyenda dice que fue idea del magistrado Pascual del Pobil y del vicecónsul Haselden para que todo estuviera más controlado, con el menor número de testigos posible y sin las miradas indiscretas de los espías nazis. O quizá fue todo lo contrario, ya que los alemanes tenían mucho más fácil la entrada al cementerio que al otro edificio público.

XII

El doctor Eduardo Fernández del Toro se levantó tarde aquella mañana. Su esposa, Felisa, sabía que los días que volvía de madrugada por culpa de sus dichosas guardias no tenía que despertarle temprano, aunque luego su marido se lo reprochara.

Todo formaba parte de una divertida rutina que tenía el matrimonio desde que

se casaron hacía más de veinte años. Él se quejaba de que debía haberle despertado antes y que no podía estar toda la mañana en la cama. Ella, por su parte, le decía que si no dormía sus horas, luego estaba todo el día insoportable. Esas pequeñas e inocentes disputas les encantaban. Si no tenían una todas las semanas lo echaban a faltar.

Felisa llevó el desayuno favorito de Eduardo a la cama: cafelito solo y sopas de pan y leche. Su marido la besó con profundo afecto. Mira que llevaban años casados y seguían queriéndose. Así daba gusto.

En ese momento sonó el teléfono.

—Una emergencia, seguro —dijo el doctor.

—Si es que no te dejan descansar, Eduardo. Parece que eres el único forense de toda Andalucía.

—¡Qué vergüenza!, la víspera del día del Trabajador... Ah, no, que pasaron la fiesta al 18 de julio por decreto de Su Excelencia —repuso él con ironía.

Su mujer le reprendió el comentario. Alguien podría escucharles. Eduardo dijo que si no podía hablar libremente en su propia casa, apañados estaban.

—Eso mismo. Apañados estamos... Y lo que nos queda. Así que... ¡chitón! —respondió Felisa.

Ella misma cogió el recado. La llamada era desde el despacho del juez. Su marido tenía que personarse inmediatamente en el cementerio para practicar una autopsia. El forense se acicaló en tiempo récord y salió deprisa y corriendo.

Ni acabarse las sopas pudo, el pobre.

XIII

La patrulla recorrió las calles de Huelva en el motocarro. Solo les faltaba la Estrella de Navidad en el techo para parecer una estampa de *Plácido* de su querido Berlanga. En la parte de atrás, en el interior de una alfombra enrollada, estaba el cadáver de su camarada. Julián consultó el reloj mientras esquivaba el tráfico como podía.

—Ojalá lleguemos a tiempo —comentó Alonso.

—Si hubiera un callejero de 1943 en el navegador, otro gallo cantaría —dijo Julián con sorna.

Al final de la calle encontraron el cartel que indicaba que habían llegado al cementerio. No había tiempo que perder.

Amelia vigilaba la entrada mientras Alonso y Julián introducían el cuerpo de John en el recinto. La situación era algo cómica si no hubiera tanto en juego. Afortunadamente, la hora punta de beatas había terminado y se respiraba paz y tranquilidad en el camposanto. Nunca mejor dicho.

Justo cuando iban a entrar en el pequeño edificio que hacía las veces de sala de autopsias, alguien los detuvo. Era el enterrador del cementerio, Lucas

Hinojosa. Tercera generación de sepultureros y a mucha honra. Lo que faltaba.

—¡Eh, oigan! ¿Qué hacen ustedes?

Julián y Alonso se quedaron quietos, aguantando el cadáver sin saber exactamente cómo actuar.

Hinojosa se fijó detenidamente en la alfombra y descubrió que había un cuerpo dentro.

—Pero ¡si llevan un muerto ahí metido!

Amelia, bastante apurada, trató de improvisar sobre la marcha.

—Buenas tardes, buen hombre —dijo—. Venimos a enterrar a nuestro padre.

Es que se ha muerto esta mañana, ¿sabe?

—¿Y la alfombra? ¿Qué hace dentro de una alfombra?

—Es que era su favorita —respondió Julián—. Y su... su última voluntad fue que le enterrásemos con ella. —No podía creerse lo malo que era improvisando.

El enterrador no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—¡Por Dios, señores! Así no se hacen las cosas. Tendrán que avisar a las autoridades, que se certifique la muerte, velarlo por la noche, unas plañideras... Vamos, lo normal.

—Vaya..., no sabíamos. Como mi padre nunca se nos había muerto antes —soltó Amelia.

Alonso y Julián no podían aguantar más y dejaron con cuidado el cuerpo de su amigo en el suelo.

—Todo esto resulta muy raro... Esperen aquí, que voy a llamar al encargado.

No llegó a hacerlo. Un puñetazo de Alonso dejó a Lucas inconsciente. El soldado de los Tercios ya estaba cansado de tanta cháchara.

Dejaron al sepulturero junto a uno de los cipreses, como si se estuviera echando una siesta tan ricamente. A Alonso se le pasó por la cabeza esconderlo dentro de un ataúd, pero tampoco era necesario. Tardaría un buen rato en volver en sí y para entonces todo habría terminado. O eso esperaban, al menos. Pero tenían que actuar con celeridad.

Cuando llegaron al interior de la sala, esta estaba completamente a oscuras. Amelia tanteó la pared hasta que dio con el interruptor de la luz.

Con la estancia ya iluminada descubrieron que, salvo la mesa de autopsias y todo el material necesario, no había ningún cadáver. Menos mal.

Amelia salió de nuevo al exterior. Allí estaban Alonso y Julián.

—¿Dónde está John? —preguntó Amelia.

—Tranquila, está en lugar seguro —respondió Julián.

El plan consistía en que, una vez llegara el otro cuerpo, lo robarían y lo cambiarían por el de su compañero. Después de eso, la historia de William Martin seguiría su curso. Si no había más sorpresas, claro.

Johnny Melville estaba de cuerpo presente en el coche fúnebre que transportaba sus restos rumbo al cementerio.

Cuando llegó a su destino, Carlitos y Eulogio, dos enfermeros con mucha mili a las espaldas, lo sacaron en camilla y se dirigieron a la sala de autopsias. Abrieron la puerta y dejaron el cadáver sobre la mesa. Por hoy ya tenían bastante.

—Lo malo es que hay que esperar al forense —dijo Eulogio con fastidio.

—Y a saber a qué hora viene —respondió Carlitos.

Los dos sabían que estaban haciendo el paripé para poder escaquearse un ratillo. Pero siguieron con la charada.

—¿Y si nos vamos a tomar algo mientras tanto?

—No sé yo...

—Venga, coño... Te invito.

—Pues no digas más. ¡Una de gambas blancas!

—Sí, y jamón de jabugo, no te fastidia... Unos altramuces y vas que chutas.

Nada más salir los enfermeros del cementerio, Alonso y Julián, que estaban escondidos tras una tapia, entraron con premura y sacaron el cuerpo de Johnny Melville.

En cuanto lo dejaron en el motocarro, pusieron a su querido John Roberts Martínez en la mesa de autopsias.

Por esta vez y sin que sirviera de precedente, parecía que todo había salido bien a la primera.

Antes de marcharse, tuvieron un último pensamiento para su camarada.

—Vuestra muerte no será en vano, amigo —dijo Alonso.

En el preciso instante en que la patrulla salía del recinto, entraba el doctor Fernández del Toro y su ayudante, Jeromín. Ambos se quedaron mirando unos instantes a los agentes para luego seguir su camino.

XV

—Niño, este muerto está muy bien vestido para llevar varios días en el agua.

Esas fueron las primeras palabras del forense.

Estaba claro que el desdichado había fallecido por ahogamiento ya que tenía los pulmones encharcados, pero tanto su piel como el cabello y la ropa no tenían el aspecto que debían tener.

Además, al igual que pensó José Antonio Rey, aunque fuera sobre el otro William Martín, era muy extraño que el finado no presentara mordeduras de peces y crustáceos en los ojos y otras partes del cuerpo.

El doctor Fernández del Toro empezó a atar cabos: la llamada urgente en sábado, realizar la autopsia en un lugar poco habitual y lo rocambolesco de la historia le extrañaron sobremanera.

Así que cuando redactó el informe certificó: « Muerte por ahogamiento debido a inmersión» , pero añadió esas anomalías antes citadas, ya que tenía una amplia experiencia en autopsias efectuadas a otros marineros ahogados.

De todas maneras, tampoco quiso ponerse muy quisquilloso debido a su simpatía por los aliados respecto a los nazis.

Si simplemente querían que certificara la causa de la muerte, ahí tenían su escueto informe.

Punto y final.

Así fue, si así os parece

I

¡Riiing! ¡Riiing!

Águeda Corominas, pizpireta secretaria a tiempo parcial, descolgó el teléfono.

—Despacho del vicealmirante Alfonso Arriaga, jefe del Estado Mayor de la Marina española. ¿En qué puedo ayudarle?

Cada vez que tenía que soltar toda la retahíla se quedaba sin pulmones. Con lo fácil que era decir « ¿Sí? » o « ¿Diga? » .

—Don Alfonso, tiene una llamada del señor vicecónsul británico Francis Haselden... Otra vez...

Alfonso Arriaga era un militar de los que ya no quedan, afortunadamente. Llevaba todo el día dando largas al tal Francis y el inglés de las narices no se daba por vencido. Si es que lo de la pérfida Albión era por algo...

Todavía no tenía el visto bueno definitivo de sus superiores para pasar las pertenencias de William Martin a los británicos y hasta que eso no sucediera, las cartas y demás documentos eran propiedad de España. Las pertenencias se encontraban fuertemente custodiadas en la Comandancia de Marina de Huelva.

—Águeda, dígame que estaré reunido hasta que a mí me salga de los cojones...

Y colgó el teléfono.

Esa misma situación se produjo durante varios días mientras los servicios secretos españoles estudiaban los documentos. Una y otra vez, Arriaga contestaba con evasivas a la petición del vicecónsul.

Lo que desconocía Arriaga, Franco, Hitler y el resto de los implicados es que todo formaba parte del plan de Montagu. Si las autoridades aliadas insistían y apretaban las tuercas respecto a la recuperación de los documentos encontrados, más valor tendrían en apariencia. Y el señuelo sería más fácil de colocar. Chicos listos.

Finalmente, el día 13 de mayo se hizo entrega de los objetos personales del mayor William Martin a la embajada británica. Las pertenencias fueron remitidas de inmediato a Londres, donde comprobaron que las cartas habían sido abiertas y vuelto a cerrar gracias a las pestañas que dejaron en el interior de los sobres.

Todo estaba saliendo según lo previsto.

II

La Comandancia de Marina de Huelva era como cualquier edificio público de la

España franquista: gris, aburrido y burocrático. Bueno, como los de ahora pero sin Candy Crush y WhatsApp.

Adolf Clauss entró en las oficinas de los altos mandos españoles como Adolf por su casa: pisando fuerte, sin saludar a nadie y sabiendo perfectamente hacia dónde tenía que dirigirse. O sea que lo de «fuertemente custodiadas» era más bien un eufemismo.

Los despachos y pasillos por los que fue pasando en su camino estaban repletos de funcionarios. Aun así, nadie reparó en su presencia. O no quisieron hacerlo. Parecía que era el mismísimo hombre invisible.

El militar nazi entró en una pequeña sala donde solo había una mesa y una silla. Allí estaban las pertenencias del mayor William Martin. En este caso, las que había falsificado la patrulla. Amelia decidió que, ya que el sacrificio de John iba a pasar a la Historia aunque solo lo supieran ellos, fuera con todas las consecuencias. Así que allí delante también estaba la foto de Amelia en bañador. La verdad es que había quedado muy guapa.

El militar nazi sacó de su bandolera una cámara Leica dotada de lentes especiales para fotografiar documentos. Encendió una lámpara para tener más luz y se dispuso a retratar todos los objetos. Sin duda, puso especial interés en las cartas entre los altos mandos británicos.

Al cabo de unas horas esa información fue remitida a Gustav Leissner, jefe de los servicios secretos alemanes en España, por seguir la cadena de mando y esas cosas.

Aunque Adolf también los envió por su cuenta y riesgo directamente a Berlín, a sabiendas que el Führer esperaba ansioso ese material.

Una vez terminada su misión, se marchó de la misma manera que había entrado.

III

Entre llamada y llamada al jefe del Estado Mayor, el vicecónsul Francis Haselden fue a ver el cuerpo de William Martin a Punta Umbría. Ya le habían realizado la autopsia.

Fue un momento emotivo para él, ya que le recordó a muchos amigos que habían caído en el frente.

—Te acompaño en el sentimiento, Francis —dijo el juez Mariano Pascual con sincero afecto.

Y abrazó al vicecónsul.

Los dos se quedaron un instante en silencio. No había mucho más que decir.

—¿Cuándo tendremos las pertenencias de nuestro compatriota?

Fueron los actos más que las palabras los que respondieron a esta pregunta. Todos pusieron de su parte para que los trámites no se dilataran en el tiempo. Ni

los trámites ni los detalles.

Francis Haselden se encargó de organizar todos los preparativos del entierro de William Martin. Contactó con el obispado para el funeral y pagó una lápida a la Excelentísima Casa López de Huelva. Además de eso, procuró que no faltara ningún detalle en el evento. Todo tenía que seguir pareciendo real. Todavía no se había logrado nada y los nazis estaban expectantes ante cualquier movimiento en falso de los aliados.

En la Excelentísima Casa López trabajaron a destajo para cumplir el plazo de entrega que les había solicitado el vicecónsul británico. No había tiempo que perder y necesitaban enterrar el cuerpo lo antes posible.

Cuando Francis Haselden entró en el taller del señor López se respiraba tranquilidad. Era la hora de comer y solo se encontraba trabajando el dueño, que le llevó hasta la lápida para que el cliente diera el visto bueno.

—Aquí está, mister. Espero que esté todo a su gusto, y que no hayamos metido la pata hasta el corvejón, que esto de los idiomas complica mucho la faena.

La sepultura era sobria y modesta. Sobre la fría piedra podía leerse:

WILLIAM MARTIN
BORN 29TH MARCH 1907
DIED 30TH APRIL 1943
BELOVED SON OF JOHN GLYNDWYR MARTIN AND THE LATE
ANTONIA MARTIN OF CARDIFF, WALES
DULCE ET DECORUM PRO PATRIA MORI
R. I. P.

El vicecónsul asintió, satisfecho.

IV

Fue un entierro sencillo. Tres modestas coronas de flores presidían el sepulcro; por un lado, la de la familia del finado, la de su prometida y, finalmente, una del ejército británico.

La ceremonia no se demoró demasiado y don Eladio, el sacerdote de turno, no estuvo especialmente brillante ni emotivo. Era un trámite más del día y aunque ofició con profesionalidad, tenía en mente que todavía debía aparecer en otros tres funerales esa misma tarde. Tres meses sin morirse nadie en Punta Umbría y de repente hubo *overbooking*.

La única persona que estaba presente junto al cura era Francis Haselden. Como creyente y practicante, se santiguó y rezó una plegaria por aquel valiente,

fuera quien fuese.

La patrulla, por su parte, permaneció a una prudencial distancia. No debían llamar la atención, y a que justificar su presencia sería interferir en la misión. Eso sí, una vez que el sacerdote y el vicecónsul se hubieron marchado, se acercaron a la tumba de su amigo.

Aunque los tres estaban muy emocionados, era Alonso el que se encontraba más desolado. No podía quitarse de la cabeza esos últimos instantes con su colega, la última mirada que cruzaron, el apretón de manos y, por último, su muerte. Era demasiado reciente y cruel para pasar página en tan poco tiempo.

Y nunca lo haría del todo.

Como homenaje a John, el soldado de los Tercios dejó un balón de reglamento junto a la lápida.

—Para que podáis jugar siempre allí donde vayáis.

En ese momento aparecieron Constantino y Belén, los amigos del padre de John, con otro ramo de flores. Ambos estaban consternados.

La mujer se acercó a la tumba.

—Jamás te faltarán flores frescas, John. Te lo juro.

Y así fue.

Incluso después de la muerte del matrimonio onubense, su hija mayor siguió con la tradición de llevar flores todas las semanas hasta el día de hoy. Y sus hijos harán lo propio el día que falte ella.

V

La situación de la patrulla las horas siguientes fue muy extraña. No tenían realmente nada que hacer, pero debían permanecer allí por si había alguna contingencia inesperada. Amelia mantenía contacto frecuente con Salvador y era informada de los movimientos de los aliados y los nazis respecto a William Martin. Ambos bandos estaban jugando al gato y al ratón. Pero de momento se habían cambiado las tornas; por fortuna para el destino de la humanidad, el ratón parecía que iba a cazar al gato.

Aparentemente, los nazis habían seguido todos los pasos pertinentes para verificar la identidad del muerto y las cartas que llevaba encima. Pero Hitler no se fiaba de nadie, ni siquiera de su ridículo bigote. Así que ordenó que tenían que robar el cuerpo del cementerio de Punta Umbría para que sus forenses bávaros —nada que ver, según sus propias palabras, con los ineptos españoles— confirmaran la causa de la muerte.

Dicho y hecho. La maquinaria nazi se puso en marcha y el submarino alemán *U-616* llegó a las costas onubenses a última hora de la tarde. Cuando anocheció en Punta Umbría se llevaría a cabo la misión; robarían el cadáver de William Martin para llevarlo a territorio italiano y allí poder comprobar si

realmente era un oficial inglés ahogado en el océano Atlántico hacía un par de días.

Todo se hizo de manera rápida y eficaz. Muy germana. En pocos minutos dos soldados alemanes entraron en el cementerio, localizaron la lápida de William Martin, desenterraron el cuerpo de John y lo llevaron en una barca hacia el submarino.

Escondidos en la zona del puerto, Amelia, Alonso y Julián fueron testigos del robo. Amelia observó todo con sus prismáticos.

—Misión cumplida —dijo.

—¿De verdad gracias a todo esto se ganará la guerra? —preguntó Alonso.

—Así es... El desembarco de Sicilia fue el principio del fin de Hitler. Una vez que los aliados empezaron a reconquistar territorios de Europa, los nazis fueron arrinconados hasta que llegó el famoso desembarco de Normandía y allí terminó todo.

Había sido una de las misiones más complicadas (si no la que más) desde que entraron en el Ministerio del Tiempo, y aunque tenían ganas de volver a casa, su pensamiento se fue inmediatamente a Lola y Ernesto.

Cada vez que Amelia preguntaba a Salvador por ellos, el subsecretario le decía que ese tema estaba controlado (aunque fuese mentira) y que solo debían centrarse en su misión. Pero era inevitable que ellos tuvieran en mente a sus compañeros. Sentían que les habían fallado.

Cuando el submarino realizó la inmersión, la patrulla respiró aliviada. Se abrazaron entre ellos y por fin pudieron respirar tranquilos. Todo había terminado. La Operación Albondiguilla había triunfado. Los nazis se la habían zampado con patatas.

VI

Vichy, 1 de mayo de 1943.

¡Blam!

La puerta se abrió de golpe en plena madrugada y golpeó la pared provocando un ruido monumental. Dos soldados entraron y levantaron a Ernesto y a Lola del suelo. Apenas tuvieron tiempo de darse cuenta de que la cosa no pintaba nada bien.

—¿Adónde nos llevan? —preguntó Ernesto a sabiendas de que nadie iba a contestarle.

Ambos fueron sacados del barracón donde habían permanecido desde que llegaron a Gurs. Tras descubrir los alemanes la tentativa de fuga, todos los que formaban parte del plan estaban sentenciados. La decisión era inapelable. No habría un juicio ni nada que se le pareciese.

Intentar fugarse del campo conllevaba la pena capital. Los implicados serían

fusilados al amanecer. Con todo, la situación de Lola y Ernesto era diferente. Berlín creyó conveniente que se les trasladase a suelo alemán para sacarles toda la información posible. Si la Bestia no había conseguido doblegarlos, los mandos estaban convencidos de que esos españoles eran espías muy importantes y tendrían información extremadamente valiosa de los aliados, y dado que los nazis comenzaban a darse cuenta de que estaban perdiendo la contienda, era primordial su declaración.

Mientras subían al camión, observaron cómo iban sacando a sus compañeros de fuga de sus respectivos barracones para afrontar en pocos minutos su destino, la muerte. Lola y Ernesto se miraron y bajaron la cabeza. Ambos deberían estar también en esa situación, sin embargo no entendían por qué los sacaban de allí; tampoco sabían qué sería de ellos.

El padre Azpiazu observó cómo se marchaban sus compatriotas. Hubiese querido despedirse de la pareja, pero le negaron ese privilegio. Cuando todos fueron detenidos junto al túnel, el sacerdote quiso estar con los presos y proclamó a los cuatro vientos que él también era culpable, y que si aquellos hombres iban a ser fusilados, él debía correr la misma suerte. Pero los nazis le dejaron vivir.

Iñaki entendió que el de ahí arriba le tendría preparadas más misiones y por eso debía seguir adelante. No se equivocaba.

«Que Dios os guarde, camaradas», dijo el padre Azpiazu para sí.

El camión salió del campo de concentración de Gurs. A lo lejos se escucharon las detonaciones de los fusiles nazis. Más de cincuenta inocentes fueron ajusticiados ese día, tal como dice la Historia.

Lola temía ser una más de la lista.

—¿Qué van a hacer con nosotros, Ernesto? —preguntó con cierta preocupación.

—Si nos quisieran muertos, estaríamos junto a esos valientes en el pelotón de fusilamiento.

—Así que nos espera algo peor que la muerte.

—Eso parece.

Ernesto se mantuvo pensativo tras sus últimas palabras. Sabía de la entereza de Lola y de sí mismo, pero ambos escondían demasiados secretos y el ser humano había creado las más variopintas maneras de conseguir que un reo confesase.

Lola volvió a hablar:

—Ya no me importa morir o que hagan de mí lo que se les antoje. Pueden torturarme, humillarme o matarme, pero no les voy a dar el gusto de que me vean implorar ni llorar. No quiero que crean que tengo miedo.

Ernesto admiraba a Lola y se preguntó qué habían hecho mal en el Ministerio del Tiempo para que una mujer de raza como ella, valiente y leal como la que más, acabara siendo una traidora.

De pronto, el camión frenó de forma brusca. Lola y Ernesto pensaron que habían llegado a su destino. Era verdad, pero no al que ellos habían imaginado.

Ambos permanecieron alerta. La lona del camión estaba echada y no podían ver nada de lo que sucedía en el exterior. Apenas pudieron descifrar varias voces ininteligibles en alemán.

Entonces sonaron disparos amortiguados, como si alguien hubiera lanzado dardos con una cerbatana. Se escuchó el sonido de dos cuerpos cayendo al suelo. Un instante después, oyeron pasos que se aproximaban hacia el camión... Alguien levantó la lona del vehículo.

Eran dos milicianos, que sonrieron a sus compatriotas.

—Podéis bajar, compañeros. Sois libres...

Lola y Ernesto, sin saber cómo reaccionar, descendieron del vehículo. Junto al camión yacían tumbados los dos soldados alemanes que custodiaban a los prisioneros. Ambos tenían dardos tranquilizantes en su cuerpo. Todo era muy extraño.

Al final del camino, junto a una barricada que habían improvisado los milicianos, había alguien de espaldas. El desconocido se dio la vuelta.

¡Era Salvador!

Iba vestido con un elegante abrigo de cuero que le sentaba incluso mejor que los trajes. Sonrió a Ernesto y se acercó a ellos. El jefe de Operaciones miró a su superior con profundo agradecimiento. Sabía que tarde o temprano acudirían al rescate. Lo de no dejar atrás a ningún compañero siempre se cumplía. O casi siempre.

Lola miró a Salvador sin saber todavía qué había pasado exactamente.

—¿Quién es usted?

—Alguien que valora mucho su trabajo, señorita Mendieta.

VII

En lo más profundo del bosque pirenaico, frente a una cabaña, Lola estaba sentada junto a varios milicianos, dando buena cuenta de un trozo de chorizo con un currusco de pan. Reinaba un ambiente de camaradería y ella se sentía uno más de ellos.

Ernesto y Salvador, a lo lejos, observaban a Lola. Ella dirigió su mirada a los dos hombres y sonrió a Ernesto con verdadero aprecio. El jefe de Operaciones le devolvió el gesto, aunque con su habitual falta de efusividad.

—¿Qué va a hacer con ella? —preguntó a Salvador.

—No lo sé, Ernesto... Ahora mismo soy un mar de dudas. Después de todo lo que ha pasado, no tengo claro nada de nada. Pienso que si no la recluta mi yo de veinte años atrás, evitaré que muera por los puñeteros viajes de Darrow...

—Entiendo.

—Pero por otro lado, si no lo hago, el Ministerio perdería a una gran agente que fue leal a la causa durante muchos años...

—Visto así...

—¿Sabe qué le digo? Que la voy a reclutar, ¡qué narices! Bueno, y no... El Salvador de hace dos décadas. Total, según dice la Historia, va a formar parte del Ministerio dentro de unos meses y nuestra misión es que la Historia no cambie, ¿verdad? Así que...

—La de dolores de cabeza que nos va a crear.

—Y la de misiones que resolverá antes de convertirse en una traficante de arte intertemporal. Acuérdense de Lepanto o de aquel asunto de los hermanos Pinzones.

—El lío con Torrebruno.

—O el Oscar de Garcí.

—Esa sí que fue buena.

—Más bien para hacer una película... Las cosas son como son. Y el tiempo es el que es, amigo Ernesto. El tiempo es el que es.

Ernesto sabía que Salvador tenía razón. Y quién sabe, puede que Lola no acabara traicionando al Ministerio después de todo. De ellos dependía en gran medida... Seguro que algo se podría hacer al respecto.

—Una pregunta más, señor... ¿Qué ha sido de la patrulla?

—Ya le explicaré a la vuelta los pormenores, pero le adelanto un titular: no volveré a comer carne picada en mi puñetera vida. Y eso que me privan las albóndigas...

Ernesto sonrió. Salvador hizo lo propio. Sin duda hacían un buen tándem.

El mejor de todos.

VIII

Madrid, 18 de diciembre de 2016.

Amelia, Julián y Alonso entraron en el Último y Principal Ministerio. La puerta que encontraron más cercana y que los devolvió al presente estaba situada en la gaditana ciudad de Barbate, junto a la antigua lonja. Un paisaje dominado por las marismas, los barcos pesqueros y los esqueletos de antiguas estructuras marineras.

Nada más entrar en el pasillo de las puertas, la patrulla sintió una bofetada de calor. La dichosa calefacción había sido arreglada en estos días de ausencia, pero, al parecer, lo que no funcionaba ahora era el termostato. A medida que Alonso, Amelia y Julián subían la escalera helicoidal (pues el ascensor se había vuelto a estropear) se cruzaron con funcionarios en mangas de camisa, faldas muy cortas o algunos directamente en bermudas. Estaban en pleno diciembre madrileño y eso parecía el desierto de Kalahari.

De hecho, cuando se encontraron con Angustias, esta vestía una sencilla camiseta blanca en lugar de su sempiterno uniforme.

Cuando abrieron la puerta, su sorpresa fue mayúscula al ver a Ernesto junto a Salvador e Irene. Eso sí, vestidos impecablemente a pesar del infame calor.

Y, para sorpresa de todos, fue el propio Ernesto quien se acercó a ellos y los abrazó uno a uno con sincero aprecio. Estaba claro que lo vivido en Gurs había cambiado en cierta manera a Ernesto para siempre.

Después de que Amelia pusiera al día a sus superiores sobre el final de la misión y los obstáculos que tuvieron que sortear para que todo saliera como decía la Historia, Angustias entró con una noticia que nadie esperaba. Una noticia que haría temblar los cimientos del Ministerio del Tiempo.

—Ya han arreglado el termostato.

Todos sonrieron aliviados menos Alonso. En su cabeza solo había lugar para un asunto: cumplir lo prometido a John.

IX

Manchester, 23 de octubre de 1945.

Alonso nunca había entrado en un *pub* inglés, pero inmediatamente se sintió como en casa.

El humo, el aroma a madera vieja y el olor a cerveza mezclado con algo rancio que no acababa de identificar le transportaron a sus recuerdos cuando vivía en su época. Una de las cosas del siglo XXI a las que no acababa de acostumbrarse era la pulcritud excesiva en todos los órdenes. También lo poco que olían y sabían las cosas. Gran parte de lo que existía en estos tiempos era aséptico y sin gracia desde su punto de vista. En este caso, el *pub* El Enano Gruñón, situado en pleno centro de Manchester, era todo lo contrario.

Se acercó a la barra y echó un vistazo buscando a alguien. Estaba algo nervioso ya que su inglés era escaso tirando a nulo. Afortunadamente, su fino olfato no le falló. Allí estaba la persona que buscaba. Siendo justos, lo que tampoco le falló fue la vista, ya que el que tenía frente a él era pelirrojo y espigado... al igual que su difunto padre.

—Disculpe... ¿Es usted Bruce Roberts?

El chaval, con cara de amargura y con un vacío en los ojos que no disimulaba, se volvió y contestó en un español algo macarrónico:

—¿Quién lo pregunta?

Alonso se presentó y le explicó que había conocido a su padre durante la guerra. Le había prometido poco antes de morir que le haría un último favor. Y aquí estaba para cumplir lo convenido en su momento, aunque hubieran pasado más de dos años.

Bruce parecía algo escéptico y no demasiado entusiasmado con la situación,

lo cual sorprendió sobremanera a Alonso, que realmente esperaba otro tipo de reacción.

De todos modos, él estaba allí con una misión y la iba a cumplir a pesar de los pesares. Optó por tutear al joven dado lo que tenía que decirle.

—Tu padre me hizo jurar que te dijera que siempre entendió... Entendió que le culparas de todo. Entendió que le odiaras... Él se sintió responsable por la muerte de tu madre hasta el mismo instante en que murió.

Después de estas palabras, que dejaron bloqueado a Bruce, Alonso contó el sacrificio que John había realizado por todos y sus consecuencias en el devenir de la guerra.

El rostro del joven cambió de la sorpresa a una honda emoción. Agradeció que le hubiera encontrado y después, como no podía ser de otra manera, pidieron dos pintas y hablaron de fútbol.

Y así estuvieron toda la noche...

John Roberts Martínez nunca sería recordado por los libros de Historia, pero al menos siempre fue recordado por todos los que le quisieron.

Y eso es lo más importante.

Siempre.